

El consumo de la cultura rural



M.^a Alexia Sanz Hernández



Prensas Universitarias de Zaragoza

EL CONSUMO DE LA CULTURA RURAL

EL CONSUMO DE LA CULTURA RURAL

M.^a Alexia Sanz Hernández



Prensas Universitarias de Zaragoza

FICHA CATALOGRÁFICA

SANZ HERNÁNDEZ, M.^a Alexia

El consumo de la cultura rural / M.^a Alexia Sanz Hernández. — Zaragoza :
Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007
307 p. ; 22 cm. — (Ciencias sociales ; 65)

ISBN 978-84-7733-920-5

1. Industria cultural-España. 2. Consumo-España. 3. España-Vida rural. I.
Prensas Universitarias de Zaragoza. II. Título. III. Serie: Ciencias sociales (Prensas
Universitarias de Zaragoza) ; 65

316.7 (460-22)

330.567.2(460-22)

394 (460-22)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

© M.^a Alexia Sanz Hernández

© De la presente edición, Prensas Universitarias de Zaragoza
1.^a edición, 2007

Este libro se ha publicado con la ayuda económica de la Consejería de Ciencia, Tecnología y Universidad del Gobierno de Aragón.

Ilustración de la cubierta: José Luis Cano

Colección Ciencias Sociales, n.º 65

Director de la colección: Pedro Víctor Rújula López

Prensas Universitarias de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330. Fax: 976 761 063
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

Prensas Universitarias de Zaragoza es la editorial de la Universidad de Zaragoza, que edita e imprime libros desde su fundación en 1542.

Impreso en España

Imprime: Línea 2015

D.L.: Z-3700-2007

A los que hacen de los lugares que transito espacios con sentido

PRÓLOGO

En el marco imperante de la lógica de la mercantilización, esta obra se inicia con el rescate de dos formas de expresar al individuo: por un lado, recurriendo a la noción de *persona*; y por otro, tomando prestado el concepto de *gente*. La primera, «procedente de la Antigüedad, se refiere a la máscara que llevaban puesta los actores [...], por tanto los seres humanos son personas en cuanto son portadoras de máscaras a través de las que no meramente se presentan sino que se representan» (Beriaín, en García Blanco y Navarro Sustaeta, 2002). De esta manera, la noción asumida de *persona* se adecua perfectamente a la metáfora cultural que predomina en esta descripción del escenario rural en el que se dramatizan procesos de metamorfosis del *self* comunitario, estrechamente vinculados al uso que desde la modernidad se viene haciendo de la cultura. Un escenario donde todos juegan desplegando maneras y tácticas.

El segundo significado básico en este texto, al mirar al individuo, es el de *gente*. La gente, actores protagonistas y de reparto, o público afectado o impasible, tiene cabida en este gran «simulacro» espectacularizado que es el juego de los consumos, las culturas y las identidades.

El análisis reflexivo que culmina en estas páginas se ha enfrentado a un complejo sistema de competencias a muchos niveles que interactúan en la estructuración de la cultura. Es un tema que enlaza con problemáticas muy amplias, de consenso y de conciencia, de producción y reproducción, de disfrute y consumo, de acceso o aprehensión, o de mediadores y poderes locales.

La vocación interpretativa y comprensiva es el germen de esta inquietante y arriesgada peripecia investigadora, que se ha ido acendrando a ritmo

de vértigo, solo posible por la inmersión en las localidades atendidas, y únicamente ambiciosa en la explicitación sugestiva y llana de interpretaciones, reflexiones y, sobre todo, interrogantes.

Puede decirse que se está levantado acta de una imperiosa necesidad de autocrítica que emerge no solo del enfoque adoptado al retomar las voces de la gente, sino también de la propia realidad que se observa en los pueblos. En el «escenario rural» se encuentra una *alteridad* que la modernidad ha escenografiado a su antojo, o más bien según el capricho de personas y procesos que afloran al profundizar en la sociogénesis de dinámicas sutiles e imperceptibles que configuran, no obstante, la vida cotidiana y la cultura: la resignificación de las bibliotecas, la creación de museos, el mantenimiento de centros de estudios, el papel de la educación de adultos, los telecentros, los entornos, lugares y memorias patrimonializados, etcétera. Nuevos espacios y nuevos usos temporales resignificados que incorporan redefinición de los actores, personas en el escenario con nuevas máscaras: el inmigrante, el veraneante, el neorrural o el turista. Representando todos la obra de la metamorfosis cultural y de las patologías de la herencia de la «modernidad», que nos aboca irremisiblemente a la cuestión de la identidad.

Posiblemente, la *ruralía* no es un entorno ajeno a ningún lector; de una forma u otra formamos parte de él, pero desde aquí se insta a la mirada atenta, a la reflexión consciente de que ver no hace sino remitirnos a un proceso de apreciar, es decir, es una cuestión de umbrales de sensibilización. Y mucho va a hablarse aquí de eso mismo: de umbrales, de límites, de sensibilidades y de mediaciones.

En este texto podrá observarse como se ha tomado el pulso a las realidades pretendidas, a las realidades selectivamente atendidas dando entrada a voces inexcusables y excusando la ausencia de muchas otras posibles. No podía ser de otra manera. Para percibir los tenues hilos que mueven las metamorfosis identitarias actuales en determinados contextos, hay que sumergirse de lleno en la realidad cotidiana provistos, además, de las mejores herramientas etnográficas. Y es que fue la etnografía puesta en marcha durante varios años la principal opción metodológica (acompañada, eso sí, por otro aparataje propio de las ciencias sociales), que precedió a la reflexión y su plasmación en este texto, deudor de trabajos e investigaciones que han permitido converger hacia un punto de encuentro. Agradezco

especialmente a Manuel Ramos, Eduardo Sales, Marianna Martínez y Soledad Rocha los momentos de trabajo de campo compartido en la *ruralía*. Igualmente, quedo en deuda con otros que siempre han derrochado compañerismo y sabiduría, especialmente Gaspar Mairal y Carlos Gómez, impulsores del Grupo de Investigación del Riesgo y la Exclusión Social, de la Universidad de Zaragoza.

Todo ello para fondear en las inmensidades de las fisuras que el tiempo parece marcar o, más bien, que pensamos percibir; pequeñas grietas que crecen convocando a discernidores de la simbolización temporal. El «esto está cambiando» o «aquí pasa algo» nos ha convocado y lo ha hecho en espacios que no están ajenos a los efectos del tiempo presente, que están imbuidos en olas capaces de envolver cualquier territorio.

Este es un acercamiento a determinados espacios menos estudiados, menos atendidos por los chamanes de la ciencia. La pretensión al hablar de la *ruralía* no es la de otorgar etiquetas, mantener identidades o forzar distancias; es la de contextualizar para avanzar en ese impulso comprensivo de sendas esquivas y enredadas, pero atrayentes.

Son sendas esquivas por la imprecisión y vaguedad en el uso de los conceptos y por su falta de redefinición a lo largo del tiempo. En el lenguaje actúan a modo de términos-soporte, etiquetas recurrentes, conceptos-trampa... que en el juego de los actores implicados aparecen como referentes sin serlo, generando narraciones y discursos encorsetados que incorporan a su antojo, y según el entendimiento de quien los produce, palabras asépticas y frases recurrentes, donde «identidad», «cultura», «patrimonio», «ruralidad», «desarrollo» o «consumo» muestran una cara a menudo maquillada (aun teniendo tantas que, necesariamente, se reconstruyen y reactualizan).

Sea como fuere, esta obra incorpora debates en torno a reflexiones cuya explicitación se va tornando imperiosa. ¿Cuál es el límite entre cultura y consumo cultural? ¿Es la cultura hoy solo un producto de consumo? ¿Existe cultura que no sea de consumo?, y si es así, ¿dónde se aloja? El establecimiento de fronteras entre un concepto tan múltiple como el de *cultura* y el tema que nos ocupa es de preeminencia cardinal. No obstante, este análisis cultural es imposible sin la incorporación del contexto.

En este caso, la elección del escenario rural no planteaba dudas, aunque su abordaje exige una aproximación extensiva, dado que el marco

político y normativo que ordena las políticas de producción, distribución y consumo cultural es compartido en todo Aragón, escenario donde se ha desplegado el trabajo etnográfico. Y todo ello no por el reconocimiento de la existencia de una categoría denominada *ruralidad*, en los términos en los que habitualmente se ha venido definiendo, y que sin duda requiere de un escrutinio meditado, sino por la necesidad de acotamiento de un tema que la actualidad demandaba ver representado en «escenarios» no urbanos. En cualquier caso, este estudio gira su interés preferentemente hacia aquellos núcleos que territorialmente se ubican lejos o fuera del alcance penetrante y obvio (si eso es posible...) de las urbes y de los núcleos de mayor población.

La elección del contexto se fundamenta en varios argumentos de peso: desde un punto de vista territorial, la gran escasez de este tipo de estudios; desde un punto de vista teórico, la omisión de referencias en los trabajos de consumo cultural sobre la población «rural» y sobre los «escenarios rurales»; finalmente, desde un punto de vista metodológico, la percepción de que la visibilidad de los procesos se torna más factible en pequeñas localidades en donde el juego desplegado por los diferentes actores es, quizás, más manifiesto.

En el momento presente y en cualquier pueblo de nuestro entorno se intuyen nacies tiempos y nuevas sensibilidades que vienen de la mano de recientes necesidades y amenazas percibidas. Lo cual no es nada inédito.

Es de la visualización de las prácticas de consumo cultural y de determinadas experiencias socioculturales desde donde se intenta plantear cómo podemos calificar la situación de este contexto ante esos rasgos que, en términos generales, diferentes autores asocian a las categorías siguientes: tradición, modernidad y posmodernidad. Se trata de esas fisuras que la experiencia de la conciencia parece vislumbrar en determinados momentos, aunque es incapaz de aprehender resolutivamente.

A los conceptos de *consumo cultural*, *ruralidad* y *posmodernidad* se unen otros cuya relevancia ha hecho emerger la observación: *cultura*, *patrimonio*, *turismo* o *desarrollo*. Cada día somos testigos de como se hace un uso político, economicista o académico de estos términos; y de como, al hacerlo, se están animando construcciones de cómo deben ser las comunidades a partir de los restos (en pie o no) de lo que fueron.

Aquí hay cabida para la reflexión desde una perspectiva que remarca la dimensión ética al considerar lo tradicionalmente subalterno, excluido o marginal. La dominancia de lo «urbano» se muestra en la supuesta debilidad del consumo cultural en los pueblos, entre la gente que vive alejada de los núcleos urbanos; son lugares apartados del interés de las industrias culturales, contemplados en las políticas culturales por «obligación» o interés político, pero desde los cuales se está gestando todo un proceso de redefinición identitaria vinculada con la búsqueda de nuevos procesos de autorreconocimiento en el tiempo presente. El razonamiento práctico tras la negación reflexiva encadenada en las comunidades ha conducido al rescate de la *cultura popular* que reside en su seno. Desde estas comunidades se está lanzando un mensaje publicitario que supone una reconstrucción de la imagen proyectada a los otros y que resalta la alteridad apoyada sobre valores ambiguos, aunque eficaces en el mercado: ruralidad, *genuinidad*, singularidad, etcétera.

Se quiere rescatar de esos procesos a la gente que en su cotidianidad participa con diferentes modalidades de respuesta (callada, activa, o lo que es lo mismo, recurriendo a estrategias de acomodación o adaptación) en la producción de una oferta cultural a menudo diseñada externamente, y en la recepción de diferentes modelos puestos a su alcance. Ello nos permitirá descender al análisis de la apropiación cultural y provocar una reflexión sobre posiciones que a priori consideramos subordinadas pero de gran valor instituyente, y nucleares, como conformadoras de colectividad, comunidad y redes de socialidad.

Hablar de los otros supone siempre el ejercicio de una violencia simbólica de cuya realidad somos conscientes; pero al hacerlo desde la experiencia y vivencia, desde el formar parcialmente parte de dichos entornos, el marco de la reflexividad se amplía y los puntos de vista cambian.

Aceptando la complejidad, el poder de la evocación y la interpretación, frente a los planteamientos dogmáticos y buscadores de generalizaciones empíricas, nos hemos propuesto optar por una perspectiva asentada en la alteridad que supone alejarse de la centralidad urbana, del centro de poder y de consumo cultural y de culturas colonizadoras, intentando desvelar matices que se están obviando en los procesos de creación y consumo cultural: la simulación cultural y la metamorfosis del *self* colectivo.

Esta obra retoma las voces, a veces monódicas, a veces polifónicas, que pueden escucharse en gran parte del territorio rural en lo que al consumo, la cultura y la propia identidad comunitaria se refiere. Porque la invisibilidad aparente de ciertos actores, procesos y mecanismos no significa su inexistencia.

Teruel, 27 de diciembre de 2006

INTRODUCCIÓN: CONCEPTOS, CONTEXTOS Y VOCES

Contextos y voces

Los escenarios culturales que se presentan en la actualidad emergen de una dilatada aunque, a simple vista, desarticulada y apresurada actividad en el terreno cultural durante las últimas décadas, atizada tanto por los últimos cambios sociales como por el recambio de los protagonistas y la manera de articular la relación entre estos. Se entiende el escenario como un lugar físico o simbólico en el que se mezclan actores y se interpretan papeles; el escenario aquí mostrado hace referencia a lo pequeño y lo no urbano, aunque ello no quiere decir que su *alter* no esté presente. Al contrario, la urbe es omnipresente, es colonizadora y prorrumpe en los dos hilos argumentales que estructuran este libro. Son dos caras de procesos similares; recogen escenografías y escenógrafos de dos flujos del consumo cultural en las comunidades rurales: el consumo cultural en los espacios rurales y las culturas rurales para consumo en los *pueblos*.¹

El primero afecta a la apropiación de productos culturales en el seno de las pequeñas localidades. Puede anticiparse la percepción de

1 Aunque podríamos iniciar disquisiciones acerca de los campos semánticos de la noción *pueblo*, aquí va a ser utilizada entendida como espacio rural aglutinador de una comunidad de socialidades en el sentido de los informantes: un lugar que hace referencia, sobre todo, a espacio significado. Así pues, no entramos en consideraciones acerca de la utilización que se ha hecho del término por diferentes disciplinas. Para nosotros, la noción sigue haciendo referencia a un lugar, no necesariamente lo opuesto a la ciudad, y tampoco designa en este caso a lo común, a la nación.

que efectivamente la homogeneización y democratización de las *políticas culturales*,² y en general de la vida social, ha ejercido un efecto de asimilación de las prácticas de *consumo cultural*³ en cualquier entorno hacia modelos urbanos, en parte agilizado por la facilidad de los medios de transporte y, sobre todo, acelerado por la incorporación y utilización de tecnologías de información y comunicación. Como en cualquier contexto, será la *industria cultural*,⁴ por un lado, y la política institucional, por otro, las que determinarán la oferta que finalmente se recibe o se produce.

2 Es difícil definir de manera sintética un concepto tan heterogéneo, variable, evolutivo y manido como este. El *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia recoge en su acepción quinta que *política* es, por extensión, «arte o traza con que se conduce un asunto o se emplean los medios para alcanzar un fin determinado», no sin antes haber ofrecido otras acepciones que, de manera directa, relacionan la política con los asuntos públicos y los gobiernos de los Estados. *Política cultural* parece hacer referencia, pues, al programa ideológico, al modelo de gestión y a los recursos humanos y materiales que la administración pública emplea para desarrollar un conjunto estructurado de intervenciones que favorezcan el normal desarrollo de la actividad cultural en su ámbito de competencia, y garanticen el acceso y la participación de todos sus administrados. Como es lógico, debe entenderse que, aunque en líneas generales se pueden diferenciar diversos modelos teóricos más o menos puros, cada administración propondrá un modelo particular en función del partido político que la dirija, de su organigrama técnico y de los recursos humanos y materiales de que disponga, entendiendo que la inexistencia de políticas culturales es también un modelo de política cultural.

3 El *consumo cultural* debe ser considerado como «la apropiación por parte de las audiencias de los productos y los equipamientos culturales, las relaciones que establecen con ellos, las resignificaciones y las nuevas asignaciones de sentido a los que los someten, los motivos de su selección» (García, en Sunkel, 1999: 42). Y es que, en los procesos de consumo cultural, están involucrados no solo el hecho de la apropiación o del *adueñarse*, sino también las variables de los *usos sociales*, la percepción/recepción y el reconocimiento cultural, así como la «construcción» de ciudadanía en el sentido de pluralidad.

4 Es un término relativamente reciente para designar a las organizaciones de tipo empresarial, individuales o colectivas que realizan un producto o servicio de tipo relacionado con el ámbito de la cultura, dirigido a unos potenciales clientes que desean con ellos satisfacer sus necesidades de consumo cultural. Hoy puede decirse que es la industria cultural la que establece los cánones y significaciones de las mercancías culturales que, sin embargo, son reformuladas continuamente por el valor de uso que la gente les da. Sostiene Willis (1999: 25) que «las formas culturales vividas completan algunas extrañas nuevas comunidades de sentido debajo de las mismas narices de un sistema capitalista que aunque domina, no es capaz de comprender». La industria cultural no entiende posiblemente los caminos de las resignificaciones y reapropiaciones porque, al fin y al cabo, se escapan a su control, pero entiende de significados originales y seductores que se incluyen para conformar formas culturales dotadas de *ilocalidad*; es decir, culturas desterritorializadas capaces de ser vividas en cualquier lugar del mundo y de atraer a cualquier consumidor.

La otra direccionalidad que interesa es la que emana desde dentro de las localidades (aunque su construcción, generalmente, sea externa) y que actúa como producto de consumo ofertado generalmente al exterior. ¿Qué consumo se produce en el seno de las comunidades? ¿Qué mercancías culturales se ofertan para consumo de «otros»? ¿Qué significa el patrimonio, el turismo cultural o la cultura para los diferentes actores locales? ¿Cómo la incorporación en esta dinámica y la «puesta en escena» del producto cultural condiciona y está moldeando la propia construcción identitaria en las localidades? ¿Cuál viene siendo el papel institucional y el de los diferentes actores en esta lógica que atiende fielmente a criterios políticos y económicos pero que descubre rasgos socioculturales de gran interés como la espectacularización o la simulación?

El aparataje instrumental heurístico que ha permitido levantar esta representación viene proporcionado por los culturalistas ingleses, los teóricos de la vida cotidiana, los neogramscianos, la escuela francesa de sociología, con Bourdieu a la cabeza, junto con los teóricos de la antropología y la sociología españolas, que buscan respuestas a dilemas actuales. Asimismo, la narrativa generada por literatos, narradores y estudiosos de Aragón ha posibilitado rescatar a la gente de los pueblos aragoneses, que a través de sus prácticas y haceres cotidianos de décadas ha generado el fondo común (que a menudo denominamos «patrimonio»: un cajón de sastre), del que los expertos rescatan restos, prácticas, bienes materiales o cualquier otro indicio de un pasado colectivo que recrear y reconstruir.

Se trata de una redención con frecuentes resultados de ofertas escaparatizadas y espectacularizadas.⁵ No obstante, ¿cómo participa la gente en dicha producción? ¿Lo hacen sus representantes, los expertos? ¿Con qué finalidades? Ese proceso es axial, porque de él emergen las nuevas estructuras identitarias.

Pero los nuevos enfoques de aproximación al consumo cultural que ponen énfasis en el proceso de recepción y apropiación nos animan a ir más allá en la interrogación que cierra el ciclo del proceso cultural. ¿Quién es el consumidor de esta oferta? ¿Quién el hacedor de la cultura? ¿Cómo se produce la apropiación de lo cultural? ¿Esa apropiación se traduce en reformula-

5 Un producto cultural que respondería a las claves de la Teoría de la dominación, o la de reproducción de la escuela de Fráncfort o bourdiana.

ciones de la identidad comunitaria? ¿Se produce un desdoblamiento de identidades en el seno de las comunidades: una que vender y otra que salvaguardar, o la identidad y memoria cristalizada, documentada y vendida nos transforma sutilmente conforme avanza el proceso? ¿Qué papel desempeñan en este momento las tecnologías de la información y la comunicación?

Esta relación de aparente dominación política y técnica del proceso de patrimonialización y culturización necesita en determinados momentos del sentido que aporta la base popular, de la gente, de la vida cotidiana que ha nutrido la memoria colectiva. Ese proceso bidireccional es uno de los que nos interesan: por un lado, el papel de la gente en el rescate de la distintividad, objeto del proceso de patrimonialización y venta de oferta cultural, y, por otro, el de recepción y apropiación del producto resultante y su posible incorporación al bagaje imaginario comunitario.

En los dos procesos anticipados se palpa la crisis de las localidades, de sus identidades y de los propios sistemas culturales, que en ocasiones generan intensos debates en torno a la idea de lo que la propia comunidad es o puede ser. Esos debates, convertidos a veces en monólogos reproductivistas avivados desde posicionamientos externos a las comunidades, se construyen a partir de dos niveles diferentes, el institucional y el cotidiano.

Porque si el primero nos va a llevar a la posibilidad epistemológica de mostrar, más que a la demostrar, en qué circunstancias se está definiendo y promoviendo en los espacios rurales el consumo cultural, la revisión de los sistemas culturales en crisis y la redefinición identitaria, es el segundo plano, el cotidiano, el de las prácticas diarias, el que nos puede permitir acercarnos cognitivamente a la vida. Tal y como define Maffesoli (1990): «La vida, la verdadera vida, no se encuentra en las instituciones. Está en todas las partes salvo ahí».

En relación con el primer nivel, lo institucional, el proceso de comarcalización puesto en marcha recientemente en Aragón hace de este territorio un observatorio privilegiado para asistir desde la primera fila a la gestación de estructuras institucionales que encarnan vínculos contractuales, racionales o utilitaristas que, sin embargo, conformarán de una manera u otra y serán afectados en un proceso bidireccional por vínculos de carácter social, en donde otro tipo de lógicas más afectivas entran en juego reclamando para su análisis la consideración de la perspectiva de lo cotidiano (se funden así lo instituido con lo instituyente).

Sin embargo, no podemos aspirar a rescatar para este estudio el contenido de lo cotidiano, que afecta a un contexto tan amplio, sino, más bien, a considerar su presencia como referente teórico y metodológico de relevancia. Así, puede y debe entenderse que la intención prioritaria, a pesar de englobarlo, va más allá del aterrizaje en la revisión de las prácticas de consumo cultural al uso; a las que, no obstante, se hace un acercamiento tímida-mente en el capítulo dedicado a la gente. Su visualización a través de los usos temporales, utilización de equipamientos culturales e incorporación de medios y recursos tecnológicos permite una aproximación a la revisión de las incertidumbres de la época ensombrecida que perciben de forma generalizada desde los pueblos. Y el propósito no es ni mucho menos el inventariado de preferencias, gustos o hábitos culturales de propios o ajenos atraídos por la *ruralía*.⁶ Lo cotidiano es lo que nos permite acercarnos a un análisis cultural pretendida y necesariamente contextualizado. Este posicionamiento ha condicionado la selección de contextos y voces que se han rescatado.

Voces y actores: contextos e informantes

En esta obra se materializan varios años de trabajo de campo en la comunidad autónoma aragonesa en torno a cuestiones siempre enclavadas en la esencia de los contextos rurales: la memoria, el patrimonio y las culturas rurales.⁷ En la selección de contextos y casos que se han incorporado se ha mantenido la pretensión de reunir espacios suficientemente heterogéneos como para juntar elementos variados en la reflexión, pero salvaguardando ciertas características compartidas, como la relativa lejanía geográfica o imaginaria del centro urbano (en cuanto foco habitual de consumo cultural) y la adscripción mayoritaria a esa denominada zona rural en el sentido en que se ha definido desde el lenguaje demográfico (menos de 2000 habitantes).

6 Desde un punto de vista cultural, «lo rural» no es una categoría analítica útil para clasificar y diferenciar procesos y realidades, sino más bien una etiqueta que ha quedado fuera de uso tal y como venía siendo definida y que hoy se construye vinculada a otros mecanismos.

7 Mención especial requiere la experiencia investigadora animada y premiada por el Consejo Económico y Social de Aragón, en su convocatoria de 2004, recogida bajo el título «Nuevos escenarios de consumo cultural para el fortalecimiento del capital social en Aragón» (Sanz Hernández [dir.]).

Una vez observada la significatividad de algunos contextos, atendiendo a procesos que aconsejaban la conveniencia de incorporarlos como espacios para considerar más en profundidad, se han seleccionado casos concretos; es decir, de los municipios que de una manera u otra se aventuraban en el montaje de esos nuevos escenarios culturales autodefinitorios, a sabiendas de que todos construyen dichos escenarios desde y con la consideración de los otros, y que posiblemente cualquier pueblo elegido podía haber sido igualmente relevante para este análisis. Las maneras de representarse no suelen ser únicas y las tendencias envolventes del tiempo presente homogeneizan procesos de tal manera que podemos decir que, a pesar de la distintividad de cada comunidad, se han podido recoger procesos que muestran recurrencias y tendencias similares que el envoltorio de la cartografía cultural actual impone. Lo institucional aglutina, lo cotidiano diversifica. Con esta ida y venida, recurrencia y particularidad, encuentros y desencuentros se ha construido el libro como un foro de fundición de subjetividades.⁸

Unido a este criterio de territorialidad va el de estratificación de niveles que abordar, imprescindible para no descuidar los dos objetos de atención que se han venido remarcando: lo institucional y lo cotidiano.⁹ En una exploración inicial se configuró una red de informantes con los que definitivamente se ha trabajado en profundidad: representantes políticos, expertos y profesionales, «líderes generadores de opinión», agentes asociados y «consumidores» (propios o ajenos a las localidades).¹⁰ Sus voces han

8 El concepto de *intersubjetividad* cobra centralidad. Se refiere a un proceso de interacción entre individuos. Es lo que delinea el campo de la cotidianidad, por un lado, y el fundamento que posibilita la existencia del modo de vida, por el otro. La intersubjetividad, como elemento de las representaciones colectivas, implica igualmente conocimiento compartido.

9 Las decisiones muestrales se han sustentado, pues, en dos dimensiones esenciales: la territorialidad, que obligaba a contemplar un elenco de contextos diversos y dispersos que posibilitaran el contraste analítico significativo (observando los criterios de heterogeneidad, distancia de focos urbanos, prenocimiento de la existencia de circunstancias relevantes en algunas ocasiones y accesibilidad) y la estratificación, que exigía la selección de una red de informantes relevantes por su vinculación a estratos de interés.

10 Se ha contactado con representantes políticos de las diferentes administraciones en las áreas de cultura, patrimonio y turismo: DGA, diputaciones provinciales, comarcas y ayuntamientos. Se ha entrevistado a profesionales de medios de comunicación (televisión locales, radio y prensa), instituciones educativas, y responsables de la Web, a representantes de asociaciones culturales, centros de estudios, y a expertos y técnicos en el área de cultura tanto de la Administración como del sector privado, así como a otros profesiona-

permitido entretejer especialmente los capítulos centrados en el papel de los diferentes actores y las principales dinámicas generadas: la Administración como mediadora, la mirada del experto, el papel de los medios y comunicadores, y, finalmente, el lugar de la gente.¹¹

Conceptos: culturas y territorios

Gran parte del territorio español es rural, otorgándosele dicho calificativo en cuanto espacio opuesto a lo urbano. Pero las connotaciones semánticas características de la noción de ruralidad se han visto modificadas conforme los aires de la modernidad barrían calles y plazas. No se enreda aquí en tamaña tarea, pero sí en la caracterización del proceso de reconstrucción de la ruralidad que hemos venido presenciando, y en la adquisición de las nuevas semánticas que emergen como consecuencia de la conjunción de muchos actores y factores. El proceso homogeneizador y colonizador de las culturas dominantes (generalmente modelos urbanos) va arrasando, dejando a su paso un paisaje cultural tradicional devastado cuya distintividad hay que preservar artificiosamente entre algodones en espacios contenedores de memoria y patrimonializadores de lo moribundo e inerte.

Es la centralidad del territorio en este análisis la que nos lleva precisamente a recurrir a la mencionada distinción de dos modos de enfocar este tema: el primero, referido al consumo cultural en los pueblos (en el sentido en que se viene utilizando en la literatura al uso); y el segundo, más relacionado con lo rural, su cultura y su patrimonio como mercancía cultural para consumo de los urbanos. El primero nos remite ineludible-

les de la industria cultural; además se dio entrada a varios artistas aragoneses. El listado de entidades e instituciones colaboradoras es largo e incluye a administraciones, asociaciones, museos, fundaciones, empresas privadas e informantes participantes. Es oportuno mostrar agradecimiento por la receptividad, por la respuesta afirmativa a la compleja, y algunas veces, comprometedora propuesta, y por la aportación continuada, a veces obstaculizada y muchas veces callada, a la «cultura» en los pueblos de Aragón.

11 La revisión de fuentes referidas a datos sobre el territorio aragonés, prensa y páginas web, así como la consulta a conocedores de diferentes ámbitos de las tres provincias, sobre todo del tejido asociativo, ha complementado la visión de los entrevistados, siempre plasmada de forma literal.

mente al imperialismo de la *cultura de masas*. Afirmar esto no es hacer «apología de la cultura dominante» u olvidar la ideología que la origina, sino reflexionar acerca de la necesidad de variar las preguntas que nos permitan comprender qué hace la gente con lo que escucha o lo que mira, con lo que lee o en lo que cree, y cómo el proceso de apropiación la transforma a ella misma y a su comunidad. Interesa comenzar a indagar esa otra cara de la comunicación que nos desvela los usos que la gente de los pueblos hace de los medios. La segunda acepción nos llevará al análisis de los usos que de los pueblos hace la gente que consume. Se trata igualmente de una tarea comprometida que no nos libra de incorporar, aunque sea sucintamente, guiños a una vieja reflexión, la que versa sobre la noción de *cultura*.

La riqueza y evasividad del propio concepto, tan complejo y dinámico, se encuentra en su más alto grado de indeterminabilidad. La resistencia a una definición unívoca de *cultura*¹² nos remite a una pluralidad de componentes semánticos que acentúan elementos interesantes que se irán desgranando a lo largo de la obra.

La cultura se nos muestra como un caleidoscópico envoltorio construido que retoma su propia herencia etimológica unas veces (cultivar: la alta cultura, las artes escénicas o el nivel de instrucción), que aporta referentes identitarios, que juega con las reglas dictadas desde instancias políticas y económicas, pero que en su cara más alejada de estas, si eso es posible, nos remite a la noción de *socialidad*.

Esta socialidad, como se tendrá ocasión de desvelar, asiste igualmente a una metamorfosis inspirada por nuevas manifestaciones de las relaciones en el seno de las comunidades ante la llegada de nuevos actores. El intercambio con personas de otros territorios, foráneos o no, inicia un proceso de autorreflexión interno ante la percepción de los usos que de sus territorios hacen diferentes tipos de personas: las de paso, los visitantes, o las que desean asentarse; dando origen a culturas cada vez más híbridas.

12 Estamos ante uno de los conceptos más ricos y polisémicos. En la Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales, celebrada en México en 1982, se definió de la siguiente manera: «La cultura hoy puede considerarse como el conjunto de aspectos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos, que caracterizan a una sociedad o a un grupo social. Así pues, engloba tanto a letras y artes como a modos de vida, derechos fundamentales del ser humano, sistemas de valores, tradiciones y creencias».

Lo relevante en este momento es destacar que la cultura es un elemento que define al individuo y a la comunidad y los determina como actores sociales, que les permite trascender y que, desde el punto de vista territorial, exhibe una múltiple funcionalidad y significatividad.

La conceptualización polisémica que impera en este texto es esencialmente la de la gente, es decir, la que muestra la realidad significada a través de los discursos orales y escritos que se han recogido de los diferentes actores. La cultura se define mediante las voces polifónicas de la red de informantes, y esa es una tarea obligada y una presencia más o menos visibilizada que impregnará con diferente intensidad todo el texto.

Así, la cultura parece conectar con el territorio dando pie a considerar sustancialmente los siguientes enfoques:

a) Por una parte se trata de un sector económico descubierto y emergente con capacidad de generar valor añadido; un valor añadido que para algunas comunidades se convierte en la esperanza de la continuidad comunitaria. En este sentido, esta dimensión activa una línea argumental central en esta obra que refuerza el criterio economicista: la cultura como producto de consumo. ¿Qué prácticas culturales de consumo se muestran en las localidades rurales aragonesas? ¿Persisten prácticas que no sean de consumo?

Se ha optado por partir de una definición de *consumo* como el «conjunto de procesos socioculturales en que se realizan la apropiación y los usos de los productos» (García Canclini, 1990). Según esta perspectiva, el consumo es comprendido, ante todo, por su racionalidad económica. De hecho, el componente económico y el discurso desarrollista van a aparecer de la mano en todos los escenarios culturales.

b) En segundo lugar, la producción simbólica se viene constituyendo como el ingrediente básico en los procesos de cohesión territorial al construir los sentimientos de identidad y pertenencia. ¿Hasta qué punto los nuevos escenarios culturales para consumo son capaces de impulsar nuevos marcos identitarios?

De este modo, se da entrada al componente identitario, sumándose a la acepción oficializada de *cultura* que suele brotar en primer lugar: la alta cultura, las artes escénicas o el nivel de instrucción. Se observa que, en un proceso dinámico de construcción social de las identidades y de redefinición de las propias culturas, se combina el pasado con el presente y el futuro, y se

hibridan al antojo de cada cual los diferentes niveles territoriales. Se aglutinan en las definiciones elementos como la historia en cuanto sustrato identitario; desde ese enfoque, la cultura puede entenderse como un legado en el que interviene la memoria (ficción y verdad). Se hace referencia a la huella cultural, que se percibe no solo en las cristalizaciones espaciales y paisajísticas en el territorio, sino también en las experiencias vividas en el transcurrir del tiempo que se comparte con ese deseo de perpetuidad. Y asistimos generalmente a la exaltación de un orgullo por la herencia adquirida como influjo, sin duda alguna, de la revalorización que los recursos patrimoniales están viviendo.

En el abordaje del consumo cultural desde una perspectiva antropológica se halla una rica veta para explicar transformaciones culturales y remarcar la importancia de los procesos de consumo para la constitución de identidades.

c) Finalmente, el acceso a la práctica y el consumo de cultura satisface unas demandas que van más allá de la mera ocupación del tiempo de ocio y que tiene que ver con la capacidad de desarrollo integral de las personas a través de sus elementos expresivos y comunicativos; es decir, tiene que ver con su calidad de vida y con el «habitar o visitar el pueblo», temática a la que se dedica el capítulo cinco. En él se aborda la noción de cultura en cuanto praxis, y como tal, la apertura a semánticas que se relacionan con el estar y el estar con otros, el hacer, el compartir o el comprometerse; porque quizás la cultura residual que queda alejada del consumo solo encuentre cobijo en la vida cotidiana..., o quizás ya nada quede a salvo del mercadeo cultural, el espectáculo y la simulación.

Concluyendo esta cuestión, la multiplicidad de definiciones que se van a encontrar permiten recopilar el sentido de «lo cultural» que versa sobre diversos elementos: identidad, memoria, pasado, historia, herencia, creación, crecimiento, simulación, espectáculo, intercambio y perpetuidad.

Para ver cómo se entremezclan todas estos aspectos recurrimos a múltiples ejemplos emanados y ensayados en un territorio concreto que muestra a su vez patrones recurrentes en todo el contexto rural español.

La comunidad autónoma de Aragón tiene una extensión de aproximadamente 47 700 km², repartidos entre sus tres provincias.¹³ La caracte-

13 De ellas, Zaragoza, con unos 17 300 km² (36,2%), es la más grande de todas, seguida de Huesca, con unos 15 600 km² (32,8%). Teruel, con 14 800 km² (31%) es la más pequeña y la menos poblada. El 92,10% de sus 730 municipios tienen menos de 2000 habitantes, y tan solo el 1,60% tienen categoría de ciudad.

terística fundamental de esta región es la despoblación extrema que se presenta en gran parte de su territorio,¹⁴ y la concentración puntual de los efectivos poblacionales en áreas muy reducidas: Solamente en la ciudad de Zaragoza vive algo más de la mitad de la población total de Aragón (51,12 %); y en las 12 localidades que tienen entidad urbana, el 68,10 %. En el resto del espacio encontramos valores de densidad de población de corte desértico, sobre todo en las provincias de Huesca y Teruel.¹⁵

Solo en Aragón, nos topamos con más de un millar de comunidades buscando alternativas de futuro en una comunidad en la que, si paseamos por alguno de los 139 pueblos donde no se superan los 100 habitantes, podremos sentir el pulso con el que la vida reta a la muerte.¹⁶ El resto pone en juego su capacidad de influencia política, su creatividad, sus redes sociales, su habilidad en la búsqueda de subvenciones, y escudriña entre su patrimonio, su cultura y su ruralidad.

Llegados a este punto, cabe preguntarse qué significa realmente ser una región eminentemente rural, cómo se está construyendo la ruralidad en el discurso político. No se pretende en estas líneas abordar el complejo tema de la conceptualización teórica de la *ruralía*, puesto que solamente este objetivo merece un análisis particular. Pero conviene incidir sobre algunas cuestiones que entendemos de capital trascendencia en tanto en cuanto el grueso de este estudio se centra sobre lo que las administraciones y los teóricos de diferentes disciplinas han denominado «medio rural».

14 La provincia de Zaragoza vuelve a encabezar la lista con una población de 897 350 habitantes, lo que, puesto en relación con su extensión, arroja un valor de densidad de 51,9 hab/km². En Huesca viven 212 901, lo que supone una densidad de 13,6 hab/km². Para Teruel, los valores son todavía más extremos. Con sus 139 333 habitantes y sus 9,4 hab/km², es, junto con Soria, la provincia más despoblada de toda España. En relación con el territorio español, y en términos porcentuales, los datos anteriores significan que en el 9,4 % de la superficie habita el 2,89 % de la población.

15 Se evidencia uno de los tópicos aragoneses: el peso específico de la capital autónoma es tal que, coloquialmente, y con cierto aire despectivo, se le conoce como «Zaragón».

16 Así pues, el 96,3 % de las entidades de población tienen menos de 2000 habitantes (el 21 % de la población habita en ellos, y bien podríamos sumarles el 13,4 % de la población que vive en entidades de entre 2001 y 10 000 habitantes); no obstante, el 65 % de las personas vive en municipios con una población superior a 10 000 habitantes. 1489 entidades se enmarcan en lo que desde los organismos estadísticos oficiales se ha denominado «zona rural», frente a 45 entidades ubicadas en la zona intermedia (entre 2001 y 10 000 habitantes) y 12 en zona urbana (por encima de los 10 000).

Es común en la Administración pública, que suele trabajar con valores estadísticos, que la ruralidad aparezca limitada a un mero indicador numérico y cuantitativo en función de la población y del territorio sobre el que esa población se asienta, con la particularidad de que la unidad mínima de análisis son los núcleos urbanos. Pero la frialdad de los números parece ser insuficiente para alcanzar un mínimo explicativo. La ruralidad es algo más que municipios de menos de 10 000 habitantes. Afecta también a las formas tradicionales de vida y producción, al complejo entramado de relaciones sociales que se generan en las aldeas y pueblos diseminados por el territorio, a sus culturas. Hace referencia igualmente al modo que tienen de verse y de entenderse las comunidades que desde una perspectiva exógena denominamos, a veces con carga peyorativa incluida, «medio rural». ¿Qué suele entenderse entonces por medio rural y qué tipo de discursos imperan? Los capítulos cinco y seis nos permitirán adentrarnos en las construcciones de la ruralidad esencialmente como mercancía cultural; ahora se muestran otros discursos que coexisten.

Que «el medio rural está en crisis profunda»¹⁷ parece una afirmación generalmente aceptada. De hecho, los propios políticos la emplean de forma asidua para referirse a la difícil coyuntura a la que se enfrentan las pequeñas localidades que humanizan las áreas interiores de las regiones españolas. Crisis que en Aragón alcanza su máxima expresión en la espinosa situación demográfica, pero que no significa exclusivamente eso. Hace también referencia a fragilidad de modelos sociales y económicos en franca reconfiguración; no solo a escala local, sino también global. Sugiere una excesiva dependencia de modos de producción basados en la ganadería y en la agricultura. Recoge el ánimo de la población local que, consciente de su escaso peso electoral, tiende a pensar que no existe; más aún si cabe cuando observa el ritmo con que se desarrolla la creación de las infraestructuras básicas de comunicación de las que se ha carecido y se sigue careciendo, y la dificultad de acceso a servicios básicos, incuestionables en una sociedad de bienestar.

Indica igualmente un desequilibrio territorial agudo,¹⁸ sin claros visos de solución a corto plazo, reflejado en la desigual distribución poblacional

17 Expresión manifestada por Marcelino Iglesias en una entrevista concedida a la revista *Terrarum* en su n.º 3.

18 La totalidad del territorio aragonés está considerado como zona rural frágil, según se desprende del informe Europa 2000+, a excepción del área metropolitana de Zaragoza, donde en un 5% del territorio vive el 53% de la población total aragonesa (*Terrarum*, n.º 4).

sobre el territorio y la concentración demográfica en pequeñas zonas muy concretas, con amplias áreas de vacío. Supone envejecimiento de la población, con dificultades serias de relevo generacional, lo que pone en peligro evidente la continuidad de la vida en muchos municipios.

La nómina de inconvenientes, sin ser exhaustiva, ya es numerosa. No se pretende con esto minimizar los valores positivos que conllevan vivir en el medio rural,¹⁹ pero sí indicar que, en todo caso, el optar por quedarse donde muchos se han ido es una cuestión de apuesta personal. Y esto es difícil que pueda ser expresado con un indicador numérico.

En los últimos años, el término ha ido ganando matices y significados positivos, no siendo ya tan patente el tono despectivo con el que muchas veces se ha hecho referencia al medio rural. Es curioso cómo con la mirada paternalista de la ciudad, que tiende a formarse una idea bucólica y romántica del campo, se ha ido moldeando una nueva valoración en función de la utilidad que para el *urbanita* tiene el medio no urbano.

Hemos dicho y seguiremos diciendo que nuestra prioridad son las personas que viven y trabajan en el medio rural, los hombres y mujeres que cultivan la tierra, los hombres y mujeres que acceden a los canales comerciales, los hombres y mujeres que hacen de la artesanía, del turismo, de la alimentación, del paisajismo, una oferta de calidad para las nuevas demandas de la sociedad urbana.²⁰

El medio rural, que necesita de forma obligada de políticas particulares de protección y desarrollo para intentar conseguir la difícil misión de su supervivencia, parece no tener más interés que el de servir de objeto de consumo en función de los intereses, gustos y preferencias del poblador urbano. Parece que ser región eminentemente rural no es, hoy por hoy, demasiado positivo.

Desde el punto de vista económico, esta región aparenta encontrarse en una situación muy beneficiosa dentro del contexto nacional si atendemos a su PIB per cápita. Sin embargo, este indicador resulta tremenda-

19 En opinión del director de la Agencia Europea de Medio Ambiente, Domingo Jiménez Beltrán, la vida en el campo y la posibilidad de disfrutar de grandes espacios abiertos será el lujo del futuro.

20 Cita de Fernando Moraleda Quílez, secretario general de Agricultura y Alimentación, del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, para la revista *Terrarum*, n.º 8.

mente engañoso, ya que su elevado valor obedece no tanto al volumen del producto interior bruto regional como al alto índice de despoblación. Desafortunadamente, ha sido este el utilizado en el reparto de los fondos estructurales y de cohesión de la Unión Europea, quedando, por lo tanto, el territorio aragonés fuera de los Objetivo Uno, a pesar de que su problemática territorial es, sin ninguna duda, una de las más acuciantes, no solo del territorio español. Paradojas de los números por las que el territorio más «necesitado» pasa a convertirse en una zona con índices de desarrollo por encima de la media nacional.

Administrativamente, el territorio, en una última búsqueda de soluciones al problema endémico de la falta, envejecimiento y concentración puntual de la población, se ha ordenado recientemente en 33 comarcas, lo que ha supuesto la necesidad de reordenamiento político, competencial e identitario.²¹

Los retos y pugnas están servidos: el territorio es el escenario; y la cultura, una de sus armas. Todo ello en un supuesto marco discursivo de *solidaridad territorial*²² tras el que se encuentra una jerarquización sentida.

Hoy las experiencias culturales han dejado de corresponder lineal y excluyentemente a los ámbitos y repertorios de las clases sociales, y tienen mucho que ver con espacios geográficos. Pensar críticamente sobre el desarrollo de prácticas culturales en contextos rurales significa, entre otras cosas, examinar cómo las ciudades han facilitado o se han opuesto al equipamiento de estos territorios, en suma, cómo las ciudades se relacionan con los pueblos.

21 A grandes rasgos se ajustan a la anterior distribución provincial, aunque cuatro de ellas, las que se encuentran en los límites provinciales entre Huesca y Zaragoza, se extienden por territorios de las dos provincias. Se trata este de un proceso inconcluso, y frenado en la actualidad, ya que todavía no se ha terminado de configurar como tal el entorno de la ciudad de Zaragoza, donde habitan más de 700 000 personas. Parece llamativo que en Zaragoza, donde radican los órganos políticos de la comunidad autónoma, donde habita más de la mitad de la población, en el entorno urbano aragonés por excelencia, sea donde con más fuerza se ha contestado el proceso. En la provincia zaragozana, la ruralidad se está construyendo recientemente a partir de una nueva noción: *el cuarto espacio*.

22 Según el *Diccionario* de la Real Academia de la Lengua, por *solidaridad* se puede entender la «adhesión circunstancial a la causa o empresa de otros». En la mayoría de ocasiones, su uso se asocia al ámbito de la política, la economía y el desarrollo, y parece hacer referencia a la asistencia recíproca y el auxilio económico por parte de las regiones más ricas y favorecidas para con las más deprimidas o perjudicadas a través de una redistribución diferencial de los ingresos derivados de los impuestos y contribuciones en el marco de una hacienda común. Sin embargo, puede y debe hacerse extensiva la significación de la expresión, aproximándola a lo que algunos autores denominan *equidad social interterritorial*.

I

HACER Y CONSUMIR CULTURA:
ACTORES Y PROCESOS

ADMINISTRACIONES, MEDIACIONES Y POLÍTICAS CULTURALES

Tiende a pensarse que la gran mayoría de manifestaciones del «fenómeno cultural» proviene del ámbito urbano y que, como experiencias, no se pueden extrapolar al medio rural sin realizar un ejercicio de adaptación poco satisfactorio. La «cultura» se comenzó a recluir y producir en las urbes, y así se empezó a asumir que la cultura era y es un fenómeno eminentemente urbano, y en cierta forma, y atendiendo a algunos parámetros, es absolutamente cierto. De hecho, el hacer y el consumir en el medio rural se ha ido reconfigurando poco a poco en prácticas extrañas basadas en la importación de modelos vigentes en las ciudades, donde todo ocurre y cambia muy deprisa, y en las influencias de los medios de comunicación de masas, que tienden a uniformizar y a globalizar las manifestaciones culturales. No se pretende con esto negar, ni tan siquiera minimizar, la importancia y la trascendencia de las culturas locales. Más bien al contrario. En un contexto, perpetuo ya, de crisis profunda del medio rural, y de necesidades reales de encontrar fórmulas nominadas de *desarrollo sostenible*, es probable que en estos modelos culturales, en el hacer propio de las comunidades rurales, podamos encontrar alternativas operativas y viables que supongan la génesis de proyectos y actuaciones que eviten la imposición sistemática de modelos extrapolados y poco eficaces por su «extrañeza». El campo sigue mirando a la ciudad desde la distancia, con inquietud en unos casos, con indiferencia en otros, las más de las veces con expectación. Existe una distancia que cada día es más salvable, real y virtualmen-

te, y que posibilita la aproximación a sus fenómenos de manera «cuasi» directa. Sin embargo, cabe preguntarse cómo mira la ciudad al campo, si es que realmente esto ocurre. Nos referimos a la ciudad como espacio natural donde habitan las grandes estructuras del poder público, los grandes mediadores, que por otra parte deben administrar los intereses y las necesidades de aquellos a los que no miran ni (re)conocen. Van a ir apareciendo en este capítulo diversos actores: la Administración, los expertos, las asociaciones y la propia gente. Con ellos saldrán a la superficie procesos de *mediación*.¹ Este último concepto nos remite al «actuar» entre dos partes; implica «existir o estar una cosa en medio de otras» y, consecuentemente, advierte de que la neutralidad de la mediación o del mediador es una falacia. Empecemos observando la mediación política y de las estructuras administrativas.

Hablar de cultura vinculando el concepto al escenario político y, por consiguiente, a los diferentes niveles de la Administración, nos remite a otro concepto igualmente complejo: *política cultural*. El asunto de las políticas culturales es un tema muy controvertido para los que se atreven a abordarlo a partir de sus actores; en parte por el temor que despierta entre algunos técnicos hablar de ello sin el consentimiento del político de turno, en parte por el desconocimiento e indiferencia que trasladan algunos políticos. De modo que, escuchando a diferentes entrevistados puede llegarse a pensar que lo de la política cultural es un concepto que no va con determinados lugares, y mucho menos tiene que ver con el medio rural. Cuando se empieza por aquí puede sentirse la tentación de claudicar ante una realidad que, siempre en la confidencialidad, se le descubre al investigador inicialmente insufrible, ¡tales tintes de desaliento y de negación se transmiten...! Negación, reducción e indiferencia, tanta más cuanto más pequeña es la comunidad.

Aquí no hay demanda de nada. Con esa demanda, el Ayuntamiento, ¿qué va a organizar? Si se organiza el matadero y están los del pueblo, y si hace frío, ni aun esos, no salen de casa. Y los que vienen de fuera vienen a estar tranquilitos, que nadie les moleste. Si es época de rebollones, van a por rebollones; si es época de setas, a por setas; si es verano, pues a estar fresquito, y nada más.

1 El concepto nos remite al «actuar» entre dos partes, lo que implica la coexistencia de tres elementos diferenciados en un proceso cuya estructura se asimila al proceso comunicativo, pero incorporando una dimensión: la relación indirecta o mediatizada entre las dos partes implicadas.

No hay ningún tipo de demanda; o si la hay, automáticamente es abortiva, porque es para unos días, y hasta el año que viene en agosto no se acuerda nadie de esa demanda. (Alcalde)²

Las primeras conversaciones con alcaldes de los pueblos pequeños y otros representantes políticos abocan a la negatividad; poco a poco se sustituye esa actitud contagiosa por la reflexión crítica, por la búsqueda de voces disonantes que hablen sobre el papel que como mediador está desempeñando la Administración. Pueden encontrarse actitudes múltiples ante la cultura que difícilmente se distancian de la percepción del posicionamiento de las comunidades en el territorio ante el futuro. Así, las palabras de los interlocutores inspiran en este punto tres temas iniciales, tres incertidumbres: la significación atribuida a la cultura, la legitimación del intervencionismo y los usos perversos e interesados de la cultura.

1.1. Cultura visible, cultura significada

La conceptualización de la cultura que surge obtiene su forma inicial a partir de la variedad de ámbitos con relación a los cuales se ha constituido. En medio de este turbulento ensanchamiento y contracción de la noción de cultura se integran formas diversas atendiendo a criterios no bien definidos e intereses no muy bien identificados.

La primera incertidumbre surge, como no podía ser de otra manera, cuando se analiza la esencia misma del término *política cultural*. No es este el apartado más idóneo para entrar en disquisiciones filosóficas acerca de la definición de cultura, no se ha hecho y tampoco se retoma esa tarea en este momento, pero lo que resulta indudable es que, si se ha aceptado y reivindicado que la Administración debe desempeñar el papel de mediador e impulsor de la cultura, hay que continuar en esta línea. Es decir, debe entenderse que para que la Administración pueda realizar «políticas y líneas de intervención cultural» lo primero, que no lo único, es interrogarse sobre la propia significación de la cultura.

2 Todos los textos etnográficos que se reproducen a lo largo de esta obra incorporan una breve referencia acerca del informante; la estrictamente necesaria para ubicar el papel del interlocutor en cuanto que actor cultural.

Es que las instituciones son personas, y esas personas, realmente, ¿saben de lo que están hablando y saben realmente lo que están haciendo? Sea cultura, sea economía, sea medioambiente. Me da igual. Mi experiencia me dice que no. (Ex político)

Pero no nos hemos parado a pensar, y sobre todo los políticos. Los políticos no saben lo que es la cultura y lamento decirlo, pero es así. Es mi opinión. (Técnico)

Evidentemente, no se trata de una decisión libre. Más bien al contrario. A la hora de plantearse un marco conceptual sobre el *qué intervenir* a través de programas de desarrollo político, una administración se encuentra totalmente mediatizada por una multitud de elementos que establecen una red de tensiones que hay que gestionar con destreza para alcanzar puntos de equilibrio y estabilidad. La multiplicidad de actores que se presentan en un escenario determinado condiciona un marco de interacción estratégica particular al que debe adaptarse y, en algunos casos, con más frecuencia de la deseable, doblegarse la Administración. La relación con otras entidades del sector público, con los sectores privados de prestación de servicios o productos propios y de gestión de proyectos y con el sector sin ánimo de lucro como las asociaciones y fundaciones es un tema esencial en la actualidad, ya que cada día con más frecuencia es necesaria y valorada socialmente dicha colaboración para el desarrollo eficaz de proyectos de interés general. Pero al margen de estas presiones desorientadoras, se carece de una reflexión que gire en torno a la cultura en nuestro contexto político. Obviamente no puede negarse la existencia de políticas culturales y, por lo tanto, de mediaciones desde la Administración. Pero el grado de desestructuración y descoordinación entre los discursos de los diferentes niveles políticos y administrativos es tal que la cultura se queda difuminada, enmascarada; ensalzada otras veces. Se queda sometida siempre a los vaivenes de los vientos políticos y a la voluntad e inspiración de las diferentes administraciones territoriales.

No hay mejor manera de profundizar en el significado de lo que la cultura es para la Administración que analizar su relación con ella: reparatos y pugnas competenciales, productos diseñados, inversiones realizadas, recursos destinados o espacios construidos. Y todo ello atendiendo a los diferentes niveles administrativos que en mayor medida se dejan sentir en los pueblos más pequeños.

1.1.1. Repartos y pugnas competenciales

A tenor de lo que han supuesto los últimos treinta años de *intervención en materia cultural*, y de las propias palabras de los técnicos entrevistados, es fácilmente comprensible que uno de los principales obstáculos a los que se enfrentan los expertos y la propia acción cultural mediadora es la indefinición, o mejor dicho, la falta de precisión en el marco competencial.

Es la propia Constitución Española la que indica, tanto en su artículo 44.1 como en el 46, que, en materia cultural, los poderes públicos tienen la obligación de intervenir para promover y tutelar el acceso de los ciudadanos a la cultura, y de garantizar la conservación y el enriquecimiento del patrimonio histórico, cultural y artístico de los pueblos de España. Así, la cultura se configura como un derecho esencial que debe ser garantizado mediante la intervención directa por los poderes públicos. Pero ¿qué administración debe intervenir en cada caso y en qué medida? En opinión de López de Aguilera (2000), resulta muy complicado determinar qué competencias son exclusivas de cada nivel administrativo; más aún si cabe para los pequeños municipios, que normalmente están superditados a instancias administrativas superiores. Por ello, y por la particularidad de la cultura, que es una materia imposible de definir exactamente: no es inusual encontrar casos de competencias compartidas y concurrentes. Pero este «todos pueden todo», que a priori puede interpretarse como un factor positivo, puede convertirse en un «nadie se compromete a nada».

A nivel general, el Estado español está compuesto por tres administraciones cuya autonomía viene garantizada por la propia constitución: Administración central del Estado, Administración autonómica y Administración local (ayuntamientos, comarcas y diputaciones).³

3 El artículo 148 de la Constitución Española recoge el listado de competencias que pueden ser asumidas por las comunidades autónomas, y entre ellas destacan, en relación con la cultura, aquellas que se encuentran entre la 14 y la 17. Por su parte, el artículo 149 dispone aquellas materias que serán competencia de la Administración central, que en materia de cultura giran, sobre todo, alrededor de los derechos de propiedad intelectual y de la defensa patrimonial contra la exportación y el expolio, sin olvidar que se recoge una nueva referencia a la obligación del Estado de considerar la cultura como deber y atribución esencial. En lo que respecta a la Administración local, la constitución, realmente, lo que garantiza es su autonomía funcional y su personalidad jurídica, teniendo que atender a la Ley Reguladora de las Bases de Régimen Local, en concreto a sus artículos 25 y 26, para encontrar referencias específicas, aunque muy vagas.

Como principio fundamental de actuación, la subsidiariedad⁴ es el comúnmente aceptado dentro de la organización de la Administración pública. Por lo tanto, y desde este discurso, parece lógico pensar que debe ser la Administración local en general, y los municipios en particular, la promotora fundamental de las actividades en materia de cultura. Sin embargo, la realidad ofrece continuos ejemplos de iniciativas de intervención cultural cuya responsabilidad y competencia residen en instancias relativamente alejadas del ciudadano. ¿Alguien se ha preguntado qué tipo de apropiación de los productos generados se produce a partir de la política del 1 % cultural?

En el entorno aragonés, la realidad demográfica —particularmente crítica desde hace ya unos años— ha configurado un mapa de municipios con preponderancia de los de reducido tamaño, con escasa capacidad de financiación y gestión. Es en estas localidades donde la intervención directa en cultura, al igual que ocurre con otras áreas socioeconómicas, se revela tremendamente dificultosa; primero, por presentarse abundantes carencias y necesidades, y segundo, por no contar ni con presupuesto ni con personal con la suficiente cualificación técnica para impulsar medidas de actuación.

Con este panorama, las diputaciones provinciales han tenido un papel trascendental en el desarrollo autónomo de las competencias locales, que está redibujándose con el proceso de comarcalización. Las consiguientes disfuncionalidades que todo ajuste requiere se plasman en las manifestaciones del personal de todos los niveles (ya sea el político, ya sea el técnico), sobre todo desde las diputaciones provinciales.

El traslado de competencias a las comarcas lo acaba de complicar todo; veinte años de trabajo tirado, veinte años que DGA no ha hecho nada, y ahora les pasa las competencias a las comarcas. Es una vergüenza, el poco dinero que había para cultura se difumina... (Técnico)

En principio, las hasta ahora instancias locales de segundo nivel no han tenido ni tienen competencias exclusivas, y se configuran como elementos de apoyo y orientación funcional para los municipios con la misión de servir de agentes de coordinación de actividad intermunicipal,

4 Este principio viene a significar, en palabras de Jordi Font (2002: 23), «que ningún servicio público que pueda residir en un nivel cercano de la administración debe quedar en otro más lejano por razones de eficiencia y control democrático».

de asesoría y cooperación jurídica, técnica y económica, de prestación de servicios supramunicipales, además de garantes de la puesta en marcha de servicios mínimos de competencia municipal. En otras palabras, gracias a las diputaciones provinciales se puede conseguir la recepción generalizada de competencias delegadas por parte de los municipios, aun por los más pequeños y con menor capacidad de inversión y gestión. La amplia trayectoria de estas instituciones como actores socioculturales ha generado dinámicas e inercias de funcionamiento, criticables y mejorables seguramente, pero operativas, aunque sea gracias al método de ensayo-error. Sin embargo, la nueva realidad administrativa del territorio aragonés, y su reordenación en comarcas, ha generado una crisis dentro del panorama de la intervención pública.

Hablan de las comarcas como si fueran enemigos, y así no se puede hacer nada. (Técnico, Diputación Provincial)

Oportuna es ahora una referencia casi tópica pero recurrida igualmente para justificar esta nueva ordenación territorial aragonesa, cimentada sobre la noción de comarca. Se resalta que uno de los problemas más graves a los que se enfrenta la comunidad autónoma de Aragón está relacionado con la escasa y envejecida población que habita en sus pueblos. La emigración continua sufrida sobre todo desde la década de los sesenta del pasado siglo XX ha colocado a grandes áreas aragonesas en situación crítica, peligrando incluso la subsistencia de muchos de los ayuntamientos a corto y medio plazo. Las políticas de ordenación territorial llevadas a cabo durante la década de los noventa se han centrado sobre todo en intentar paliar el vacío poblacional de gran parte del territorio, buscando alternativas viables para conseguir fijar población y garantizar la subsistencia de los pueblos. De hecho, a partir de la aprobación del Plan de Política Demográfica, en los últimos años se ha detectado que «en Aragón existen 422 municipios en fase terminal, y la supervivencia a medio plazo para ocho de cada diez de ellos está en peligro por el agotamiento de la población».⁵ Pero parece ingenuo pensar que los esfuerzos que se puedan realizar en los próximos años logren invertir tendencias de largo recorrido y desatenciones seculares que han dejado profundas heridas. Es más, la realidad actual

5 Cortes Generales. Diario de sesiones del Senado del lunes, 14 de marzo de 2005.

de bastantes municipios es tan deprimida que es difícil no pensar que se ha superado el umbral de no retorno, y que son localidades abandonadas a su suerte por muchos esfuerzos administrativos que se efectúen. Posiblemente sean estos los municipios que alimentan la temida «lista negra» de la política de ordenación del territorio aragonés.

El proceso de comarcalización⁶ ha caracterizado los últimos años de la política de ordenación territorial. Recientemente se está planteando una segunda ley de medidas comarcalizadoras, aunque su promulgación no se pretende inmediata, ya que en este momento, a juicio del propio Gobierno de Aragón, procede una parada técnica en el proceso para poder analizar y evaluar hasta dónde se ha llegado. Parada técnica que parece obede-

6 Hablar de comarcas en Aragón no es nuevo. Ya en 1923, en el Proyecto de Bases para un Estatuto de la Región Aragonesa, se planteaba la posibilidad de su creación. Posibilidad que ha sido recurrentemente mencionada en todos los documentos que pueden considerarse precedentes de nuestro estatuto actual, hasta plasmarse en el Estatuto de Autonomía de 1982. Con posterioridad, la Ley 10/1993, de 4 de noviembre, de Comarcalización de Aragón, postuló su marco general de organización. En su preámbulo, se define en cierta medida el porqué de la construcción de la nueva realidad administrativa. Llama la atención la rotundidad con la que en este preámbulo se reconoce la existencia histórica de comarcas aragonesas. Es posible que determinados territorios aragoneses, en su devenir, hayan creado redes de relación, más o menos estables y fuertes, pero, en ningún caso, es un fenómeno que se pueda hacer extensible a la totalidad del espacio aragonés y de manera perenne. Es más, ha sido en los últimos años, con los críticos problemas demográficos, cuando muchos municipios han generado sistemas de relación con otros vecinos para la satisfacción conjunta y mancomunada de necesidades de servicios básicos. Estas mancomunidades de servicios han sido absorbidas por las comarcas, generando de inicio el núcleo de intervención y de personal de la mayoría de ellas. Pero la prestación de servicios de forma conjunta no quiere decir que exista una conciencia e identidad comarcal. Es más, a juicio de algunos investigadores, esta aparente imposición ha generado como contrapunto una acentuación de posicionamientos localistas. Con la Ley 8/1996, de 2 de diciembre, se estableció el mapa comarcal de Aragón, asignando municipios a cada una de las 33 que se consideraron inicialmente. Con ello se había conseguido definir y poner en relación el marco normativo y el territorial. Hay que indicar que de la primera propuesta comarcalizadora a la última hay cierta diferencia, motivada en parte por las discrepancias de algunas localidades en relación con la comarca a la que le había tocado pertenecer. La reubicación llevó su tiempo y esfuerzo. Por fin, con la Ley 23/2001 de Medidas de Comarcalización se completó el marco general de la Ley de Comarcalización, y se atribuyeron competencias concretas a las comarcas. Competencias que plasmaban un segundo nivel de descentralización con transferencias efectivas acordadas por las Comisiones Mixtas de Transferencia y que vienen descritas en los Decretos de transferencia de funciones y traspaso de servicios de la Administración de la comunidad autónoma de Aragón a las comarcas.

cer también a la falta de capacidad de los entes comarcales para asumir unas delegaciones que les han venido demasiado deprisa.⁷

Parecen evidenciarse, pues, dos ritmos diferentes a la hora de hacer comarca. El primero, más lento, coincide con la normalización del proceso de competencias transferidas y la delimitación comarcal, y un segundo, frenético, afecta a la transferencia formal de competencias a los entes comarcales. Por su parte, estos también han tenido pulsos diferenciales a la hora de constituirse,⁸ y en la actualidad están desarrollados de manera muy desigual, siendo los primeros en embarcarse en la aventura comarcal los que en mejor posición están para intentar gestionar las transferencias que se les avecinan, recogidas en el artículo 5 de la Ley 23/2001; entre sus competencias se incorporan las que especialmente nos incumben ahora: cultura, patrimonio cultural y tradiciones populares, y promoción del turismo.⁹ Esta incorporación ha generado la proliferación de pugnas competenciales y la explicitación de la inexistencia de cooperación tanto entre las administraciones como dentro de estas entre sus diferentes niveles.

Hay algo que yo no sé si es inevitable, pero que... y es un juicio de valor, que son las capillitas: aquí cada uno nos montamos nuestro chiringuito, les ponemos marca de coto, siete candados; y con el de al lado, ni agua. (Político)

7 En palabras de un representante político, «Hacía falta un parar y evaluar. El proceso de comarcalización [...] en algunos momentos iba demasiado rápido, algunas transferencias se hicieron muy rápidas, yo podría decir que de forma precipitada. [...]. Tardamos muchos años en poner el proceso en funcionamiento. [...]. Se estuvo hablando en Aragón, desde el año 1982 [...] hasta el año 1993, en el que arranca la primera Ley [...] y hasta la constitución de las comarcas, siguen pasando muchos años. Pero afortunadamente, en el año 2000, más o menos, es cuando ya se empiezan a dar los pasos en el territorio con las comarcas. [...]. El balance es positivo [...], hay que hacer un parón obligado [...] porque hay excesos en muchas comarcas, y hay cosas que se deben corregir porque en algunos sitios funciona para vertebrar los partidos en el territorio». (Diario de sesiones del Senado).

8 Indicaremos que entre la primera comarca con decreto de transferencia, la comarca del Aranda, y la última, la comarca del Jiloca, median aproximadamente veintiocho meses.

9 Es curiosa y paradójica la ya tradicional división y separación entre cultura y patrimonio en los organigramas funcionales de la Administración aragonesa. Pero todavía resulta más «pintoresca» la aparición de una subcategoría denominada «tradiciones populares», que aparentemente no forma parte de lo que el ente comarcal (o sus ideólogos) denomina como «cultura».

La falta de cooperación es un lastre. Y en la Administración pública ya... Uno, en su empresa privada, puede trabajar en red o no; el privado hace lo que quiere, pero la Administración pública... ¡Qué el dato al uso en una administración no se tenga en la vecina, mediando un tabique...! Deben pensar: «Yo, como soy el único de tal partido, me quedo con mi concejalía y aquí me hago fuerte y la utilizo para promoción». Se puede cooperar, pero como uno lo lleva el PP y otro el PAR y otro el PSOE... no se hace nada a medias. Eso es grave y hay que romper esa barrera, porque, además, no se rentabilizan los recursos. (Técnico)

1.1.2. Productos e inversiones

La especificidad del medio rural impide hablar propiamente de políticas culturales locales debido fundamentalmente a la extrema debilidad de los municipios, que son los que realmente tienen las competencias y la autonomía funcional teórica para *intervenir*. Las únicas instituciones que podrían acometer semejante labor en la mayoría de las comunidades autónomas españolas son los gobiernos regionales. En muchos de ellos todavía se arrastran déficits históricos de gran trascendencia en materia de conceptualización e intervención cultural, y aunque la cuestión es de capital importancia, la labor de los gobiernos autonómicos y sus parlamentos, la mayoría de veces, se centra en cuestiones muy llamativas pero poco resolutivas para el precario panorama cultural de los espacios rurales. Muy llamativas porque el gran peso del debate lo acaparan las obras y los proyectos emblemáticos, de gran peso mediático y de imagen, que en todo caso atañen fundamentalmente a la ciudad y al entorno de la capital autonómica,¹⁰ o que se plantean como carta de presentación y posicionamiento de la región dentro del panorama cultural nacional e incluso internacional. Sin embargo, las iniciativas de intervención de la Administración pública desde este nivel poco atienden a los territorios menos poblados, a la realidad micro, a lo popular y rural (o al menos no lo hacen superando el folklorismo).¹¹

10 En el caso concreto de Aragón, podemos citar ejemplos que van desde el desafortunado teatro Fleta, el Espacio Goya, el Museo de Arte Contemporáneo de Huesca, la recuperación de la cúpula *Regina Martyrum* del Pilar de Zaragoza, la Comisión IV Centenario de *El Quijote* hasta los parques culturales o los Festivales de Aragón, por ejemplo.

11 En este sentido, podría recordarse el proverbio alemán: mira las estrellas, pero no te olvides de encender la lumbre del hogar.

La satisfacción de las necesidades culturales más cotidianas forma parte de los objetivos de las políticas animadas desde otros niveles administrativos, como diputaciones provinciales, comarcas, ayuntamientos u otras estructuras de más reciente creación, como son los grupos de acción local. De entre todas ellas, la mayor parte del producto e inversión cultural que se produce en la mayoría de pueblos proviene, o hasta hace bien poco así ha sido, de las diputaciones provinciales,¹² y a menudo la oferta se presenta bajo las denominadas «campañas culturales». Estas son consideradas por esta administración como el instrumento básico para poner en marcha acciones destinadas a la difusión cultural dentro del ámbito provincial. En líneas generales, son un programa de subvenciones a actividades determinadas en una oferta mayoritariamente cerrada desde el momento en que se diseña un catálogo; con este sistema, la capacidad de elección del municipio es muy reducida, la oferta suele ser muy dirigida, olvidando a menudo gustos y colectivos específicos,¹³ y además se incurre en una discriminación para todo aquel «productor» que no figure dentro del catálogo.

12 Cabe mencionar que la heterogeneidad de los datos manejados es tal que se hace prácticamente imposible poder establecer comparaciones tanto en lo que se refiere a su organización y funcionamiento interno, a las competencias autoatribuidas y a la dotación, como a las inversiones y los programas ejecutados. Además, conviene también indicar que, debido a la compartimentación funcional de las administraciones públicas, y a la indefinición conceptual que, como ya hemos indicado anteriormente, caracteriza a las políticas culturales, es complejo valorar íntegramente la cuantía económica que los organismos públicos a este nivel dedican a la financiación cultural.

13 Por ejemplo, observando las 110 propuestas recogidas en el catálogo de la campaña cultural de 2005 de la provincia de Teruel, se observa la escasa presencia de propuestas en algunas de las categorías, mientras que en otras la oferta es proporcionalmente exagerada. Nos referimos sobre todo a los grupos folklóricos (24%) y las bandas musicales y corales (32%), por exceso, y a los grupos de pop-rock, las exposiciones o los audiovisuales por defecto (representando cada uno el 1% de las propuestas). A lo anterior se une la circunstancia de que la práctica totalidad de los grupos presentes en el catálogo sean de la provincia. Por un lado está el interés de la Administración pública en promocionar la creación cultural local, en este caso a través de un mal entendido proteccionismo en la oferta, que condiciona que tal vez no haya suficientes alternativas locales como para configurar un catálogo atractivo, sobre todo en algunas categorías muy específicas. Por otro, aparece el gusto de los potenciales consumidores, que en un porcentaje muy alto responden al mismo perfil cultural. A pesar de todo, lo que es evidente es que la oferta de la Campaña Cultural 2005 excluye prácticamente los estilos artísticos más del gusto de los jóvenes, y se centra de manera obsesiva en las preferencias de la población de mayor edad, pareciendo más bien un catálogo pensado para cubrir las necesidades de las fiestas patronales: jotas y algún espectáculo de pequeño formato para rellenar los huecos programáticos.

Otra destacada línea de intervención de las diputaciones provinciales en política cultural y su labor de fomento y coordinación se centra en una gran cantidad de programas de difusión cultural a través de las itinerancias de las exposiciones de producción propia, aprovechando el trabajo realizado por centros y organizaciones culturales dependientes (es el caso de los centros de estudios territoriales, que emergieron, sobre todo, durante la década de los setenta y ochenta y a los que se dedica otro apartado). Esta labor complementa otras iniciativas de democratización cultural basadas en el otorgamiento de subvenciones puntuales a los municipios de la provincia, y significa una apuesta importante en tanto en cuanto lleva parejo el trabajo de acondicionamiento de bibliotecas o salas expositivas de titularidad municipal. Otra de las grandes líneas, esta vez orientada hacia la promoción turística, es la organización de festivales, participando de esta forma de la general «festivalitis» que se evidencia tanto a nivel nacional como internacional.¹⁴ Sin embargo, esta fórmula, que hasta la fecha parece haber dado buen resultado, comienza a mostrar síntomas de agotamiento. La creciente competencia y las continuas necesidades de reestructuración y redefinición para resaltar productos originales y atractivos suponen un condicionante para la continuidad de muchos de estos eventos, que va a requerir altas dosis de creatividad para garantizar su supervivencia.

No cabe duda de que las diputaciones provinciales han tenido un papel trascendental a nivel provincial en todos los sentidos, a pesar de sus limitadas competencias, debido a las expectativas que debían satisfacer. Un papel que les ha dado un gran protagonismo y poder, y que en momentos de rees-

14 Sirva como ejemplo el caso de Huesca, que cuenta con un activo medioambiental de primera categoría, lo que ha supuesto un desarrollo del fenómeno turístico desde hace décadas. Como refuerzo, y también complementando la oferta ofrecida desde el Gobierno de Aragón con sus Festivales de Aragón, la Diputación Provincial de Huesca, al margen de participar activamente en la financiación de un número elevado de festivales oscenses de organización externa, ha puesto en marcha desde el año 1992 dos festivales de gran trascendencia (XII Festival Internacional en el Camino de Santiago y XII Festival Internacional de las Culturas. Pirineos Sur), orientados a fomentar esta actividad de gran impacto socioeconómico en la provincia, por medio de la creación de una oferta específica y diferenciada dentro del ámbito artístico-cultural. Presencia que se vio incrementada en el año 2005 con la inauguración del festival En la Línea y el Mercado de la Música en Aragón, desarrollados en la localidad de Fraga a mediados de mayo.

tructuración territorial y administrativa se ven obligados a reivindicar.¹⁵ Seguras de la legitimación de sus intervenciones por la debilidad municipal generalizada, las diputaciones provinciales se han convertido en la ins-

15 En el caso aragonés, un ejemplo paradigmático es el de la Diputación Provincial de Zaragoza, que quizás sea la organización que, a nivel cultural, tenga más «competidores». En primer lugar, porque la intervención directa del Gobierno de Aragón tiene como escenario fundamental la ciudad de Zaragoza; esta oferta se suma a la que el propio Ayuntamiento considera oportuno establecer en virtud de sus competencias naturales en materia de cultura. Además hay que tener en cuenta que las entidades bancarias y asociaciones importantes también ofrecen un amplio abanico de actividades culturales a través de sus centros culturales y sociales, como fórmula de posicionamiento social y de promoción empresarial. Si bien toda esta amalgama de oferta supone un beneficio real para el habitante urbano, genera una competencia de escala entre organizaciones que, siempre teniendo en cuenta los potenciales beneficios que supone la propaganda donde vive la mitad de la población aragonesa, desestima el entorno rural como campo de operaciones. Conocida es la frase que reza: Zaragoza contra Aragón. En el ámbito cultural, el tópico también parece cumplirse. En el entorno político, la competencia también es elevada. La concentración en la capital del organismo administrativo autonómico, del provincial y del municipal genera tensiones funcionales que se deben superar a través de ejercicios de coordinación. Esto sin contar con que todavía no se ha puesto efectivamente en marcha la comarca de Zaragoza. En este marco hay que incorporar la intervención cultural de la DPZ, y su «producto» con mayor carga diferencial: el Cuarto Espacio. Esta nueva oferta, cargada de valor simbólico ya en su propia denominación, parece ser su apuesta en el pulso por la consecución de nuevas parcelas de poder o el mantenimiento de las tradicionales que se han establecido entre las entidades locales de segundo y tercer orden a raíz del desarrollo de la comarcalización aragonesa. Los municipios no han dejado de reclamar una presencia que consideran insuficiente. Las ideas fundamentales se centran en que los problemas de desarrollo socioeconómico que han arrastrado las áreas rurales en buena parte de España se han agravado en la provincia de Zaragoza «por la fortísima impronta de la metrópoli». Y, aunque se reconoce que las dificultades son esencialmente compartidas por las provincias de Huesca y de Teruel, se destaca desde la DPZ que ellas sí se han beneficiado de un plus de inversión y de atención de los poderes públicos «como efecto multiplicador». La importancia del concepto reside en la reivindicación del lugar que tiene el medio rural aragonés per se, y no a costa de la referencia de la ciudad. Se pretende que Zaragoza sea conocida y abordada en su totalidad, en su complejidad y en su globalidad como territorio. En virtud de esta situación se destaca el «uso» de este término que es tomado en cuenta en la programación Cultural de la DPZ a través del programa Cuarto Espacio Joven, que permite aglutinar un conjunto de actividades vinculadas a la juventud de los pueblos de la provincia. Llama poderosamente la atención que, estando inmersos en un proceso de transferencia competencial a las recién creadas comarcas, la DPZ se embarque unilateralmente en un proyecto centrado en materia de competencia comarcal y municipal. Bien es cierto que la comarca de Zaragoza, por los problemas territoriales que arrastra, es la única de estas entidades que todavía no se ha constituido en Aragón y que, aun cuando lo haga en un futuro próximo, no será sin mediar un desarrollo complicado de configuración. Pero también lo es que desde la propia DPZ se amplifican voces que discrepan del proceso seguido en la comarcalización aragonesa. Tal vez porque en él se advierte el menoscabo de funciones y competencias que

tancia más próxima encargada de la difusión de las actividades culturales y de la conservación de elementos patrimoniales. De hecho, muchos ayuntamientos han «delegado» tácitamente esta competencia con la seguridad de que esta especie de gestión externa es, con toda seguridad, un mal menor. «La diputación es el ayuntamiento de ayuntamientos». La intervención cultural en una amalgama variopinta de ámbitos ha significado la casi usurpación de las competencias, quedando muchos municipios como correas trasmisoras de las líneas de intervención que la diputación ha establecido según unos criterios no siempre consensuados. No quiere decir que los ayuntamientos no intervengan en el proceso, pero sí que este está muy constreñido a la interpretación de la diputación. Es posible buscar la justificación en la extrema incapacidad de muchos ayuntamientos en los que ni los recursos económicos ni los humanos son suficientes para satisfacer sus necesidades ordinarias. Pero no es menos cierto que las fórmulas empleadas tampoco son las más adecuadas. Esto se hace especialmente patente en proyectos de intervención sobre determinados equipamientos culturales y bienes patrimoniales de potencialidad turística. En algunos casos, estas intervenciones han generado desarreglos aparentes, quedando determinados servicios bajo la titularidad de la Diputación, aun radicando en ayuntamientos concretos con teórica autonomía para su gestión. El por qué se ha decidido intervenir de manera notable sobre unos ayuntamientos y no sobre otros también merece una explicación. A pesar de que a nivel local las diputaciones provinciales son las instituciones que con más celo han de velar para conseguir una efectiva solidaridad territorial, se observa que en determinadas ocasiones se interviene de manera singular en proyectos de prestigio, que van destinados a localidades privilegiadas. Esto no obedece a lógica alguna, salvo a que la representación local dentro del aparato político de las diputaciones sea muy importante. Son los derechos que se adquieren cuando un político local llega a puestos de responsabilidad provincial. Pero esto supone un serio quebranto del principio fundamental que debe dirigir la política general.

tradicionalmente se han venido desempeñando desde las diputaciones provinciales, y, por ende, la pérdida de sentido en la labor administrativa de esta entidad. Estrategia de supervivencia o convencimiento pleno, lo cierto es que la DPZ es la única de las administraciones locales de tercer orden que ha lanzado una crítica abierta al proceso de comarcalización, y que sigue en el empeño de demostrar que el buen trabajo que, a su juicio, han venido realizando las diputaciones debe seguir ofreciéndose.

No hay que perder de vista que, hasta la coyuntura política actual, la presidencia de la diputación había sido un cargo muy apetecible que pugna directamente con la alcaldía de la ciudad capital de provincia y que servía de trampolín para iniciar carreras políticas de más altos vuelos. Además, otros cargos de responsabilidad que ostentaban alcaldes de localidades menores posibilitaban que pudieran perpetuar su posición con la propaganda que con las intervenciones conseguidas gracias a su influencia conseguían en sus municipios.¹⁶ El fenómeno no es nuevo, pero no por conocido es contestado por la sociedad civil.

Por el contrario, el cuerpo técnico suele ceñirse de manera estricta a las competencias explícitas que rigen su labor como diputación en sus actuaciones y manifestaciones: «Apoyo, colaboración económica, jurídica y técnica a los municipios». ¿Indica esto que las decisiones políticas no se inspiran en juicios técnicos, o que la escasa dotación de profesionales les hace ser reduccionistas al máximo para no sobrecargarse de trabajo y poder ser operativos aunque sea a escala básica? Puede que la respuesta participe de ambos condicionantes. Prudencia meditada, reiteradas alusiones al marco competencial y a la competencia de municipios y comarcas¹⁷ en materia cultural son las características del discurso técnico, cargado con un toque de resignación, pero, en todo caso, consecuente con una postura decididamente asumida y, en cierto modo, defendida en cuanto que asumida.

16 Se trata de alcaldes que, ostentando cargos en otros niveles políticos, consiguen para sus localidades un gran número de intervenciones que las colocan en una posición de privilegio dentro del panorama cultural provincial, e incluso autonómico. Recíprocamente, esta capacidad de atraer recursos externos les ha valido el reconocimiento local, y la perpetuación de sus cargos al frente de las corporaciones locales. Esta retroalimentación, tan vieja como el mundo, es uno de los principales obstáculos para conseguir verdadera solidaridad territorial, acentuando las disimetrías.

17 En el caso aragonés podemos interrogarnos sobre qué pasa con las comarcas. ¿Acaso se convertirán en el nuevo ayuntamiento de ayuntamientos, usurpando de esta manera las competencias, y la capacidad sentida como legítima del ejercicio de su poder de las diputaciones provinciales? La juventud de la nueva estructura local imposibilita un desarrollo satisfactorio, hoy por hoy, de las intervenciones en todas las áreas competenciales transferidas por los decretos de creación de comarcas por causas diversas, como la falta de experiencia de los responsables políticos en la gestión de este tipo de organizaciones, la inexistencia de sedes adecuadas para el desarrollo de los trabajos administrativos, el escaso desarrollo del aparato de apoyo técnico y reducidas expectativas por condicionantes presupuestarios y la focalización de los intereses políticos en el control del gasto, huyendo de acciones deficitarias.

Otro nivel de interés es el que afecta a la intervención cultural de las corporaciones locales.¹⁸ Este tema ha sido objeto de atención de diferentes autores en España, pero, generalmente, el panorama que muestran puede considerarse válido para municipios de tamaño medio. ¿Es aplicable para el medio rural en toda su extensión? La respuesta parece evidente. Con municipios pequeños, necesitados de servicios básicos para la vida cotidiana, y con tan escasa capacidad de actuación, ¿quién se va a preocupar por cuestiones tan secundarias como la política cultural? De hecho, es muy difícil que algún alcalde de estos municipios pueda indicar con cierto orden y fundamento cuáles son las acciones llevadas a cabo por su corporación en materia de cultura. Seguramente no sepa dar una definición operativa de un término que designa unas competencias que el ayuntamiento, como entidad local, debe asumir, pero seguramente tendrá una idea de lo que debe ser «hacer política cultural». Una idea condicionada, dirigida y fomentada por las actuaciones de las entidades públicas superiores, que trasladan su concepto hasta los entes menores. La dependencia llega hasta estos extremos.

Los pueblos siempre se han mirado en el espejo urbano, recibiendo un reflejo distorsionado. Han recibido su reflejo con las grandes interferencias que la ciudad también ha emitido, llegando un mensaje confuso y en gran medida incomprensible. Se ha dicho que el ámbito natural de la cultura es el urbano. Pero es obvio que la ciudad es el ámbito natural de la cultura urbana oficializada por mediación de las grandes instituciones públicas y privadas, que precisamente se ubican

18 A juicio de Jordi Font (2002), el desarrollo de competencias locales en intervención cultural ha supuesto la generalización de acciones en tres direcciones básicas: la democratización del conocimiento y la promoción de la lectura, la conservación y difusión del patrimonio cultural y la difusión artística. Asimismo, otras cinco funciones complementarias han adquirido protagonismo en aquellos municipios donde la política cultural incide de manera directa en la realidad y se ha superado el umbral de la testimonialidad: la especialización e identificación del municipio con determinados eventos culturales, la multipolaridad de la nueva política cultural, una ampliación de campo imprescindible: la escuela, la relación entre lo local y lo global y la cultura como factor transversal en los programas de gobierno local. Aunque para que estas líneas se puedan consolidar es necesario actualizar y racionalizar el marco competencial y financiero, a través de las reformas necesarias de la Ley Reguladora de Bases de Régimen Local, de la transferencia económica necesaria por parte de la Administración central del Estado y de la Administración autonómica, y del fortalecimiento de la Administración local de segundo grado.

en este entorno, con la ayuda impagable de los grandes medios de comunicación de masas. De este modo, y durante muchos años, la cultura rural ha tendido a desvalorizarse por parte de sus propios actores, incapaz de competir en un mundo donde la espectacularidad y las modas dictan sus leyes impías. Precisamente en la actualidad se está dando un fenómeno curioso, como es el de la revalorización de las culturas locales-rurales. Un fenómeno que empieza a producirse en los propios pueblos, pero con más efervescencia en las ciudades, donde con cierto paternalismo se ve al campo y sus manifestaciones culturales como un producto nuevo y atractivo. Esto tiene mucho de moda, relacionada con la actualidad de los conceptos de globalización, multiculturalidad, diversidad, solidaridad, etcétera. La ciudad sigue siendo referente, y en ella el fenómeno cultural adquiere toda su dimensión. Encontramos ciudades que centran en el hecho cultural su estrategia de desarrollo, promoción y proyección internacional, y *urbanitas* que hacen girar a su alrededor el rol social que deciden desempeñar, a modo de beatos absortos por la mística de la nueva religión oficiada por los grandes gurús de la cultura.

También influye lo que los medios de comunicación de masas, fundamentalmente la televisión, trasladan como cultura a todos los telespectadores. Esta concepción de cultura, tan restringida y asimilada a manifestaciones artísticas, se presenta extraña, lejana y opresiva. Así, consumir cultura parece una práctica imposible de realizar en el entorno rural. Y esta valorización de la «cultura oficial» lleva pareja una depreciación de la cultura local. No quiere decir que no exista una valoración esencial de manifestaciones materiales, modos de hacer, formas de vivir y entender la vida, creencias, etcétera, pero, seguramente, muy poca gente identificaría esto con lo que debe entenderse por cultura. Tampoco los ayuntamientos ni, lo que es más grave, muchos de los profesionales de la gestión cultural. Obviamente, no se pretende caer en una sobrevaloración de las culturas locales, sino evidenciar la existencia de una identificación mayor con la «cultura del hacer» o del «estar» como modelo cultural basado en las relaciones sociales que las nuevas condiciones de vida han complicado; porque, donde hay pocos, solo aquellos con afinidades encuentran su punto de encuentro. Los desubicados pierden el punto de anclaje y la referencia y se extravían en universos culturales ajenos:

Sales una noche y solo se habla de la tele. La gente no habla de otros temas que no sean la caza, si les gusta, el campo... Cuando íbamos de fiesta, te hartabas de oír hablar de lo mismo. Yo, a veces, les preguntaba: «¿Cuántas yubadas llevamos labradas?». Yubadas, ovejas... Es un problema de instrucción; no del nivel, sino de la mentalidad. Son mentes de ese tipo. La mayoría de la gente de edad media tiene estudios, pero ¿por qué no se implanta la dinámica de conversar superando esos temas? (Alcalde)

Un gran reto en este nivel es conseguir la participación en «eventos culturales»; la asistencia en los pueblos llega a convertirse en una cuestión de *compromiso*. Este término parece ir, de la mano de la cultura, más allá de lo que puede significar en relación con el consumo cultural. Da la impresión de que el compromiso es un compromiso con el mismo pueblo, con su propio desarrollo y supervivencia. Cultura y desarrollo van de la mano. Y esa amistad nos advierte que no avancemos sin incorporar una brevísima referencia a las nuevas pseudoadministraciones que la financiación europea para el desarrollo de las zonas rurales está generando. Su presión incorpora la acción de un nuevo mediador cultural.

La «pseudoestructura» integrada por los grupos de acción local que gestionan fondos europeos de cohesión tiene en estos momentos una presencia muy extendida y dilatada en la mayor parte de las zonas rurales españolas. Aunque pueda parecer llamativo, estos grupos, donde trabajan profesionales con perfiles heterogéneos, han conseguido un nicho social y político nada despreciable. De hecho, muchos de estos programas han gozado de una capacidad de financiación que los ha hecho resultar piezas claves e imprescindibles para el abordaje de proyectos importantes en los territorios comarcales, impulsados tanto por promotores privados como públicos. Este pulso no ha sido siempre bien recibido por parte de las comarcas, que han visto en estas organizaciones una especie de contrapoder no legitimado. De hecho, abundan los ejemplos de desencuentro, aprovechado en muchas ocasiones por los ayuntamientos a título particular para posicionar sus proyectos de interés local. Su intervención sobre el territorio se visualiza de forma rápida en cinco campos de acción vinculados a la cultura: promoción de la identidad local, valorización del patrimonio cultural, valorización de conocimientos especializados tradicionales, creación de infraestructuras culturales permanentes y animación y difusión cultural (Troitiño, 2005: 15-28).

1.1.3. Espacios construidos: la materialización de la cultura

Hablar de espacios es mucho más amplio que referirse a *equipamientos*¹⁹ o infraestructuras, dos términos habitualmente utilizados desde la Administración. En ocasiones, los espacios más culturales son precisamente aquellos que, por inesperados, dan soporte a prácticas más creativas, aquellos que por su connotación emotiva vinculada con tiempos pasados mantienen su significación cristalizada superando el tiempo.

Junto con los usos temporales, los espacios contienen parte de la información esencial para poder acercarnos a la cultura como praxis, la cultura como identidad. El relevo de unos por otros marca cambios en la cartografía social: de las tabernas y cafés, a los bares, pubs y discotecas; de los trinquetes, a los polideportivos y frontones cubiertos; del río, a la piscina; de las calles y las plazas, a la casa; de los cines, a los teleclubs; y de estos, nuevamente a la casa. De tal manera que solo prestando atención a cómo van variando los espacios y los usos a ellos asignados puede observarse el cambio en la cultura y en la identidad. Porque, al usar los espacios, los significamos, pasando a conformarse como *dispositivos identitarios*²⁰ de la comunidad.

Al vagar por los pueblos nos podemos encontrar con una diversidad de espacios interesante pero no amplia: teleclubs, casas de la cultura/centros multiusos, centros de estudios locales o comarcales, cine/video-clubs/teatro, biblioteca, punto Internet rural o telecentros, museos/centros de interpretación y salas de exposiciones, además de otros que resaltan la socialidad pero que también construyen cultura: plazas, mercados, piscinas, centros de convivencia de la tercera edad, escuelas o bares).

Los procesos de conformación de dichos espacios en el seno de las comunidades contienen claves interpretativas interesantes para conocer las fuerzas de poder, la capacidad del espacio para otorgar significados que pasan a ser compartidos por todos y la interacción entre sus usuarios.

19 Proyecto de espacio para el consumo colectivo de eventos culturales.

20 Son los soportes construidos colectivamente en los que cristaliza el modo en que los sujetos se resumen tipológicamente coincidiendo con rasgos predominantes de su clase o grupo. Refuerzan el imaginario simbólico de las dinámicas culturales, así como de las prácticas de consumo.

Por ello, las causas de la génesis de los equipamientos culturales y el acercamiento al modo en que se producen sus lógicas de implantación son sumamente interesantes y desvelan muchos significados.

Una cosa serán las lógicas de implantación que se sostienen desde el nivel institucional, y otra bien diferente será el grado de apropiación y significación que la población vincule a cada espacio.

Por ejemplo, existe relación entre el diseño arquitectónico del espacio y su apropiación y utilización por parte de la comunidad. En ocasiones son espacios amplios, fríos o excesivamente imaginativos y, consecuentemente, emisores de mensajes de «ajenidad» que cohíben o inhiben su utilización social. Son espacios que solo el tiempo dota de narrativas comunitarias y «calor vivencial».

Parece que los estudios culturales deberían ser capaces de responder a la pregunta de quiénes muestran una mayor capacidad para obtener rendimiento del uso y disfrute de unos bienes y equipamientos creados por una declarada vocación igualitaria y democratizadora.

La política equipamental se ha desarrollado esencialmente en el entorno urbano, pero las pequeñas localidades se han enganchado igualmente a esta partida presupuestaria imitando en parte las tendencias observadas en localidades de mayor tamaño y en las urbes. Así, se presencia una multiplicación de los equipamientos de servicios integrados en el tejido urbanístico de cualquier localidad como supuesta respuesta al oscilante itinerario cíclico demanda-oferta-equipamientos. Y, siempre de telón de fondo, la incuestionable función democratizadora y las estudiadas necesidades sociales (hipótesis reificada) como inspiradoras; es la manera de dar cobertura de pertinencia a toda iniciativa de vocación equipamentadora.

Imitando los modelos urbanos que marcan diferencia y ubican en la jerarquización territorial, las localidades más ambiciosas protagonizan aspiraciones de participación en un proceso de eclosión de un nuevo modelo de macroequipamiento insignia que han venido presenciando las grandes ciudades. Eso sí, sin mucho éxito si no se está bien posicionado.

Y es que en todo este proceso no se puede pasar por alto la función propagandística de los poderes que se comprometen con la nobleza de la acción cultural.

No se reflexiona acerca de si es necesario o no un museo. Unas veces es por inercia, pero en ocasiones responde a unos intereses concretos: por el lucimiento personal político de un señor y por la rentabilidad política. (Técnico)

Yo he notado una diferencia muy grande entre los de carácter público y los de carácter privado. Lo públicos pueden ser muy interesantes, pero llega un momento que te encuentras con la mayoría de los museos públicos cerrados. No se puede mantener. ¿Lo afrontan las administraciones? No. (Agente de desarrollo local)

Cabe seguir con otro interrogante: ¿no hay un exceso de equipamientos en comparación con el rendimiento que se obtiene de ellos? Todo ello añadido al gran problema de los equipamientos: su mantenimiento. Superada la etapa de las promesas electorales y de las inauguraciones espectacularizadas, llega la cotidianidad y la incapacidad de mantener la infraestructura, agudizada en los municipios más pequeños. Parece no contemplarse estas cuestiones cuando se abordan las construcciones de los nuevos espacios.

No obstante, también cabe decir que la mayoría de los equipamientos culturales de los pueblos son espacios rehabilitados cuyo uso fue, por supuesto, diferente; así, castillos, casas solariegas, iglesias o conventos se convierten en espacios resignificados;²¹ bibliotecas, museos, teatros, salones de actos, locales para las asociaciones²² y casas de cultura. A propósito de estas últimas, a la hora de decidir por un tipo de equipamiento u otro, en unos ayuntamientos prevalece el componente de racionalidad y pragmatismo, de modo que lo más fácil es denominar el espacio «centro multiusos»; en otros casos, la aspiración a encumbrar a la localidad los lleva a optar por

21 Por ejemplo, el *Diario de Teruel* recogía este titular el día 14 de diciembre de 2004, referido a la localidad de Cella: «El taller de empleo reconvertirá dos ermitas para usos culturales. San Sebastián será un auditorio y San Pedro Arbués, sala de exposiciones».

22 Desde un punto de vista institucional se siente como competencia de obligado cumplimiento la de proporcionar locales y espacios para las asociaciones, incluso en el municipio consultado más pequeño. Por otro lado, la disponibilidad de espacios y locales varía notablemente según el tamaño de la localidad, aunque la mayoría de los ayuntamientos suelen velar por la cesión de algún espacio municipal; y de hecho, el 68% de las entidades aragonesas de cultura y ocio disponen de local (de las 2435 entidades computadas en un estudio dirigido por el CESA en 2003, 1858 disponen de local; en la mayoría de las ocasiones, cedido o alquilado).

la nominación de «casa de cultura», que suele tener connotaciones más deslumbradoras. Lo cierto es que, después de su inauguración, en la praxis, los usos otorgados a los espacios, sean centros multiusos, sean casas de cultura, no difieren. Pero al nominarlos, han pretendido significarlos.

De entre todos estos espacios, nos vamos a centrar en aquellos equipamientos que parecen ser mayoritarios o que atraen por su significatividad, es decir, los museos y, sobre todo, las bibliotecas, por su mayor implantación; sin embargo, a lo largo del texto tendremos ocasiones para retomar la dimensión del espacio como conformador de identidades.

1.1.4. Los museos etnológicos y los centros de interpretación

La multiplicación de los espacios para la (re)presentación de la cultura coincide con procesos de eclosión identitaria de los años ochenta, con la conciencia de la pérdida de una cultura en proceso de extinción y con la necesidad urgente de poner en juego nuevas creatividades para multiplicar los recursos turísticos.

Profundizar ahora en la cuestión de los museos desborda nuestra intención, pero sí conviene poner de manifiesto la desestructurada política llevada al efecto, y la compleja tarea de poder ofrecer una cartografía cultural que contemple la situación museística en los entornos rurales. El peso manifiesto de lo instituyente, de la iniciativa privada y la dinamicidad de las lógicas museísticas y patrimonializadoras imposibilitan dicha tarea, obteniendo como resultado una cartografía que en absoluto se ajusta a la realidad del territorio.²³

Es cierto que las tareas de planificación, estructuración de la información, la dotación y articulación de mecanismos de planificación, ejecución y control son menos rentables que la puesta en marcha de proyectos puntuales y rentables. Porque tan criticable es la inexistencia de una pro-

23 El despliegue que llevan a cabo las instituciones en lo que a promoción de estos espacios se refiere debe ser cuestionado desde el momento en el que la información oficial que se proporciona es incorrecta, desactualizada y llama a la confusión. Esto ocurre en general con todos los aspectos vinculados con la cultura en nuestro territorio. Los portales web son, efectivamente, los cauces de inmersión más ágiles en la información hoy, claro está, si las páginas son efectivamente capaces de transmitir información estructurada y actualizada.

puesta de política cultural y patrimonial (ideológicamente fundamentada y consecuentemente partidista) como la elección arbitraria (o no tanto) e igualmente ideológica de actuaciones puntuales, distribuidas atendiendo a criterios no desvelados u oportunistas.

1.1.5. Bibliotecas

Al referirse a las bibliotecas se puede descubrir una situación similar en los contextos del territorio nacional:²⁴ una desigual situación de este servicio público, demasiadas veces obsoleto, con tintes dramáticos por la precariedad del personal, las débiles colecciones y la falta de consistencia y penetración social de la biblioteca pública.

Las bibliotecas rurales,²⁵ y sobre todo las de las poblaciones más pequeñas, muestran estos problemas: escasos fondos, falta de actualización, locales inadecuados, trabajo en solitario y desvinculado del sistema bibliotecario, formación deficitaria del personal, alta movilidad, aislamiento, dificultad para alcanzar el umbral de población y baja frecuencia de utilización que no justifican su viabilidad. Pero aun así se siguen inaugurando bibliotecas y equipándolas con nuevas tecnologías.

Me da la impresión de que hubo unos años en que fue mucho más notable lo de inaugurar bibliotecas. Había que promocionar determinadas intervenciones en materia cultural; lo que se hacía era inaugurar bibliotecas. Pero yo creo que nacía de la necesidad de promoción política más que de la propia demanda de los ayuntamientos. (Técnico)

24 Son manifiestas las desigualdades de las legislaciones entre comunidades en los programas regionales, en los servicios que se prestan y entre los ciudadanos en función de su lugar de residencia.

25 En Aragón existe una red de bibliotecas que reúne en el periodo comprendido entre 2001 y 2003 los siguientes puntos de servicios: Teruel: 62, 60 y 63; Zaragoza: 131, 134 y 119; y Huesca: 69, 66 y 67. En total, para cada uno de los años: 262, 269 y 249, respectivamente. Unidades administrativas: 241, 233 y 219. Siendo la evolución en España como sigue: 3340, 3660 y 3762. Aragón es una de las pocas comunidades en las que la tendencia en los últimos años es la reducción de bibliotecas, pero ello se debe al recuento: las bibliotecas dependientes de la Universidad de Zaragoza y del Ayuntamiento de Zaragoza se contabilizan de forma individual. Puntos de servicio actuales: 4661 en 2003, en España; 249 en Aragón.

Hace diez años, lo que más les preocupaba a los políticos de las bibliotecas era que había que informatizar, como si eso fuera una prioridad. Yo disiento; para la cantidad de volúmenes que tienen las bibliotecas de los pueblos, no hace falta informatizar tanto. Y siguen igual, sin ver más allá de lo que deslumbra. (Técnico).

Atendiendo a un contexto amplio, la tendencia de la política general de los últimos años ha sido la de poner en orden la red de bibliotecas, dotarlas de una nueva significación y recuperar el espacio para las comunidades como algo vivo.

Han sido las diputaciones las que tradicionalmente han velado por el desarrollo de la lectura pública en el ámbito local. La Ley Reguladora de Bases de Régimen Local establece la obligatoriedad de prestación de servicio de biblioteca por parte de los municipios (aunque las bibliotecas no sean de titularidad municipal).

Posiblemente adolecemos de una insuficiente regulación legal a nivel estatal,²⁶ que se une a la desigualdad en la legislación autonómica, a pesar de que las competencias en materia de lectura pública han sido de las primeras que se transfirieron a las comunidades autonómicas. En Aragón, la Ley 8/1986, de 19 de diciembre, de Bibliotecas de Aragón es la encargada de regular el marco de las bibliotecas; ahí se establece la tutela de bibliotecas en aquellos municipios mayores de 5000 habitantes. Algunas de las bibliotecas han estado bajo la tutela estatal, otras bajo la autonómica, y el resto de la red, la mayoría, ha quedado bajo la tutela de las diputaciones provinciales hasta la reordenación territorial en las comarcas.

26 Al Real decreto 582/1989 de 19 de mayo, que incluía el reglamento de Bibliotecas Públicas del Estado, y el del Sistema Español de Bibliotecas, nunca le siguió una ley de bibliotecas, y prácticamente la única referencia estatal se recoge en la Ley de Bases del Régimen Local, que en su artículo 26.1b cita, entre los servicios básicos que deben prestar los ayuntamientos en los municipios de más de 5000 habitantes, el de biblioteca pública; sin embargo, en la década de los noventa, desde 1990 hasta 1998, el número de bibliotecas públicas españolas se duplicó, un 53 % más. Lo mismo pasó con los préstamos, que se incrementaron de 1999 a 2000 en un 44,62 %, tal y como se plantea en *Las cifras de la cultura en España: estadísticas e indicadores*, p. 7. Dicho informe muestra también la cifra del número de lectores en 2000: el 58 %; y de estos, el 22 % lo es ocasionalmente. El 82 % de la población mayor de dieciocho años no es usuaria de ninguna biblioteca, según anota Hernández (2001: 23) en su estudio sobre las bibliotecas públicas en España.

Este cambio está exigiendo un nuevo reajuste, todavía no formalizado operativamente, entre las diversas administraciones. Así, el servicio bibliotecario de tipo «filial y residual», es decir, el de los núcleos más pequeños, ha formado parte y sigue enmarcándose dentro de las competencias de las diputaciones provinciales, siendo estas una de las pocas instituciones desde las que se ha atendido el servicio, a menudo con escasos recursos. La dedicación y política de gestión, así como la inversión dedicada tanto a equipamientos como a personal, ha sido muy heterogénea.

Es en el Manifiesto de la Unesco de 1994 (marco general de los programas dirigidos a bibliotecas públicas), donde se reflejan las líneas de trabajo de este servicio público: «fuerza viva para la educación, la cultura y la información».²⁷ Desde ese punto de vista, la biblioteca debería prestar al menos los servicios de préstamo de libros y otros soportes, libros y otros materiales para el uso en la biblioteca, servicios de información tanto en medios impresos como electrónicos, servicios de consulta para los usuarios, servicios de información a la comunidad y formación de usuarios, incluyendo apoyo a programas de alfabetización. Esta nueva concepción técnica de lo que implica una biblioteca pública no encaja con las posibilidades de desarrollo del servicio bibliotecario en la mayoría del territorio rural.

Mientras, en las bibliotecas públicas modernas, generalmente urbanas, se incrementa el servicio en la sociedad de la información.²⁸ Los dis-

27 Se vincula la misión de la biblioteca con los siguientes servicios: crear y consolidar el hábito de la lectura en los niños desde los primeros años, prestar apoyo a la autoeducación y la educación formal en todos los niveles, brindar posibilidades para un desarrollo personal creativo, estimular la imaginación y creatividad de niños y jóvenes, sensibilizar respecto del patrimonio cultural y el aprecio de las artes y las innovaciones y logros científicos, facilitar el acceso a la expresión cultural de todas las artes del espectáculo, fomentar el diálogo intercultural y favorecer la diversidad cultural, prestar apoyo a la tradición oral, garantizar a todos los ciudadanos el acceso a la información comunitaria, prestar servicios adecuados de información a empresas, asociaciones y agrupaciones. Contribuir al mejoramiento de la capacidad de información y de las nociones básicas de informática y, finalmente, prestar apoyo a las actividades y programas de alfabetización destinadas a todos los grupos de edad, participar en ellas y, de ser necesario, iniciarlas.

28 Colecciones de materiales digitalizados y multimedia, acceso a redes, apoyo a la navegación en la Red y a la localización de la información, educación a distancia, servicios electrónicos de acceso a documentos, espacios habilitados para reuniones o videoconferencias, acceso a catálogos colectivos para préstamos interbibliotecario, incorporación en redes internacionales, cooperación interinstitucional en materia de archivos y centros docentes, servicios especializados a grupos de usuarios: empresarios, profesionales...

cursos inciden en que el esmero por reducir distancias, suprimir brechas digitales e impedir la exclusión en esa sociedad puede explicar la implantación de Internet rural, que sin duda ha contribuido al incipiente renacer de las pequeñas bibliotecas. La necesidad de implantar Internet en el municipio ha llevado a los responsables a invertir algo más en el desarrollo de la vieja biblioteca, espacio en el que se han colocado los equipos informáticos en la mayoría de las localidades que la poseen. Porque si en algo se habían convertido las bibliotecas de muchas pequeñas localidades es en todo menos en fuerza viva. Son más bien un lugar-almacén para libros que siempre parecen haber existido, insoportables colecciones o volúmenes donados, o enciclopedias sin estrenar. Como si de algo sagrado se tratara, nunca se tira un libro; se coloca para que acumule polvo en una estantería. Igualmente, el respeto al lugar cuasireligioso exige total silencio, lo que hace de este entorno un lugar donde los chicos pueden hacer los deberes o estudiar lejos del bullicio del hogar. Cualquier funcionalidad otorgada a las bibliotecas está lejos de las expectativas que técnicos y expertos albergan.

Hoy se sostiene la conveniencia de identificar a cada tipo de usuario, adaptando el servicio a las necesidades diferentes de todos los potenciales usuarios (personas mayores, niños, amas de casa, estudiantes, empresarios, asociaciones...), de llevar a cabo políticas orientadas hacia la atención a los usuarios, promover la formación, cooperar y compartir recursos, desarrollar redes electrónicas, garantizar acceso a servicios y mantener edificios.

A pesar de que, como en otras facetas relacionadas con la política cultural, las prioridades en equipamientos culturales no son de primer orden, las bibliotecas como espacio han irrumpido con abundancia. La generación espontánea de «bibliotecas» (en el sentido de estanterías acumuladoras de libros desfasados y no atendidas por personas relativamente cualificadas) es una práctica que pretende ser erradicada, pero a veces esto no es entendido por los alcaldes y políticos locales, para los que tener una biblioteca significa una exigencia; aunque, paradójicamente, no se atiende su servicio.

Concluyendo, la génesis y las lógicas de implantación de los equipamientos culturales han sido dispares; habría que atender a las siguientes consideraciones: ¿responde la política equipamental a una vocación elitista y culturalista o a una democratizadora de la cultura?, ¿se pretende un lugar de creación o un lugar de acercamiento generalizado de una acción cultural

variada?, ¿responde a los requerimientos de la gente o a una táctica del político local? Realmente, estas preguntas subyacen a cualquier propuesta de equipamiento cultural y habrá ocasión de retomarlas al ilustrar algunas de las escenografías y escenarios que se incluyen en la última parte de esta obra.

1.2. Legitimidad del intervencionismo

¿Es pertinente la intervención pública en materia cultural? La respuesta a esta pregunta estará condicionada por lo que se haya respondido previamente a la siguiente: ¿es lícito dirigir la cultura, o solamente es necesario garantizar las condiciones necesarias para que la *cultura ocurra*? Este es un dilema sobre el que la Administración pública parece no tener que posicionarse, ya que, en su momento, la Constitución Española lo hizo al considerar la cultura como un derecho garantizado por los poderes públicos; sin embargo, es un dilema trascendental para la legitimación de la *imprescindible intervención* cultural. La interrogación siguiente emerge de modo natural: aun en el caso de considerarse necesaria, ¿cuál es el modelo de intervención más oportuno para un país, una región, una provincia, una comarca o un pueblo?

Dentro de la amplia gama de posibles orientaciones de la intervención cultural se vislumbran cuatro modelos más o menos discernibles, aunque no por ello necesariamente puros.

El primer gran modelo histórico de intervención en cultura es el mecenazgo.²⁹ Objetivamente, esta fórmula tiene un interés relativo,

29 Sin poder considerarse estrictamente como un modelo de política cultural, sino más bien un antecedente de esta, sí que supuso en su momento una intervención estatal, tutelando y apoyando la creación de alta cultura a través de la protección de los artistas más notables del momento, y llegándose a intervenir ya en época moderna en la protección del patrimonio. Esta fórmula está registrando un interesante auge en la actualidad, pero, curiosamente, está cambiando el papel de los actores. La Administración, posiblemente debido a la escasez generalizada de recursos económicos, alienta a la iniciativa privada para que sea ella la que, con sus beneficios empresariales, intervenga como mecenas en el ámbito de la cultura. Posibilidad que cada día tiene más acogida debido fundamentalmente a la creciente consideración social de la cultura y a que las formulas de promoción publicitaria han llegado a un punto de saturación considerable. Así, la asociación de una organización a un evento cultural supone una buena imagen de marca.

pudiendo complementar pero no sustituir de manera generalizada a la intervención pública, ya que, si bien gracias a ella se pueden alcanzar niveles de financiación de actividades culturales satisfactorios, no es menos cierto que la predilección de los mecenas privados se centra en espectáculos artísticos de alta cultura y grandes eventos dirigidos al mayor número posible de personas, pudiéndose dar la circunstancia de que actividades trascendentes pero no masivas ni espectaculares tengan problemas para poder ver la luz por falta de recursos económicos.

El germen de lo que podemos denominar políticas culturales hay que situarlo en la Revolución francesa y en la aparición del Estado moderno.³⁰ A medida que discurre el siglo XIX, se avanza paulatinamente hacia un aumento de la protección de los bienes culturales y patrimoniales. Fruto de ello es la aparición de legislación básica, aunque con distribución espacial desigual.³¹

Tras la Segunda Guerra Mundial, y como medida fundamental de corrección de los limitantes del mecenazgo y el patronazgo, la intervención estatal se hizo más intensa y general, apareciendo en este momento verdaderas políticas culturales, con intervención decidida de los gobiernos en la financiación de la cultura y de las artes.³² La primera de estas políti-

30 Con la desamortización de los bienes artísticos de la Iglesia, la monarquía y la aristocracia, la posesión pasó directamente al Estado, quien no tuvo otra alternativa que implicarse al menos en su salvaguarda. Es en este momento en el que el concepto de patrimonio empieza a tomar un significado próximo al que le otorgamos en la actualidad, ya que con él se designa «el conjunto de bienes que, de forma simbólica, pertenecen a la nación». Este carácter universal trajo consigo una necesidad de regulación jurídica para garantizar la transmisión de los bienes patrimoniales de unas generaciones a otras. En realidad, todavía el modelo de política imperante es el patronazgo, y los artistas subsidiados se dedican a crear por encargo obras dentro de los cánones estéticos imperantes, bajo el control del patrón. Con la «nacionalización» de la cultura, empezaron a proliferar por toda Europa occidental los museos, archivos y bibliotecas como grandes espacios depositarios de los tesoros histórico-artísticos de la nación, a modo de abanderados encargados de «definir y exteriorizar las identidades nacionales» frente al resto de los Estados europeos, y ante uno mismo.

31 Si bien el Reino Unido ya había aprobado la primera ley de protección de monumentos patrimoniales en 1882, no será hasta la segunda década del siglo XX cuando aparezcan en España los primeros ejemplos: la ley de excavaciones arqueológicas de 9 de julio de 1911, y la ley de monumentos históricos y artísticos de 5 de marzo de 1915.

32 Tiende a admitirse que entre los factores que posibilitaron esta transformación se encuentran, entre otros, el aumento del tiempo de ocio, fruto de la creciente industrialización, y el aumento de la productividad, el creciente papel del Estado en cuestiones educativas y la obligación de los poderes públicos de velar por el aumento de la calidad de vida de sus administrados.

cas, en orden cronológico, es la que se ha venido en denominar «democratización cultural», y se generalizó en la Europa occidental a partir de los años cincuenta, con la pretensión de conseguir el acceso a la cultura de todas las capas sociales a través de acciones centradas en la oferta cultural (Harvey, 1990) y de iniciativas de descentralización y dispersión, tanto de los equipamientos como de los canales de difusión.³³ Es en este momento cuando se empiezan a edificar nuevos y señeros equipamientos donde llevar a cabo la tarea principal del Estado en materia cultural: la difusión cultural. A pesar del innegable avance que este modelo supone con relación al mecenazgo, es pertinente señalar que uno de sus principales limitantes es la extremada reducción del concepto de cultura que se maneja y el paternalismo manifiesto.

La siguiente etapa evolutiva se ubica a finales de los años sesenta, con el nacimiento de la denominada «democracia cultural», que aboga por un cambio conceptual dentro de la cultura. En un contexto general de crisis de valores y modelos, se plantea que la verdadera dimensión de la cultura solo se encuentra en la participación activa del individuo en la creación de su propia cultura, asumiendo el rol de actor protagonista. Por lo tanto, hay que ampliar el concepto tradicionalmente operativo de cultura. Ya no basta exclusivamente con garantizar el acceso, sino que hay que generar un nuevo marco en el que se garantice el reconocimiento y la aceptación de todas las manifestaciones plurales. O dicho de otra manera, la cultura debe ser el fin mismo del desarrollo, superando su mero uso instrumental (López de Aguilera, 2000). Es la época de la efervescencia de la animación sociocultural y de la participación más que de la contemplación.

33 Fue André Malraux, ministro de Estado encargado de los Asuntos Culturales de la V República francesa quien en 1959, y a través del Decreto de 24 de julio de 1959, sentó los principios inspiradores de este modelo político. Esto supuso ya en su día la asunción de una posición responsable e intervencionista por parte de la administración estatal, y la equiparación de la cultura con áreas de competencia tan importantes como la sanidad o la educación. Sin embargo, y pese a que la cultura podía y debía desempeñar un papel trascendental frente a las estrategias uniformizadoras propias de los totalitarismos derrotados y a que los estados liberales tenían entre sus obligaciones la no intervención y la promoción cultural, la concepción de cultura generalmente vigente en aquel periodo era todavía muy reducida, considerándose como tal solamente las manifestaciones que podrían denominarse «alta cultura».

Con la llegada de los años ochenta se aprecia un cambio sustancial en las políticas culturales, fundamentalmente por la necesidad de revisión del modelo de Estado de bienestar en crisis, y por la confirmación de la cultura como un motor económico poderoso y cargado de futuro. Aun sin haberse superado satisfactoriamente el excesivo anclaje en políticas democratizadoras, es el momento de aparición del modelo que puede denominarse «extracultural», que significa colocar a distinto nivel los aspectos culturales y económicos del desarrollo, dándole mayor importancia al último. Hay una aceptación general por parte de todas las administraciones de un modelo que sirve para justificar una intervención cultural encaminada hacia una mejora de la calidad de vida de los administrados, que puede generar unas externalidades económicas muy interesantes que sirven para remendar el saco sin fondo de la financiación cultural, y que además permite la posibilidad de utilización de la cultura como elemento de legitimación política. Pero este modelo significa que la cultura pasa a ocupar un lugar residual e instrumental en la búsqueda continua de rentabilidad económica y política. Como plantea López de Aguilera (2000), «la cultura ya no es el objetivo, es la coartada». Más adelante nos fijaremos con más intensidad en este fenómeno, contextualizándolo en el territorio aragonés.

A grandes rasgos y a nivel general, dentro de las políticas locales, tres han sido las etapas cubiertas desde la llegada de la democracia a nuestro país. La primera de ellas, con desarrollo fundamental durante los primeros años de la década de los años ochenta del siglo pasado, supuso fundamentalmente un incremento del volumen de actividad cultural, con la creación de nuevos eventos. También alcanzó una efervescencia extraordinaria la recuperación del fenómeno festivo, en muchas ocasiones mutilado por la censura franquista, sobre todo en las municipalidades de las comunidades de personalidad histórica marcada y con lenguas vernáculas generalmente utilizadas. La inversión en equipamientos es todavía testimonial, y las casas de cultura se erigen en elementos simbólicos de máxima trascendencia donde se desarrolla, al margen de las actividades de calle también relanzadas, la mayoría de la oferta cultural, bajo principios de animación sociocultural.

Desde finales de los ochenta hasta principios de los noventa, posiblemente impulsado por el desarrollo económico del país y por el aumento progresivo de la calidad de vida y del tiempo de ocio, se generalizó la ten-

dencia inversora en equipamientos culturales para dar cabida a la expansión de servicios culturales ofrecidos por los municipios. Servicios en mayor medida gestionados por equipos cada vez más profesionales dentro de la gestión cultural, aunque sin contar todavía de manera generalizada con planes estratégicos, ni generales ni sectoriales. En aquellos municipios más desarrollados se empieza a intuir la relevancia que puede llegar a tener el fenómeno cultural dentro de las líneas de desarrollo local, y se comienza a observar movimientos municipales tendentes a conseguir centralidad dentro del panorama cultural nacional e internacional.

Desde mediados de los noventa, se empieza a sufrir la insuficiencia presupuestaria para poder seguir manteniendo el nivel de desarrollo de inversión en materia de cultura. Sin embargo, la percepción del fenómeno cultural como motor socioeconómico se generaliza, y se reorientan las bases teóricas de la política cultural, tendiendo cada vez con mayor claridad a integrarse en políticas generales de dinamización económica. La cultura y su consumo aparece cada vez más asociada a los fenómenos de turismo y ocio, y, a su vez, a las políticas educativas. La importancia que la cultura alcanza sobrepasa sus límites naturales, y los grandes equipamientos se erigen en ordenadores y reestructuradores de los tejidos urbanos de las grandes ciudades, con serios problemas de deterioro y degeneración progresiva de determinadas áreas marginales. Con el auge de la inmigración, la cultura desempeña un papel trascendental en el reconocimiento y aceptación de la diferencia y la creación de nuevas identidades de grupo. Dentro del aspecto de la gestión, la cada vez mayor profesionalidad y tecnificación de los profesionales de la cultura y la certeza de que el fenómeno puede tener un papel central y estructural dentro de las políticas de desarrollo local hacen que cada vez con más frecuencia los municipios elaboren planes estratégicos para la intervención cultural.

Retomando la narración tras esta revisión diacrónica, la pregunta que se lanza al aire es la siguiente: ¿cuál es el modelo de intervención más oportuno para un país, una región, una provincia, una comarca o un pueblo?

Lógicamente, no pueden encontrarse respuestas satisfactorias, aunque se incorporaran propuestas ambiciosas e iniciativas animosas, que unos y otros del entorno de la Administración (políticos y técnicos sobre todo) han sugerido. Eso no niega la evidencia, y es que se sigue *interviniendo* de manera continuista y rutinaria, porque, según trasladan los informantes,

el peso de la Administración es tal que intentar variar su dirección es un esfuerzo tan grande que ningún equipo de gobierno puede plantearse conseguirlo en el corto periodo de tiempo de una legislatura, que parece que es el módulo temporal máximo que determina el «largo plazo» de las administraciones. ¿El cambio es imposible?

Conozco cómo se funciona y, aunque yo haya formado parte, tengo que decirte que yo pensaba que podía cambiar más las cosas. Y yo me he dado cuenta que no. Vamos, no es lógico y puede parecer bestial lo que digo, pero es cierto. Yo tenía las manos atadas. Porque recursos económicos hay pocos; recursos humanos nunca vamos a llegar a descubrirlos, porque a lo que se limita, por ejemplo, un delegado de cultura o un consejero o..., me da igual, es a hablar con los alcaldes y a conceder frontones y piscinas... (Ex política).

Cambiar desde dentro de las instituciones es imposible. Si todos los que estuvieran dentro quisieran cambiar... Pero hay que conocer también a los que están y las características de los que están. Es como todo: si a tí te importa más, si eres alcalde, tu pueblo o, si eres consejero o delegado, esa conserjería o ese cargo, entonces bien. Pero si lo que te importa es mantener el puesto y obedecer a un partido, tú no puedes cambiar nada. Vamos, no puedes cambiar..., no deberías mover nada. (Ex política)

Enzensberger escribía en 1997 unas líneas muy ilustrativas al respecto: «Para diseñar una política cultural coherente, probablemente haría falta tener alguna noción de lo que debe entenderse por cultura. Los políticos no lo saben. ¿Y quién se lo iba a reprochar? ¿El arte en la arquitectura o los anuncios publicitarios? ¿Ediciones histórico-críticas de los clásicos o los congresos de New Age? ¿Cursos de cerámica o ciberespacio? ¿Bayreuth o fiesta de la cerveza? Si resulta que incluso los redactores de las páginas culturales y con una larga experiencia profesional a cuestas tienen sus dificultades y vacilan, ¿cómo habrían de entenderlo las ejecutivas de los partidos?».

Todavía hoy existe un debate muy interesante entre los expertos en este tema sobre si en el marco de las políticas del Estado del bienestar es legítimo que los gobiernos intervengan en materia cultural, incidiendo en un ámbito tan privado de las personas como es el del consumo cultural. De hecho, el modelo intervencionista y protector por el que apuesta la Administración española, heredado de la filosofía francesa, no es el único que en la actualidad se presenta en el contexto internacional. Más bien al contrario. Los países de tradición anglosajona se decantan por modelos facilitadores, dejando gran parte del peso de la intervención en la iniciativa privada y las acciones de los colectivos sociales.

1.3. Usos perversos e interesados de la cultura

¿Hasta que punto la denominada democratización cultural, inspirada en el reformismo progresista de posguerra (básicamente en Francia) no es un mito que esconde el proceso de homogeneización e instrumentalización de la cultura en manos de los poderes locales? Si se asume la intervención como necesidad, no hay más remedio que aceptar el riesgo del dirigismo, y yendo más allá, del *dirigismo ignorante* y perverso.

No hay que olvidar que la cultura es el vehículo por excelencia para la transmisión de ideas, lo que en muchas ocasiones ha originado usos perversos de esta en función de unos ideales políticos determinados. En un marco democrático parece que este riesgo está minimizado por unas reglas generales de juego que garantizan la preeminencia de unos valores de consenso general. Pero esta garantía no es suficiente, o lo es para los ilusos. A menudo se observa como en relación con determinados eventos culturales, generalmente de gran formato y trascendencia mediática, aparece un listado de grandes patrocinadores que, al asociarse a ellos, pretenden dar esplendor a su imagen y encumbrar su filosofía organizativa con acciones de responsabilidad social empresarial. Cabría preguntar si semejante «compraventa» es tolerable ¿La necesidad de financiación justifica la relación con organizaciones que esconden tras una máscara amable modelos de producción quizás abusivos? Su presencia a menudo obedece a una decisión política que no emerge de la «cualificación», sino de la arbitrariedad y autocomplacencia.³⁴

Hay muchos intereses en cultura, y lo lamento. En lo que yo he conocido, quienes están al frente de la cultura local, regional y nacional no son las personas más cualificadas. Son personas que se han lucido por algo y los han lanzado. Ese panorama tenemos. (Ex político)

Es interesante observar que, dentro de la general indeterminación en la que navegan las administraciones públicas en materia cultural, el térmi-

34 Un estudio de J. Matas sobre la Generalidad de Cataluña, publicado en 1995, pone de manifiesto que, a la hora de intervenir en materia cultural, por lo menos en el territorio catalán y en aquellas fechas, el criterio más utilizado era el político. Asumiendo el riesgo de generalizar, este problema parece sobrepasar los límites geográficos de Cataluña.

no *cultura*, y todas aquellas acepciones relacionadas, ha servido tradicionalmente para dignificar y trascendentalizar a los sustantivos a los que acompaña, y por ende a los fenómenos que designa.

La cultura popular no tanto, pero la del espectáculo y los grandes montajes se buscan mucho, lucen mucho y a todos se les llena la boca. Quizás en eso es como la política de igualdad: se habla pero no lo tenemos interiorizado, no creemos realmente en ello, en una igualdad de personas. Pues igual con la cultura. Es algo que vende, la cultura vende y deja en buen lugar. (Ex política)

Siguiendo esta dinámica, casi convertida en costumbre, la tendencia ha alcanzado al ámbito de la sociedad civil. Toda expresión donde aparezca la palabra *cultura*, y, por extensión, *patrimonio* parece cargarse, por obra y gracia de su sola presencia, de substantividad y positividad. No es lo mismo hablar de fiestas patronales que de fiestas culturales, última moda que empieza a evidenciarse en algunos programas de fiestas.³⁵ Tampoco es lo mismo un parque que un parque cultural, ni un programa de actos que un programa de actos culturales, aunque el conjunto de actividades, en uno u otro caso, no difieran lo más mínimo. Es más, la aparición de estos términos suele ir acompañada del impulso de medidas de protección y control y, en ocasiones, de un dirigismo que estrangula iniciativas y cerceña creativities en el afán por controlar procesos y posicionamientos, por garantizar perpetuidades en los cargos.

Aquí hay un alcalde, bueno, un gran hermano elevado a la enésima potencia [...]. Está todo muy institucionalizado. Es lo típico: está todo muy institucionalizado. Es una contradicción: se habla de creatividad, pero no se potencia la creatividad. Muchas veces no interesa la creatividad en cuanto que esa creatividad conlleva libertad. Y esa libertad, en un momento determinado, pues a lo mejor no gusta mucho. Yo, como ves, no tengo pelos en la lengua. (Miembro de asociación)

Yo he tenido un cargo, o sea, que también hablo desde el otro lado, pero reconozco lo que hay que reconocer: que hay recelo. Hay recelo hacia esa creatividad, que es una creatividad entre comillas que en la medida de lo posible se pretende dirigir. Entonces hace falta mayor potenciación de esa creatividad y menores recelos. Más libertad, porque si no..., pues nos vamos empobreciendo. ¡Eh!, nos vamos empobreciendo. (Ex político)

35 La voluntad de alcanzar singularidad y notoriedad parece patente, pero se trata más bien de un fenómeno introducido por veraneantes que, en su corto periodo de estancia en el pueblo, exportan e introducen valores ajenos a la propia localidad.

Obviando la época de la dictadura franquista, donde cualquier iniciativa estaba supeditada a la afinidad ideológica con el régimen establecido, se puede afirmar que, a pesar de haberse trabajado mucho en materia de políticas culturales, sobre todo en los últimos años, poco es en realidad lo que se ha avanzado en el tema, y tal vez no por falta de ganas de solucionar las disfuncionalidades operativas permanentemente presentes en nuestro entorno. Se sigue pecando de determinados vicios y perversiones que hoy en día no son tolerables dentro de un estado democrático (Jordi Font, 2002):

— «La cultura reducida a factor de prestigio del poder establecido». Como tal, requiere de la participación (disfrazada) en determinados rituales, aparentando y representando un papel.

Llega antes, recibe en la entrada a los que llegan, incluidos periodistas si los hay, se sientan en la fila siete, en su sitio de privilegio, y cuando baja la luz, se van y las primeras filas de protocolo están vacías. Y en exposiciones, llega la prensa, sueltan el rollo y luego ni se dan un paseo. Pero no sé si a alguien le choca, supongo que alguien se dará cuenta, espero. (Técnico)

Es un papel que refuerzan con la multiplicación de equipamientos, de los monumentos erigidos a su dignificación; al fin y al cabo, el espacio perdura. Cuanto más deslumbrantes, elitistas y, consecuentemente, descontextualizados de su entorno rural, tanto más resplandece el prestigio personal, tanta más proyección. Sin embargo, entre el resto de las personas crece la perplejidad. El siguiente informante, al referirse a la construcción reciente de un museo de bellas artes, apenas visitado, afirmaba:

Entonces, qué rentabilidad tiene eso. Porque ya sabemos que la cultura, en teoría, que tampoco es así, no tiene una rentabilidad económica directa, pero ha de tener una rentabilidad social; y en este caso, ni la tiene económica ni la tiene social. Puede tenerla política para determinadas personas, ya eso no lo sé, aunque me lo imagino. (A. D. L.)

— La «política cultural como vehículo del capricho del mandarín de turno», muchas veces soportada con escasa recíproca complicidad por el nivel técnico.

Como tienen más humildad y más sentido de la realidad los que podrían hacerlo mejor, nunca están [en la política]. Por eso nunca están; y si no, en un momento dado estorban. Porque no es bueno que puedas tener un criterio personal. Por ejemplo, a la hora de dar las subvenciones, los funcionarios venían con

todas las cartas hechas y todo concedido, y dije: «¡Alto ahí! yo escucho tu propuesta, pero el que da las subvenciones y firma soy yo». Son técnicos, pero vienen enseñados de atrás, y los técnicos están altamente politizados, conocen cómo suele funcionar y cómo está colocada cada asociación o demandante de ayuda. Pero, ¡vaya!, que si no lo sabe el técnico, ya se lo enseñará el político. (Ex política)

Todo ello se une a la existencia de redes de clientelismo que hacen imposible la salida del entramado.

A veces se escudan diciendo que lo que organizan de la oferta cultural que preparan es de la propia comunidad autónoma, y dicen que es por la presión de los sindicatos de artistas. Yo diría que la presión no es de los sindicatos de los artistas, la presión es de representantes, de amigos y de clientes de los políticos. (Miembro de asociación)

Hay presiones de asociaciones que no son asociaciones, son empresas que viven de eso. Y no es que tengan mucho peso, pero se suele tener pactado. (Técnico)

Se trata de una red que hace, por lo tanto, difícil la entrada de nuevos protagonistas en escena.

Coincidiendo con cualquier circunstancia, cualquier convocatoria..., proyectos de iniciativa privada, de asociaciones, de..., en fin, van a montón o bastantes. Y qué poquitos se apoyan. Habría que ver cuáles... Pero, entonces, esos recursos, ¿para dónde se han ido? La mayoría, fuera, o a los más influyentes, o a los amigos. (Miembro de asociación)

— La última perversión citada por Font se refiere a «la política cultural como instrumento de imposición de modelos ideológicos».

Las tres consideradas son algunas de las «derivas» que tomó en su día la política cultural y que aún hoy en día son rumbos apenas rectificadas, sobre todo en el medio rural, donde estas prácticas visibles sugieren regustos de antiguas estrategias de políticas caciquiles.

Se necesitan muchas tragaderas, mucho optimismo, mucho estar por encima de las mezquindades de muchos políticos y procurar hacer lo que uno quiere y cree que está bien. Y creo que la sociedad tenemos muchísima culpa. Tenemos lo que nos merecemos. Pasan cosas que son superevidentes y no pasa nada, nadie dice nada, nadie reacciona. O sea, que al final la culpa es del que aguantan. (Miembro de asociación cultural)

Por su parte, la sociedad civil parece entrar en el juego, olvidando su capacidad como factor instituyente. Otros elementos aparecen en escena.

Y a los medios de comunicación se les suele tener mucho miedo. Los políticos suelen tenerles mucho respeto. Les imponen los medios..., y les temen mucho, y habría que aprovechar eso. (Miembro de asociación cultural)

Entonces las amenazas de que van a la prensa son continuas. Si a mí me lo han hecho, se lo han tenido que hacer a los demás. A mí hay alguno que ha llegado y le he dicho: esto no. Y me han amenazado con ir a la prensa: ¡pues oye, estás en tu derecho, aquí hay libertad de expresión! Y a los políticos les da mucho miedo, siempre y cuando dependan de la prensa y no al revés. (Ex político)

De esta manera, los usos y abusos que se cometen en torno a la mediación cultural por parte de la Administración ponen en escena al resto de protagonistas que vamos a hacer desfilar a partir de aquí, en una invitación a la autorreflexión desde un posicionamiento crítico de los informantes ante el que no escapa nadie:

Y aceptamos que a nivel local, en el territorio en que estamos, se pueden hacer muy pocas cosas. Hay poca iniciativa, pero ¿quién potencia la poca iniciativa que hay? Y fíjate si hay recursos, estamos hablando de la administración central, de la administración autonómica, de la administración provincial, la comarcal y la local y de esas otras pseudoadministraciones que han salido que son los centros de desarrollo rural, los programas de desarrollo rural, que hay miles. Pues fíjate; y a la hora de la verdad, ¿en qué se nota la mejoría? (Técnico)

En la capital no saben lo que pasa en el resto del territorio, no es que sepan y olviden; ni lo piensan. Aunque, supuestamente, una administración deba pensar en todos los administrados [...]. Eso de la solidaridad territorial, nada; la solidaridad territorial no existe, y en cultura menos. (Ex político)

MIRADAS EXPERTAS

Hay una cuestión axial en este discurso, a saber, el papel de los expertos en cuanto mediadores en el proceso de creatividad cultural de una comunidad. Un rasgo compartido en las construcciones narrativas de los interlocutores «expertos» es el convencimiento de que su intervención «manipuladora» de los objetos culturales es esencial para garantizar la eficacia en la conexión simbólica requerida en cualquier proceso de apropiación cultural. Es decir, son de la opinión de que el artefacto guardado en un museo, el libro de una estantería, el teatro vanguardista, la ermita románica, el cuadro de arte contemporáneo o el jazz solo pueden sentirse como *cultura significada*¹ y vivida con la ayuda de intermediarios que permitan realizar la conexión imaginaria entre objetos y sujetos.

1 La cultura es un conjunto de símbolos que le son dados al individuo en cuanto aparece en la escena social, pero, al convertirse en conocimiento para interpretar su experiencia y generar comportamientos, le permiten construir una trama de significados en función de la cual interpreta su existencia y experiencia. Entendiendo que la cultura es siempre un código simbólico, es a través de la cultura vivida como se crea un paralelismo entre lo «dado y no consciente» y lo «vivido y consciente». En relación con el consumo cultural, la primera hace referencia a los artefactos y textos producidos por las industrias culturales. La segunda supone usos creativos en tanto en cuanto es capaz de producir significados personales específicos e identidades compartidas. Gran parte de la primera genera significados que pasan a formar parte de la segunda. La cultura del hacer se empapa hoy de cierta invisibilidad ante la forma exultante y seductora de algunas mercancías de la *cultura dada*, haciendo olvidar que siempre ha sido la forma normal de hacer cultura; el aprendizaje, la experimentación y la práctica son el germen de la conformación de las mercancías culturales.

A lo largo de todo este libro aparecen variopintos protagonistas expertos, o que juegan a serlo; sin embargo, ahora solo se centra la mirada (supuestamente experta e igualmente mediadora) en las voces de algunos de los «técnicos» y profesionales que desarrollan su actividad en el marco de la acción cultural, dejando para más adelante a otros protagonistas, no por ello secundarios. Voluntariamente se ha optado por hacer énfasis en el papel de aquellos que muestran una mayor proximidad a la gente de los pueblos, es decir, los actores vinculados al área de cultura de los ayuntamientos más grandes, a los centros de estudios y a las bibliotecas.

2.1. «Trabajadores de la cultura»

Se dan escenarios dispares que se conforman de diferente manera atendiendo a la presencia o no de «agentes especializados». Cierto es que el hecho de que un municipio contrate a un profesional dedicado a acción cultural implica, por un lado, la existencia de un planteamiento de fondo vinculado a una reflexión acerca del modelo a aplicar, y, por otro, la probabilidad de recursos, de perspectivas de desarrollo, etcétera. Finalmente, suele relacionarse con un tamaño poblacional determinado, o por lo menos «sostenible».

Aunque disponer o no disponer de personal especializado en el área cultural no tiene por qué suponer dos opuestas «formas de hacer cultura», (como dirá una de las informantes, contraponiendo la gestión cultural de hace unos años con la actual), ambas circunstancias sí encarnan dos planteamientos dispares: la acción cultural profesionalizada y la acción cultural *inercial*.

Posiblemente no sea necesario hablar de la generalizada inexistencia de personal dedicado profesionalmente a la cultura en las localidades rurales. De hecho, podría decirse que estas pueden sentirse afortunadas si el concejal de cultura, el secretario o el alcalde encuentra un poco de tiempo para solicitar alguna que otra subvención.

La figura del bibliotecario vuelve a ser la más presente. La presencia de bibliotecario en muchas localidades nos aporta pistas sobre la semantización de la cultura. El bibliotecario o persona encargada de abrir la biblioteca unas horas (alguacil, estudiante, voluntario, ama de casa, guar-

dia local...) a menudo es un contratado que, además, asume funciones como las de enseñar el museo, trabajar en el centro de adultos, atender la oficina de información y turismo u organizar actos lúdico-festivos. Y es que, en parte de las localidades que en la actualidad dicen tener técnico de cultura, el germen ha sido la biblioteca como espacio cultural primigenio desde el que se ha ampliado la acción cultural. Pero estamos hablando en este caso de municipios de tamaño considerable, en algunos de los cuales, el técnico tiene más de técnico por las circunstancias (voluntad de participar en el circuito, prestigio de profesionalizar ciertas áreas, competencias asumidas, etcétera), que por su categoría profesional, cualificación o remuneración.

Aunque la existencia de un profesional o persona «laboralmente» dedicada a mediar en el proceso cultural no es elemento determinante, como decíamos, sí que es cierto que su presencia incorpora ciertos elementos analíticos diferenciales de interés.

2.1.1. «Técnicos de la cultura»

Posiblemente se ha llegado a un punto en que no se es capaz de orientarse en un sistema sociocultural mutante, no se es capaz de reconocerse con sentido en las continuas mutaciones de las prácticas y sus efectos envolventes. Ante ello, y en el sentido hegeliano, solo resta detenerse y abstraerse, separarse de la inmediatez de la vida para volver a intentar hacerse con ella.

Esa actitud reflexiva es la que puede encontrarse entre muchos técnicos. Aparece el autocuestionamiento de la legitimidad de la intervención profesional, motivado en parte por debates personales no resueltos que no hacen sino reflejar la situación actual del colectivo en varios niveles: en el teórico, en el legal y en el de la práctica profesional (que implique reconocimiento normativo, político y social). Son incertidumbres irresueltas que incomodan al técnico en sus actuaciones. En Aragón apenas existen tendencias de reflexión sobre estos temas emergidos de entre estos profesionales del área cultural (todavía escasos en comparación con otras comunidades autónomas). Únicamente la aparición de la asociación PROCURA rompe esa indiferencia. Gran parte de los miembros de dicha asociación forman parte del colectivo de profesionales de la cultura depen-

dientes de las administraciones, los denominados sin mucho acierto «técnicos de cultura».² La situación actual de Aragón en relación con la cultura es enfermiza, lo cual no debe paralizar la labor de impulso necesario.³ Existe gran trabajo pendiente en numerosos campos: la legislación, los presupuestos, las infraestructuras, la situación de los sectores creativos (precariedad, inestabilidad, etcétera) y la inexistencia de oferta educativa y formativa para trabajar en el sector o para el reciclaje de los profesionales actuales (un máster en gestión cultural, por ejemplo).

En 2003 surge la asociación PROCURA reuniendo a profesionales de la cultura en Aragón. Los medios se hacían eco con diferente interés. *Heraldo de Aragón*, *El Periódico de Aragón* y los periódicos *La Comarca de Alcañiz* y *Boletín Informativo de Andorra* prestaron atención a este hecho. Precisamente *La Comarca* recogía estas palabras (4 de julio de 2003):

Estos profesionales consideran que «la situación de la cultura en Aragón es cada vez más preocupante» [...]. «Las inversiones están estancadas y cuando se invierte, la mayor parte de las veces, se hace de modo equivocado y sin criterios profesionales suficientemente contrastados. Todo ello, fruto de la falta de un diseño de políticas culturales en nuestra comunidad y, evidentemente sin el consiguiente desarrollo legislativo», apuntan los responsables de esta asociación que está presidida por el técnico de Cultura de la Diputación Provincial de Zaragoza, José Antonio Román.

2 Es ingenuo confiar en que una posible aproximación cartográfica sea la imagen fiel de la realidad, precisamente por la casuística tan dispar que podemos encontrarnos, pero lo cierto es que la pertenencia al Circuito de Artes Escénicas de Aragón es una de las fuentes más fidedignas que podíamos haber utilizado, puesto que la participación en dicho circuito exige a los 32 municipios integrantes la contratación de un técnico de cultura. Se trata de información que, como en muchos otros puntos referidos a la cultura en Aragón, se encuentra dispersa y desestructurada, no existiendo ningún centro de información o documentación que nos allane el camino de obtención de datos precisos.

3 La situación, efectivamente, es regular, y haciendo una valoración superficial, sin duda alguna, podemos apuntar que Huesca lleva mucho camino andado, y lo mismo podría decirse de zonas como el Bajo Aragón, el Matarraña u otras pequeñas zonas en donde la necesidad de reactivar y perfeccionar la oferta turística ha impulsado la intervención en patrimonio y, de una forma u otra, en cultura. Aragón está a la cola en la dedicación de presupuestos a la cultura, y ese es un dato elocuente. Aunque los indicadores cuantitativos al uso diagnosticasen una buena salud para el «desarrollo cultural» de este territorio, la heterogeneidad, el desequilibrio y la concentración de la mayoría de la acción en zonas muy delimitadas seguirían poniendo de manifiesto lagunas incomprensibles, mediaciones caprichosas y procesos estranguladores.

Por su parte, el *Boletín Informativo de Andorra* ponía el énfasis en estas ideas:

Mejorar la situación de la Cultura en Aragón, en donde a juicio de los fundadores y miembros de PROCURA, la sociedad y los responsables políticos, han tenido una percepción de la profesión cultural, generalmente errónea, hecho que se da también en la definición del propio término Cultura y su normalización como servicio público, movía a un grupo importante de profesionales de la Cultura, tanto del sector público como del privado, a crear una Plataforma independiente que procure esa mejora de la situación cultural en nuestra Comunidad, que los profesionales que integran, clasifican de preocupante.

Las voces críticas empezaban a sumarse para hacer evidentes procesos invisibilizados desde las propias instituciones:

Mira, uno de los problemas es que no acabamos de entender que la cultura es una industria. Estamos repitiendo esquemas muy manidos, no existen programaciones a largo plazo, han desaparecido muchos programas que habían calado. Y uno de los aspectos que Procura quiere potenciar es la lucha contra el intrusismo, porque a los técnicos se nos imponen muchas atrocidades todos los días... (*El Periódico de Aragón*, presidente de PROCURA, 4 de julio de 2003).⁴

Según marca en sus propósitos, la asociación PROCURA centra su actividad en aquellos problemas que afectan al desarrollo y a la calidad de la profesión cultural, y a la situación actual de la cultura en Aragón. De ahí que entre los objetivos de la asociación se contemple ampliar la interrelación y la cooperación entre los profesionales de la gestión cultural, enriquecer la perspectiva actual de las propuestas culturales en sintonía con el resto del mundo, adoptar medidas para perfeccionar y actualizar la formación teórica y práctica de los profesionales de la cultura en Aragón, revalorizar el trabajo de los profesionales de la cultura y fortalecer su independencia respecto del poder político y trabajar por la creación de una titulación universitaria.⁵

4 Todas las citas de prensa incluidas se han tomado de la página oficial de la asociación PROCURA.

5 Esta asociación sin ánimo de lucro, que surge por tiempo indefinido, concibe la cultura como un servicio público abierto a iniciativas tanto privadas como públicas, y considera que se asienta sobre dos pilares: la comunicación y la participación. «La cultura se considera como algo vivo y define aquello que es singular y específico en una sociedad», afirma el presidente de PROCURA (*Heraldo de Aragón*). La ordenación y elección de las

Efectivamente, apenas se han generado instrumentos de debate, los profesionales han tenido que desarrollar su trabajo en cultura guardándose sus cuestionamientos y con un panorama desolador de debates pendientes en materia de políticas culturales, caracterizadas por autocomplacencias y servidumbres de muy diverso signo, ante cuya aparición el técnico debe claudicar.

Los técnicos muestran el deseo de no confundirse con la clase política que trata de imponerse, de no perder su lugar, de no exceder el límite de lo prudente en sus manifestaciones. La sola referencia a la noción «política cultural» incomoda a algunos, y con ello parecen señalar que el político correspondiente debe supervisar lo que se puede o no se puede decir de la cultura en el territorio. A otros, sin embargo, su experiencia, su larga andadura y su convicción en su buena intencionalidad les otorgan legitimidad para informar, opinar, posicionarse y aportar ideas. Dos visiones del nivel técnico que tienen posiblemente mucho que ver con el nivel político que los mantiene. Por ello se hace tan imprescindible la autonomía e independencia de los «trabajadores de la cultura».

El de la profesionalización de la cultura es un debate recién nacido en este territorio y encuentra pocos apoyos. Mientras la discusión no se centre entre los organismos solicitantes de los servicios, el colectivo no puede conformar su legitimidad. Se hace necesaria una clarificación por parte de los ayuntamientos, colectivos o promotores de la acción cultural que no llega a culminarse, esperando del técnico la receta a aplicar. Mientras tanto, este se lamenta de la falta de profesionalización, incapaz de frenar la autarquía y el seguidismo, del dirigismo político, del uso ideológico de la cultura y de la pretensión colonizadora de su profesión por parte de la clase política. Se duelen de la poca consideración que la cultura tiene para los políticos (lo cual, curiosamente, también incorpora una llamada de atención que entronca con la cuestión de género).

comisiones de trabajo en el marco de la asociación son, en este sentido, ilustrativas del tipo de problemas que desde su punto de vista han venido siendo amenazantes y requieren de trabajo urgente: innovación y proyectos culturales, dinamización cultural y desarrollo local, políticas culturales y sector público, relaciones institucionales, análisis y estudios prospectivos, profesión y Universidad, creación e iniciativa empresarial, comunicación y proyección social y relaciones externas y promoción.

El peligro de la cultura es que todo el mundo parece que puede entender y hacerse cargo. De hecho, a mí me molesta enormemente... Por ejemplo, cuando a mí me propusieron *el cargo*, estuve a punto de rechazar, porque dije: «es que a las mujeres solo nos ofrecéis cultura». Y no porque yo no valore la cultura, quienes no valoran la cultura son los hombres, y por eso las concejales son de cultura. Las consejeras son de cultura, las diputadas son de cultura; cultura y bienestar social. (Ex política)

Su perspectiva destaca la indiferencia política unida a la falta de concienciación social en torno al papel de la acción cultural. Esta coyuntura conlleva la inexistencia de reconocimiento de la labor desempeñada.

Otro aspecto que destacar de este colectivo es la diversidad de procedencias y la falta de cualificación especializada o capacitación previa. En el caso de espacios no urbanos, el reciclaje o reacomodación de trabajadores existentes, a menudo de los servicios sociales, ha sido frecuente.

Este colectivo ejerce su tarea, no obstante, en localidades de mediano y gran tamaño, por lo que no vamos a profundizar más. Sin embargo, quedarían muchas reflexiones pendientes en este apartado:

- Políticas culturales: tendencias, dificultades, estrategias, servidumbres y perspectivas de expansión.
- Incidencia de realidades cambiantes en el desarrollo de los proyectos.
- Perfiles personales y profesionales. Formación, itinerarios profesionales, competencias y tareas, condiciones de trabajo, rol y estatus, percepción de su profesión y de sus colegas, requerimiento de formación de nuevos profesionales.
- Percepciones de sí mismos y del resto de protagonistas de la cultura: usuarios, Administración, industrias culturales, entidades financiadoras.
- Relaciones con los «legitimados para decidir», los grupos generadores de opinión», profesionales y usuarios.
- Ámbitos de actuación, prioridades programáticas.

En el caso de municipios exentos de soportes técnicos o profesionalizados, son los alcaldes, en su mayoría, los concejales de cultura, los representantes de asociaciones o cualquier vecino que traslade una idea, los que definen la «política cultural» del municipio; no faltando, no obstante, los expertos y todo tipo de elementos ajenos a la comunidad que se permiten

trasladar ideas más o menos acertadas (en cuanto que dicen encarnar la modernidad y la innovación) a los representantes políticos. En estos casos, para su asesoramiento se suele recurrir a profesionales de la administración de rango superior, sobre todo diputaciones provinciales; la comarca no parece estar dotada hoy por hoy de los soportes adecuados o sigue sin proporcionar la confianza suficiente a los municipios.

2.1.2. Bibliotecarios: personal para todo

El tradicional espacio cultural por excelencia es la biblioteca.⁶ Pese a su escasa utilización, se convierte en un escenario para el dialogo entre las prácticas de la población, las pretensiones de los políticos y las aspiraciones e incapacidades de los técnicos.

La biblioteca es realmente el equipamiento cultural central en la mayoría de las localidades; en otras, el único. Pese a su escaso uso, su inexistencia hubiese sido imperdonable para muchos alcaldes, porque una biblioteca encarna la acumulación de saberes que, aunque sean infrautilizados, deben estar bien guardados.

Lo primero que hay abordar es la concepción acerca de lo que es una biblioteca, es decir, la conceptualización que de ellas tienen los protagonistas. Y puede observarse que los significados varían mucho en los diferentes discursos recogidos, conformando un universo de sentidos multiformes.

Creo que hay que atar corto a los ayuntamientos, y que a una cosa la llamaremos biblioteca y a otra cosa la llamaremos cuartucho. Y a lo mejor es que no necesitamos más que un cuartucho; y no necesitamos más. Y tú se lo dices a alguien y no hay manera de que lo entienda. Es un tema de estructurar, y hay pueblos que no necesitan una biblioteca. Pero todos tienen que poder leer, y es mejor para un pueblo que funcione bien la del pueblo de al lado y que trimestralmente les lleven un lote. (Técnico)

Así surgen rápidamente las sugerencias acerca de cómo se debe articular el servicio y la necesidad de intervenir con políticas racionales desde un punto de vista técnico.

6 No hay que olvidar que las bibliotecas han sido el objetivo e instrumento central de las intervenciones gubernamentales explícitas en la vida cultural desde sus inicios (la Biblioteca Real, actual Nacional, fue establecida en 1711 por Felipe V).

A veces se crean bibliotecas en donde se han colocado colecciones que sobran de otros sitios sin ningún tipo de control ni de catalogación. Un documento al que tú no puedes acceder ni puedes localizar es un documento perdido. Así de claro. Y una serie de documentos en los que no estás pensando a quien va dirigido no tiene sentido, porque no es lo mismo el lote para un sitio que el de otro. Ni las necesidades de unos ni de otros. Por supuesto que hay unas necesidades que son básicas, por eso una biblioteca que no tenga bibliotecario no es biblioteca; no puede ser una asociación quien la que lleve, eso es etéreo como el aire [...]. Y en los pueblos pasa también mucho de eso. Es que no puede ser, y hacen eso. Es que hay planteamientos que no son aceptables. (Técnico)

Emerge una estéril invitación al eficientismo que arrastra consigo la clemente demanda del ajuste ante el advenimiento de la «sociedad de la información» (algo aparentemente irrefrenable) y el diseño de los nuevos espacios culturales ante la imposición de la *modernidad*.

Hemos recogido un discurso que se responde a sí mismo. Voces de los expertos y voces de los políticos que parecen desafinar al entonar al unísono.

A nivel político no es aceptable que no haya biblioteca en todos los municipios como uno de los servicios básicos. (Presidente de comarca)

Si hablamos de servicios básicos, un servicio básico es el acceso a la información [...]. Es que con los datos que estamos manejando no puede haber bibliotecas en todos los pueblos. Es verdad que, como decía María Moliner, que nadie, esté donde esté, esté alejado de la cultura por cuestiones de espacio. Pero tampoco en todos los sitios hay piscina pública. (Técnico de bibliotecas)

En el fondo, significaciones enfrentadas acerca de lo que es y lo que no es una biblioteca.

Posiblemente hay un mal uso del concepto *biblioteca*. No creo que los alcaldes, consejeros o presidentes de comarca piensen en bibliotecas con todo lo que supone la gestión de una biblioteca. Pero claro, que se informen. (Técnico)

Y ahora qué vamos a pensar que es una biblioteca, ¿cajas de libros, una estantería con cuatro libros? Pues vale. Pero es que a mí eso no me sirve. A muchos alcaldes que me preguntan los intento disuadir... Sí que tiene que haber en todo pueblo, aunque sean diez personas, un espacio común en el que se reciba de forma regular un diario de ámbito provincial o regional que te lo incluye, un acceso a Internet; porque hoy no se puede estar fuera de las autopistas de la información, ¿o es que tenemos que poner una obra de consulta de química, una obra de consulta de matemáticas, otra de filosofía? (Técnico)

El enfrentamiento se produce entre significados que asientan sus raíces en una concepción tradicional que viene recogida en el *Diccionario* de la Real Academia al considerar la biblioteca como «local donde se tienen un número de libros ordenados para la lectura», y otra que emerge de manifiestos⁷ y normativas recientes que llaman la atención acerca del nuevo papel que debe cumplir la biblioteca y la necesidad de que primen criterios profesionales de funcionamiento: eficacia, eficiencia y justificación económica.

Falta saber lo que queremos, los medios con los que contamos; pero aun suponiendo que contásemos con mucho presupuesto, tenemos que saber manejarlo, y tenemos que ser razonables. En un pueblo con 100 habitantes no hay escuela y quieren biblioteca; y a esa persona que quiere la biblioteca le dices: «¿cuántos libros ha leído usted en este año?». Para que vean que con que tengan el acceso a la información que desean, basta. Que las cinco novelas de consumo son suficientes a lo mejor; aunque no se conserven y se hayan destrozado tanto de ir de mano en mano. No pasa absolutamente nada. (Técnico)

El discurso técnico, lejos de utopías, aspira a alcanzar una realidad abarcable en el marco de la tesitura actual de sus bibliotecas. El cuestionamiento de la existencia de espacios destinados para biblioteca irrumpe. Nuevamente, la realidad del territorio se impone.

Es que en las normas internacionales se está hablando de tres mil como un número de habitantes mínimo para que se pueda garantizar o justificar un servicio estable de lectura. La ley obliga a cinco mil. Nosotros estamos bajando exageradamente: atendemos a pueblos con una centena de personas. (Técnico)

Discursivamente, se ha otorgado un carácter central a la cultura en el proceso de regeneración urbana de zonas deprimidas y también de las rurales; de hecho, las propuestas de desarrollo del servicio bibliotecario

7 El manifiesto de la Unesco sobre bibliotecas públicas, de 1994, es un referente obligado para el discurso de los expertos: «La participación constructiva y el desarrollo de la democracia dependen tanto de una educación satisfactoria como de un libre e ilimitado acceso al conocimiento, al pensamiento, a la cultura y a la información. La biblioteca pública, el umbral local al conocimiento, constituye un elemento básico para la formación permanente, la toma de decisiones independientes, el desarrollo cultural del individuo y de los grupos sociales».

han estado y suelen estar presentes en los programas, pero no se disponen en el primer plano de las decisiones. Estas, desde el escalón administrativo más básico, los ayuntamientos, hasta los más complejos, suelen desoír las voces que provienen del nivel técnico. Los técnicos consideran imprescindible estructurar los servicios y cambiar la concepción que se tiene del espacio llamado biblioteca. Se trata de dar vida; nuevamente la necesidad de imprimir vida. Y seguidamente surge la idea de la dinamización.

La biblioteca tiene que ser un espacio vivo; en un pueblo pequeño es posiblemente mejor que el mismo espacio sirva para que se reúnan las amas de casa, por ejemplo; que eso lo están haciendo también. (Técnico)

Lo cierto es que se recogen posicionamientos muy consensuados entre el nivel técnico referidos a una serie de aspectos básicos:

- Necesidad de funcionalidad de los espacios y calidad mínima en los equipamientos.
- Adecuación de los tiempos de utilización al lugar y su gente.⁸
- Necesidad de coordinación entre niveles y administraciones y el establecimiento de una política clara.
- Atención al producto ofertado, dado su papel en la conformación de prácticas culturales y consumos.
- Condiciones aceptables en la atención y servicio, que pasa necesariamente por la mejora de las condiciones laborales de los responsables de las bibliotecas, su cualificación, profesionalización y regularización laboral.

De todas ellas, interesa detenerse ahora en esta última cuestión.

8 Cuyo requerimiento técnico mínimo está lejos de cumplirse en muchas de las bibliotecas de Aragón. La fundaciones más antiguas registradas en España (Registro de Fundaciones Culturales del Estado) son la Fundación de la Biblioteca del Consulado de la Coruña y la Fundación de la Biblioteca de Oviedo. La primera de ellas se remonta a 1806, y la segunda se inscribe en 1904. En relación con esta última, existe la anécdota de un brigadier asturiano residente en Veracruz que, antes de fallecer, hizo testamento para que ese construyera una biblioteca en Oviedo —en el año 1904, en Oviedo todavía no existía ninguna—. Se incluía una cláusula fundamental por la que se establecía que la biblioteca se abriera durante la noche, ya que el único tiempo libre de los mineros asturianos para ir a leer a la biblioteca era cuando había oscurecido...» (Soledad Díez-Picazo, en Fundación Berstelmann, 1998: 20).

Mira, en Aragón te puedes encontrar desde un guardia municipal, en pueblos que te sorprenderías, hasta el alguacil (estoy pensando en uno que trabaja en la biblioteca con gratificación, que es como si no fuera alguacil, como si a un chico le dieran un poco de dinero; pero por lo menos hay una relación laboral, digamos, legal). Otros tienen un contrato específico para biblioteca: más o menos horas, más o menos categorías, como en la Administración, D y E. Y luego hay un grupo de personas que es un acuerdo verbal o un acuerdo escrito. En algunos hay algo así como que han firmado algo; pero, vaya, ni seguridad social ni nada. (Técnico)

Todavía los profesionales no tienen un puesto digno ni en los puntos más grandes, y hay buenos profesionales... En fin, condiciones lamentables del personal; y en los pueblos, peor... (Técnico)

En 2003, las cifras oficiales manejadas por el Ministerio de Cultura hacían referencia a 352 personas registradas como personal de bibliotecas en Aragón (no hay referencia a voluntarios o becarios).⁹ Pero la situación computada oficialmente no refleja en absoluto lo que podemos encontrarnos en el territorio.¹⁰

En la dedicación hay mucha diversidad, pero hay pueblos que abren dos horas a la semana. La realidad es esa. ¿Creéis que es rentable, no económicamente, sino cultural y socialmente, dos horas de dedicación de la persona? Que en esas dos horas está todo, el tiempo de apertura, el tiempo de dedicación administrativa (si es que tiene que hacer algo), la limpieza (porque la mayoría limpian...). ¿Qué van a hacer? Es que no pueden hacer. Es que a veces

9 De ellos, 28 eran bibliotecarios profesionales (26 con dedicación plena); 188, auxiliares de biblioteca (160 con dedicación parcial); 17, personal especializado (todos con dedicación plena); y 119, otro personal (90 con dedicación parcial) (<<http://www.agora.mcu.es/alzira>>, consulta realizada el 21/04/05).

10 Por ejemplo, en la provincia de Zaragoza, la categoría del personal recoge la siguiente casuística: el encargado de biblioteca, el educador de adultos que ejerce la doble función de alfabetizar y educar a personas mayores y completa su horario con trabajos en la biblioteca, los voluntarios (oficialmente, 19 en la provincia de Zaragoza), que se dividen en los que perciben una retribución económica (10 personas) y los que no (9), y, finalmente, los que pertenecen a las categorías de auxiliares administrativos, alguaciles o técnicos que desempeñan labores de interior (es decir, de despacho) pero también cumplen su horario con trabajo en la biblioteca (11). De las 39 personas encargadas de biblioteca, 24 poseen contrato de bibliotecario o bibliotecaria, desempeñando funciones de auxiliar administrativo, solo hay 3 personas con categoría B que pertenecen al rango de técnico de bibliotecas o, en el mejor de los casos, que también puede desempeñar labores como técnico de biblioteca y cultura. El caso de Teruel es más llamativo: de los cincuenta registrados, 10 son personal administrativo, 16 tienen contrato, 22 tienen una relación laboral basada en un acuerdo verbal y dos en un acuerdo escrito. Información facilitada por la Sección de Bibliotecas de las diputaciones provinciales.

no están contratados ni nada, es que es una situación absolutamente irregular. Y eso demuestra que en ese municipio no hay absolutamente ningún interés. (Técnico)

Con buena intención desde un punto de vista técnico y defendiendo la necesidad de un plan urgente, la confrontación a veces se hace inevitable.

Por eso, cuando me viene un alcalde y yo le digo que en su pueblo no hace falta biblioteca, ha habido alcaldes que se han ido directamente a estructuras políticas más altas y me han puesto de hoja perejil. Así de claro, porque es que menos de quince horas a la semana no puede haber nada. Y si no se puede, no se puede. Tenemos que buscar otra alternativa y tendrán que implicarse más instituciones; porque, si no, estamos tirando el dinero. (Técnico)

Todos ponen de manifiesto la necesidad de que emerja la reflexión, de que la sociedad civil tome posicionamiento en cuestiones que para ellos son esenciales. Pero se trata de un conocimiento que exige descender a la propia realidad cotidiana. Las cifras son incapaces de acceder a ciertos matices que la cotidianidad de los pueblos muestra.

No estamos contando con las características de los pueblos que tenemos. Si tú a una persona la tienes con un acuerdo verbal y le das sesenta euros, aparte de insultarla con eso, no le puedes pedir maravillas. Y si te abre dos horas a la semana... Yo te digo una cosa: en bibliotecas pequeñas yo me pongo a temblar cuando te dicen «vamos a coger a un chico que ha hecho filosofía y letras y que está preparando oposiciones». Porque hay mucha movilidad entre el personal con esta situación laboral; es que nadie se puede quedar ahí. Por mucho que sepa, no se va a implicar, porque está esperando irse. A veces dan más juego personas que están en el pueblo y que están más interesadas. Desde el momento que la categoría profesional es de auxiliar, no puedes pedir más de lo mínimo. (Técnico)

La gran movilidad del personal es otro de los problemas que impide mejorar los servicios y que intenta compensarse desde las diputaciones con cursos de formación para el personal pero que se une a otros problemas seculares testimoniados por los técnicos: desatención y desinterés de las administraciones, falta de crecimiento de las áreas y falta de dotación presupuestaria, falta de ampliación y consolidación de plantillas, contrataciones precarias e inestables, falta de estructuras organizativas y exceso de voluntarismo.

En el marco de la confidencialidad que una entrevista garantiza, no eluden incorporar el desencanto provocado por un ambiente que acaba restando interés y provocando *acomodación*¹¹ en los términos que define John Dewey, es decir adaptación al sistema y a la estructura como efecto de la funcionarización, la impotencia, y el testimonio de una situación, que consideran mejorable, caracterizada por la precariedad en el servicio (supeditada a la voluntad e interés del responsable municipal puntual). Frente a otros servicios que la Administración garantiza a los ciudadanos, el de acceso a la lectura e información no se sabe exactamente quien ha de financiarlo y gestionarlo, por lo que a periodos de ilusión, esfuerzo y cierto voluntarismo de personas, asociaciones o corporaciones municipales, les siguen otros de desidia, abandono y olvido, a la espera de un nuevo ciclo político o una política de subvención. Este último es un rasgo destacable de la política cultural en nuestro entorno nacional: el régimen de subvenciones; el servicio bibliotecario no queda excluido. Las bibliotecas públicas de titularidad estatal que están en las capitales de provincia y son las que cuentan con más medios y financiación estable de su gasto corriente, atienden al usuario urbano. El resto, la red de bibliotecas subvencionadas por las diputaciones o sufragadas por los municipios, dependen de la existencia o no de subvenciones para su mantenimiento y desarrollo, y, en último término, de la disposición de su alcalde para iniciar el proceso de construcción o habilitación del espacio, su mantenimiento y su desarrollo, al margen de que existan o no inquietudes hacia la lectura.

Parece oportuno referirse a que el 10 % de la población española carece de un servicio que le garantice el acceso a la lectura y la información. En Aragón, y si nos ceñimos a las cifras que ofrece el Ministerio de Cultura (2005), el año 2003, el 70 % de los municipios estaban atendidos por servicio bibliotecario. No tenían biblioteca un 31,68 % de los municipios en Huesca, el 31,85 % en Zaragoza y el 25,85 % en Teruel. Traduciendo a población, las cifras eran del 92 % de la población aragonesa atendi-

11 John Dewey incorporaba una distinción interesante en su teoría de la acción pragmatista, que puede permitirnros interpretaciones interesantes. Por un lado, la acomodación es «una reorientación pasiva de la propia manera de ser» atendiendo al entorno; y puede resultar hasta saludable como práctica individual. Como advierte el mencionado autor, «cuando se torna general se convierte en fatal sumisión a las circunstancias o en resignación».

da, el 85 % de la oscense, el 95 % de la zaragozana y el 81 % de la turo-lense.¹² Ello no significa que cada pequeño asentamiento deba poseer su propia biblioteca, opción que, como hemos visto, desde el punto de vista de los técnicos es poco racional y nada rentable, ni desde un punto de vista económico ni desde la óptica social o cultural. No obstante, las cifras y manifestaciones recogidas muestran la necesidad de generar una política cultural que contemple alternativas y organice servicios que garanticen a todos la posibilidad de leer; pensemos que en contextos rurales se halla un alto porcentaje de ancianos, además de otros colectivos con dificultades de acercamiento o con su movilidad limitada.

La falta de coordinación entre las administraciones no nubla la voluntad de acción de los técnicos ni silencia las propuestas de futuro: necesidad de planificación y racionalización territorial, política y cultural.

Realmente se está hablando de la necesidad de política, no del cuestionamiento de un modelo u otro. Se está reclamando la urgencia de imprimir racionalidad en su gestión; una gestión que se adapte a las comunidades en las que se ubique (y dentro de estas, a los colectivos potenciales usuarios de libros y espacios, si los hubiere). Tampoco se trata de aspirar a funcionarizar el colectivo, puede optarse por un modelo gerencial. Pero, en cualquier caso, allá donde efectivamente exista biblioteca, esta debe realizar una serie de funciones, recurrentes en el discurso del experto: consulta,¹³ información, autoinformación,¹⁴ espacio cultural

12 <<http://www.agora.mcu.es/alzira/>> (consulta: 20/04/05). En ese momento se registraron 64 bibliotecas en Huesca, 94 en Zaragoza y 61 en Teruel. No obstante, este tipo de información hay que acogerla con gran cautela por el propio procedimiento de recogida de los datos que se lleva a cabo y la gran variabilidad en el panorama aragonés.

13 Superar la visión de la biblioteca como una sala de estudio o lugar para hacer los deberes convirtiendo a la biblioteca en un espacio que sea canal de distribución más que de contenedor de conservación. Lo que implica actualizar los documentos, ejercer procesos de selección de las adquisiciones adaptadas a la vida local y posibles necesidades y facilitar el conocimiento de nuevas posibilidades. La inexistencia de librerías cercanas en muchos casos, la pobreza de las colecciones particulares y la movilidad limitada de muchos colectivos justifica este necesario cambio en el sentido de la biblioteca.

14 La incorporación de ordenadores incrementa las posibilidades de acceso a la información y la formación, sobre todo para la vida cotidiana. No se trata de bibliotecas especializadas, sino generalistas, que pueden proporcionar, no obstante, los canales para la búsqueda de fuentes e informaciones... El alejamiento de los grandes cambios e innovaciones tecnológicas puede provocar la lentitud en la puesta al día de estilos y modos de vida urba-

y foro de encuentro¹⁵ y referente para la construcción de la identidad local. Esta última funcionalidad de la biblioteca emerge en el discurso académico y se incorpora sin apenas reflexión acerca del proceso de redefinición identitaria que se propone.¹⁶

El discurso técnico, con un predominio de la racionalidad, no concede margen para el desorden, aunque se impone la realidad aplastante: los recursos, los medios, el personal, las inversiones y la población. Imposición de criterios que incluyen la confrontación con las industrias editoriales con la pretensión de salvaguardar los espacios rurales de los comerciales y su «voracidad mercantilista», reafirmando su labor de tutela y mediación.

Les seleccionamos obras de narrativa o de distracción, genéricas y luego ya obras técnicas que ya son propias para cada tipo de población; entonces ahí es el bibliotecario el que se tiene que enterar. Lo que intentamos es que no sea ningún político el que compre: que pasa muchas veces, que compran a los vendedores. Porque los vendedores que van por los pueblos, que les llaman «plasticistas», los que llevan obras de crédito o grandes obras, porque les compensa coger el coche e irse a otros sitios y colocárselas a un par de alcaldes: había una que era de protocolo y otra de cinco tomos de cómo envejecer. Para eso no hace falta cinco tomos. (Técnico)

En cualquier caso, se percibe como irrenunciable la creación de un servicio de bibliotecas bien dotado que sea capaz de aplicar una política bibliotecaria orientada a fortalecer una red de bibliotecas de calidad distribuidas por todo el territorio, contemplando alternativas con otro tipo de productos culturales diferentes, dado que un espacio físico con libros de consulta no es garantía de apropiación cultural.

nos y globales y cierto sentimiento de inferioridad y desfase que se ponen de manifiesto en la interrelación con los veraneantes y visitantes... En este sentido, la biblioteca puede adquirir un nuevo sentido: la formación de usuarios, tanto en la lectura como en las nuevas tecnologías, para posibilitar el descubrimiento individual, la actualización y la participación en la vida social, política, laboral y cultural más allá de la localidad.

15 Generadora de actividades culturales que cubre aspectos que otras instituciones no cubren (y pueden servir como ejemplo los cursos de animación a la lectura impulsados desde las diputaciones provinciales).

16 La rescatamos recuperando la cita siguiente (Comalat y Reyes, 2001: 27), por su relevancia en este estudio: «La biblioteca pública puede ser una buena ocasión para recuperar, o para evidenciar, una identidad que seguro que existe y que ahora se ve reconducida hacia la búsqueda de productos autóctonos que den una imagen externa del municipio determinada y dirigida, sobre todo, al sector turístico».

En estas reflexiones habría que contemplar, a sugerencia del personal técnico:

- Necesario acuerdo técnico y político.
- Igualación de criterios técnicos en la concepción de biblioteca.
- Definición de la estructura que dé cabida a la demandas y no genere desigualdades. A partir de esa definición, dotación suficiente y coherente.
- Generación de redes.
- Presentación de una imagen nueva de lo que es una biblioteca y de los mejores cauces para garantizar el acercamiento al usuario y el acceso desde todas las comunidades.

2.2. Los centros de estudios

Apenas terminada la guerra, cuando el duelo era tremebundo, amargo y callado, se inicia la labor de la Institución «Fernando el Católico» (IFC) en Zaragoza. Era el año 1943 cuando nacía una de las instituciones más emblemáticas del territorio aragonés. El Instituto de Estudios Altoaragoneses (IEA) se configuraba en 1949, igual que el Instituto de Estudios Turolenses (IET). Así, el territorio se fraccionaba para su estudio provincial.

Por gran parte de la geografía española se desplegaba entonces el interés por crear centros que impulsaran labores de investigación y difusión en el marco de los estudios de ámbito provincial primero; con el paso de algunos años, el ámbito se hizo cada vez más reducido, dando entrada al interés por lo local.

El nacimiento de la IFC se justificaba por la necesidad de atender al «servicio de alta cultura aragonesa», tal y como se especifica en la página web de la institución; dicha atribución podría considerarse mantenida a lo largo de sesenta años. La vinculación con la Diputación Provincial de Zaragoza y la adscripción al Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) le han permitido cubrir de un modo relativamente holgado con sus fines:¹⁷ el

17 La DPZ contribuyó al mantenimiento económico de esta organización con un aporte de 1 529 555 euros, según los presupuestos publicados en el *BOP* de Zaragoza, con fecha 28 de enero de 2004. Los gastos de personal ascendían a 684 719 euros.

estudio, la investigación y la difusión de los valores culturales aragoneses en sus diversos aspectos. Aspectos más vinculados con las ciencias y las artes de sus gentes que con las gentes en sí.

En esa misma línea, el IET explicita como finalidad básica la de «fomentar, coordinar y orientar la labor investigadora y cultural en las diversas ramas de las ciencias y las artes en cuanto se relacionen con la provincia de Teruel y sus intereses materiales y culturales». En el caso del IEA, se habla de «el estudio, investigación y divulgación de la cultura y recursos de la provincia de Huesca».¹⁸

Los tres centros de estudios ubicados en las tres capitales aragonesas han atravesado similares circunstancias: la vinculación a las diputaciones provinciales, la adscripción al CSIC y los fines orientados hacia el servicio a la alta cultura; sin embargo, las diferencias han sido abismales si atendemos a su política, su gestión, su cobertura económica, su proximidad al territorio o su perspectiva.¹⁹

La labor, desde luego, ha sido encomiable y el bagaje acumulado en estos años es admirable, puesto que se ha conseguido recoger un importante legado cultural del territorio, sobre todo en lo que a municipios grandes y personajes relevantes se refiere: la alta cultura aragonesa. También se ha dado cabida a la tradición cultural «popular», aunque su aparición como objeto digno de estudio es más reciente y se ha impulsado sobre todo a raíz de la creación de los llamados centros filiales o colaboradores.

Huelga decir que no podíamos dejar pasar la referencia a estas tres instituciones, cuyo patrimonio archivístico es fascinante y cuya referencia es obligada para los estudiosos de Aragón. No obstante, aquí el interés intencionado se planta en los centros de estudios locales o «comarcales», que son los que, por su proximidad y vinculación con el territorio, han podido incidir más en los procesos de mediación y apropiación cultural en el entorno rural.

18 Páginas oficiales de las entidades en la Web.

19 Las tres representan a Aragón, formando parte de los 56 centros que, repartidos por toda España, integran la Conferencia Española de Centros de Estudios Locales (CECEL).

En estas zonas, los únicos que mueven la cultura son los del Centro de Estudios; esos presentan libros, exposiciones, y les hemos hecho bastante seguimiento. Esos sí que la mueven. Ahí sí que hay cultura. (Periodista local)

2.2.1. Sociogénesis:²⁰ recorridos desiguales a lo largo de cincuenta años

La IFC fue la más temprana y sólida en el respaldo a la creación y mantenimiento de estos centros territoriales: el Centro de Estudios Comarcales del Bajo Aragón-Caspe, antes llamado Grupo Cultural Caspolino (1954), el Centro de Estudios de las Cinco Villas (1960), el Centro de Estudios Turiasonenses (1961), el Centro de Estudios Borjanos (1968) y el Centro de Estudios Darocenses (1982), además del bilbilitano como el más veterano (1954).

De esta manera, hoy se sostiene que se trataba de irradiar y descentralizar la acción cultural, la «alta cultura aragonesa», entendemos.

Las filiales o centros colaboradores han actuado desde un «incuestionado» régimen de autonomía en el desarrollo competencial atribuido: la irradiación de la acción cultural; pero las pugnas internas en las instituciones, que han desembocado en altibajos, las dificultades económicas y las vicisitudes contextuales han limitado dicha y pretendida autonomía. Hay que entender que el grado de institucionalización de los centros es muy diverso, y mientras que los de la provincia de Zaragoza surgen desde dentro de la IFC²¹ enmarcados en ella, las iniciativas de Huesca o de Teruel, en una gran proporción, se asientan en el florecimiento de empujes que a menudo surgen de la base y que podríamos denominar cuasiinstituyentes.

Se puede adelantar que en todos los casos existe la intervención de una mirada experta, ya sea en la gestación ya sea en el desarrollo. La gente ha estado al margen.

20 Revisión analítica del proceso de nacimiento y desarrollo de un fenómeno poniendo énfasis en su dimensión social.

21 Gozan de presupuesto propio.

Su sociogénesis no se enmarca en un único momento histórico, lo que suma complejidad a su estudio; no obstante, es significativo el proceso de proliferación.

La historia y los orígenes de una gran parte de los centros tienen mucho que ver con la propia historia migratoria de los pueblos. La distancia, una vez más, y la vinculación con el territorio, posiblemente más sentida por la ausencia y la lejanía, juega un papel importante, al que se une la posibilidad de trasladar experiencias similares generadas en otros lugares.

La historia del centro de estudios..., fijate, es curioso, porque es simplemente tratar de desarrollar aquí ideas que hemos visto fuera. No era una originalidad, en el sentido de decir «centros de estudios»... Nosotros venimos de la Comunidad Valenciana, que es donde vivimos; y centros de estudios en la Comunidad Valenciana hay casi en cualquier pueblo, de ámbito local, o llámalo de ámbito comarcal. Las comarcas no están tan desarrolladas, pero... es lo mismo prácticamente. (Cofundador de centro de estudios)

Era trasladar una idea que has visto que ha funcionado en Cataluña desde hace muchísimos años. O sea, no se descubrió nada. (Ex presidente de centro de estudios)

En este sentido, los centros aragoneses constituyeron durante unos años los más claros espacios, posiblemente no de estudios, pero sí de divulgación e irradiación de la cultura aragonesa. Y sus contingentes revertían a su vez en el impulso de iniciativas locales, algunas veces lideradas desde la distancia.

La distancia despertaba los más bellos y nostálgicos recuerdos, la más afectiva producción simbólica.²² Así, algunos de los que participaban activamente en los centros aragoneses conformados fuera de la comunidad autónoma lo hacían igualmente en sus lugares de origen (sobre todo de Huesca y de Teruel, más devastados por el éxodo rural). De esta manera, raigambres y querer unen las miradas desde dentro con las de fuera, conformando iniciativas variopintas.

22 Como la *Mermelada de moras* y los recuerdos de amor desde Barcelona del grupo musical altoaragonés La Ronda de Boltaña: «Si supieras que al comerla / vuelvo a ver la casa en pie, / y en los labios de tu madre / una gotita de miel. / ¡Ojalá vivas bastante / para descubrir por qué, / mientras unto mermelada, / tú eres mi niña otra vez! / Que el recuerdo vuelve tierno / hasta el pan duro de ayer».

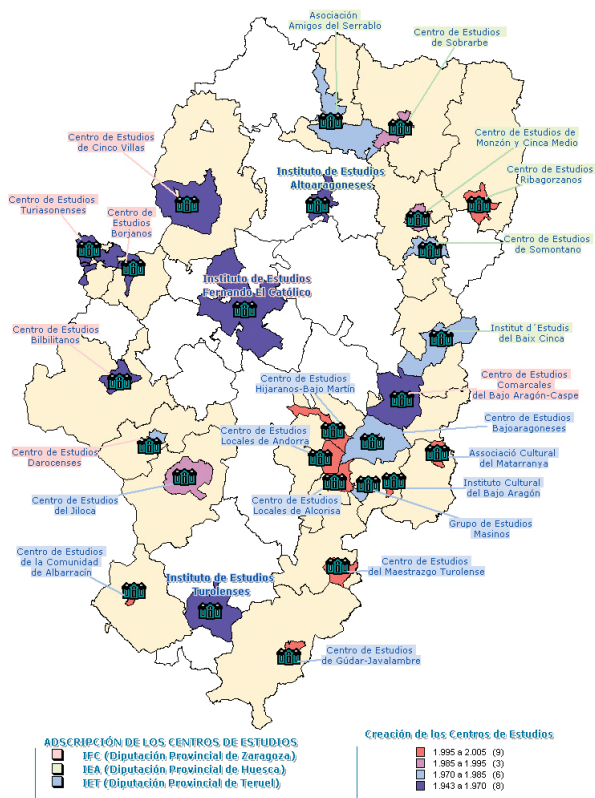
El temprano despegar de los centros de la provincia de Zaragoza fue seguido por un proceso lento de emergencia de actuaciones puntuales que a menudo respondían a inquietudes de asociaciones que se consolidaban y orientaban o reorientaban hacia determinados fines en función de la coyuntura.

La política en la provincia de Zaragoza ha sido la de dotar de una determinada particularidad, estructura y forma de organización a todos sus centros; en Huesca, y sobre todo en Teruel, la aparición de las estructuras actuales ha sido bien diferente: secuencial, espontánea y, consecuentemente, un tanto deslavazada. Los tres tienen autonomía en su régimen interno, así como en su actividad editorial.

En la provincia de Huesca, Sabiñánigo y Fraga se conformaban en los años setenta como sedes de asociaciones nacientes (Amigos del Serrablo y Grup d'Acció per la Llengua) convertidas después en los centros de estudios de sus respectivas comarcas. A ellos siguieron de forma escalonada en el tiempo los ubicados en Barbastro, Boltaña y Benabarre. En Teruel, el proceso ha sido más llamativo a simple vista, puesto que durante muchos años solo se trabajó en esta línea en Más de la Matas (desde el Grupo de Estudios Masinos, de carácter básicamente local), Alcañiz (donde se publica en 1981 el primer boletín del CESBA, Centro de Estudios Bajoaragoneses) y Calamocha, como sede del CEJ (Centro de Estudios del Jiloca) (1987). Sin embargo, a partir de 1996 se asiste a la aparición de numerosos centros de estudios repartidos por toda la geografía turolense, con mayor incidencia en el Bajo Aragón. De tal manera que la cifra de centros de estudios en esta última provincia²³ duplica prácticamente a las existentes en las otras dos: Zaragoza (red de seis centros filiales) y Huesca (seis centros colaboradores).

23 Nos encontramos con una mixtura variopinta que muestra más heterogeneidad en el caso de la provincia de Teruel, en donde se asocian al Instituto de Estudios Turolenses otras iniciativas, además de las mencionadas: el Taller de Arqueología y Prehistoria, de Alcañiz, el Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, el Centro de Estudios de la Trashumancia, de Guadalaviar, el Instituto de Estudios Humanísticos, de Alcañiz, el Centro de Estudios de la Guerra Civil, en Teruel (ABATE), y el Centro de Estudios Mudéjares.

MAPA 1
RED ARAGONESA DE CENTROS DE ESTUDIOS²⁴



FUENTE: Elaboración propia.

24 Se han dejado fuera iniciativas exclusivamente interesadas en localidades únicas o centradas en ámbitos temáticos puntuales, destacando aquellos que han ejercido una labor irradiadora a parte de su zona de influencia.

Sería necesario profundizar en la gestación de todos los centros para poder incorporar interpretaciones mucho más ricas en matices, pero lo cierto es que las estudiadas nos presentan cuestiones muy interesantes. Por ejemplo, la conformación como centro de estudios adscrito a la institución de estudios provincial y a la diputación en cuestión ha sido, en más de una ocasión, esencialmente política; como decisión política ha sido el sistema de adjudicación de subvenciones y financiación de los centros (cuestión que pone en evidencia la atención diferencial a los diferentes territorios).²⁵

La disparidad y la falta de una política de gestión racional común están en la base de un escenario heterogéneo, variopinto y llamativo que va incorporando puntualmente nuevos centros. Aunque, ¿dónde se establecen los límites que deben definir el carácter de las instituciones y evaluar el cumplimiento de sus objetivos? ¿Dónde se puede instaurar el límite entre la acción que ejerce un centro de estudios, el de una asociación cultural o el de un colectivo informal de amigos?

La representación de un territorio en el marco de la conformación de una comarca ha podido ser el pasaporte para la legitimación de algunas iniciativas ante la inexistencia de criterios, al menos visibles.²⁶ La fragmentación es palpable en algunas zonas rurales. Cabe preguntarse, a instancias de los interlocutores, si esa abundancia se corresponde con la respuesta a la percepción de un vacío en el desarrollo de las políticas culturales en el territorio que lleva a las diferentes asociaciones a suplirlo mediante la institucionalización en la figura de los centros de estudios. La reflexión debería también incorporar la posible interpretación cen-

25 El respaldo institucional de las diputaciones ha sido, en ese sentido, necesario para la pervivencia de los centros que se van desarrollando gracias a su aportación económica; aunque las contribuciones serían muy diferentes según el territorio.

26 Como decíamos, en el caso de Teruel se ha dado una proliferación inusitada en la última década, no presenciada ni en Zaragoza ni en Huesca. La adscripción al IET, en el caso de Teruel, por ejemplo, conllevaba la percepción de una subvención proporcional que ha sido cuestionada por los propios centros y que algunos han considerado el germen de la aparición de numerosas iniciativas concentradas, sobre todo, en la zona del Bajo Aragón, que es donde, por otro lado, ha existido una incuestionable, histórica y rica tradición cultural: la mayor proporción de entidades del sector no lucrativo aragonés con actividad principal en educación e investigación para el año 2000, se daba en las comarcas de Matarraña, Maestrazgo y Albarracín, que superaban las 38 entidades por cada 10000 habitantes; les seguía el Bajo Martín, también de la provincia de Teruel (CESA, 2003).

trada en la necesidad que las nuevas comarcas han empezado a percibir o van a requerir atender al serles transferidas las competencias en materia de cultura, de tal modo que estas estructuras son una manera relativamente rentable de culturizar el territorio y responder a su obligación con sus administrados con un soporte experto, aunque no profesionalizado. La tercera interpretación posible, y quizás solapada y ya incorporada en el texto, se refiere a la forma en que se ha gestionado la institución coordinadora (IFC, IEA e IET) y los criterios políticos de las diputaciones correspondientes.²⁷

De las tres, retomemos ahora la cuestión comarcal, que nos remite a procesos coincidentes con una nueva manera de concebir el territorio y la cultura en él: «ahora todo está en crisis». Crisis en los modelos tradicionales de entender la cultura y promoverla y crisis en la readecuación competencial de los diferentes niveles administrativos.

La conformación comarcal está suponiendo un espaldarazo para los centros de estudios, siempre y cuando las confrontaciones personales o institucionales no empañen las relaciones. De modo que la aceptación generalizada de la nueva concepción del territorio es manifiesta. La repetición discursiva del concepto de comarca es omnipresente tanto en las formulaciones escritas como en las verbales, resultando en ocasiones un tanto forzadas y reproductoras de discursos institucionalizados más que de los propios. Queda claro: la comarca es su espacio de desarrollo, el territorio que las legitima, y así parece que lo están interpretando diferentes agentes sociales y también las estructuras comarcales.

Es que, además, en la comarca no tienen asesores. Técnico de cultura no hay. Están los de juventud, acción social, turismo, y patrimonio; pero de cultura, nada. Esa intención de cambio llevan... A lo mejor piensan arreglarse con los del centro de estudios. (Periodista)

27 Por ejemplo, y en lo que se refiere a su sede, los de la provincia de Zaragoza tienen sedes adquiridas por la Diputación de Zaragoza para su uso como sede o bien facilitadas por el Ayuntamiento; los ayuntamientos han cedido locales en otras localidades. Pero existen centros que, pese a su larga andadura, siguen sin poseer sede estable y se ubican en locales alquilados.

Ahora juegan en casa, reclamando además, y justificando, su carácter de institución comarcal previa a la conformación de estas.²⁸ No puede dudarse que han sido las primeras instituciones de vocación comarcal en atender al territorio, y hoy, en un contexto político facilitador, lo reclaman como mérito o lo incorporan de manera fehaciente en su presentación pública a través de Internet. Los nuevos tiempos lo imponen, y la necesidad de posicionarse también:

El Centro es la primera institución, es la primera sociedad de ámbito comarcal en los años ochenta. Nadie pensaba todavía en comarca; nadie todavía aquí... O era este pueblo o era aquel pueblo..., pero, desde este punto de vista un poco más intelectual, no había nada; y administrativo, por supuesto que no. (Cofundador)

Se trata de un discurso pro comarcalización que legitima, posiblemente, más la existencia de los centros, el abordaje cultural de un territorio y la reclamación de un mayor reconocimiento institucional que la aceptación de un modelo político de reordenación territorial.

Creo que es un territorio con sentido [...]. ¿Qué criterio había en nuestra actuación? Ni había un criterio geográfico, ni había un criterio histórico, había un criterio sociológico, un criterio de los pueblos que tienen relación entre sí: comercial, festiva, de lo que sea. Esos que van a comprar, que vienen a vender, esos pueblos que suenan. Esos son los pueblos que forman parte de la comarca. ¿Qué me importa el sustrato cultural si lo hay comercial o social? Esos son los pueblos a los que queremos llegar. (Cofundador)

28 Por ejemplo, el Centro de Estudios Borjanos recuerda en su web que su «labor nunca quedó limitada a la ciudad en la que tiene su sede, sino que se extendió a los 24 municipios de su área de influencia». Así se maquilla la predominancia de la cabecera de comarca y se difunde la importancia de todo el territorio: la comarca. Desde la página web del CEH se añade: «Aunque las actuaciones principales de recuperación de tradiciones e investigación se daban en los primeros años en la capital comarcal, la vocación de comarca (fuimos la primera asociación que incluía todas las poblaciones del Bajo Martín en crearse) fue acentuándose ante todo en las publicaciones. En los dos últimos años se ha comenzado a trabajar en una mayor difusión hacia todas las poblaciones de la comarca». Para concluir diciendo: «Disfruten de la Cultura comarcal». Por su parte, el Centro de Estudios Locales de Andorra (CELAN) explica en la página de inicio de su web que «Entendemos como locales aquellos estudios en los que se aplica un marco de investigación de reducidas dimensiones, pero no necesariamente tiene que ser aplicado a una exclusiva localidad, Andorra. Es más, nuestra vocación desde el principio es comarcal».

Posiblemente no le falta razón a este informante, pero uno piensa en el pueblo que, sosteniendo sobre el mapa la línea demarcadora entre su comarca y la vecina, se relaciona con la comarca de al lado; lo que remite nuevamente a un centralismo ahora protagonizado por las cabeceras de comarca y a un papel legitimador de identidades, posiblemente inconsciente, por parte de los centros de estudios comarcales. Así, se incorporan en el discurso afirmaciones gratuitas que consignan a la aceptación incuestionable de la identificación con las comarcas tanto por parte de los emigrantes como por parte de los residentes.

Para la gente que ha emigrado, el centro es un poco la vinculación con la comarca, que le sirve para mantenerla. (Vocal)

A la gente le gusta que escribamos de su comarca. Ven que el pueblo se enriquece en la medida en que se estudian cosas del pueblo o la comarca. (Vocal)

Cabría preguntarse si realmente el grado de identificación es tan natural.

El papel de los centros con la materialización de la comarcalización está por definir en cada territorio, pero algunos parecen tener muy claros sus postulados, engarzados en trayectorias ya largas no modificadas en esencia por la nueva situación político-administrativa.

Estamos haciendo de asesores para la comarca, que es el papel que debe tener el centro de estudios: trabajar en colaboración con... Yo le tengo alergia a los funcionarios, por la propia filosofía del centro de estudios, donde todo el mundo ha trabajado por altruismo. (Vocal)

La relación institucional es uno de los requerimientos para el sostenimiento de muchos de estos centros, que han tenido condicionada su existencia en determinados momentos por las simpatías despertadas ante las administraciones públicas o por el grado de presión ejercido: «Nos da algo, pero depende de que les des el coñazo», afirmaba un informante refiriéndose a la administración autonómica.

El papel secundario pero presente de las cajas de ahorro a lo largo de todos estos años no ha resuelto una situación que, sin embargo, sí parece verse mejorada con la aparición en un momento dado de cuasiadministraciones gestadoras del desarrollo territorial. Desde su aparición, la relación ha sido pretendida y sostenida por ambas partes. Para estas plataformas, los centros podían aportar «coartadas intelectuales» de sus proyectos.

La movidilla esta nos ha permitido una serie de cosas impensables antes. A ellos también les ha venido muy bien, porque éramos la coartada intelectual para un montón de cosas. (Vocal)

Manteniendo su vocación con unos criterios claros, y con el convencimiento de que el servicio que se está prestando al territorio es absolutamente necesario. El panorama que se nos describe es, no obstante, de cierto individualismo; la pertenencia o adscripción a los institutos no se ha traducido en trabajo compartido, y aunque algunos centros lo destacan como uno de sus objetivos, posiblemente escapa a su capacidad. La colaboración entre los centros tampoco es muy frecuente, excepto entre aquellos que representan a territorios cercanos que coinciden en intereses y necesidades de abordaje desde un punto de vista científico.²⁹

29 Muchas de estas cuestiones han sido abordadas desde el seno de los propios centros de estudios en lo que se ha venido denominando Reunión de Centros de Estudios Locales y Comarcales de Aragón. En 2002 se celebraba en Huesca, y allí se pusieron sobre la mesa las perspectivas que se abrían con la transferencia de competencias en materia de cultura y patrimonio a los entes comarcales y el escaso desarrollo por parte del Gobierno de Aragón del marco competencial. Pretendían recordar el papel que los centros habían desempeñado a lo largo de los años y posicionarse ante la sociedad civil y sus representantes políticos e institucionales a través de un manifiesto del que reproducimos algunas notas de interés (en <<http://elmasino.com>>):

1) Los Centros de Estudios son entidades que llevan muchos años trabajando por la cultura y la defensa del patrimonio aragonés. Representan a la sociedad civil que se ha preocupado por el estudio, la investigación y la difusión de la cultura aragonesa.

2) Buena parte de las actividades que han venido desarrollando, como labor voluntaria y en gran medida gracias a la subvenciones de las Diputaciones Provinciales, coinciden plenamente con las competencias que ahora se transfieren a las comarcas aragonesas en el ámbito de la cultura, el patrimonio cultural y las tradiciones populares.

3) Ante la nueva realidad administrativa y territorial, hacen constar su deseo de tener presencia y representación en todos aquellos asuntos relacionados con la cultura y el patrimonio en los órganos comarcales, de forma especial en lo que se refiere a Ordenación del territorio y urbanismo, Cultura, Patrimonio cultural y tradiciones populares, Artesanía, Promoción del turismo, Protección del Medio Ambiente. Todo ello de acuerdo con lo que se recoge en la Ley 10/1993 de 4 de noviembre de comarcalización de Aragón.

4) Los Centros firmantes, ante la nueva realidad que representa la organización comarcal de Aragón desde el punto de vista político y territorial, manifiestan su voluntad de continuar contribuyendo a la defensa y la difusión de la Cultura y el Patrimonio Aragonés, manteniendo su autonomía organizativa y de gestión, en colaboración con las nuevas representaciones comarcales y el Gobierno de Aragón.

2.2.2. Irradiando y descentralizando cultura.

«Acción cultural desde el territorio»

En el proceso tan disperso y desigual de emergencia de los centros de estudios encontramos recurrencias centradas esencialmente en los impulsores, en la materialización de ideas y expectativas, en el discurrir de los años sosteniendo un proyecto, en los objetivos reformulados y en las actividades desarrolladas.

Es el compartir inquietudes en los espacios de encuentro el que desata los sueños de poner en funcionamiento estas maquinarias pesadas.

Y aquí, un grupo de personas que teníamos inquietudes, que habíamos escrito en *la prensa*, pues lo que podríamos llamar eruditos locales, personas con ciertas inquietudes que ya habían superado cierta edad. Estábamos reunidos uno que se hizo concejal enseguida y otro que venía de Madrid. Y hablando de estas cosas y de un día para otro digo: «Aquí podríamos hacer un centro de estudios; se acaba la fase del periodismo local y deberíamos dar un paso al frente y tratar de hacer un centro de estudios». (Cofundador)

Efectivamente, en la mayoría de los casos no se trata de «gente común»; eran personas que se reconocían pertenecientes a otra clase: eruditos locales. Su ubicación en la jerarquización social, en un acomodado peldaño de prestigio social, aparentemente les validaba para impulsar iniciativas en nombre de y para el territorio; al fin y al cabo estaban legitimados por sus vecinos.

La verdad es que también es representativo que éramos personas que teníamos un cierto..., ¡hombre!, que teníamos una buena consideración general, y entonces..., bueno, pues esta gente es seria, no son cualesquiera. (Cofundador)

En esta comarca, claro, somos muy conocidos y saben que no somos cantamañanas y saben que, si estos se meten en esto, casi seguro que funcionará. (Vocal)

Esta línea de colaboración debería sustentarse en la firma de convenios entre los Centros de Estudios, las Comarcas y las Diputaciones Provinciales (en el caso de las Comarcas no constituidas, en el momento en que se constituyan).

5) Las entidades firmantes, en este marco de colaboración, manifiestan su deseo de coordinación por medio de una «red» de centros con el propósito de optimizar, crear y desarrollar nuevas actividades culturales en beneficio del Patrimonio aragonés y de la sociedad aragonesa en general.

Precisamente la tradicional lejanía social y cultural de los impulsores del estudio y la investigación es la que se pretende romper en los últimos centros aparecidos al mostrar un interés explícito en aglutinar a la población en general.

Y es que hay una diferencia clara, que en parte viene condicionada por los sistemas de financiación, entre aquellos centros con financiación relativamente asegurada y aquellos otros que parecen tenerla más incierta (la aportación de los socios se hace imprescindible para la continuidad del proyecto). A ello se une un cierto viraje en la naturaleza de los objetivos de los centros de estudios, o al menos en la manera de mostrarlos. El mantenimiento de los objetivos originarios centrados en la investigación y el estudio de la comarca da entrada a otras pretensiones: participación de los socios, relaciones con las instituciones, reformulación de los objetos de estudio, acercamiento a la gente,³⁰ implicación en proyectos de desarrollo comarcal y transformación social.³¹ El posicionamiento social «privilegiado» se ve reflejado en algunos de los logros iniciales de los centros. La plataforma de legitimación social desde la que se trabaja permite ir encontrando hueco entre la gente. Con los años ochenta se vive cierta eclosión identitaria y se descubre la posibilidad de la mirada etnológica.

Será el compartir lo que genere el crecimiento de los centros de estudios y alimente la percepción de que es necesario dar un paso adelante, de que se puede construir algo más grande, de que se ha de dejar huella; con ausencias y apoyos no recibidos que incorporan desalientos, pero no tumban.³² La cohesión entre los impulsores es lo que ha determinado, en el caso de las iniciativas más espontáneas y menos conducidas institucionalmente, que los proyectos cuasiinstitucionalizados, aun con altibajos, sigan vigentes.

30 El Centro de Estudios Turiasonenses, con la larga experiencia acumulada en el trabajo en materia de patrimonio, manifiesta en su web que su gran reto es «conseguir que el pueblo no se asuste ante eso de los monumentos, o adopte una actitud negativa o pasiva, sino todo lo contrario».

31 Así, por ejemplo, el Centro de Estudios Cinco Villas manifiesta su vocación transformadora: «Al fuerte espíritu investigador se ha unido otro fin complementario de alcance transformador: comprender el entorno para integrar el conocimiento en proyectos de desarrollo global de la comarca».

32 En algunos casos, ni la Universidad ni los institutos de enseñanza secundaria han estado presentes; sin embargo, en otros han sido el germen, como es el caso del Centro de Estudios Locales de Andorra.

Emergiendo desde diferentes tiempos históricos, con heterogéneos impulsores (grupos de amigos, eruditos locales, alcaldes, profesores de instituto, etcétera) y con variopintas intencionalidades va apareciendo una estructura que hoy cubre la mayor parte del territorio aragonés.

Parte de la gente que hay detrás de estos centros son personas que viven y trabajan fuera del territorio, miradas expertas con vínculos afectivos que encarnan un territorio cuasi imaginario. Emigrantes y personas reconocidas en el entorno aragonés. En otros casos, la labor está muy próxima a los institutos de enseñanza (como es el caso del Bajo Aragón turo-lense), y desde allí surge la mirada externa depositada en una gran labor cultural que ha tenido alta proyección local.

Pero llega un momento en que empiezan a percibirse cambios, y a presentirse la necesidad de relevos. Estos reemplazos coinciden con la incorporación de gente formada, ubicada en el territorio. La descapitalización de los territorios rurales, cuyas consecuencias todavía perduran, se ha compensado sin embargo con el incremento del potencial del capital escolar y cultural de la población asentada. Y aunque la población sigue siendo escasa y los «de fuera» siguen teniendo un papel clave, puede decirse que, poco a poco y con diferente ritmo, se ha ido produciendo la incorporación de personas cualificadas asentadas en el propio territorio a una propuesta percibida inicialmente como algo ajeno o, cuando menos, exclusivo de determinados colectivos.

La continuidad en los centros ha exigido el fortalecimiento de una cultura interna basada esencialmente en la vinculación con el territorio. Es un proceso similar al de cualquier organización en la que los fundadores han impreso su sello distintivo; su permanencia con mayor o menor protagonismo ha favorecido la impregnación de ciertos valores, como el de la «generosidad», en el grado de implicación y vinculación personal. Es precisamente la generosidad derrochada el rasgo que lo instituyente aporta en cantidades ingentes; en este caso, recompensada con el sostenimiento de ese prestigio social perpetuo entre los convecinos comarcales y las redes institucionales.

Los primeros años de los centros de estudios se muestran difíciles pero desafiantes; y cuanto más nos remontamos en la conformación del centro tanto más «curiosa» resulta su intervención. La inexistencia de investigaciones locales, de fuentes sistematizadas y de soportes o de medios ha llevado a los impulsores de los centros de estudios y asociaciones culturales de esta envergadura a caminar en busca de la flora distintiva, a res-

taurar iglesias, recopilar canciones, recoger fotografías, revisar archivos y documentos, y a estar desde su posición de observadores y actores tanto en el terreno como, al mismo tiempo, en los despachos institucionales.

El tiempo y la continuidad en las tareas les permite hoy rentabilizar su esfuerzo y dedicarse más a la difusión de un «producto» propio, de la mercancía cultural acumulada a lo largo de los años. Puede decirse que los centros de estudios son las verdaderas industrias culturales de implantación en el territorio rural, obviando necesariamente la industria mediática, especialmente la televisión.

Ahora está mucho mejor, es más fácil. Ahora mismo, exposiciones nuestras hay danzando pues por todos *laos*, y la comarca nos está apoyando y nosotros damos difusión a nuestro propio... ¿cómo te diría yo? Tenemos un buen *stock* de obra de arte, de fotografía antigua, de materiales que se han ido recopilando que dan pie a ocho o diez exposiciones que están funcionando permanentemente por ahí, por todos los pueblos de la comarca que nos lo piden: comisiones de fiestas, ayuntamientos, escuelas... Quiero decirte que tenemos también un fondo documental, archivístico, arqueológico y de cosas que hemos ido adquiriendo también, y de alguna cosa que se ha podido comprar. (Vocal)

Los objetivos de los centros de estudios han virado, como decíamos, hacia la acción cultural. Si en un primer momento se adentraron esencialmente en el estudio e investigación científica de los aspectos vinculados con el territorio en el que emergían, sus objetivos se han ido amplificando, dando cada vez más entrada a la gente. La divulgación adquiere mayor relevancia. Si las primeras actuaciones son las publicaciones y monografías (prácticamente todas tienen un boletín o publicación periódica y, además, editan monografías puntualmente) y el impulso de la investigación a través de becas y premios de investigación, pronto se empieza diversificar la actividad, se incorpora la labor archivística de recopilación de documentos, fotografías antiguas o «patrimonio inmueble».³³ Al cobrar protagonis-

33 El interés por la tradición y la cultura popular es algo observable desde hace décadas en la provincia de Huesca, lo que ha permitido contar con un legado etnológico de gran interés. En la provincia de Teruel, sin embargo, está despertando hace pocos años. Por ejemplo, el Centro de Estudios Locales de Alcorisa se reconoce como «un grupo de “gente como tú”, movidos por una ilusión compartida: recomponer el pasado de nuestro pueblo, desde dos frentes: “forzar la memoria” y reconstruir oficios perdidos por el avance del progreso, para que, de alguna manera, quede testimonio del trabajo de nuestros antepasados».

mo la necesidad de «dinamización cultural» del territorio y tras andaduras largas y fructuosas, empiezan las exposiciones, el inventariado, la recuperación y la divulgación del patrimonio (sin perder de vista las acciones de sensibilización acerca del valor de los recursos patrimoniales o patrimonializables de la zona).

Todo ello en el marco de una hibridación de culturas urbanas y rurales, elitistas y populares. Los premios literarios se combinan con el trabajo conjunto en la recopilación de testimonios orales, la conformación de museos de bellas artes, la creación de museos etnográficos o de oficios, la restauración de iglesias y con la defensa de la identidad lingüística.

Todo tiene cabida porque es el territorio el punto de partida y el elemento que aglutina las opciones culturales. Es así como los centros de estudios se han conformado en una de las estructuras más sólidas de difusión cultural en el territorio, y aunque el pecado de la centralidad sigue existiendo —ahora cometido desde las cabeceras de comarca—, la labor realizada hubiese sido imposible empujarla desde estructuras públicas. En este sentido, la financiación de los centros de estudios puede valorarse como una política cultural mucho más rentable que la cultura de consumo y espectacular impulsada por la Administración autonómica. La efectividad y eficacia debe ser valorada atendiendo igualmente a criterios cuantitativos y cualitativos; desde los centros de estudios se sostiene que los mecanismos de atracción de la población son mejor manejados por las asociaciones culturales y los centros territoriales; la proximidad al vecino, y el trabajo cuasi conjunto generan, por un lado, una mayor motivación y, por otro, un mayor grado de apropiación.

El día 15 de agosto yo me voy a *un pueblo*. Y vamos a ir porque los de allí lo han demandado y estarán a lo mejor veinte o treinta o cincuenta personas del pueblo encantados de oír hablar de eso, y a lo mejor venimos y hemos hecho dos socios, pero hay cincuenta personas que nos han llamado. (Vocal)

A ello se une la adecuación de las propuestas culturales a las inquietudes de la gente, sus referentes culturales y a su «cultura», que no suele ser ni la masiva ni la del gran espectáculo, mucho menos la «alta cultura».

A mi me molesta cuando dicen que la gente de los pueblos no quiere cultura. Eso es mentira, mentira. La primera sorpresa que me llevo yo, cuando haces las cosas bien hechas: tienes al pueblo entero; y si no al pueblo entero, a un montón de gente, de interesados, curiosos o lo que quieras. Nosotros tenemos *fans*, te lo digo en serio: *fans, fans*. Que vienen a todas nuestras presenta-

ciones de libros. Y vienen las mismas personas fijas. Y les decimos lo mismo. Pues vienen porque entienden que eso es importante, no tienen otra cosa mejor que hacer y piensan que les vale la pena dedicar tres cuartos de hora a eso. (Vocal)

Como la autora en esta obra, muchas de las personas vinculadas a los centros de estudios rescatan a la gente de los pueblos, y haciéndolo se rescatan a sí mismos. De las palabras del anterior interlocutor resulta llamativo como alcanza mayor relevancia el convencimiento acerca de la «importancia» de los actos culturales que en sí el propio acto. Y es también significativo el papel que se atribuyen los centros de estudios en cuanto entidades próximas a la gente, en la función de subrayar y asignar importancia a las diferentes opciones. Se ven de este modo, y los ven, consecuentemente, como los contenedores y legitimadores de la cultura en su territorio.

Igualmente, se sienten conocedores de los procesos de aproximación de la cultura a la gente, y la larga experiencia de muchos, sin duda, los avala; por ello se permiten ser críticos con el dirigismo externo.

Yo creo que hay una demanda local importante por temas culturales pero que no se satisface con exposiciones teledirigidas desde los centros urbanos, institucionales. Es necesario que peñas, comisiones de fiestas, concejalías de cultura, ayuntamientos, centros de estudios, asociaciones de amas de casa... (fundamentales: si consigues meterte en el bolsillo a las amas de casa, ya tienes todo hecho). No se trata de crear y gastarte un millón de pesetas en llevar una exposición a un pueblo, se trata de que los de la comisión de fiestas vayan también y organizarlo. Entonces es eficaz, y cuando la gente lo ve... Ahí tienes ejemplos, que, a cualquier cosa que vas, pues tienen siempre un montón de personas; porque va toda junta, y las mujeres y los hijos, más los que van de al *lao*... Yo lo digo un poco caricaturizado. Pero que hay un acto y saben que lo organizan estos y van. La cultura teledirigida desde los centros institucionales urbanos es muy relativa su eficacia si no está integrada con algo local. (Cofundador)

Es precisamente esa vinculación al territorio lo que, según muchos, los legitima como los verdaderos contenedores de las «culturas comarcales» y, como tales, como los constructores, a veces casuales, de los referentes culturales e identitarios vinculados con las nuevas estructuras territoriales.³⁴

34 En la página web del centro de estudios ubicado en Tarazona puede leerse: «Los resultados son muy esperanzadores ya que la colaboración de nuestras gentes es cada día más amplia y consciente, se está consolidando un sentimiento de lo común y lo propio. Existe ya, además, la garantía de que lo que aparece se queda en la comarca y es accesible para todo el mundo».

La pervivencia de algunos centros ha dependido de la atención institucional, que en algunos casos y momentos ha sido exigua. Sin embargo, puede decirse, en relación con algunos centros de más reciente constitución, que su ubicación y sede se ha convertido en un arma más para la lucha política y la pugna identitaria o el posicionamiento en la nueva ordenación territorial (la disputa por la capitalidad cultural, en este caso). El centro de estudios ha sido una especie de moneda de cambio por el que han peleado ayuntamientos y comarcas.

2.2.3. La aproximación a la cultura: cuestión de sensibilidades

Durante muchos años, la cultura ha sido una cosa secundaria; había otras necesidades más primarias, como era el comer o como era el divertirse, que había que saciar antes que una necesidad o una demanda cultural. Con los años setenta u ochenta empieza a haber una necesidad de cultura y se crea la biblioteca de aquí. Era una biblioteca pequeñita, como eran todas; había pocas. Pero ya supone otra cosa, ya supone un cambio. [...]. Aquí no había biblioteca, y recuerdo que allá por los años ochenta venían feriecitas y vendían libros, y cuando vienen a vender es porque compran. La cultura es una cosa que en el momento en que se solucionan otras demandas más prioritarias se empieza a percibir su necesidad. Y yo creo que en este pueblo, relativamente pronto, se advierte la necesidad de consumir cultura, de crear cultura, de interesarse por la cultura. Ahora se está rivalizando con pueblos cercanos, que venían un poco más atrás. Y con el tiempo, el que primero se incorpora a estas necesidades desarrolla con más... de forma más temprana y con mayor amplitud este tipo de cosas. No creo que sea casual que los primeros que entienden la necesidad de hacer un centro de estudios vengan de aquí, en el sentido de que a lo mejor se había incorporado antes el sentimiento de esa necesidad... (Cofundador)

La tendencia mayoritaria ha sido la del establecimiento del centro en lugares de tradición en lo que a acción cultural se refiere, aunque coexisten otras interpretaciones significativas dispares para intentar explicar la sensibilización y receptividad desigual ante la cultura por parte de las diferentes localidades. Los relatos contienen igualmente atrayentes jerarquizaciones y conceptualizaciones del territorio en torno a la noción de cultura, a su importancia y a su valor.

Estoy hablando de mi opinión personal: la sensibilidad. Por aquí el aire corre más, hay más entidad; y la gente..., aquí no tienes que decir esto es importante, aquí la gente lo intuye, eso se ve enseguida. (Cofundador)

Y en esta cuestión también hay recurrencias, se trata del valor de uso de la cultura; las sensibilidades no son sino el grado en que se manifiesta la percepción del valor (independientemente de su tipología) que tienen ciertos continentes y contenidos, y la comprensión inseparable de los significantes y significados que los acompañan.

Allí teníamos 30 socios cuando aquí ya teníamos varios cientos. Son cifras también muy elocuentes. Hay pueblos en los que no hemos conseguido meter la cabeza a pesar de todo. Y no sé por qué. Aquí se vive con unos años por delante. Aquí no tienes que explicar que esto es importante, en otros pueblos estamos hartos de decirlo todos los años. Ya ves, estoy harto de ir a los pueblos y no creo que lo de los socios se relacione con el nivel cultural, pero sí con la sensibilidad cultural. (Vocal)

No puede cuestionarse que la identificación de la gente con los impulsores de los centros de estudios, en su mayoría enraizados en el territorio, contribuye a la aproximación a este espacio como foco de cultura. Pero no es una explicación única, dado que los esfuerzos por sumar nuevos miembros son baldíos en determinadas localidades.

Hay pueblos en los que nos hemos vaciado como en ningún otro, pero vaciados, y con el ayuntamiento por delante con las máximas facilidades. Pero son otro tipo de persona. Que en unos pueblos las personas son de una manera y en otros son de otra. (Presidente)

En esa caracterización que se va haciendo de diferentes localidades de la zona en función de su receptividad a la labor de los centros y su acción cultural no dejan de aparecer referentes locales y personalidades destacadas que parecen haber ejercido una notable influencia, dejando una impronta en su comunidad y llegando a ser el soporte de la justificación histórica del comportamiento comunitario. De modo que emergen recurrentemente figuras como curas, capitanes, viajeros o maestros que inspiraron la creatividad en los pueblos. Tal y como lo presentan los informantes, se diría que se trata, más que de una cualidad individual, de una condición comunitaria inscrita en la cultura de las propias localidades y en la manera de entender lo que culturalmente ocurre en el pueblo.

Ese es un pueblo que a mí me encanta. Cuando vas a presentar un libro y notas que está todo el pueblo, te hace pensar. A mí *ese pueblo* me dio una sensación muy agradable, muy buena. Hay otros pueblos que ni los pises, no te voy a decir nombres. Porque lo noto. Lo notas. Lo notas. Vengas de donde vengas. Y eso potencia que hagas con agrado cosas allí o de allí. Eso se traduce en una sensibilidad hacia lo que hacemos. (Vocal)

El interés por difundir cultura es también interés por crecer como asociación. La labor de captación forma parte del quehacer de los centros de estudios. En este sentido, el perfil de los socios que nos presentan en sus narraciones revelan no solo procedencias geográficas o instruccionales y profesionales, sino también conceptualizaciones significativas: interpretaciones acerca de las fidelidades, justificaciones de los alejamientos y perplejidad ante las ausencias presentadas como imprescindibles. Una de las fidelidades destacadas es la de los emigrantes; la población que se ha marchado fuera de su tierra se mantiene vinculada a esta mediante las publicaciones que desde los centros de estudios se impulsan.

Hay un factor muy importante, que es la gente que ha emigrado; es un poco la vinculación con la comarca que le sirve para mantenerla. Son gente, en general, que ha vivido en otros lados, que saben que esto en otros lados existe con mucho tiempo de antelación, y entonces a ellos no hay que decirles que es importante; estos lo ven clarísimamente porque saben que allá donde van esto hace mucho tiempo que existía. Esos son los más fáciles de mantener. Dígamos que son los más fieles. (Vocal)

Para concluir, la pretensión de tutela de la cultura comarcal y las tradiciones por parte de las instituciones aboca a aquellas a la desaparición cuando no a la espectacularización, que es lo que ha venido dándose en los últimos años. La asignación a las comarcas de las competencias antes comentadas no solo va en la misma línea, sino que magnifica este posicionamiento y sus repercusiones: la preservación de lo muerto antes que la estimulación de la creatividad cultural. Si la noción de cultura se reduce a las bellas artes y lo popular se circunscribe a lo patrimonializable, en tanto que referentes apagados a los que se pueden resucitar con artificiosidad, privamos a la cultura y a la gente de su capacidad primaria: ser hacedores de cultura. La aceptación por parte de los centros de estudios de esta conceptualización de la cultura no hace sino contribuir al mantenimiento de estos mismos esquemas. Su labor concienzuda, su cercanía al territorio y a la gente y su propia estructura como asociaciones nutridas del voluntarismo de las personas debe y puede ser un buen asiento para los procesos de generación y consumo cultural en los pequeños municipios aragoneses. Solo les resta interrogarse acerca de qué tipo de procesos quieren continuar mediando.

MEDIOS Y COMUNICADORES

Los límites del lenguaje (del único lenguaje que yo entiendo) significan los límites de mi mundo.

Wittgenstein

Desde la aparición del lenguaje y la consolidación del mito como relato de la colectividad, la mediación de la experiencia constituye uno de los mecanismos básicos de configuración de las sociedades humanas. Los mitos, los ritos sociales y los relatos orales en general forman, en este sentido, mecanismos premodernos de mediación de la experiencia. Pero la historia de las sociedades modernas es, más que nunca, la historia de sus dispositivos de gestión y control de la experiencia, ocupando un lugar privilegiado los *medios*¹ de comunicación social y, con ellos, las nuevas tecnologías.

3.1. La mediación de la comunicación masiva

Durante las últimas décadas del siglo XX hemos asistido a una constante y meteórica evolución de las nuevas tecnologías en el mundo desarrollado. Esta evolución siempre ha tenido como escenario principal el medio urbano. Jamás habríamos podido imaginar que esa misma tecno-

1 En comunicación se refiere al instrumento o soporte de difusión de los mensajes. En este sentido, cuando nos referimos a los medios, aludimos a los espacios de comunicación de masas que propagan mensajes a grandes públicos: prensa, cine, radio y televisión.

logía iba a ser capaz de invadir el medio rural como lo ha hecho hoy en día. En la era de acceso, tal y como lo viene planteando Rifkin (2004), el problema ya no es quién produce, sino quién y cómo se accede a la cultura. Lo cierto es que en pleno cambio de milenio estamos siendo testigos de como, poco a poco, encontramos en los pueblos Internet de banda ancha, salas de terminales en red, videoconsolas, salas de exposición audiovisual, móviles de última generación, proyectores de uso multimedia o incluso teleadministración de entidades institucionales por vía satélite.

La verdad es que la inclusión de nuevas tecnologías en el medio rural es ya un hecho constatable al pisar su escenario. Como es lógico, las nuevas generaciones son quienes están familiarizándose con estos nuevos medios capaces de acercar los beneficios de la «sociedad de la información» a las poblaciones rurales y, a su vez, tal y como se reitera continuamente desde los discursos flotantes, contribuir en buena medida a impulsar el desarrollo territorial de estas áreas. Claro que, este no es un concepto que ahora vayamos a discutir; en cambio sí abriremos el debate acerca de cómo la presencia de nuevas tecnologías ha cambiado la forma de «consumir» cultura, cómo han generado nuevos escenarios de consumo cultural, y cómo han abierto la posibilidad de una nueva existencia para los pequeños pueblos (lo que no se muestra en la tele o en Internet no existe).

[...] lo que promociona la televisión o las agencias de turismo es lo que hay, es a lo que la gente va; por eso ahora es tan importante la publicidad, si no, no existes. (Habitante)

La paulatina entrada de las TIC (tecnologías de la información y la comunicación) en el medio rural tuvo como primer agente relevante a la radio, gracias a su capacidad de informar y entretener, salvando distancias y orografías separadoras de las urbes.

La llegada de la radio y la televisión a los pueblos supuso un fuerte cambio de hábitos y costumbres. La expansión de este medio por el medio rural fue relativamente rápida, tan pronto como el precio de los aparatos fue descendiendo, siendo este un claro ejemplo de escenario de consumo cultural generado por la inclusión de nuevas tecnologías.

Claro que, la televisión puede parecer hoy un medio audiovisual de fácil acceso; pero esto, en Aragón, no es del todo cierto. En marzo de 2002

en Aragón había en torno a 23 000² aragoneses ubicados en zonas rurales que no escuchaban la radio o no veían la televisión (pública).³

Esta paradójica situación respecto a la deficiente recepción de la señal de televisión en el medio rural aragonés aún persiste hoy en día.⁴ Hay contingencias que demuestran como un medio tan extendido como la televisión en el entorno rural aun no se encuentra realmente equiparado al del entorno urbano, no disfrutando de las mismas posibilidades de desarrollo (o subdesarrollo).

En Aragón, y con Aragón, se ha venido incumpliendo claramente el punto noveno de la Declaración de Cork, suscrita por la Unión Europea en 1996, donde se dice que «deben impulsarse la capacidad y eficacia administrativas de las administraciones regionales y locales y de los colectivos locales facilitando, allí donde sea necesario, asistencia técnica, formación, mejores instrumentos de comunicación, difusión de los resultados de la investigación y de la formación e intercambio de experiencias a través de redes entre regiones y entre comunidades rurales de toda Europa».⁵

La radio, televisión local y prensa local son medios próximos a las comunidades. Esa proximidad contribuye a la conformación de identidad.

2 Informe realizado por el Consejo Asesor de RTVE en Aragón, en el marco del acuerdo suscrito con la Red Aragonesa de Desarrollo Rural (RADR).

3 De hecho, esta situación debía ser mucho más generalizada, ya que dicho informe tan solo recogía datos de aquellas localidades donde sus alcaldes habían denunciado esta situación. De todas las denuncias presentadas, el 76% afectaban a problemas de captación de la señal de TVE y un 62% a problemas con la señal de RNE. Como datos puntuales, cabe comentar el porcentaje de afeción por provincias: 13 000 oscenses, 3000 turolenses y 6000 zaragozanos.

4 Sin ir más lejos, con fecha de marzo de 2005, la Diputación de Teruel y Retevisión suscribieron un convenio para la mejora de la recepción de la señal de televisión en la provincia con el fin de garantizar este servicio en las diez comarcas, dado que se habían detectado zonas donde no se percibía correctamente la señal tanto de la televisión pública como de la privada.

5 El 10 de diciembre de 1993 se aprobó el Real Decreto 2163/1993 mediante el que la Administración del Estado cedía al Gobierno de Aragón todas las competencias sobre materias relativas a la radiodifusión. Con este decreto, que entró en vigor el 26 de diciembre, quedaban traspasadas a la comunidad autónoma las funciones y servicios, así como los créditos presupuestarios destinados a la radio. Mediante la orden de 11 de agosto de 1982 se concedieron de forma definitiva las frecuencias de onda media a tres empresas de Aragón: Radio Popular (1053), Radio Zaragoza (873) y Radio Huesca (1080). Desde el territorio aragonés, en 2005, emitían en onda media siete emisoras: cuatro públicas y tres privadas, a la que se unió Aragón Radio como emisora autonómica.

des, reproduce fuerzas de poder territorial y local y participa en la creatividad cultural.

Intentamos no tomar partido. Pero, sí... sí, para qué nos vamos a... Sí hombre, sí, por supuesto. Nosotros le damos voz a todo el mundo; eso es así, pero cuando hay que promocionar al partido que financia, pues se promociona. Para que nos entendamos, ¿vale? Se intenta que sea lo mas *light* posible, pero...; porque, además, es inevitable. (Medio local)

En este momento, están contribuyendo a la fijación de una vinculación afectiva y simbólica con el territorio comarcal, participando en la labor de construcción comarcal hace tiempo.

Había pueblos que no se sentían identificados con la comarca. Pero la palabra comarca está en todos los sitios: en la tele, en la radio, en la prensa, en los discursos: comarca, comarca, comarca; y eso le entra a la gente. (Empresa, asentada)

Yo creo que, desde los medios, tanto el periódico como la tele como la radio estamos continuamente reforzando la idea de comarca. No sé hasta que punto eso llegará a dar una unidad, pero, a día de hoy, todavía no existe. Se está pensando todavía un poco en las mancomunidades. (Periodista)

Tras la llegada de la radio y la televisión, un nuevo medio de comunicación se hizo hueco en el medio rural, el teléfono. La lentitud de propagación de este medio se explica por los altos costes que supuso la extensión de líneas a lo largo de una muy complicada orografía. De la misma manera que con la consolidación de líneas de teléfonos fijos o terrestres, hizo acto de presencia a principios de este siglo la telefonía móvil. De nuevo, toda una revolución que permitía establecer una comunicación interindividual sin estar necesariamente «pegado» al cable del teléfono. Claro que, si ya existían problemas para la extensión de líneas telefónicas terrestres, también los hay en la extensión de antenas de cobertura de servicios de telefonía móvil. La aparición de «zonas de sombra» donde es imposible establecer comunicación con cualquiera de las compañías que proporcionan servicios de telefonía móvil es, hoy por hoy, toda una realidad. Son muchas las zonas rurales del territorio aragonés con insuficiencia o inexistencia de cobertura.

Así pues, la existencia o no de consumo cultural y la creación cultural en sí, a través de las nuevas tecnologías en el medio rural, vienen sujetas en las posibilidades que dichas localidades tienen para integrarse en la denominada *sociedad de la información*. Ya no solo en el ámbito cultural, sino también en el desarrollo educativo, comercial, laboral o político.

3.2. Mundo conectado: culturas e identidades reformuladas

De pronto, aterrizó y se fue asentando Internet, el motor de la más importante revolución del último cuarto del siglo XX. Internet ha sido uno de esos ejemplos de invenciones tecnológicas originarias, no subsidiarias, que de vez en cuando aparecen en la producción cultural de los hombres; como tal, ha supuesto un punto de partida en la generación de una dinámica expansiva irrefrenable enajenada a los propios individuos o grupos, y a sus propósitos. Se trata de una invención capaz de modificar por sí misma las demandas de las personas. El ciberespacio rompe con esquemas anteriores estableciendo nuevas maneras de interactuar.⁶

Su entrada, al igual que sucedió en la ciudad, fue lenta, encontrándose con obstáculos similares: la falta de cualificación, el no dominio de los signos comunicacionales y de los medios y la incapacidad de acceder a su lenguaje. A lo que se une la lentitud de navegación por líneas telefónicas convencionales. Sin embargo, se trata de un cambio cultural que cada vez más aleja del libro y acerca a las comunicaciones electrónicas; indudablemente, estas constituyen un presente que acopla a un sistema total, a un mundo conectado. Como señalaba Birkerts, afrontamos un enorme cambio que trastoca nuestra sensibilidad, cambia nuestras nociones de tiempo y espacio y nos ubica en una guerra del ocio y la información que se libra en las pantallas. Lo cierto es que, recientemente, la llegada de la telefonía móvil y el acceso a la banda ancha por vía satélite están generando un incremento del número de ordenadores personales en los hogares rurales conforme las generaciones jóvenes van relevando a las más veteranas.

La invención había llegado y el discurso institucional ha ido estigmatizando nuevas situaciones: el alejamiento de las autopistas de la información.

6 Se abren desconocidos caminos llamados a enmarcar el carácter social y cultural. En el ciberespacio, el tiempo, la distancia, o las diferencias culturales se desvanecen para permitir una comunicación con el mundo entero; un conocimiento cada vez más global y totalizado que, sin duda, abre nuevos caminos para entrar a formar parte de lo que se ha llamado la famosa «aldea global». Un mundo en el cual las formas de adquirir información, conquistar conocimiento y establecer comunicación han cambiado contundentemente, estableciendo nuevas formas de actuar, pensar y participar (Sanz, Rocha y Martínez, 2005).

El discurso histórico y desgastado de la necesidad de las vías de comunicación para evitar la marginación territorial da paso a un discurso similar y no por ello más transformador: el temor a la brecha digital. Sobre un territorio sin autovías o vías de comunicación vertebradoras se apuesta (obviamente sin que ello sea excluyente) por las autopistas de la información.

La construcción de esta narrativa, que en el fondo puede calificarse de riesgo, se soporta sobre las bondades de los nuevos inventos, medios y mediadores, por un lado, y los desastres vaticinados para el que permanece al margen. Como en otras cuestiones, el contexto rural aparece como la mayor víctima. A través de la prensa, de los informes existentes y de los discursos institucionales se han rescatado un buen ejemplo de iniciativas «exitosas» en el marco rural⁷ que nos desvelan un discurso y una praxis autocomplacientes e irreflexivos. Se trata de un proceso irreversible que, sin embargo, no es inocuo en sus consecuencias. En cuanto que conecta, la red de redes conforma; es una máquina de producción material, simbólica y cultural.

3.2.1. Internet en la escuela

En Aragón se han llevado a cabo diversas iniciativas pedagógicas relacionadas con la implantación de nuevas tecnologías en la escuela rural: congresos,⁸ experiencias piloto de convivencia entre nuevas tecnologías y educación en el medio rural,⁹ acciones en el marco de

7 Para profundizar, véase el informe para el CESA (Sanz, 2005), en el que se desarrollan en toda su extensión un buen número de experiencias e iniciativas puestas en marcha en los medios rurales españoles y, sobre todo, aragoneses, rastreadas y recogidas por el investigador colaborador Eduardo Sales. Aquí, simplemente, se citan algunas de ellas.

8 Uno de los primeros ejemplos de reflexión interrogadora acerca de la implantación de nuevas tecnologías en la escuela rural fue el congreso Escuela Rural en Aragón. Reto Tecnológico, Compromiso Social e Innovación Educativa, celebrado en abril de 2000 en Alcorisa (Teruel). En él se articularon medidas referentes al currículo, a la formación del profesorado, al trabajo en el aula, a los modelos organizativos y a la sociedad civil y el desarrollo rural.

9 En junio de 2002, con Internet en la Escuela se inicia el proyecto piloto en el territorio español de conexión a Internet por vía satélite a cargo de la entidad pública Red.es, adscrita al Ministerio de Ciencia y Tecnología. El proyecto consistía en conectar treinta puntos locales repartidos por el territorio español a Internet mediante conexión satelital y banda ancha. Es un proyecto que pretende salvar todas las barreras, tanto geográficas como técnicas, con el fin de colocar en las mismas condiciones de conexión a

iniciativas comunitarias,¹⁰ o creación de portales educativos¹¹ y redes.¹²

cualquier pueblo o ciudad. Para llevar a cabo esta fase piloto se seleccionaron veintinueve colegios y un telecentro. En esta se pretendió obtener la mayor cantidad de datos, que facilitarían la posterior instalación masiva de estos servicios, prevista para la fase de implementación general (17 500 centros). Para Aragón se eligió el Colegio Rural Agrupado de Ariño (Teruel). El once de julio de 2003, el CRA de Ariño comenzó una andadura que ya tuvo sus primeras experiencias con las nuevas tecnologías en el ámbito escolar el 26 de febrero de 2003, cuando llegó el primer *tablet PC* en virtud de un acuerdo entre el Gobierno de Aragón y Microsoft. Como cabía esperar, parece que se ha demostrado la bondad del producto cristalizado en la informatización integral de las aulas, por lo que el Gobierno de Aragón se dispuso a extender el uso del *tablet PC* a otros 40 centros de la comunidad autónoma. En Arén (Huesca), en el año 2004, se puso en práctica otra iniciativa bajo la denominación Escuela del futuro. Los discursos oficiales recogieron que el programa piloto del gobierno aragonés con dos de los grandes, Microsoft y Toshiba, había supuesto un nuevo paso adelante. Tras el experimento de Ariño, este programa introdujo novedades con el fin de mejorar los resultados allí obtenidos. El programa se centró en la creación de «aulas autosuficientes» para los 28 alumnos que cursaban sus estudios en el CRA de Arén. El equipamiento del alumno constaba de un ordenador portátil, un *tablet PC* y dispositivos inalámbricos con conexión permanente a Internet. El aula dispone de pizarras digitales para la proyección de contenidos, un ordenador-servidor de datos del centro y una Intranet educativa, permitiendo dar continuidad a las actividades de los alumnos en sus casas. Por último, cabe mencionar el primer proyecto de educación secundaria por Internet, Aularagón, que inició su andadura en octubre de 2002; fue también una iniciativa pionera en España y aspiraba a facilitar cursar los estudios medios desde casa para contribuir a objetivos más ambiciosos: «Contribuir a fijar la población en sus lugares de residencia, de modo que la población rural no tenga que desplazarse para terminar sus estudios; de hecho, el 60 por ciento de los alumnos matriculados reside en el medio rural» (director general de Educación Permanente y Enseñanzas de Régimen Especial).

10 Por ejemplo, el proyecto Aula-urgente Maestrazgo, gestionado por la Asociación para el Desarrollo del Maestrazgo (ADEMA) y financiado en un 75% a través de la iniciativa comunitaria Interreg IIIB Sudoe, que comenzó en el año 2004 y que ha tenido continuación. La continuidad del proyecto vuelve a servir nuevamente como panfleto propagandístico que reafirma a viva voz el éxito que este tipo de iniciativas tiene sobre el territorio; estas actividades «constituyen un reto de futuro para el desarrollo de la comarca, a la hora de concienciar a las partes implicadas, en la necesidad de colaborar e involucrarse en el mañana del Maestrazgo». Noticias. Aragonrural.org. Consulta: 28/01/2005.

11 *Educaragón*, un portal del Departamento de Educación, Cultura y Deporte que contiene, además del portal genérico, tres subportales bajo su tutela: *Formación Profesional, Ramón y Cajal* y *Aragón Investiga*. Además, también se ha generado la Gestión Integral en Red (GIR), herramienta informática para la gestión integral de centros educativos aragoneses. Por último, se instituyó el Centro Aragonés de Tecnologías para la Educación (CATEDU) con la finalidad de avanzar en el desarrollo de contenidos para la introducción de las TIC en el sistema educativo.

12 Red Educativa Aragonesa Ramón y Cajal, por ejemplo.

Lo cierto es que existen numerosas iniciativas en el campo de la educación en las que se está poniendo a prueba la capacidad de las nuevas tecnologías para mejorar la calidad educativa en el territorio rural español. Iniciativas como la formada por grupos de profesores llamados DIM (Didáctica y Multimedia) de la Universidad Autónoma de Barcelona, dedicados a compendiar material didáctico apropiado procedente de sitios web que unen al empleo de enciclopedias virtuales. Iniciativas de la administración estatal como Internet Rural, Internet en Bibliotecas o Internet en la Escuela. U otras impulsadas desde centros educativos de todo el territorio español: Educared, generado desde la empresa privada; LinEx, en Extremadura; Guadalínx, en Andalucía; Liceo Virtual, en Madrid; Las Ciberaulas, en el País Vasco; Profesor Virtual-Mentorplace, en Madrid, etcétera. Existen también esfuerzos dirigidos a la formación e información del personal docente que emplean otro tipo de dispositivos, como el teléfono móvil.¹³

La intención políticamente declarada es que, en un futuro no muy lejano, las escuelas dispongan de un ordenador por cada alumno. La verdad es que en lo referente a Aragón, esa cifra dista mucho de la realidad; aun así, en mayo de 2005, los centros educativos aragoneses redujeron el número de alumnos por ordenador con conexión a Internet banda ancha de ochenta alumnos por PC a diez.¹⁴ Este panorama, solo apuntado, desvela que cada vez más las nuevas tecnologías se emplean como vehículo de la educación. Los datos así parecen reflejarlo: hasta 350 000 españoles siguen cursos por Internet, un 5 por ciento del total de estudiantes en España lo son a distancia.

Y el medio rural se transforma en uno de los potenciales compradores de estas revolucionarias mercancías, presentadas como soluciones a su marginación, abandono y lejanía. Las «nuevas tecnologías» se exhiben

13 Un claro ejemplo lo hallamos en Galicia, donde una iniciativa novedosa se encarga de mantener informado al profesorado mediante mensajes SMS.

14 A finales de 2004, el 96% de los centros educativos aragoneses de educación primaria y el 100% de los centros de educación secundaria se encontraban conectados a Internet mediante banda ancha (documento: «Plan de TIC en Aragón», Ministerio de Educación y Ciencia y Gobierno de Aragón, diciembre de 2004). De ellos, 406 empleaban conexiones ADSL, y 116, conexión por vía satélite. Bioeduca 2006. Observatorio Español de Internet. Noticias. 18/09/2005. *Heraldo de Aragón*. EFE.

como un imprescindible producto de consumo; son, de hecho, un nuevo soporte comunicacional¹⁵ que tiene una singular capacidad para manipular la información de modo que lo que se resalte sea la forma.

No obstante, intuitivamente parece desprenderse de todo ello que se se está poniendo énfasis en los medios, mientras que a los mediadores se los está olvidando. La formación del docente no es condición suficiente para la participación en el impulso de la creatividad cultural con las nuevas modalidades expresivas en los pueblos. Porque si una figura ha sido medular en los procesos de creatividad cultural en este entorno esa ha sido la del maestro. Su posición habitualmente distante de la comunidad, experta y suficientemente vinculada afectivamente al territorio, inspiraba impulsos creativos, transformadores y dinámicos. En ocasiones son las figuras clave para recordar ciertos cambios percibidos como axiales. También en relación con esta cuestión se observa una fisura insuperable: se ha perdido un agente cultural de primer orden (con todo lo que ello implica) para el entorno rural: el maestro.

En el tema de los colegios públicos pasa lo siguiente (es que son cosas de cajón): los bibliotecarios que normalmente se preocupan por su trabajo se preocupan de hablar con los maestros. Hay pueblos que me lo dicen: los maestros pasan olímpicamente de todo en algunos casos, es gente que no se queda a dormir; según qué pueblo es, se van a dormir al vecino o a la capital, no crean esa vinculación con el municipio, no impulsan nada. (Técnico de bibliotecas)

Y ahí descubrí una cosa en el tema rural, y es que yo pensaba que iba a tener la colaboración de las escuelas y de los maestros. Y los maestros dijeron que quiquiriquí, que ellos a las cinco de la tarde se iban del pueblo y que a ellos les importaba tres pimientos lo que les propusiera. Entonces me metí con los centros de mayores; y ahí, una maravilla; lo que nunca me había pasado. (Agente de desarrollo local)

15 Se ponen en juego dos tipos de información textual. Una es la que utilizan los receptores como parte del acto comunicativo, según su capacidad para entender. La otra va referida al hecho de que el dominio de este modo comunicacional requiere una gran cantidad de información de procesamiento acerca de los procesos de generación y materialización digital de la propia información. Los consumidores usan y entienden como agentes la primera, la segunda se usa implícitamente como agentes, pero ignoramos felizmente su contenido. Por ello, el conocimiento de producción queda más separado, si cabe, del conocimiento de consumo, y el modo inmediato de comunicación da paso al modo mediado de comunicación, que se había iniciado sin duda con el paso de la oralidad a la escritura (Pablo Navarro, en García Blanco y Navarro Sustaeta, 2002).

Así, los centros de educación de adultos han ejercido un papel en muchos casos único e insustituible y en parte compensatorio de la falta de dinamismo cultural en algunas zonas. Si bien su enfoque ha cambiado de rumbo hacia la formación digital y la cualificación profesional, hace unos años su cariz cultural era distintivo. Sin embargo, estos espacios nuevamente vuelven a concentrarse en las localidades de mayor tamaño, y aunque intenten irradiar actividad hacia municipios más pequeños, su capacidad es limitada.

3.2.2. La alfabetización digital: el acceso a nuevos lenguajes y a nuevos mundos

Queda claro que, para el consumo cultural a través de las nuevas tecnologías, la formación tecnológica es requerimiento ineludible; se habla de alfabetización digital. Esta es adquirida por los jóvenes porque viene implícita en su «cultura de vida»; no es así en el caso de los más mayores, que tienen que recibir una formación previa para obtenerla. Las iniciativas encaminadas a ampliar la «alfabetización digital» de las zonas rurales se han multiplicado en todo el territorio español; en Aragón destacan algunas, como las denomina-

16 Noventa y siete municipios aragoneses contaban con la infraestructura necesaria.

17 Tuvo su inicio en abril de 2003, se trataba de un autobús itinerante, puesto en marcha por el Gobierno de Aragón a través del Departamento de Presidencia y Relaciones Institucionales, en colaboración con el Instituto Aragonés de Fomento (IAF) y la empresa Random, que pretendía poner en contacto al público y a la población escolar de las comarcas aragonesas con las nuevas tecnologías de la información. El autobús integraba en su interior 16 puestos informáticos (ordenadores portátiles) y un servidor. La difusión de contenidos a los participantes se realizaba mediante un CD-ROM interactivo, en él se presentaban temas como la comarcalización, estadísticas, Aragón mudéjar, el Plan de Acción Positiva para las Mujeres en Aragón, del Instituto Aragonés de la Mujer, Walqa, Dinópolis y nociones básicas sobre Internet. La ruta a seguir por el autobús constaba de paradas en varias localidades de cada una de las treinta y tres comarcas aragonesas. Obviamente, la alfabetización digital no es sino el envoltorio del discurso oficial que encubre sin maquillaje una campaña de *marketing* pro comarcalización puesta en marcha para animar otro tipo de alfabetización de carácter identitario.

18 Perteneciente al programa España.es, promovida por Red.es y dedicada a sensibilizar a los ciudadanos sobre el uso de Internet mediante sendas aulas itinerantes. Esta iniciativa de ámbito nacional está pensada para promover el uso de la Red en aquellos colectivos no usuarios de Internet, como amas de casa, jóvenes estudiantes, personas mayores, inmigrantes y discapacitados. Contó con la colaboración del Gobierno de Aragón desde su inicio en noviembre de 2004. En Aragón, las dos aulas, una fija y otra móvil, visitaron un total de 144 localidades (52 en Zaragoza, 34 en Huesca, y el resto, en Teruel). Este auto-

das Aula Mentor,¹⁶ «Comarc@ragón»¹⁷ o Todos en Internet.¹⁸ Las dos últimas iniciativas citadas destacan como objetivo prioritario el de acercar la *sociedad de la información* al mundo rural, y tuvieron como principal apoyo en marzo de 2003 el programa Internet Rural. De ámbito nacional, nacido del acuerdo de colaboración entre el Ministerio de Agricultura, la Federación Española de Municipios y Provincias y Red.es, Internet Rural supone la instalación de centros de acceso a Internet de carácter público y gratuito en entes locales rurales. Al mismo tiempo, el Ministerio de Agricultura comenzaba a desarrollar herramientas informáticas y *software* de utilidad para el sector primario. Así, al interés por hacer llegar las NTIC al medio rural se unía la pretensión de fomentar el desarrollo territorial de las áreas donde se instalaran los nuevos centros, un total de 1500 en el territorio español. En Aragón, dos de sus tres provincias, Teruel y Huesca, suscribieron este programa solicitando 127 y 104 telecentros, respectivamente.¹⁹ La provincia de Zaragoza no participó, porque poseía un proyecto propio de conexión por vía satélite para sus municipios, Zaragoza Intranet Provincial (ZIP).²⁰

bús estaba dotado de 25 ordenadores conectados a la banda ancha por vía satélite (<<http://www.redr.es>>). El Gabinete de Comunicación del Gobierno de Aragón transmitía el 19 de septiembre de 2005 la siguiente información al respecto: «Un total de 76 216 aragoneses han experimentado las ventajas de Internet frente a los ordenadores de las aulas que la Campaña Todos.es ha ubicado en distintas localidades de la Comunidad Autónoma desde noviembre de 2004 hasta julio de 2005. De los ciudadanos sensibilizados, el 62 % (47 331 personas) corresponde a la provincia de Zaragoza, el 19,8 % (15 146) a Huesca y el 18,2 % (13 739) a Teruel. La mayoría de los participantes de este Plan de Sensibilización gratuito ha enviado correos electrónicos y ha accedido a Internet por primera vez. Las encuestas de satisfacción arrojan un balance muy positivo de la Campaña. De este modo, el 29,30 % de los aragoneses que ya han participado en la Campaña (22 331), provenían de asociaciones de mayores; el 12,77 % (9 732) pertenecían a asociaciones de mujeres, el 7,88 % (6 006) tenían una discapacidad física y el 3,36 % (2 561) eran inmigrantes. El 7,35 % (5 602) procedía de escuelas de adultos; el 5,93 % (4 520), de asociaciones de padres y madres; y el 33,41 % (25 464) de asociaciones de comerciantes, centros educativos y ONG's. Todos.es cuenta con un presupuesto, a nivel nacional, de 16 millones de euros y pretende sensibilizar a 1,5 millones de ciudadanos en 3250 localidades de toda España. Este Plan de Sensibilización se completa con una Campaña de Publicidad que se desarrolla a nivel nacional y local». (Nota de prensa. 19/09/2005. Todos.es)

19 El programa era financiado en un 60 % por las diputaciones provinciales y en un 40 % por la Administración central.

20 La única provincia de Aragón que no formó parte de los programas Internet Rural o Telecentros.es fue Zaragoza; la DPZ poseía su propio proyecto: ZIP, Zaragoza Intranet Provincial. Es un proyecto iniciado en octubre de 2002 que pretendía proveer a todos los municipios de la provincia de acceso a Internet mediante banda ancha. El objetivo de la DPZ es claro: «crear una Red Telemática de la provincia de Zaragoza en el entorno Web de Internet», la Administración electrónica. El proyecto, que tenía como fecha de finalización

3.2.3. Espacios culturales en el territorio para desterritorializar las culturas²¹

Sucesivamente, las experiencias se han venido tildando de exitosas, justificando así nuevas intervenciones y mediaciones como, por ejemplo, la conformación de nuevos espacios culturales como los telecentros.²²

el primer trimestre de 2005, alcanzó un coste superior a los 3 000 000 de euros (Sociedad de la Información, Socinfo S. L., Revista Cover: febrero de 2005). Con el fin de difundir el proyecto y alfabetizar a la población sobre el uso de Internet, la DPZ puso en marcha el Aula ZIP, un aula móvil dedicada a recorrer la geografía provincial ofreciendo cursillos a los ciudadanos, que en agosto de 2003 sumaban un total de 3500 personas en 288 cursillos en 65 localidades. «Tal fue el éxito del proyecto ZIP» que la DPZ no dudó en incluirlo en el IV Salón de las Nuevas Tecnologías de la Feria de Muestras de Zaragoza. En ella también se dio a conocer el proyecto TWISTER (Terrestrial Wireless Infrastructure Integrated with Satellite Telecommunications for E-Rural). Fruto del amplio desarrollo del proyecto ZIP, la provincia de Zaragoza fue elegida por un programa de investigación de la Unión Europea para desarrollar una experiencia piloto. El proyecto Twister de Zaragoza estaba diseñado para el trabajo con aplicaciones relativas al servicio de la comunidad, desde la posibilidad de realizar trámites administrativos sin desplazamiento hasta el voto por correo. El proyecto, integrado en el VI Programa Marco de Aeronáutica y Espacio, de la UE, y que afectaba a 15 pueblos de la provincia, junto con otros de Grecia, Polonia, Malta, Francia y Países Bajos, tenía como objetivos el desarrollo de la telemedicina, la teleagricultura, la banca electrónica y la investigación sobre nuevas generaciones de infraestructuras y redes de comunicación con el fin de preparar la próxima generación de Internet. Con fecha de febrero de 2005, la DPZ cuenta con la adhesión de 263 municipios de la provincia (el total asciende a 293 localidades) y la instalación de 175 antenas de acceso a Internet de banda ancha por vía satélite, además de otras 15 antenas pertenecientes al proyecto Twister.

21 *La territorialización* implica una conexión estrecha entre la tierra y la cultura. Su epicentro se centra en la ubicación. Cuando esta cultura se separa de su ubicación «original», se suele hablar de *desterritorialización*: «Una característica definitoria central de la desterritorialización es el debilitamiento o disolución de la conexión entre la cultura vivida diaria y la ubicación territorial» (Tomlinson, 1999). Por último, la *reterritorialización* se debe considerar en relación con la territorialización y la desterritorialización. La introducción de dicho concepto es bastante reciente. La reterritorialización está relacionada con lo que Clifford Geertz (1973) describió como un proceso de recreación de la cultura en nuevas y diversas ubicaciones. Pero el concepto no solo incluye las culturas de los pueblos, sino también las culturas materiales y las culturas informativas o representativas. La sociedad humana ya no es una yuxtaposición de culturas territoriales separadas, sino un conjunto de subculturas desterritorializadas que atraviesan transversalmente las localidades, de modo que encontramos, cada vez más, elementos culturales similares en diferentes lugares del mundo, mientras que las culturas locales se diversifican.

22 En un telecentro encontramos uno o más terminales conectados a Internet por banda ancha vía satélite, impresora, escáner y *webcams*. Este equipamiento pretende ser básico para proporcionar acceso público a Internet; además poseen portales de servicios a poblaciones rurales (procedentes del MAPyA y de los municipios) y portales de telecentros y servicios de dinamización y formación.

Internet Rural Red.es inició un nuevo acuerdo con el fin de reforzar y ampliar las actuaciones realizadas, se denominó Telecentros.es. Sus actuaciones deberán llevarse a cabo en el periodo 2005-2008. Para ser exactos, se trataba de 59 telecentros más en Huesca y 100 más en Teruel.

El primer telecentro instalado en la provincia de Teruel fue el de San Martín del Río, municipio de 250 habitantes, y de ello se hizo eco la prensa. Como otros, estaba «pensado» para proporcionar a los habitantes del pueblo servicios de administración electrónica, correo electrónico, banca electrónica, prensa *on-line*, pronóstico del tiempo, etcétera. En fin, servicios permanentes que evitasen innecesarios desplazamientos y contribuyesen a eliminar las barreras geográficas.²³

Llamativamente, la prensa se hacía eco a menudo de que los telecentros de la provincia de Teruel destacaban por sus intensivas sesiones de conexión por parte de los usuarios. Con fecha 22 de febrero de 2005, el telecentro de Mirambel convertía al pueblo en el más internauta de España.²⁴ Sus 137 habitantes realizaron 3200 sesiones de navegación durante los nueve primeros meses de ejercicio.

Ciertamente, Aragón y Extremadura son las dos comunidades autónomas que más fuerte parecen haber apostado con el programa Internet Rural (actual Telecentros.es).²⁵ En mayo de 2005 ya encontrábamos en Aragón 265 telecentros,²⁶ 132 en Huesca y 133 en Teruel, y 12 163 usuarios registrados (el 17% del total de los registrados en los telecentros de toda España); de los cuales, 5754 son oscenses²⁷ (quedaba pendiente la instalación de 59 más) y 6409 turolenses (que habían establecido 116483 conexiones fijas con una duración media de 54 minutos por sesión).

23 También encontramos otro programa dedicado a la instalación de telecentros en Aragón, el programa LABORA. Este está promovido desde el propio ITA, que ha instalado 28 telecentros que, a diferencia de los anteriores, están proyectados para el teletrabajo; es decir, aspiran a potenciar y desarrollar nuevos tipos de empleo que salvaguarden las distancias gracias a la banda ancha.

24 «Noticias», <<http://www.Noticias.info>> (consulta: 22/02/2005).

25 Telecentros.es, 01-04-05.

26 *Heraldo de Aragón* (2005).

27 En los telecentros de esta provincia se ha hecho desde el comienzo mucho hincapié en la formación de los usuarios. Tanto es así que se realizaron 95 cursos de adaptación a las NTIC organizados por la Diputación Provincial de Huesca y los grupos de acción local LEADER y PRODÉR.

Lo constatable es que cada año que pasa más localidades disponen de Internet banda ancha, y eso, en un primer momento, no es negativo, es decir, es obvio que de poco sirve desembolsar cantidades de capital importantes para que, meses más tarde, los terminales acaben olvidados y carentes de utilidad. Pero, hoy por hoy, si atendemos a los informes facilitados por los telecentros, se están despejando muchas de las incertidumbres suscitadas inicialmente y la diferenciación entre territorios que ha inspirado el establecimiento de los planes de dotación informática y de servicios primando al medio rural tiene los días contados, puesto que las emergentes tecnologías móviles y *cordless* proporcionarán en breve conexiones banda ancha en los hogares rurales sin tener que instalar ni un solo cable.²⁸

Junto al desarrollo de telecentros se han ido creando iniciativas paralelas con el fin de aprovechar esta tecnología en beneficio de las comarcas y los ayuntamientos orientada hacia la denominada *teleadministración*.

Nuevos lenguajes, nuevos mediadores, nuevas comunicaciones. Junto a la extensión de programas de banda ancha en el medio rural, otro tipo de soluciones vinculadas a conformación de nuevos espacios se han estado gestando. Por ejemplo, en la provincia de Teruel se han impulsado los denominados *centros multiservicios rurales*. Son establecimientos comerciales donde se ofrecen servicios considerados «fundamentales para la mejora de la calidad de vida de los habitantes del medio rural».²⁹ De entre los servicios que presentan cabe destacar la compra por encargo, panadería diaria, restaurante, cafetería, biblioteca, Internet rural, consultorio médico y botiquín. Además contiene un punto de información

28 De hecho, en 2005, Teruel capital asistía a la consecución del proyecto Teruel Digital, un proyecto que con un presupuesto de 6260000 euros y con cuatro líneas de actuación independientes proporcionarán al ciudadano de la capital turolense teleadministración, teleasistencia, portal de voluntariado en Internet, DNI digital, portal turístico, portal para la tercera edad, citación electrónica en los centros hospitalarios, cursos de alfabetización digital, proyectos educativos digitales en el aula e-Learning y kioscos electrónicos (Ministerio de Industria, Turismo y Comercio, 2004). Un compendio de servicios, algunos de los cuales ya existían en el medio rural, pero no en la capital turolense, dado que la red de telecentros y sus servicios se había extendido por aquellos sin conexión ADSL, alegando que en muchas localidades rurales no la habría en mucho tiempo. Se suponía que en los hogares urbanos podía disponerse de banda ancha, mientras que en el medio rural había que desplazarse al telecentro, si este existía en la localidad.

29 Fuente: DPT (2005).

turística de la zona. En resumen, es un instrumento que pretende fomentar la actividad económica en los pequeños municipios favoreciendo el empleo, manteniendo la población y generando actividades que mejoren el desarrollo territorial. Este proyecto se inició en 2003 y en febrero de 2005, la provincia poseía cinco *multiservicios* (Castelnou, Abejuela, Olba, Lidón, Blancas). A estos se unirían uno en Cañada de Benatanduz y otro en Torre los Negros con el fin de integrar toda una red de multiservicios. Partiendo de una idea que no hacía sino retomar las estrategias tradicionales de los pueblos (concentrando en un mismo espacio muchos usos posibles para satisfacer necesidades de diversa índole) se ha creado, con el amparo de diversas instituciones, un proyecto político que antes de su evaluación ya se ha calificado de exitoso. La potencialidad de este nuevo espacio y su centralidad en pequeñas localidades prácticamente despobladas es incuestionable; su carácter conformador de cultura también.

Los telecentros y los multiservicios rurales se han conformado también en espacios de consumo cultural. Se asume que, para el consumidor, el acceso directo a la extensa riqueza del conocimiento humano representa un progreso sumamente «virtual», pero tener acceso a cantidades inmensas de información representa, sin duda, una gran oportunidad para la cultura.³⁰

Sin duda alguna, Internet ha surgido como un nuevo medio global de comunicación y de alcances sin precedentes. La importancia de citar todas estas acciones reside en la invitación a observar que el acceso a las tecnologías de la información también es un mecanismo para el acceso al consumo, a la cultura, al ocio y a la construcción de identidades.

Lo que muchos autores han dado en llamar «el mito de la abundancia» se traduce en un cúmulo de información a través de la Red que el ciudadano puede procesar de diversas maneras. Pero parece no importar tanto cómo lo haga ni cuándo, sino simplemente que acceda a la Red.

30 En ausencia de legislación, la cultura en Internet sigue siendo vulnerable al estallido total de las fuerzas de mercado. Esto exige alguna forma de control, con autoridades fuertemente reguladoras capaces de velar por la diversidad cultural y la disponibilidad de la cultura para todos y cada uno de nosotros.

El acceso al conocimiento y a la información virtual forma parte de ese capital cultural necesario para comprender los procesos sociales en los que nos vemos envueltos hoy en día a través del arrastre mediático de la globalización.

El acceso a las tecnologías es un elemento sine qua non del desarrollo integrado que hoy se promulga y que se aspira a alcanzar. Sin adentrarnos en sus efectos perversos, podemos dilucidar, dentro de sus bondades, que forma parte de una nueva concepción de cultura, esa cultura cibernética que está dando paso a nuevos modelos de relación social y nuevas lógicas para comprender un mundo cada vez con menos fronteras.

3.2.4. La Red, polimorfismo y polifuncionalidad

Lo tecnológico, lo cultural y lo rural se dan también la mano en otros proyectos, de los cuales destacamos cuatro con desarrollo en la provincia oscense: Montaña Digital,³¹ Huexpo,³² Pista-Local³³ y «Ticade-

31 Centrado en el desarrollo rural de la provincia en el marco del programa europeo Interreg IIIC, y en colaboración con provincias italianas, polacas y eslovenas para la mejora del acceso a la sociedad de la información y la comunicación en zonas de montaña. Este es un proyecto transnacional que propone la implantación de políticas innovadoras que mejoren el acceso a los servicios públicos y privados en las zonas de difícil acceso. La gestión de este programa se realiza a través de la entidad TECLA (Asociación para la Cooperación Interregional, Local y Europea).

32 Igualmente se desarrolla en el contexto oscense otra iniciativa liderada por la DPH y centrada en la valorización de los centros expositivos. Bajo la denominación de Huexpo, se pretende dotar de infraestructuras a los museos locales de la provincia, que se agrupan en un portal de Internet donde se muestran los contenidos y las posibilidades que ofrecen las visitas a sus elementos y entornos. Este programa se lleva a cabo con los fondos Feder, y ya son 14 los centros expositivos que forman parte de esta iniciativa pionera. Cada año, la Diputación abre una convocatoria para que nuevos centros puedan sumarse a esta oferta complementaria para el turismo y desarrollo de las entidades locales. A través del portal Huexpo, los internautas pueden acceder a los contenidos y actividades de los museos, su agenda cultural. Al mismo tiempo, el portal permite concertar visitas a las exposiciones de ámbito local, así como organizar rutas temáticas para ser conocedores del patrimonio y el entorno natural que rodea a los centros expositivos (DPH, 2005).

33 Es igualmente gestionado por la Diputación Provincial. Puesto en marcha en junio de 2004, tiene por objetivo la implantación de la administración electrónica en la provincia. Este programa del Ministerio de Ciencia y Tecnología en colaboración con FEMP está destinado a los ayuntamientos de pequeños y medianos núcleos de población con el fin de proporcionarles un conjunto de herramientas de interés común que permita ofrecer servicios de administración electrónica con garantías. En este sentido la Red de Telecentros contribuye notablemente al éxito de este programa (DPH, 2005).

ru». ³⁴ Todos estos programas se agrupan en torno a la pretensión de la extensión de las tecnologías, la dinamización de los espacios públicos y la creación de servicios telemáticos ³⁵ por un lado, y al trabajo en desarrollo rural, por otro.

Claro que, si la idea de desarrollo rural ligado a la presencia de las NTIC comenzó a principios de la década de los noventa, la idea del teletrabajo como solución de empleo en el medio rural aún fue anterior en el territorio aragonés con experiencias como MERCURIO, ³⁶ o BRISA (Building the Rural Information Society in Aragón), ³⁷ que no generaron

34 Proyecto Interreg de cooperación transfronteriza que dio su pistoletazo de salida en enero de 2005 en Grañén, comarca de los Monegros. Este es un proyecto, que convive con el francés Pays de Nestes como socio. Tiene entre sus objetivos la creación de herramientas digitales para la actualización permanente de la formación, las nuevas formas y sistemas de trabajo, así como de los nuevos accesos a los servicios públicos. Todo ello persiguiendo un aumento de la competitividad de las empresas y una potencialización de vocaciones empresariales (REDARUL, 2005).

35 En la actualidad, muchos de los programas en vigor están investigando en torno a una solución tecnológica que aboga por la suma de tecnologías satelitales e inalámbricas (wi-fi, wi-max) con el fin de que la banda ancha no se limite al edificio municipal y sea capaz de llegar a los hogares rurales, llevando consigo enormes ventajas, como la telefonía gratuita entre los habitantes de los pueblos dotados con la mencionada tecnología. Lo cierto es que la idea de conectar pequeños municipios a la red de redes no es hoy innovador. Tiene sus orígenes en 1998, con el programa METASA, programa piloto de un año de duración que, iniciado por la Dirección General de la Sociedad de la Información de la Comisión Europea, consistía en que varios pequeños municipios se convirtieran en un laboratorio a tamaño real con el fin de que experimentaran con las NTIC. Además, se pretendía adoptar una acción conocida como *social-pull*, que integra, en la medida de lo posible, la participación ciudadana en el propio programa. En España se aplicó este programa en la localidad de Arrendó (La Rioja).

36 En el año 1995, EATUR, junto con CESTE, presentó el proyecto Mercurio, Teletrabajo: una Oportunidad de Desarrollo Rural, a las iniciativas ADAPT de la Unión Europea. El proyecto fue aprobado y contó con el apoyo del Gobierno de Aragón. El proyecto sumó la aportación de un socio francés respecto al concepto de «Casa rural de servicios». Estas nociones llevaron a la consecución de una experiencia piloto en las serranías del sur de Teruel, concretamente en Mosqueruela. Este proyecto derivó en la creación de un telecentro concebido para la generación de teletrabajo. En la actualidad se ha convertido en sociedad cooperativa (<<http://www.eatur.com>>).

37 Impulsado por EATUR y enmarcado en las iniciativas ADAPT Bis del Fondo Social Europeo (97-99), tenía como objetivo genérico el asentamiento de las bases para el establecimiento de la sociedad de la información en el entorno rural aragonés, haciendo especial énfasis en el aprovechamiento de los recursos endógenos tanto humanos como empresariales. Fue aplicado a seis zonas rurales de Aragón con características sociales, geográficas y económicas distintas (<<http://www.eatur.com>>).

un desarrollo homogéneo en las diferentes zonas de aplicación, aunque contribuyeron en gran medida a la presentación de la *sociedad de la información* en el medio rural.³⁸

Las NTIC han ido entrando a formar parte de la vida cotidiana incitando el interés institucional por desarrollar su estudio,³⁹ por explotar sus potencialidades como medio para la presentación de lo rural como mercancía de consumo⁴⁰ o por convertirlo en un canal accesible y operativo para los ciudadanos.⁴¹

38 Con BRISA se pusieron en escena decenas de actos de divulgación, organización de jornadas técnicas, artículos de prensa, etcétera. Además, durante el proyecto se facilitó asistencia técnica a alrededor de 200 personas de pequeñas y medianas empresas y otras organizaciones, y se impartieron decenas de cursos formativos sobre temas vinculados a las NTIC. También se establecieron contactos con ayuntamientos y mancomunidades y se diseñaron y crearon sitios web para empresas de actividad artesanal para poder difundir sus productos más allá de los tradicionales mercados locales. A su vez, se creó la Fundación para los Servicios Telemáticos de Salud con el fin de llevar a cabo proyectos de telemedicina. Conjuntamente se apoyó la instalación de un *call center* en el telecentro de Sos del Rey Católico. Además, EATUR participó en la difusión de los beneficios que Internet podía proporcionar en la labor docente en la escuela, mediante el proyecto NETD@YS Europe 98, con la colaboración del Gobierno de Aragón y el patrocinio de Ibercaja, Intercomputer e Infoaula. Los objetivos del programa no eran otros que sensibilizar y divulgar las ventajas que supone en la escuela el empleo de la Red como herramienta educativa.

39 La propia Institución «Fernando el Católico» concedió, con fecha de mayo de 2004, una subvención para el estudio *Audiencia producida en Internet sobre Aragón*. Estudio que ya tiene publicados sus resultados en Internet. Muestra un *ranking* de lo que más consultan los aragoneses a través de Internet. En el estudio se puede observar a primera vista como grandes sitios web institucionales de gran peso en la cultura aragonesa son ninguneados por los internautas aragoneses. Noticias. Cierzo Development (consulta: marzo de 2005).

40 Generada a través de la Red Española de Desarrollo Rural, el proyecto Portal de Internet Mundorural se encargó de desarrollar los contenidos del sitio web de la REDR, de la comercialización de productos rurales a través de una tienda en Internet que funcionaba con un servicio de mensajería y cobro de ventas a la entrega, la oferta completa de turismo rural de todos los grupos (el proyecto contenía un total de 17 grupos en sus inicios, siendo el representante aragonés Adibama, del Bajo Martín, en Teruel), un centro de documentación, página de enlaces de interés con lo rural, así como con las páginas de los asociados, además de una plataforma de formación a distancia (REDR, 2005).

41 Otra medida para estimular la creación de sitios web oficiales por parte de los ayuntamientos ha sido la propuesta por la que la DPZ, por la que se presta a gestionar sus propios dominios. Con este impulso, el Ayuntamiento podría disponer de un dominio con el topónimo de la ciudad, y podría proporcionar a sus ciudadanos cuentas de correo gratuitas (fuente: DPZ, nota de prensa, 08/06/2005).

3.2.5. La Red como plataforma para el reconocimiento y la existencia

Desde luego, tras revisar todas estas iniciativas y ejemplos que se nos hace llegar a través de los medios y la propia Web, hoy por hoy cualquiera aseguraría que Aragón es una comunidad implicada con las NTIC y con la presencia y desarrollo de estas en el medio rural. Las dudas se generan cuando pensamos que la sola presencia de innovadores medios tecnológicos en dicho entorno va a solventar las grandes carencias que estas zonas presentan. Es cierto que los telecentros están generando buena aceptación y que posiblemente animen a corto plazo una expansión de la banda ancha sobre todos los hogares rurales, posibilitando nuevos servicios como la comunicación con otras viviendas que también dispongan de conexión, sin coste alguno.

Durante todo este apartado hemos hablado de los nuevos modos y medios tecnológicos en el medio rural, en la escuela rural, en los telecentros y multiservicios rurales, en programas, proyectos e iniciativas procedentes de entidades privadas y públicas, en el desarrollo territorial, en el comercio, en el ámbito laboral e incluso en las relaciones personales, pero ¿en que medida han cambiado los hábitos de consumo cultural las NTIC en la población rural? En este sentido, se considera que sí han cambiado los hábitos de consumo cultural y que, cada vez más, se están generando nuevos escenarios de consumo cultural ligados al uso de nuevas tecnologías que pasan a formar parte de la forma de vida en los pueblos. Tan solo los limitadores de edad y la formación «digital» pueden suponer un impedimento para participar en estos nuevos escenarios. Ahora bien, de ahí a pensar que son la solución a los problemas de desarrollo territorial, laboral y económico de las zonas rurales existe un gran trecho. De hecho, aún queda mucho que demostrar, y todo lo anterior hace reflexionar sobre las nuevas resignificaciones sociales que tienen las relaciones humanas en la sociedad de hoy.

Previsiblemente, la *era del acceso* nos llevará a un debate donde lo axial, como sugiere Rifkin (2004), no será solamente quién tendrá o no acceso, sino, sobre todo, cuestionarnos en qué mundos merecerá la pena implicarse y a qué tipos de experiencias valdrá la pena acceder.

La construcción de un nuevo riesgo denominado exclusión, ante el temor nuevo de la brecha digital,⁴² que ya hemos ubicado en el escenario aragonés, coexiste con la cuestión teórica y política de los últimos años: el problema de la identidad. La inquietud por las identidades locales resuena en este escenario de globalización y Red que abre posibilidades nunca conocidas en los procesos de conformación de identidades: polimorfismos, hibridaciones, resurgimientos combinados, mixturas y, en muchos casos, tal y como plantea Axel Honneth (1997), «la lucha por el reconocimiento»; porque pueden observarse procesos que no hacen sino clamar por la existencia, sin menosprecio ni indiferencia.

Ahora quien no está en la Red no existe. Con la Web tenemos posibilidad de existir para mucha más gente. (Alcalde).

La presencia en la Red puede ser considerada como un elemento importante en la construcción de referentes culturales identitarios y como una carta de presentación sobre cada localidad.

Muchos ayuntamientos se han entregado a la tarea de diseñar un portal web que no solo brinde información sobre su localidad, sino que también se convierta en un escenario donde recrear la imaginación, obtener conocimiento e internalizarlo como un referente exclusivo.

Esto, sin duda alguna, representa un elemento que permite dar cuenta de cómo dan a conocer su cultura, y un elemento más de detalle y cuidado en relación con su propia existencia. La noción de existir en la Red permite darnos cuenta de esa nueva ventana al protagonismo que posibilitan las tecnologías virtuales.

Dentro de la temática del consumo cultural, las tecnologías tienen un papel preponderante; sobre todo porque a través del ciberespacio se desarrollan nuevas formas de interacción social y desaparecen las distancias reales en relación a un determinado producto cultural. A través del ciber-

42 Internet ya tiene su día de celebración: «El día 25 del presente mes se celebra el Día de Internet, con el objetivo de conseguir que el conjunto de la sociedad española, y en particular los no conectados y los discapacitados, tengan la oportunidad de conocer y experimentar cómo Internet puede ayudarles a mejorar su calidad de vida, para reducir así la brecha digital» (información difundida en la Red en octubre de 2005).

espacio parece que no existen las fronteras; y no se duda de su alcance, pero sí de su uso perverso o acrítico. En tal sentido, las tecnologías deben ser consideradas una herramienta que facilita el acceso a la información, que abre también nuevos horizontes en materia de ocio y entretenimiento. Pero es también una nueva forma de hacer cultura, de consumir y de construir identidades.

APROPIACIONES Y ACTUACIONES. EL PÚBLICO ACTOR

Los elementos relevantes a tomar en consideración al abordar el tema de la cultura y su consumo deben partir, en todo momento, de la gente,¹ de sus prácticas culturales y de la significación de estas. Hasta aquí, se ha visto hasta dónde llega lo institucional en la creación y difusión de los productos culturales;² el marco institucional ha expandido sus tentáculos de tal forma que uno puede preguntarse qué margen de creatividad cultural queda reservado a la gente y qué prácticas culturales emergen, de hecho, en los espacios rurales. A ello se destina este apartado, al papel de lo instituyente, centrándose en la capacidad de las personas, los grupos y las asociaciones para protagonizar el proceso de construcción cultural en el medio rural.

1 En el sentido en que lo presenta, por ejemplo, el filósofo zamorano García Calvo, y retomando la tradición epistemológica francesa, (De Certeau, Maffesoli y Grignon, entre otros) o aportaciones como la del norteamericano J. Fiske; todos ellos ponen énfasis en las modelizaciones basadas en la cotidianidad y el *locus* de la gente. Desdibujadas las brechas estratificadoras de las clases sociales quedan dos recursos categoriales: masa y gente. La categoría *gente* se ha hecho necesaria para incorporar significados que la distancien y opongán a la categoría de *masa*. Gente aglutina un juego de individualidades unidas, rescatadas de las imposiciones y autolegitimadas para ensayar cierto grado de irreverencia, de resistencia y de libertad, expresado desde el sentido común, el sentimiento y la praxis cotidiana.

2 Entendemos por producción cultural el proceso de uso colectivo y creativo de los discursos, significados, materiales, prácticas y procesos de grupo, a fin de explorar, entender y ocupar creativamente, determinadas posiciones, relaciones y series de posibilidades materiales (Willis, 1986: 647).

4.1. El asociacionismo o la importancia de sumar voluntades

Tiéndese a aceptar que la noción de participación surge, históricamente, en razón de su evidente importancia social para el desarrollo de todo Estado democrático, por su papel central, tanto en la creación y recreación de los más amplios procesos sociales y políticos como en la raíz de una verdadera eficacia en el control de la gestión gubernamental.

Paradójicamente, la *sociedad de la información* y de la comunicación ha metamorfoseado por el camino, en su génesis, la esencia de la intersubjetividad y comunicatividad. La interacción social no se asienta esencialmente en la comunicación y transmisión de experiencias compartidas y comunes ni en la adopción o respeto por unas normas y valores generados igualmente a partir del discurrir cotidiano compartido.

El asociacionismo actual incorpora a las fuentes tradicionales de participación y colaboración de los ciudadanos con organizaciones con fines reivindicativos otras con diferente entidad, pero con mucha mayor capacidad de convocatoria.

Realmente, las asociaciones son en general mucho más libres que otras estructuras, y más flexibles en sus enfoques, aplican instrumentos o medidas no habituales y están mucho más dotadas de imaginación que las instituciones públicas. Pueden hacer una gran labor en la sociedad actual. Por un lado, cumplen una función de integración de los servicios públicos, constituyendo un sistema de redes entre lo público y lo privado. Por otro, cumplen la función de difundir y generar valores como la iniciativa, la solidaridad, el pluralismo, la activación de actitudes e intereses y la de aportar soluciones a determinados problemas que afectan a colectivos específicos.

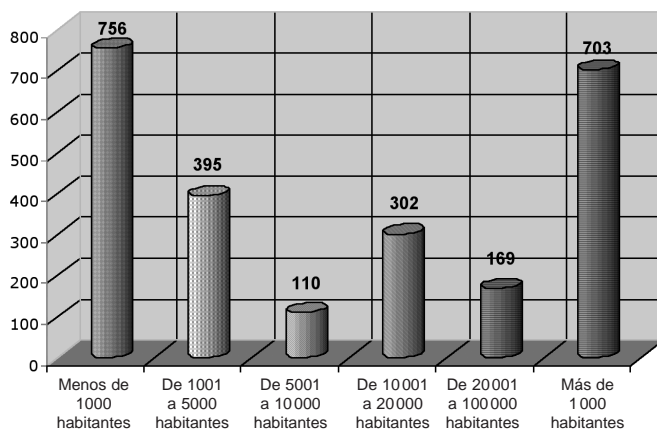
4.1.1. Cerrar grietas

Teóricamente, el fomento de los movimientos asociativos debe perseguir como objetivo la incorporación de innovación y cambio en cuestiones sociales de interés general. Pero se debe hacer notar que, realmente, en los entornos rurales aragoneses la percepción de la necesidad de cambio como motor de la acción es relativamente reciente. El cambio no ha tenido rasgos de creatividad ni de proactividad, sino más bien de todo

lo contrario. La reactividad ha sido la nota más destacada en todos los niveles. El contexto que caracterizamos ha viajado siempre en el vagón de cola y ha sido incapaz de liderar socialmente determinados cambios. En ese sentido es interesante observar la eclosión del asociacionismo en Aragón, que coincide con la década de los ochenta prácticamente. La ley de asociaciones de 1964 hizo posible la visibilización de un fenómeno que ha ido conformándose como cada vez más potente,³ lo que es sin duda ilustrativo de la manifestación de determinadas necesidades sociales. Si ahora nos ubicamos en el territorio, entendemos que esa necesidad se perciba de manera más clara en las pequeñas localidades, que de esta manera multiplican las entidades culturales, aunque vean limitada su capacidad de reclutar socios.

FIGURA 1

ENTIDADES CULTURALES Y DE OCIO SEGÚN TAMAÑO DE LAS LOCALIDADES



FUENTE: Elaboración propia a partir de CESA (2003: II, 29).

3 En Aragón, prácticamente el 60 % de las entidades culturales y de ocio nacen entre 1990 y 2001 (1016); otro 30 % entre 1970 y 1990 (588). Hemos tomado como referencia el estudio publicado en 2003, «El tercer sector en Aragón: un análisis sociológico», impulsado por el Consejo Económico y Social en Aragón.

En los últimos años se han dado una serie de transformaciones que afectan sobre todo a mentalidades y que pueden explicar ciertos movimientos observables en el momento actual y un moderadísimo interés colectivo reivindicativo, posiblemente más propiciado por la reflexión comparativa de la situación actual y la prospectiva futura con respecto a contextos circundantes que por un impulso renovador inherente a la sociedad aragonesa.

En el fondo subyace una cuestión esencial: en general, la población rehuye las redes formales e institucionales. La simpatía con respecto a las redes se incrementa conforme aumenta el grado de informalidad, lo cual corrobora también el hecho que estamos haciendo notar en este apartado, la alta densidad asociativa en los pequeños pueblos, que nos remite a una participación ciudadana en las cuestiones locales, sobre todo aquellas que afectan a la vida cotidiana (entre ellas destaca el entretenimiento y el ocio).

Retomando la situación reciente en Aragón, nos encontramos con que en 2000 se cifraban en alrededor de 7934 las entidades no lucrativas,⁴ que movilizaban a 1 144 550 asociados (1 111 781 socios físicos y 32769 socios jurídicos) (CESA, 2003: 34 y 85). Pero el dato, así presentado, puede mostrarse vacío, puesto que el proceso del asociacionismo es sumamente cambiante, las fuentes de información dispersas, la aparición y desaparición de las entidades continua y su desarrollo dispar (hay asociaciones registradas que, sin embargo, están muertas).

Es precisamente en el ámbito local en donde, con el proceso de globalización, la participación ciudadana puede materializarse con más realidad y éxito. La densidad asociativa en Aragón, es decir, el número de entidades por cada 1000 habitantes era de 6,6 en el año 2000.⁵ En las tres

4 De las 7934 listadas en el estudio del CESA, 6449 son asociaciones; y 164, fundaciones, patronatos y obras sociales.

5 En la provincia de Teruel, de los 236 municipios existentes, 206 poseen algún tipo de asociación, dando como resultado el mayor índice de densidad asociativa, con 9,9 entidades por cada 1000 habitantes, frente al 8,4 de Huesca y al 5,7 de Zaragoza. Igualmente, en la provincia de Teruel existen «104 socios por cada 100 habitantes. Los ingresos de su sector no lucrativo son del 5% del total de Aragón y en ella trabaja un 7% del personal remunerado equivalente». Por su parte, Huesca reúne a 112 socios por cada 100 habitantes (la cifra más alta de las provincias aragonesas). Absorbe un 6% de los ingresos del sec-

provincias, las capitales se constituyen como polo de atracción de socios, aunque no de entidades. Estas tienden a diluirse por el territorio, siendo precisamente los municipios de hasta 1000 habitantes, que en el año 2000 representaban el 13 %, los que aglutinan el 25 % de las entidades no lucrativas, con los valores más altos de densidad asociativa, 12,5 entidades por cada 1000 habitantes. No obstante, eso no se corresponde con la representación en cuanto al número de socios (95 socios por cada 100 personas), sus ingresos (3 % del total aragonés) y el personal remunerado (2,4 %).

Estos datos hay que interpretarlos a la luz de lo que representa vivir en un hábitat rural y en municipios reducidos. La elevada cifra de densidad asociativa en toda la comunidad y el número considerable de socios en relación con el total de la población no pueden ni deben llevarnos a hablar de notable participación ciudadana o destacable compromiso cívico. El hecho de que la mayoría de municipios tenga alguna asociación responde a la necesidad local de atender a ciertas exigencias que plantea la vida cotidiana, tanto en lo que a servicios se refiere como a demandas culturales o lúdico-festivas de las que se escasea en alto grado. Encontraríamos muestras significativas que van desde las asociaciones de amas de casa, pasando por las de pensionistas, cazadores, apas o las «comisiones de fiestas» o «peñas», muchas de las cuales están registradas como asociaciones culturales. Esto explica que, comparativamente, podamos encontrar muchas más entidades en el entorno rural. Consideramos que es necesario un estudio continuado y más profundo de la densidad y calidad de la red que nos permita dibujar un mapa asociativo y, consecuentemente, territorializar parte del capital social y cultural con el que se cuenta, a sabiendas de que también existen flujos de influencia territoriales, pudiendo el contexto rural atraer asociacionismo urbano, o a la inversa, desde los núcleos poblacionales mayores.

tor en Aragón y a un 7 % del personal remunerado equivalente». Finalmente, en la provincia de Zaragoza encontramos que «existen 86 socios por cada 100 habitantes», «absorbe un 89 % de los ingresos del sector no lucrativo en Aragón, y en ella trabajan un 86 % del personal remunerado equivalente». Así pues, el número de entidades registradas es de 1354, con 141 658 socios, en Teruel; 1727, con 230 681 socios, en Huesca; y 4853 entidades, con 739 442 socios, en Zaragoza (CESA, 2003: 86).

4.1.2. La necesidad de asociarse... en los pueblos

Los municipios de menos de 1000 habitantes alcanzan las mayores cifras de entidades con fines culturales, y bien podríamos decir en este caso asociaciones.⁶ La mitad de ellas son culturales (animación y tiempo libre aglutinan el 15 %, caza el 11 %, y mujeres y tercera edad, tanto en su perspectiva cultural como en la de servicios sociales el resto) (CESA, 2003: 92). Así pues, el 30,7 % de las entidades no lucrativas en Aragón tienen por objeto la cultura y el ocio (2435) y reúnen al 23,7 % de los socios (271 579).

Considerando el territorio aragonés, Gúdar-Javalambre junto con Tarazona y Moncayo son las comarcas que presentan una densidad asociativa mayor en lo que a cultura y ocio se refiere. Pero ¿cuál es el sentido del asociacionismo en los pueblos?

Las asociaciones canalizan sus actividades en mayor medida hacia lo lúdico festivo, y en segundo lugar hacia lo patrimonial. La «alta cultura»⁷ y las artes escénicas quedan enormemente reducidas. El folklorismo mantiene su hueco cultural, y los colectivos más «aburridos» se articulan la satisfacción de su propia demanda. Esta composición parece ilustrar las *preferencias culturales* de la gente.⁸

Detengámonos en la esencia de estas asociaciones, destacando en primer lugar el papel de colectivos como amas de casa y mayores.

Quien más participa es la asociación de las amas de casa los últimos años. Nosotros todas estas iniciativas de las que nos enteramos las sopesamos y las ponemos en conocimiento de posibles interesados: «Oye, que ha llegado un escrito, pues llama a la presidenta de las amas de casa y coméntaselo». (Alcalde)

6 2161 asociaciones, 11 fundaciones, patronatos u obras sociales, una corporación de derecho público, una congregación religiosa y una federación; 260 entidades de cultura y ocio no han respondido. CESA, 2003: 27).

7 Cultura letrada, la propia de los «cultivados». Suele estar vinculada con las Artes.

8 La distribución de los fines culturales de las entidades no lucrativas en Aragón es como sigue: animación y tiempo libre, 30 %; promoción, sensibilización y conservación de bienes culturales, 27 %; música, arte y espectáculos, 16 %; tradiciones, folklore y gastronomía, 13 %; culturales de mujeres, 7 %; y culturales de tercera edad, 7 % (CESA, 2003: 45).

Repostería, talleres de memoria, excursiones culturales, charlas tipo coloquio de salud. Colaboramos con todas las asociaciones y les ayudamos: la chocolatería infantil [...]. Ahora hemos formado un grupo de teatro y tenemos obras para presentar. Lo que hacemos lo hacemos bien y la gente sabe que pueden contar con nosotras. (Asociación de mujeres)

Entonces me metí con los centros de mayores; y ahí, una maravilla, lo que nunca me había pasado. Yo del trabajo que siempre estaré más orgullosa es del que he hecho con la gente mayor. Los de FEATE, las aulas de la tercera edad, enseñan en España muchos museos y habría que aprender de eso, de la potencialidad de esta gente como voluntarios culturales, por ejemplo. Nosotros hicimos unos cursos, y luego una me contaba: «Iba a comprar y solo iba pensando en lo mal que me hace la pierna, la reuma y si va a venir mi chico o no este fin de semana. Ahora voy por la calle y voy pensando: “Mira esa fue la casa que pertenecía a no sé quien, que antiguamente no se qué y que tiene un arco”». La mujer lo cuenta sorprendida de sí misma. (Agente de desarrollo local)

Estos son algunos ejemplos que ilustran procesos donde lo cultural se impregna con lo social y a la inversa, donde la función socializadora de las estructuras se mezcla con la dimensión cultural, rompiendo unas dicotomizaciones pero manteniendo otras.

Las mujeres son las que hacen gimnasia o se apuntan a algo. Normalmente las mujeres, porque para los hombres está la cultura del bar. (Nuevo asentado)

La distribución desigual de la demanda cultural en función del sexo no hace sino remarcar una diferencia de género que se hace más aguda en los entornos rurales por el peso que tienen todavía ciertas visiones y concepciones acerca de la diferencia de sexos. De ahí que las asociaciones de mujeres se conviertan en foros, en muchos casos en los únicos foros, que rescatan a las personas del languidecimiento, las rescatan de apagararse como llama de candil.

Las asociaciones, tanto de amas de casa como de la tercera edad, suponen un sostén importante para la dinamización social y cultural. Sin embargo, la tutela institucional y técnica se ve desde fuera necesaria, lo que puede resultar un reflejo de la escasa capacidad transformadora de dichas entidades.

Fíjate si se podrían hacer cosas en todos sitios; se trata de darle vida a los mayores y darle vida al pueblo, pero no les interesa. Pero mira, es que los que están trabajando en desarrollo local, muchas veces, son seudofuncionarios, y ya te digo que lo principal no es el personal cualificado; lo importante es gente que crea en lo que está haciendo y que tire. (Agente de desarrollo local)

Así, entre fuerzas que tiran y fuerzas que pretenden controlar las direcciones, se generan escenarios interesantes.

Pero, muchas veces, al que tiene entusiasmo lo ahogan. [Los políticos] lo tienen que controlar todo. (Técnico)

Entrando en otra dimensión, hay que resaltar que el gran elemento capaz de aglutinar la mayor parte de los esfuerzos colectivos es el festivo. Fiesta, redes y cultura es una combinación interesante. La fiesta es un cauce de participación sobresaliente; las fiestas patronales son un ejemplo muy arraigado y significativo en todos los pueblos de Aragón. La fiesta local es quizás el aglutinador mayor de ciudadanos en torno a un objetivo común, tanto por el número de participantes que es capaz de movilizar (que prácticamente es del 100% de los lugareños) como por el dinero invertido, que aumenta cada vez más, o por la variedad de oferta lúdica y festiva. Pero precisamente esa complejización y burocratización de las manifestaciones festivas entorpece la propia labor de las asociaciones pequeñas que están poco estructuradas, como es el caso de las comisiones de fiestas.

Hay un fenómeno que a medio plazo generará problemas, creo: comisiones de fiestas, que de alguna manera es un tema cultural, tradiciones y no sé qué. Va a llegar un momento en el que nadie va a querer estar en una comisión de fiestas. ¿Por qué? Toros: los vuelven locos a papeles y, sobre todo, a responsabilidad; los *catering*: ya ha habido una denuncia de la asociación de *catering* diciendo que al pueblo que se le ocurra a la comisión de fiestas guisar la paella, van a denunciar por muchos motivos: ni manipulador de alimentos y bla, bla, bla, con lo cual... En el pueblo se hace la paella: veinte mil duros. Ahora busca un *catering*, y medio millón, adiós paella, etcétera. Con lo cual, esto tiene que empezar a entrar en otros cauces de la organización económica externa sin perder la parte que tiene de voluntario, la parte que tienen de creación, la parte que tiene de imaginación. Vale, bien, pero si agarran diarrea todos los de la paella del pueblo... y denuncia uno, el cocinero o el grupo de gente que ha estado allí va a acabar ante el juez. (Político)

Nos encontramos ante un ejemplo más de lo estructurante instituido; de modo que se requieren de nuevas fórmulas de ritualización⁹ más buro-

9 Los rituales cumplen la función de contenedores, de represores del curso de los significados que se le confieren a un determinado objeto o práctica. Hacen posible, en el ámbito de lo público, que se defina lo que la mayoría considera valioso (Bourdieu, 1998).

cratizada que a su vez remueven los cimientos identitarios al retocarse las dimensiones que facilitan expresiones de cohesión social. Se hace necesario de esa manera modelar una nueva estructura.

Aquí se guisaba la vaca que se toreaba. Con lo de las vacas locas ya no podemos hacerlo, compramos la carne y la guisamos entre todos, igual. Vale. Pero ahora empiezan a ponernos más problemas... Bien, pues, ¿qué va a pasar?, que ese día que todo el pueblo se reúne para guisarse su vaca se tendrá que cambiar. Y ya no será lo mismo. Porque eso se ha hecho muchos años...; y los de la comisión, siempre los primeros. (Miembro de comisión fiestas)

Pero hay otra cosa importante para la provincia. En el propio acto de hacer la comida para todo el pueblo hay un consumo cultural, había gente, había dinamismo; y si lo quitas para contratar una paella, aunque la puedas llegar a dar, ya no es lo mismo. Ya no es el mismo producto, la solución final es la misma: un plato encima de la mesa, pero el proceso lo has perdido, y en algunos casos es... Es bastante más importante ese proceso de relación y ese tipo de cohesión que se genera alrededor del acto que el resultado final; porque comer un plato de paella lo puedes comer en casa y mejor. Pero el valor añadido de ese acto era todo el proceso de creación y de consumo colectivo. Para mí eso es lo trascendente de esto. Podemos hablar en términos económicos; pues sí, y posiblemente ahora mismo para la mayoría de las instituciones sea más importante ese proceso económico que otra cosa, sobre todo con el problema de despoblación de muchas zonas de Aragón. Porque aquí lo importante son las dinámicas, no es el resultado final. (Técnico)

El interlocutor incorpora referencias interpretativas nada desdeñables que van referidas a la percepción de esas grietas de las que venimos hablando, a la mirada reflexiva, a la necesidad de «idear» nuevas formas de expresiones colectivas y nuevos dispositivos identitarios que sigan reforzando identidades.

Junto con el proceso de control externo y burocratización de los actos festivos presenciamos igualmente un proceso de estancamiento del asociacionismo que coincide con la mayor presencia y control institucional y con problemas de relevo generacional. Se trata de un proceso recurrente que con mayor o menor intensidad puede presenciarse en diferentes localidades:

La peña, la asociación cultural, ha desaparecido porque la gente ha perdido toda la ilusión, toda. La gente está harta de los trapicheos, de las intrigas, del politiquero y de la manipulación. La peña ha sido algo muy popular que se ha hecho todo entre todos, era todo el pueblo y era una peña única. Organizaron muchas cosas de bastante importancia para el pueblo, muchas exposiciones de ropas de abuelas, trajes..., más verbenas, más toros, disfraces, muchísima actividad había entonces. (Miembro de asociación cultural)

Todo entre todos... todos a poner la mesa, a barrer la plaza para hacer el toro, a barrer al día siguiente, todos a la barra. Llegamos a organizar un concierto de Héroe del Silencio. En aquella ocasión, hasta el último abuelo tenía asignado un trabajo. ¡Imagina: aparcamientos para tanta gente! Y todo el mundo colaboró con un banderín en el brazo: yo aparcamientos, «tire, tire». Y se hizo y se puede hacer. Pero ahora ya no existe..., y el Ayuntamiento nada, al revés, tener que invitarlos a cenar. (Ex miembro de asociación)

La reflexión se incorpora con una mezcla de cierto desencanto y gran dosis de nostalgia, dirigiendo su crítica esencialmente hacia la acción de las instituciones e incorporando el problema de la despoblación, que se infiltra entre las temáticas abordadas con los informantes con insaciables prolongaciones: afectando igualmente al tejido asociativo.

Han sido unos años muy bonitos y de mucha ilusión por parte de todos y mucha colaboración, pero todo cambia, también es posible que las generaciones cambien, no hay predisposición ya. Ha habido también un salto, una generación o dos que han desaparecido, no se han mojado, no han participado, y entonces no ha habido relevo, porque los últimos que estuvieron en el ajo pues..., muy manipulados, mucho. Fueron los más niños, adolescentes muy adoctrinados, y esos no aprendieron de los mayores. No han querido tomar el relevo, no ha habido interés en cómo lo hemos hecho los años anteriores, y va reduciéndose la participación; a nadie se le ocurre nada y no tienen ni ideas ni recursos propios. (Miembro de asociación)

La gente recuerda con cierta nostalgia pero con resignación los años en los que la peña era el motor de la dinamización social y cultural en el pueblo, su acción hizo de este un lugar de referencia para gran parte de la comarca. Ahora se sienten y los sienten «en horas bajas».

Es, desde luego, una tendencia generalizada que se funde con la automirada detenida en momentos de fisuras tras años de construcción entusiasta. Se tiene la sensación de que los esfuerzos compartidos de los ochenta y de los noventa han dado paso a un resquebrajamiento del *sí mismo comunitario*, se ha resentido el tejido comunitario; y con ello, el proceso de metamorfosis comunitaria se hace visible. Desde luego hay una interpretación que esquiva dimensiones de orden motivacional o histórico, nos referimos a la dimensión demográfica y valorativa. En el pueblo del último informante, como en tantos otros, no se produjo un relevo generacional; la socialización de los más jóvenes y su incorporación en el tejido asociativo mediante el aprendizaje vicario no se produjo. Los pocos jóvenes de muchas localidades empezaron a preferir otras cosas y

desplazaron sus intereses más allá de las comunidades propias. Sus horizontes suelen resultar lejanos: la cabecera de comarca, la capital, las grandes urbes.

La segunda residencia acondicionada con cierto confort empieza a caer en desuso conforme van creciendo los hijos, que no encuentran en el pueblo el escenario apropiado para su consumo de ocio y entretenimiento, excepto en los tiempos festivos; estos sí suelen captar su atención, de ahí que las localidades desarrollen actividades festivas prácticamente a lo largo de todo el verano, sobre todo en los fines de semana, ampliando cada vez más su oferta festiva. La oferta para propios y llegados sigue siendo amplia, y con la adquisición de nuevas formas espectacularizadas se pretende seguir captando a todos para días de divertimento, pero ahora con mayor protagonismo de la intervención pública. El proceso de difuminación parece relevante.



1. La fiesta como práctica cultural.

La fiesta, tradicionalmente lugar de encuentro local y, consecuentemente, generador de redes informales en espacios delimitados, se extiende por territorios cada vez mayores, conformándose como lugar de encuentro de gente de entornos más distantes y como fenómeno amplificable. Acudir a las fiestas del pueblo vecino es solo el primer eslabón. La multiplicación de las fiestas y las posibilidades de desplazamientos entre comarcas y provincias amplían las posibilidades de formas blandas de sociabilidad aglutinadoras. Este intercambio cultural no se traduce únicamente en el número y calidad de las relaciones sociales, sino también en la potenciación de actividades como consecuencia de la incorporación de nuevas pautas culturales.¹⁰

Estas formas blandas de sociabilidad que estamos recuperando como potencial que considerar no son en absoluto desdeñables. Dentro de cada localidad, un espacio especialmente potenciador de estas formas es el bar. Hay que recordar que España se ha venido colocando a la cabeza en número de bares por habitante.¹¹ No hay más que pasear por nuestro territorio para entender el papel que tiene este espacio; más, si cabe, en zonas menos pobladas. Efectivamente, los bares son un lugar de encuentro y de generación de redes informales centrales en este entorno cultural, y ello nos sugiere un alto grado de sociabilidad.¹²

4.1.3. La cultura, una cuestión de voluntad

La participación se da de manera activa y selectiva e involucra a los participantes en tareas específicas dentro de una comunidad determina-

10 Obsérvese como ejemplo aragonés la rápida y efectiva difusión de la práctica de tocar el bombo y el tambor, ya plenamente representada en prácticamente la totalidad de las comarcas aragonesas, o la costumbre de utilizar «uniformes» de colores (blusones) para diferenciar a las peñas dentro de la localidad.

11 Ya en 1996, Gaviria hablaba de 9000 por cada 100 000 personas.

12 Está clara la mayor predilección por lo que Pérez Díaz denomina «formas blandas de sociabilidad» caracterizadas por el bajo grado de formalidad (en Putnam, 2003). Si analizamos el grado de formalidad (o informalidad) de las diferentes composiciones sociales asociativas, nos vamos percatando de que la implicación se incrementa conforme se reduce la formalidad. De esta manera, los grupos transitorios y las variantes más informales obtienen más efectividad cohesionadora e implicación personal. Se trata del tejido social más informal, que a menudo se confunde con el asociativo, sobre todo en relación con la cultura o el deporte, dado que la amistad es un motivador sobresaliente que condiciona la participación en determinadas actividades (sobre todo entre la gente joven).

da. Como venimos diciendo, es el contexto local pequeño el más propicio para la participación e implicación, además de que existan otras circunstancias históricas, culturales y económicas que puedan ayudar a interpretar el movimiento asociativo desigual en nuestro territorio. Sin embargo, como se ha apuntado, el asociacionismo en estos espacios rurales es peculiar.

Entrevistadora: Y las asociaciones, ¿qué papel juegan en la comarca?

Entrevistado: Joder, todo. Todo. A nivel comarcal, todo; los cuatro del pueblo que vienen al verano y se juntan y hacen algo. Tienen interés en hacer protagonista a su pueblo: que su pueblo salga, y sale. En casi todos los pueblos hay una asociación de amigos del pueblo de turno que todos los veranos hacen su semana de actividades. Semana cultural yo creo que hay en todos los pueblos. Y mesas redondas y cosas de esas también. Y lo mueven las asociaciones; a nivel institucional todavía se les queda grande por el hecho de que no hay técnicos expertos ni políticos con tiempo o dinero. Hay pueblos que tienen sus cuatro días culturales de turno después de las fiestas o antes de las fiestas o coincidiendo con las fiestas, pero ya no hay nada más en todo el verano. Pero lo suelen hacer gente de fuera que vienen al pueblo a veranear. (Periodista)

En contextos rurales, el asociacionismo cobra una importancia fundamental que permite aglutinar la voluntad de sus habitantes para fomentar acciones de creación y promoción de actividades culturales. Y así lo han considerado en las localidades donde el movimiento asociativo adquiere vital importancia y se convierte en punto de referencia interna, y externa también, frente a otros territorios aledaños. Las asociaciones de amas de casa, de mujeres, de vecinos, de jóvenes, de tercera edad, las peñas, las culturales y los voluntarios que espontáneamente desean hacer oír su opinión sobre aspectos vinculados a su localidad se convierten en claves para definir una determinada forma de hacerse sentir. Claro que, esto, no sucede de igual forma en todos los pueblos. En algunos casos hay más presencia asociativa que en otros, pero, sin ánimo de generalizar, cabe destacar su notable presencia e influencia dentro del movimiento cultural de cada localidad. Puede sumarse la consideración de que el papel desarrollado por estas asociaciones, sobre todo en aquellas localidades todavía con población suficiente, es relevante y supone un apoyo necesario para el ayuntamiento. Es el caso de las asociaciones de amas de casa, que suelen estar involucradas en la mayoría de las actividades programadas, como ya se ha venido diciendo. Su participación ayuda a reducir costes insoportables

para las pequeñas corporaciones. La cultura y el ocio en los pueblos es muchas veces una cuestión de voluntad y de compromiso.¹³

Sin duda es donde más voluntarios¹⁴ y colaboradores¹⁵ pueden encontrarse. Por el contrario, es una actividad con poco personal remunerado (2,73%), pocos contratos indefinidos (9%),¹⁶ y donde prevalecen jornadas reducidas (un promedio de nueve horas semanales). Consecuentemente, y para el contexto aragonés, puede hablarse de prevalencia del trabajo a tiempo parcial,¹⁷ de una remuneración media-baja por hora intermedia (7,5 euros por hora, frente a los 11,4 en educación e investigación, o los 3,3 en derecho civil y asesoramiento legal, por ejemplo),¹⁸ y un grado de profesionalización bajo, concretamente el más bajo de todas las entidades no lucrativas, con solo un 9% de trabajo profesional. Así pues, nos topamos con que el 31% de las entidades no lucrativas en Aragón tienen como actividad principal la cultura y el ocio, cuentan con el 17% del personal, pero solo el 3% es remunerado.

La labor que las asociaciones emprenden en el medio rural es encomiable, pero el análisis de algunos informantes pone el énfasis en la necesidad de profesionalización de la «acción cultural» que acarree el establecimiento de estructuras y procesos culturales coordinados.

Las asociaciones de los pueblos, aunque no lo parezca, están vivas; están muy vinculadas con las fiestas, eso sí. A veces son las comisiones de fiestas disfrazadas para recibir subvenciones; pero vamos, yo veo que la gente de las asociaciones tienen ganas de recibir temas de cultura. Es verdad que aquí todo el mundo se monta sus ferias. Pero si les dicen: «Oye, te voy a dar dinero si haces una cosa cultural», y dicen: «Vale, pues la hago». La gente funciona así, para fiestas y ..., bueno..., «hemos conseguido alguna perra pues a hacer otro montaje medieval; venga» [con ironía]. Por eso tiene que acotar y controlar la institución y decir: «Venga, a partir de ahora vamos a fomentar cultura y todas las

13 La cultura y el ocio es el sector que aglutina a mayor personal (no remunerado sobre todo) de todas las entidades no lucrativas, con un total de 28 142 personas (frente a 18 729 en deportes o 13 090 en servicios sociales, por ejemplo). De ellos, el 53,6% eran colaboradores, el 46% voluntarios; y solo el 2,7% eran personal remunerado.

14 Entendiendo aquellos que dedican cuatro o más horas semanales no remuneradas.

15 Dedican menos de cuatro horas semanales no remuneradas.

16 En Aragón, las dos terceras partes del empleo total son contratos indefinidos (CESA, 2003: 55).

17 31 horas semanales del trabajo efectivo del conjunto de trabajadores españoles, y 23 horas semanales entre los trabajadores del sector no lucrativo en Aragón (ibídem).

18 El 17% de los gastos de este tipo de entidades se destina a la remuneración del personal, frente al 74% dedicado, por ejemplo, en las destinadas a educación e investigación.

asociaciones que nos pidan algo tienen que hacer algo cultural». Pero no es que tengan que hacer algo cultural sin más, es que yo creo que tendría que haber un técnico que los coordinara un poco a todos. Y que todas esas cosas que salen puntualmente en los pueblos durante el verano no fuesen solo en el verano, sino que ese técnico se encargase de que se extendiesen todas las actividades a lo largo del año. (Periodista)

Hay que tener en cuenta que muchas de las entidades, sobre todo las culturales, no tienen o no declaran ingresos; que si tienen, son reducidos,¹⁹ aunque tampoco es deficitaria. La mayor parte de los ingresos (el 32 % del total) provienen de las cuotas de sus miembros (que suelen pagar una media de 24 euros).²⁰ Ahora bien, esta realidad, que presentamos nublada por los datos generales aragoneses, no se corresponde exactamente con la realidad cotidiana. La mayor parte de las asociaciones subvencionadas son grandes estructuras cuyas redes se han entretejido con los hilos políticos. La cultura se presenta en este sentido como una eufemización (en términos bourdieanos) de las relaciones de poder. Y es que en muchas ocasiones el asociacionismo se ha subyugado al requerimiento de adaptación al juego político y al juego de la financiación para el cumplimiento de sus fines o para su supervivencia sin más. Han concurrido a este escenario empresas privadas, comisiones de fiestas, grupos profesionales, personas animadas al autoempleo y «cazaprimas», como planteaba un informante. Las interacciones entre diferentes actores se han visibilizado a través de los procesos de otorgamiento de subvenciones.

Hay presiones de asociaciones que no son asociaciones, son empresas que viven de eso. Y no es que tengan mucho peso, pero... Se suele tener pacto. (Ex político)

Lo que hace emerger nuevamente la crítica contra los sistemas de reparto de las subvenciones al asociacionismo y contra el propio sentido de este, pretendidamente desvirtuado por el manejo político.

19 Entre diez entidades acumulan la mitad de los ingresos del sector no lucrativo en Aragón. La aportación del sector no lucrativo al PIB y VAB aragonés en 2000 fue del 3,2% con voluntarios, y de 2,4% sin voluntarios, lo cual no es nada desdeñable. Cultura y ocio acaparaba el 5% de los ingresos del sector (recordemos que suponían el 31% de las entidades).

20 Los 4690339 euros procedentes de la Administración pública en 2000 y destinados a las entidades dedicadas a cultura y ocio fueron para las 564 entidades que se acogieron a este tipo de financiación, (quedaron al margen 1612); de los 1483 proyectos liderados, 535 fueron financiados por la Administración, mientras que 948 se nutrieron de financiación propia o privada.

El tejido es muy débil porque las asociaciones se han creado, en general, no todas, por las subvenciones que se dan. Antes había recelo desde la clase política, ahora a las asociaciones que se hacen les dicen que sí, pero que hagan alguna cosa para que se beneficie el pueblo, como una merienda. Tiene gracia que nos tengamos que oír eso cuando se supone que no se dan subvenciones para cosas así. Nosotros, ahora, todo por escrito, que quede constancia. Yo a todos se lo digo. Y saber que tenemos unos derechos, que hay que ir con toda la educación del mundo, pero sabiendo que tenemos unos derechos, y no a ver lo que me dan, porque lo que te dan no te lo regala el político de turno, son los impuestos que tú y otros como tú han ido pagando antes. Y espero que vaya calando esa idea. (Miembro de asociación)

La pugna política por dicha competencia esconde tras de sí significados interesantes que implican a diputaciones, comarcas o ayuntamientos. Al mismo tiempo que se reivindica autonomía e independencia, irrumpen las llamadas a la solidaridad territorial desde los municipios más pequeños.

La voluntad política es que Zaragoza siga creciendo y el resto nos vayamos muriendo por nuestra propia inercia: agonizando. Pero es que es así de claro, y, quien diga lo contrario, que me lo diga a mí a la cara. Dan la capitalidad, y el resto..., eso se percibe. ¿Por qué te crees que nos negamos algunos pueblos medianos a que las subvenciones se las den a las asociaciones?, porque van a los mismos sitios siempre ¿Quién tiene una buena asociación? Las cabeceras de comarca. ¿Quién tiene un buen local? Los mismos. Por eso yo me opongo taxativamente a que les den el dinero a las asociaciones. Y esa es una de las competencias que cuidó muy mucho de quedarse la comarca en esta provincia. Y yo estoy en contra total y absolutamente. Porque ya basta. Que encima de que nos quedamos sin gente... Pues que me dejen a mí la oportunidad de sacar las cosas adelante. A una asociación le soltaron el año pasado cinco mil euros, casi un millón de pesetas, y son las juventudes del partido político correspondiente. ¿Tú te crees que eso es normal? Pues así es. Es una cuestión muy clara. (Alcalde)

El desencanto y la impotencia siguen emergiendo junto con las voces críticas pero vitales.

Todo lo que estamos hablando es una realidad; pero que todas las cosas pueden cambiar y que tienen que cambiar. Esto no puede quedar en una imagen negativa a pesar de los pesares. Hay que seguir insistiendo y seguir con labor de zapa; pues cada uno a nuestro nivel. No hacer borregos y no contribuir a hacerlos. Que muchas veces lo hacemos, lo digo por las asociaciones, que yo he animado a muchas. Pero muchas veces por la porquería de euros que te dan te tapan la boca; y muchas veces es mejor decir a tiempo: «Pues mira, no». Yo lo que haga lo voy a hacer donde lo haga y no va a haber políticos; porque las fotos aquí se pagan. Es duro ganarse enemigos, pero la unión hace la fuerza. (Miembro de asociación)

4.2. La gente: prácticas y estéticas

La pretensión confesada de poner el énfasis en el componente social de las prácticas culturales cobra más entidad en este apartado al retratar a las personas del contexto pretendido: qué, por qué, para qué y con qué sentido se consume cultura. Llegamos, pues, a la gente que unas veces se muestra masa amorfa, otras, plataforma removedora de conciencias, y otras, fuerza conformadora y estructurante.

La gente está sedienta de cosas culturales. (Presidente de asociación cultural)

Aquí no hay demanda cultural. La gente no pide nada. (Secretario de ayuntamiento)

Aquí lo que queremos son más actividades, aunque las que hacen ya son bastantes. Pero nunca es suficiente, hay que apoyar más las actividades culturales para los que vivimos aquí. (Habitante)

Querríamos que la gente participara de las cosas que se hacen, y a veces el principal problema que tienes es que esa participación no es..., no sé si porque no se solicita de la manera adecuada o porque la gente quiere tener todo hecho. (Alcalde)

Cuando se decide estudiar un tema como el consumo cultural existe la obligación de establecer campos con características particulares, a la vez que complementarias, porque ya no se trata de entender a la cultura en su sentido más amplio y holístico, sino en sus dimensiones más perceptibles, capaces de ser diseccionadas para su análisis. Esa disección nos está ofreciendo, desde luego, una multiplicidad caleidoscópica con infinitos matices de los que nuevamente en este apartado se quiere dar cuenta.

Nos interesa participar de lo que ofrecemos nosotros, no todo puede ser para el que venga de fuera. Yo quiero participar de lo mío. (Habitante)

Yo trato de salir, no estar siempre en casa y ver en qué puedo divertirme en mi pueblo. (Habitante)

A mí me gusta venir de vez en cuando y salir de la ciudad, aquí respiro tranquilidad y veo cosas que en la ciudad no se ven habitualmente, me gusta conocer, enterarme de cosas del pasado, de la historia, pasear las calles, no pensar. (Turista)

Aquí me siento libre. Nadie me conoce. (Turista francés)

Existe un sentido añadido al valor cultural de las localidades que habitan en el medio rural y no es solo lo que se consume y los espacios en los

que se consume, sino la connotación que estos espacios tienen para el «otro». La búsqueda de anonimato y libertad son algunos de los elementos que señalan muchos de los consumidores de cultura rural que provienen de otros espacios geográficos. Rifkin (2004) examina los principales cambios estructurales que conforman los fundamentos conceptuales y organizativos de la próxima era capitalista. La sustitución de los mercados tradicionales por las redes, la propiedad por el acceso, el ascenso de los bienes intelectuales y la comercialización de las actividades y experiencias humanas. Sigue vigente el capitalismo; pero ya no se trata del capitalismo industrial, sino del capitalismo cultural.

Este es un mundo de símbolos, de redes, de bucles de retroalimentación, de conexiones y de interacción.

Porque la cultura, tal como sostiene Clifford Geertz (1973),²¹ es una red de significación y de comunicación integrada por el lenguaje, el arte, la música, la danza, el cine, la televisión..., y también el *software*. Debe recordarse que el consumo cultural no es un proceso «puro», es un proceso mixto, mezclado y variopinto.

Se habrá observado que el consumo cultural en los pueblos atiende a claves interpretativas similares a las referenciadas en los estudios urbanos, sin embargo, requiere de la utilización axial de referentes como «el *gusto* popular»,²² «la *estética terrena*»²³ o la «cultura común», que se introducen a partir de ahora. Se orienta el análisis mediante las prácticas observables en dicho entorno, pero sobre todo a partir de las producidas en las propias comunidades y emanadas de la gente común —veremos hasta qué punto sin préstamos externos (lo cual, huelga decirlo, es harto difícil).

21 A diferencia de los teóricos de la información, la escuela antropológica de Geertz interpreta la comunicación «como la creación de significados sociales», y es precisamente el enfoque que se ha rescatado en este texto.

22 Bourdieu (1998) la describe sobre la caracterización de que las preferencias artísticas se someten al principio de la «elección de lo necesario», en el doble sentido de lo necesario como «lo práctico» y lo que es impuesto por una necesidad económica y social «que condena a la gente simple y modesta a gustos simples y modestos». La estética popular es definida también por referencia a la hegemonía, debido a que se trata de limitar los hábitos y gustos «burgueses».

23 Expresión acuñada por Willis (1999) (estética de base) para referirse a las atribuciones de sentido cultural al mundo por parte de la gente corriente; es un proceso por el que se otorgan significados a símbolos y prácticas, mezclando componentes cognitivos y emocionales.

La operativización de los planteamientos teóricos para visualizar las prácticas e indagar sobre la «cultura de la praxis»²⁴ exige la inclusión de preguntas como ¿cuándo está junta la gente?, ¿para qué se reúnen hoy en los pueblos?

Para este cometido, en primer lugar, se rastrea a través del análisis de los tiempos, lo festivo, lo cotidiano y todos los usos temporales de dicho tiempo (trabajo, tiempo libre, «tempo per se»); en suma, se atiende a la diferenciación social en el consumo del «recurso tiempo». En segundo lugar, nos fijamos en los espacios colectivos y privados que sirven como escenario a dichas prácticas. Interesa valorar si son escenarios de construcción de ciudadanía, de identidad, de integración y de comunicación; en una palabra, conocer la funcionalidad atendiendo a la apropiación de los usuarios y al valor simbólico a ellos atribuido. Espacios producidos y de producción, espacios de poder, de disputas, de remodelaciones y de hegemonía.

Finalmente, este apartado se conforma a partir de las propias narrativas de las personas, que exportan ineludiblemente a las fisuras y grietas en el tiempo, al «esto ha cambiado».

4.2.1. Prácticas

Suele entenderse que para el *desarrollo cultural* de una comunidad es tan necesaria la «democratización de la cultura» (el derecho de toda persona a acceder a los bienes culturales), como la «democracia cultural» (el derecho a desarrollarse y expresarse culturalmente y a participar en el desarrollo cultural de su comunidad, especialmente a través de su participación asociativa). Desde esta perspectiva, a la hora de diagnosticar y autodiagnosticar la práctica cultural de un entorno concreto hay que prestar atención a las posibilidades que la población dispone para visualizar una acción artístico-cultural y para ejercer una actividad artístico-cultural; esto es, por ejemplo, las posibilidades para ver teatro y para hacer teatro, así como ana-

24 Este precisamente es el título de la obra de Zygmunt Bauman, en la que el teórico social acomete el tema de la cultura, entendiéndola tanto como agente de desorden como herramienta de orden, factor que envejece y concepción atemporal, como espacio de creatividad y marco de regulación normativa.

lizar los distintos ámbitos que promueven dichas prácticas y las distintas concepciones de pensar la cultura que influyen en su desarrollo: desde la oferta institucional pública o privada de la «participación cultural», o desde la acción colectiva organizada de la «cultura de la participación». Esta participación ha tenido plasmaciones muy diferentes en los últimos años.

Los tiempos festivos adaptados a los ritmos propios del entorno cada vez menos agrario permitieron a los trabajadores disfrutar del domingo, la misa, el vermú en el bar y, por la tarde, cine, cacahuets y baile en el salón de Gumersindo. Gumersindo se marchó con su acordeón a Barcelona, los cacahuets se sustituyeron por las pipas y el baile se trasladó a un local del ayuntamiento; aún tuvo protagonismo, recuperado por los jóvenes, en los setenta. Los discos de vinilo, con el «bimbó», Boney M. o Camilo Sexto, dejaron de sonar cuando creció la movilidad y a los jóvenes se les quedó pequeño el pueblo: el *discopub* del pueblo vecino o la discoteca de la cabecera comarcal; y después, la metrópoli. Conforme iban mejorándose las comunicaciones y ampliándose la movilidad psíquica de las nuevas generaciones desaparecía la significación de los pequeños pueblos como un posible «lugar para todo». Empezó a perder funcionalidades o a demandar otras inexistentes; la diversión, el entretenimiento o el ocio son asociados con otros entornos con ofertas más variadas, o simplemente con ofertas. Al igual que la oferta sanitaria o educativa, la lúdico-festiva se conformó pronto, centralizándose cada vez más en los grandes centros urbanos al perfeccionarse sus estrategias de mercado y exigir cada vez más sofisticación e innovación. Un ejemplo claro es el cine. La aparición del cine, que supuso una auténtica revolución en cada pueblo de Aragón, dio paso al cine en casa, primero con la televisión. Aún se mantuvieron algún tiempo los cines de las cabeceras comarcales y localidades de tamaño medio, pero la propia evolución del sector exigió la concentración de la oferta para obtener rentabilidad. Hoy, en el Aragón rural, no encontramos cines.

El ocio, las diversiones y la cultura y tal, yo creo que... Aquí había cine y la gente se juntaba a ver la tele. Antes, antiguamente te cuentan que todos los domingos había baile, por ejemplo; y eso, ahora, no. Pero la gente joven coge el coche y se va a no sé donde, a la discoteca. Entonces iban de masía en masía con guitarras a hacer la fiesta y se lo pasaban muy bien, y eso ahora ya no existe. Entonces hay un vacío ahí. Sí, la verdad es que la vida cambia mucho, cada vez los pueblos son más urbanos también. Hay poca vida agrícola y pocas actividades así..., las eras son aparcamientos y los pajares, garajes. (Nueva asentada)

Esa ampliación de horizontes se alimentaba del incremento de las relaciones entre miembros de localidades cada vez más distantes. Los escarceos furtivos de los mozos a las fiestas de las localidades vecinas, las salidas nocturnas por las calles o a las masías y aldeas contiguas para rondar a las mozas se convirtieron en salidas cada vez más continuadas durante los fines de semana a otras localidades más grandes, próximas o no. Las fiestas variadas organizadas a lo largo de todo el periodo anual, condicionado por los ritmos agrícolas, empezaron a bailar en el calendario. Primero se modificaron hacia los fines de semana y los periodos de menor actividad agrícola, luego se concentraron más y más, hasta el extremo de no existir más que unas fiestas: las patronales. Las necesidades de los veraneantes, cada vez más numerosos, propiciaron la duplicación de las fiestas en muchas localidades: las de los veraneantes, por un lado, y las patronales, por supuesto. En otros pueblos, tras intentos de duplicación, la complejidad en las normativas, la burocracia y los elevados costes personales y económicos de organización aconsejaron el sometimiento a lo que los veraneantes sugirieran, tras más o menos pulsos.

Ahora presenciamos todo un proceso de diversificación en muchas localidades. Los veraneantes de agosto se han incrementado y se han convertido en visitantes de fin de semana, en turistas que necesitan distracción. Los planes de dinamización turística y los planes estratégicos de desarrollo aconsejan la diversificación de la oferta turística, y a ello se incorpora la conveniencia de multiplicar los actos festivos a lo largo de todo el año con el objeto de contribuir a la reducción de la estacionalidad de la actividad productiva, difícil de mantener en condiciones de concentración de flujos en vacaciones de Semana Santa y verano. Así que los calendarios de los pueblos con más capacidad, empuje o apoyo institucional se llenan de fines de semanas culturales, ferias, fiestas medievales, concentraciones, recreaciones, festivales y todo tipo de eventos organizados con el objetivo de atraer y distraer (a menudo, a «los de fuera»).

En las zonas en las que el fenómeno de los visitantes no está tan presente, el calendario mantiene cierta estructura tradicional, pero con concentración en el fin de semana para que por lo menos los jóvenes estudiantes puedan estar: San Antón, carnavales, romerías de primavera, fiestas patronales y quizás Noche Vieja y la cabalgata de Reyes. Pero la drástica reducción de población ha deslucido muchas de las festividades, ha complicado la organización e incrementado los gastos. La

programación cultural se convierte en algo focalizado en el tiempo, centralizado por determinadas instituciones o personas y siempre subvencionado. Pero ¿dónde se sustenta ahora la cultura para consumo?

El cambio ha sido, pues, relevante y conformador de identidades. Los espacios culturales y usos temporales se han ordenado en prácticas que apenas han merecido la atención de los estudios culturales al uso,²⁵ centrados en tres indicadores básicos: el interés, la práctica real y la satisfacción con la práctica de dichas actividades.²⁶

Por su visibilidad, se suele empezar destacando la reordenación de los consumos culturales en torno al consumo doméstico.²⁷ Frente a la pérdida de peso de las tradiciones locales se produce el reforzamiento del hogar y, a través de este, la conexión con una cultura transnacionalizada y deslocalizada en que las referencias nacionales y los estilos locales se disuelven. Un tipo de «todo llega sin que haya que partir». En los pueblos no se ha permanecido al margen de estas tendencias colonizadoras.

¿Que qué hace la gente en su tiempo libre? «Sofing» o «tumbing» o qué me sé yo. Siempre se ha dicho que en este pueblo existen los mejores *sofases* de la zona. Eso lo decía el maestro porque la gente no sale. Consume televisión y está en casa. (Habitante)

25 Los estudios realizados sobre consumo cultural siguen siendo muy escasos en España. Los primeros provenían de la Sociedad General de Autores y Editores. El documento impreso más actual (de 2003) responde a datos recogidos en 1998. En 2005 se colocaba en la Web la encuesta de hábitos y prácticas culturales en España en el periodo 2002-2003, que no ha sido todavía publicado, elaborado igualmente con la colaboración de la Fundación Autor del Grupo SGAE. Hay que observar que se trata de informes impulsados por los intereses específicos de la industria cultural y que los datos referidos al entorno rural se adaptan a una forma de entender el medio rural muy particular. Al explicar la metodología, se añade: «Las muestras también se incrementaron en los hábitat urbanos, cuyos comportamientos culturales son más heterogéneos, por lo que convenía recoger información con más minuciosidad» (p. 13). Obviamente hay comportamientos culturales en los que apenas existen diferencias en función del hábitat (sea urbano, sea rural).

26 Suele incorporarse una referencia a los «hábitos y actividades culturales de los españoles de los campos audiovisual, escénico, musical, de lectura, y en un conjunto más disperso de acciones que podría definirse como tiempo libre, hobbies, etc.».

27 Se trata de una tendencia ya observada hace unos años. García Canclini (1995) por ejemplo, se refiere a la atomización de las prácticas de consumo cultural asociada a una baja asistencia a los centros comunes de consumo (cines, teatro y espectáculos) y a la disminución en los usos compartidos de los espacios públicos. En otras palabras, una pérdida de peso de las tradiciones locales y las interacciones barriales, que es «compensada» por los enlaces mediáticos.

Y es que se produce un reemplazamiento progresivo de las relaciones primarias comunitarias por las relaciones sociales, por la sociedad. Paradójicamente, la casa como espacio comunitario tradicional se sustituye por espacios societarios (casa de cultura, centro multiusos, centros de convivencia, casa de juventud...). A la par, y sigue la paradoja, la casa sigue siendo el espacio de consumo cultural por excelencia, ya enajenado del componente colectivo. Se trata de praxis individualizada y personalizada. Y de una manera u otra los vínculos comunitarios se van debilitando.

La casa es el lugar preferente para escuchar música, para ver cine o cualquier oferta mediática, para leer... Pero no es el único escenario.

4.2.2. Voces y sonos

Obviamente, la lejanía de los centros productores y emisores de ciertas ofertas culturales es compensada en parte por la peripecia del disfrute en el domicilio de voces y sonos. La mayoría de los hogares tienen hoy un aparato de radio y de televisión. La radio, de hecho, ha sido un elemento significativo y medular en la evolución de los pueblos desde su incorporación mayoritaria en los años ochenta. Con cierto retraso con respecto a otros contextos se agregaron los aparatos exclusivamente reproductores de música, como el radiocasete, o el tocadiscos en menor grado; ambos están siendo sustituidos por los *compact* y DVD, por la demanda de los jóvenes.

En cualquier caso, puede decirse que, efectivamente, se trata de una práctica muy extendida en los pueblos. Los paseos por las calles pueden verse repentinamente sorprendidos por las músicas que salen de las ventanas a medio abrir: rancheras, jotas, las folklóricas, «folklóricos del terreno», y ellas canturreando mientras hacen las tareas domésticas por la mañana; o música moderna, habitualmente en inglés, con un volumen alto en las épocas vacacionales; o salsas, cumbias y ritmos latinos a cualquier hora irrumpiendo en la calle desde los hogares habitados por nuevos llegados; o en medio del reposado anochecer con los sonidos de atardeceres de verano y las voces amigables de los vecinos que se cruzan, el coche que frena, eleva su música y reencuentra a jóvenes a su alrededor; jóvenes de vacaciones...

Música consumida en privado en la casa, en los coches, en los tractores o en el trabajo. Tonalidades con silencios profundos y con músicas viejas y nuevas. Y entre canción y canción, los trinos de los pájaros o los gri-

llos... Quizás nuevos sonidos que comercializar en el marco de la espectacularización mercantilista en la que nos encontramos: músicas rurales para el reencuentro consigo mismo o el escape.

La estabilidad de repertorios y gustos en el caso de generaciones mayores choca con la necesidad de agilidad y dinamismo en la oferta demandada por los más jóvenes. La tele no suele utilizarse voluntariamente para escuchar música, aunque los programas de entretenimiento que la muestran sean muy del agrado de la gente mayor. En cuanto a la radio, la deficiente audición en gran parte del territorio rural y la escasez de emisoras han reducido el margen de elección, condicionando la escucha a la calidad de las emisiones²⁸ o debiendo adoptar la alternativa de la adquisición de discos.²⁹ Los mayores se sienten más identificados con la radio; es su sonido generacional. A ello se une la preferencia por las letras en castellano, los cuarenta y cinco o cincuenta años son, en este sentido, una referencia generacional de corte relacionada con una «socialización musical» radicalmente distinta. La música actúa como referente identitario generacional, de modo que pueden encontrarse identificaciones con diferentes tipos de música en función de la edad y la pertenencia a una generación u otra que también, obviamente, se observan en el contexto urbano.

Y también en el tema de la música encontramos hibridaciones entre las culturas comunes y la alta cultura, ajena al mundo rural pese a los esfuerzos puntuales de los subsidios estatales y la educación universal. Esta distinción sigue siendo obvia. Pese al apoyo de la Administración al repertorio de alta cultura, como decimos, la mayor parte de la población tanto rural como urbana desvinculan sus experiencias de ella; su supuesto com-

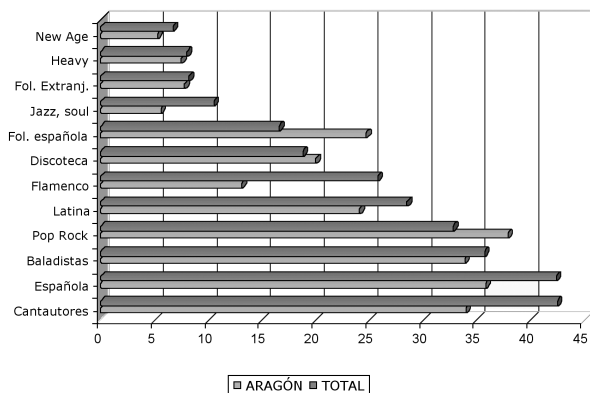
28 Brevemente, hay que hacer una referencia a una actividad que en 1989 ocupaba el tercer puesto en las preferencias sobre el disfrute del tiempo de ocio en España: oír la radio. Hoy solo un 44 % de los jóvenes siguen considerando a la radio como un objeto de ocio preferente; prácticamente es un objeto en desuso para el resto, tanto en lo que se refiere a información como a diversión. La radio tiene para los jóvenes básicamente un componente placentero, y apenas destaca el informativo. Oír la radio está muy relacionado con escuchar música, y muchos lo equiparan; pero en la mayoría de los hogares no es necesario encender la radio para disfrutar de la música al disponer de aparatos exclusivamente destinados a reproducir a la carta las melodías más apetecibles.

29 En este sentido, y para el conjunto de Aragón, según la SGAE (2000), existe un promedio de posesión de disco en 1998 de 103,0, frente al 106,8 nacional; un 12,4 dice no tener, siendo la cifra nacional más baja tras Extremadura. Y un 45,3 de población no suele comprar discos (un 44,2 a nivel nacional).

ponente elitista y el tipo de lenguajes y textos utilizados apartan estas prácticas de las preferencias de la mayoría de la gente.³⁰

En Aragón, el interés reconocido por estas manifestaciones artísticas es mínimo.³¹ El intento de adentrarnos en los motivos de la inasistencia a determinados actos como conciertos, operas, danza, etcétera, nos llevaría lejos, aunque pueden presentarse algunas claves interpretativas: la lejanía de los centros de emisión, el desconocimiento de la oferta y del atractivo de estos actos, la consideración de cierta oferta cultural como elitista y para minorías ya iniciadas, o el precio, que aparece como motivación para aquellos que, mostrando cierto interés, tienen además que desplazarse para disfrutar de ello. Hay quien opina que «ninguna cantidad de accesibilidad, democratización y participación, será suficiente para vencer esa brecha», la existente entre la *cultura común* y la *alta cultura* (Willis, 1999: 17).

FIGURA 2
PREFERENCIAS MUSICALES DE LOS ARAGONESES³²



30 En el informe del SGAE citado (2000), se dice: «cabría afirmar que el interés por la música clásica es también una expresión de identidad, especialmente en los casos de la ópera y el ballet/danza, que tiene componentes elitistas [...], está asociado a clases altas y a los niveles educativos más elevados».

31 Nos encontramos las cifras más bajas en comparación con otras comunidades autónomas, ocupando el último lugar en el caso del interés por la zarzuela, o el penúltimo lugar (junto con Extremadura) en ópera, música clásica, y (junto con Asturias) en ballet (SGAE, 2000).

32 Tal y como aparece en las encuestas, Aragón es la primera de las comunidades autónomas en el interés por el pop rock convencional, y la tercera en música folklórica española. La música pop en vivo suele atraer a los jóvenes, clase alta y gente con estudios

Las estadísticas suelen reflejar preferencias altas en lo que a música folklórica se refiere. A este hecho se atribuye un alto componente identitario regional. Los datos nacionales indican que, en ciudades de menos de 5000 habitantes, esta práctica supone el 9,8%, frente a un 3,1% en las zonas metropolitanas, que es donde menos se asiste: «Puede decirse en consecuencia que los conciertos de música folklórica, con otra denominación operan como elemento de refuerzo y modernización de las conciencias regionales, por encima de diferencias sociales o generacionales» (SGAE, 2000). La exigencia de calidad en este caso suele ser inexistente. El público, que a menudo pasa a ser actor, animado por los artistas de turno tras su representación, suele mostrarse encantado.³³

Existe, por lo tanto, una distancia clara entre los tipos de música que suelen oírse en determinados contextos, matizada por la edad de los usuarios. Aunque en los pueblos se sigue testimoniando, posiblemente por la edad avanzada de la mayoría de sus habitantes, una predilección por una estética vinculada a la producción de sentido creativo de la vida cotidiana, donde el hacer y participar en manifestaciones identitarias de comunidad, más que de clase, es lo trascendente.

En 1998, un 20% de los españoles encuestados manifestaban saber tocar un instrumento, y un 2% estar aprendiendo a tocarlo (guitarra, flauta y piano son los preferidos). En el caso del contexto rural aragonés es frecuente encontrar guitarras, bandurrias o laúdes en las casas, también bombos y tambores, pero apenas pueden encontrarse otros instrumentos que tengan otro tipo de connotación «elitista», como los pianos. La vocación musical en los pueblos tenía pocas vías de expresión: bandas de música en

superiores (según la caracterización sociológica de los asistentes a conciertos de música de pop rock, el estilo más demandado). La asistencia a conciertos de pop está fuertemente condicionada por la distancia a los lugares de su celebración, lo que explica que la asiduidad se reduzca notablemente. Esto anima en muchos casos a las localidades pequeñas, que actúan como centros comarcales, a subvencionar y ofertar gratuitamente la asistencia, haciéndolo coincidir con fiestas locales y patronales. El jazz es quizás la música más extraña y ajena a este contexto; de hecho, se asocia con asistentes poseedores de estudios superiores universitarios (10,3%) y de mediana edad. Los mayores de cincuenta y cinco años son los que menos interesados se muestran: solo el 0,5%, (SGAE, 2000).

33 En el estudio de la SGAE, la música en vivo folklórica es la que alcanza puntuaciones más elevadas, interpretándose que, junto con reconocimiento del trabajo y calidad de los artistas, priman otras cuestiones, como los elementos emocionales de identificación con el folklore propio.

las localidades de mayor tamaño, rondallas o el órgano de la iglesia. Hoy, los nuevos residentes venidos de la ciudad se sienten sorprendidos por la importancia de la música como práctica cultural en el entorno rural. Por ejemplo, la tradición de las bandas de música, hoy mimada desde las diputaciones provinciales, y más o menos arraigada en diferentes zonas de Aragón, se sustenta a menudo con dificultad, aunque parece presenciarse un resurgimiento, motivado quizás por el celo de las autoridades. Lo mismo puede decirse de las rondallas, que conformaban uno de los foros de dinamización más extendidos por las localidades aragonesas hasta los años noventa y que, como manifestación cultural, está viviendo igualmente una metamorfosis cuyo sentido solo puede entenderse en el marco de las tendencias generalizadas que venimos resaltando.

Con una finalidad que parece justificar todo el «desarrollo», la vida rural se va fragmentando en realidades parciales que acondicionar para la contemplación de otros. Un proceso que se ha interpretado como el fomento de corpúsculos con pretensiones de espectacularidad, dirán los «príncipes apocalípticos»,³⁴ o como la posibilidad de existencia de manifestaciones de creatividad cultural sostendrán «los príncipes de la integración». Ambas dimensiones hermenéuticas podemos hacerlas convivir para no caer en un escepticismo absoluto que nos estrangule en nuestro propio intento. A menudo estamos tentados de resaltar que se está hablando de una creatividad cultural tan mediaticada, politizada e influenciada que no tiene cabida la propia experiencia como producto de la creatividad de un colectivo, sino como un producto más de la tendencia dominante hacia la creación de espectáculos para contemplar.

Por ejemplo, si hoy se asiste a una ronda en diferentes localidades aragonesas no se testimonia un reencuentro con las prácticas de antaño que nos han podido relatar. Se contempla más bien un enajenamiento del sentido original y tradicional; la ronda se ha cosificado y se configura como si fuera un espectáculo, dado que la finalidad última es que otros vean el producto que se ha creado.

La mayoría, hasta los que habitualmente cogían la guitarra y cantaban, contemplan ahora como los «divos» del mundo de la jota, cantan y deleitan a los asistentes sin imaginar apenas intervenciones espontáneas de los lugareños, que deslucirían el espectáculo «contratado». Es la materiali-

34 Walter Benjamin o Guy Debord.

zación de la negación de la praxis y su sustitución por un espectáculo socialmente admitido. Es cultura tradicional simulada. El sentido de antaño se ha perdido y nuevas resignificaciones aparecen. La ronda no tiene otra función comunitaria que la de deleitar, es un simulacro espectacular vaciado, descontextualizado y enajenado de su tiempo, convertido en nuevas formas culturales, contenedoras de identidades, que únicamente siguen identificando a aquellos que siguen practicándolas como manifestación y creación, más que como contemplación.

Incluso algunos de los propios grupos sostenedores de estas manifestaciones de «cultura aragonesa» han readaptado su producción hacia la música folk, inspirados por los nuevos sonos de la patrimonialización.³⁵

4.2.3. Teatro y teatralizaciones

El teatro divide y se divide, sostenía Pierre Bourdieu. La reacción contra el realismo en el género teatral y la consiguiente entrada de formas vanguardistas de representación apenas se dejó sentir entre la gente. Lo cierto es que ya el teatro realista (simbolismo, expresionismo o surrealismo) había sido forma de expresión dramática minoritaria. Precisamente la gran variedad de manifestaciones, tendencias, géneros y formas de interpretación aspira a responder a la existencia de públicos muy diversos y heterogéneos, (independientemente del territorio en el que se vive). Debe decirse que en los pueblos aragoneses existe cierto interés por el teatro, a pesar de que no se dé respuesta adecuada a esa demanda.

Nuevamente, la caracterización sociológica de la asistencia al teatro que muestran los estudios existentes tiende a ilustrar que son los que tienen estudios superiores y de clase social alta o medio-alta los que lo frecuentan,³⁶ mientras que los residentes en pueblos de menos de 5000 habi-

35 Las manifestaciones de este tipo en Aragón son numerosas y atractivas. Igualmente han proliferado los festivales de música tradicional. Sirva como ejemplo el Festival de Música Tradicional de Monreal del Campo, que se hace coincidir con la Feria de Artesanía Popular y Alimentación (Artemón); ambas en su décima edición en 2005.

36 Lo cierto es que las encuestas muestran que el interés por el teatro es moderado y se concentra en sectores muy específicos, destacando las personas con estudios universitarios de entre cuarenta y cinco y sesenta y cinco años. 3,22 en Aragón en una escala de 1 a 6; 3,55 la medida nacional. Mientras que el interés en zonas metropolitanas es de 3,71, en las de menos de 5000 es de 3,32, en el primero no van al teatro el 73,2; y en el segundo, el 81,3 (SGAE, 2000).

tantes y mayores de sesenta y cinco años estarían entre los colectivos que menos acuden. La obviedad de esta afirmación es clara; hay que entenderla en relación con el contexto cultural. A propósito de esto cabría la siguiente interrogación: ¿cuánta gente del pueblo no acude cuando hay una representación teatral en la localidad? La consideración de que en los pueblos no hay afición al teatro quizás sea una afirmación gratuita, puesto que, proporcionalmente, es mayor la asistencia a los actos organizados en pequeñas localidades que en las áreas metropolitanas,³⁷ pese a la escasez, el dirigismo externo y la pésima difusión de la oferta.



2 y 3. Teatro. Soportes de difusión.

37 De hecho, al preguntar cuántos han ido en los últimos tres meses, un 6,5 de áreas metropolitanas, frente al 5,9 de núcleos reducidos (menos de 5000) en 1997; y en 1998, 7,1, frente a 5,2, (7,2 es la tasa de asistencia al teatro en 1998; frente a Cataluña, que tienen la puntuación superior: 10,3). Pero hay que hacer notar que la asistencia al teatro no guarda relación con el interés que suscita en las zonas metropolitanas, donde esta es mucho menor.

La puesta en escena de una obra teatral en un pueblo suele vivirse como un acontecimiento que rompe la monotonía, captando gran cantidad de público. Cuando el grupo es local, la expectación y la audiencia aumenta, independientemente de la oferta.

Tal y como dicen algunos técnicos, si la oferta es externa, la comedia es la que despierta más interés, el musical, el clásico y el dramático le siguen, el experimental vuelve a ser uno de esos estilos que no comulga con la «estética común» y solo parece despertar interés entre jóvenes universitarios «rururbanos».³⁸ Las ciudades intermedias parecen perfilarse como el terreno más propicio para el desarrollo del teatro, y lo mismo podríamos decir del papel que pueden desempeñar las cabeceras de comarca, donde el teatro, al igual que en otros tiempos, se convierte en un acontecimiento local de interés que, con una difusión y promoción adecuadas, podría aglutinar al público de territorios más amplios. Pero el teatro como ocasión de encuentro y de participación con el grupo pierde su sentido con el giro hacia representaciones ajenas y escasas, distantes geográficamente y apenas promocionadas.

Es difícil mover; el técnico ha intentado montar una actividad cultural para dar salida al teatro que hay, porque aquí se construyó un teatro, un teatro auditorio que está en la escuela de música y parece que quieren hacerlo funcionar ahora con obras de teatro, pero es que vas y hay cinco personas en una obra que está en Madrid, en Barcelona... Una lástima. (Nueva residente)

El problema, nuevamente, parece residir en la gran distancia que existe entre dos modelos no excluyentes pero difícilmente amigables: la «alta cultura» y la «cultura común». Esta última está inserta en la praxis y muestra unos límites imprecisos entre consumo y producción, de ahí que tenga sentido como práctica cultural más que como consumo cultural. Para ellos «significa» más montar una obra teatral: los niños en la escuela, el belén

38 «El nivel educativo y la posición social son los elementos clave en la diferenciación de los públicos de los distintos géneros. El interés por las comedias, el musical y el teatro de enredo crece de forma inversa al nivel educativo, en tanto que el interés por el teatro contemporáneo y clásico crece en relación directa con el nivel cultural. Los géneros más serios son más apreciados cuanto mayores son los recursos culturales, en tanto que los géneros de «evasión» de contenidos menos trascendentes y destinados, por así decirlo, a que el espectador pase un buen rato, son apreciados sobre todo por las personas con menores recursos educativos». (SGAE, 2000: 62).

viviente, la cabalgata de reyes con protagonistas locales, el grupo de teatro del instituto, la obra impulsada por la asociación o la recreación medieval. Esta es la cultura teatral «apropiada», en el sentido de *apropiación*,³⁹ no de adecuación (o quizás también).

Al igual que en otros contextos, el teatro no forma parte del universo cultural de una gran parte de la población (entre ellos, los más jóvenes), que apenas lo contemplan como una posible forma de ocio.

Podríamos decir que la concepción que existía en tiempos con respecto al teatro ha sufrido también una metamorfosis: las comedias en las que participaba la gente del pueblo, las representaciones teatrales navideñas, los sainetes y autos sacramentales han sido recambiados por las espectacularizaciones en torno a acontecimientos históricos conformadores de nuevos dispositivos identitarios mediante los que rehacerse como comunidad ante sí mismos y ante otros.

Claro, yo vengo de fuera y lo que yo estoy viendo aquí es que la gente tiene una preocupación no de coger la cultura de otros sitios, culturas alternativas de ciudad, no. Ellos aquí lo que intentan es sacar y recrear otra vez lo que se hacía antaño o recrear la historia. Aquí y allí hay una asociación que promueve todo eso, que escenifican y recrean ese tipo de cosas. Luego hay una preocupación enorme por cosas etnológicas. Sí, por recoger lo antiguo. Estamos sorprendidos, porque el tema este se está moviendo en todos los pueblos, en cada pueblito está empezando a salir; muchos con la primera edición de cosas de tipo etnológico. (Empresaria. Producción de vídeos)

El teatro salta a la calle y la calle se museifica; el espacio público se convierte en una gran exposición en la que podemos encontrarnos reconstrucciones de tradiciones y fiestas inventadas o reinventadas en las que se incorporan cada vez más referencias históricas que aportan un velo de legitimidad, de anclaje en el pasado. La disciplina histórica o etnológica autoriza estos cuadros vivientes para consumo por parte de un tipo de público concreto al que se dirige.

39 Implica una construcción de sentido. Concepto de origen marxista vinculado al de *alienación*, se refiere a la reinteriorización del objeto que se hace mediante la actividad, reaprendiéndolo con nuevos actos. Es un proceso en el que el sujeto se hace a sí mismo a través de sus propias acciones, siempre dentro de un contexto sociocultural y temporal concreto. Finalmente, es un proceso dinámico de interacción del individuo (vivencia interiorizada y subjetiva) con su medio externo, con rasgos tanto de espontaneidad como de intencionalidad.

Hace poco se recreó la siega con hoz y zoqueta. Un día entero, una jornada de un día entero. Desde que se siega hasta que se va a las eras y se recoge el grano. De ese tipo de cosas se mueve mucho en esta zona. (Periodista)

Se trata de una teatralización animada desde diferentes plataformas, tanto desde la administración pública como desde los grupos de acción local responsables de los proyectos impulsados con fondos europeos.

Lo que a mí me sorprende mucho aquí, que yo no he visto en grandes ciudades, es la preocupación que se tiene por las asociaciones, bueno por los fondos Leader, no sé como llamarlo; bueno, es que aquí están en todos los sitios. Gente que quiera hacer algo va a cualquier institución, llama a la puerta de ese tipo de asociación institucional y tiene dinero por entrar ahí. Hay muchas facilidades para ese tipo de cosas. Y la comarca está ayudando mucho también. Hay muchas facilidades para ese tipo de cosas, y por eso la gente se anima. Y la gente que se ha ido con veinte años a Zaragoza o a Barcelona, los fines de semana viene aquí y se involucra en este tipo de recreaciones. Es lo que estamos viendo. (Periodista)

Ese sostenimiento generalizado del montaje escenográfico está contribuyendo a la aparición de lo que puede intuirse como abuso del proceso de teatralización en la búsqueda de la distintividad. La competencia parece feroz.

Ahora en muchos sitios tenemos la fase «pos»: vas a una feria de artesanía y dice: «artesanía en metacrilato». Piensas: «Mucha tradición no llevas tú», pero bueno... Eso lo encuentras en muchas ferias supuestamente de artesanía: venden embutido que se vende bien, los cuatro quesos, las hierbas aromáticas, los talleres de los de la zona y el del metacrilato. (Técnico)

Yo, cuando vi el nombre que le habían puesto por primera vez a la nueva iniciativa, pensé que me moría, y se lo dije a la alcaldesa, pero no me hizo caso: el «mercado medieval renacentista» [ríe]. Claro, ya hay que entrar en la necesidad de distinción con la propia denominación. (Agente de desarrollo local)

4.2.4. Pantallas e imágenes

Los «jóvenes» de hoy nacieron en una «sociedad posindustrial» que empezaba a recibir nuevos apelativos. En 1995, Nicholas Negroponte nos adelantaba la descripción de un *mundo digital* de nuevas realidades y relaciones virtuales, de lugares sin espacio y hablaba de *era de la posinformación* cuando la *sociedad red* y de la información de Castells empezaba a aprehenderse y entenderse.

Hoy cualquier joven sigue prefiriendo divertirse y pasar su tiempo libre con sus amigos, sus parejas, salir al bar, callejear, vaguear..., pero a la par empieza a incrementarse el gusto por buscar nuevos horizontes en solitario. No les gusta viajar o hacer excursiones solos, pero les encanta tomar las autopistas de la información y, superando espacios, visitar lugares por la Red. Internet lo tiene todo. Aunque todavía sea selectivo, y en muchos casos prohibitivo, el acceso a ciertos medios audiovisuales como Internet, televisión por cable a la carta u otros.

El componente relacional deja de esta manera un margen cada vez más amplio para el disfrute individualizado del tiempo libre, y en esta modalidad hay que resaltar una característica básica: el *Homo sapiens* y *ludens* se transforma en ocasiones en *Homo videns*. Relega su capacidad de descubrir, experimentar y protagonizar a la de ver y presenciar.⁴⁰

La radio perdió la centralidad que pudo tener antaño y cedió el protagonismo a la televisión, que quizás pronto será destronada por el ordenador; este empieza a exigir, como nuevo rey de la casa, un espacio definido y todo un aparataje que lo acompañe para hacer del ocio a la carta una realidad.

La incorporación de los medios audiovisuales han ido cambiando el panorama cultural; su capacidad para universalizar y homogeneizar, para alcanzar a la «masa», les acompaña. La privatización de los comportamientos vinculados con el tiempo libre y las prácticas culturales, el alejamiento de los agentes sociales de los espacios públicos, en lo que Norbert Elias denominaba la «forma voluntariamente elegida de perder el tiempo»,

40 La primacía de la imagen es una realidad en nuestra sociedad, cualquiera que sea el territorio hacia el que dirijamos nuestra mirada. En 1998, Giovanni Sartori presentaba su dura crítica sobre el impacto que la televisión estaba teniendo en la formación de los niños, en el desarrollo de su capacidad simbólica y crítica y en su comportamiento político, por ejemplo. Podríamos decir que muchos de los jóvenes de ahora son esos «vídeo-niños» que han crecido delante del televisor acostumbrados a ver, más que a participar, criticar o posicionarse, y yendo más lejos, pensar. El autor narra el paso del *Homo sapiens* al *Homo videns* como consecuencia del efecto que los medios de comunicación, fundamentalmente la televisión, ejercen. Se trata de una *sociedad teledirigida* que ha sustituido la transmisión oral o la escrita por la imagen; y ya lo dice nuestro refrán: una imagen vale más que mil palabras, ¿o no? La cuestión es que los medios enseñan que así es, y la veracidad de la imagen parece incuestionable. Las palabras de Sartori no muestran ningún pudor a la hora de alertar sobre los efectos que la cultura audiovisual puede tener sobre los niños, a los que (de)forma, y sobre los adultos, a los que (des)informa, puesto que oculta mostrando y muestra en función de censuras invisibles y cuotas de mercado o competencia (Bourdieu, 2003).

se une a la centralidad de los media que no son, desde luego, un instrumento al servicio de los receptores; mucho menos de «los rurales». Pero también en los contextos que observamos se produce un distanciamiento entre las pautas de comportamiento cultural de quienes por estatus social y estilo de vida son capaces de acceder a las distintas variedades de la oferta cultural y quienes limitan su actividad cultural a la relación con los medios masivos de comunicación, sumamente eficaces para ofrecer normas de comportamiento y fijar ritmos temporales.

Empecemos por el cine. En los años sesenta el cine alcanzó su plenitud en España; la cifra de espectadores que acudió a las salas de exhibición llegó a superar los 400 millones, cayendo a 250 en 1975 y a los 107 468 000 espectadores en 1998 (SGAE, 2000: 71). Igual que la radio había entrado de lleno en los pueblos, el cine se adentró hasta las más pequeñas localidades rurales, formando parte de la vida cotidiana de posguerra. Era insustituible en las tardes de los domingos, hasta que la universalización de la televisión recluyó a los consumidores en su hogar. Los cines fueron desapareciendo de los pequeños territorios, y en varias décadas se produjo una concentración exclusiva en las grandes zonas metropolitanas. En el 2001, solo 22 de los 730 municipios aragoneses tenían cine (lo que representa un 3%, frente al 6% que era la media nacional); estos municipios aglutinaban entonces el 69,7% de la población aragonesa. Luego un 30% de la población de Aragón, y la totalidad de la población rural, no tenía entonces acceso a esta mercancía cultural. Cambió además el concepto espacial de exhibición (de las salas enormes a las multisalas de tamaño más reducido, de los cines a los multicines), al igual que se producía un incremento de la competencia con otras formas de ocio nuevas.⁴¹

El hogar cobró protagonismo con el vídeo, el DVD e Internet. Ninguna expresión que lo defina mejor: «el cine en casa». Esta nueva tendencia ha estado más relacionada con la dimensión generacional que la territorial, de manera que forma parte de la cultura de gran parte de los jóvenes.

41 Durante el primer trimestre de 2005, la ciudad de Zaragoza ha contabilizado 646 532 espectadores; con 65 salas ha recaudado 3 245 329 euros, y ocupa el puesto número 11 de todas las ciudades españolas (MCU, 2005c). En el año 2001 se contabilizaba un aforo de 7651 en la provincia de Huesca, 1783 en la de Teruel y 17 093 en la de Zaragoza (Censo de salas de cine, 2001). En cualquier caso, el índice de penetración del cine en Aragón en 2004 era del 5,9%.

Ciertamente, los habitantes de pequeñas localidades siguen siendo los que menos acuden al cine; generalmente, por su precio, se deja para ocasiones especiales. Los jóvenes o las familias se desplazan en fines de semana o periodos vacacionales para asistir a algunos estrenos. La inexistencia de equipamientos en este sentido puede condicionar la asistencia, pero, realmente, al observar las cifras generales, tampoco en ello puede encontrarse un factor interpretativo de la no asistencia.⁴²

No hay cine, otra cosa que es muy importante. En la comarca, a día de hoy no hay ninguno. Así que la posición, en cuanto a cultura, de esta comarca... A años luz. Pero es peculiar, a mí me parece peculiar porque la gente que vive en esta comarca no le cuesta nada coger el coche y, si le apetece ver una película, coge el coche y se va a Zaragoza; o sea, que aquí la gente sabe a lo que está, sabe que está viviendo en un entorno rural y le gusta, porque hablando con la gente te lo dice, le gusta y lo asume. (Empresaria, nuevo residente)

Tiéndese a razonar que solo cuando el interés es alto la asistencia se hace efectiva, cosa que parece ocurrir con el cine, pero no con el teatro. El cine suele agradar a una gran parte de la población, pero la atracción tiende a disminuir con la edad; y es entonces cuando la televisión o el vídeo satisfacen esta demanda en mayor medida. Mención aparte merecen las copias obtenidas a través de Internet.

Ahora bien, el vídeo puede sustituir en parte la asistencia al cine solo en el caso de núcleos poblacionales con locales de préstamo o próximas a otras con dicho equipamiento. Ante la inexistencia de dicha oferta, al consumidor le quedan otras opciones, como son la compra puntual aprovechando desplazamientos o el intercambio con otras personas que se trasladan a las localidades. En cualquier caso, son estrategias no contempladas por la industria cultural por su escasa representación.⁴³

42 Según el Censo de salas de cine de 1998, (AIMC, 1999), en ese momento, el 67,5% de los aragoneses vivían en localidad con cine, y de ellos no asistía nunca el 48,7% (las cifras nacionales son 59,2% en localidades con cine; casi nunca, el 49,3).

43 También han proliferado en aquellos pueblos con mayor número de población los locales de alquiler de cintas de vídeo, dado que el incremento de aparatos de reproducción de vídeo se ha extendido sobre todo entre las generaciones más jóvenes. El alquiler en las localidades en que esto puede hacerse es considerable, al absorber la demanda del área de influencia. En 1998, casi un 14% de los españoles encuestados (SGAE, 2000: 112) alquilaba una película a la semana, frente a un 5,5 que asistía al cine. De este modo, el vídeo sigue a la televisión como canal de ocio. Las películas preferidas suelen ser las norteamericanas.

La aparición del vídeo y el reproductor DVD, tras la radio, el cine y la televisión, supuso también un nuevo peldaño, aunque la incorporación ha sido moderada y más lenta en el contexto rural;⁴⁴ es descubierto por los jóvenes, que así palián algunas de sus carencias, pero no es considerado esencial por los mayores de sesenta y cinco años si no es a instancias de los familiares más jóvenes. La no aceptación del artefacto es menos una cuestión económica que de actitud, es decir, es un reflejo de su percepción de las novedades tecnológicas y el convencimiento de su inutilidad. Dicen tener sus necesidades culturales satisfechas, o al menos se han acomodado a una manera determinada de vivir su tiempo que poco tiene que ver con nuevos artefactos. Hay que pensar que la mayoría de consumidores de vídeo son las personas interesadas por el cine: una forma más cómoda y barata de ver cine, a la carta, superando los obstáculos que impedían acceder a las salas de exhibición. Así pues, las familias con hijos son los más interesados (lo mismo está pasando con el DVD); y los niños, los mayores consumidores. En este sentido, los principales ingresos en este sector provienen de la compra de producciones cinematográficas infantiles.

Ante este panorama, la televisión es la reina del consumo cultural en los pueblos. El índice de penetración de la televisión en Aragón es del 90,6 %, frente al 55,7 % de la radio (AIMC, 2004); el consumo promedio (minutos/día/persona) es de 229, frente a los 116 minutos de la radio. La televisión puede considerarse como un electrodoméstico universal con tendencia a ser individual, como así lo refleja el llamativo crecimiento del número de televisiones por hogar.⁴⁵

Muchos de los más mayores recuerdan la entrada de la televisión como el inicio de la «ruptura comunitaria», la reclusión en casa y la supresión de los espacios para la charla; puede decirse que, sin embargo, esta presenta otros matices, puesto que la televisión aísla, pero también integra. La televisión ha sido la ventana hacia otros modelos, otros mundos y otras identidades.

canas, en el caso de los más jóvenes, y las españolas después, el cine actual entre los más jóvenes, el clásico entre los veteranos, sobre todo entre las generaciones más mayores; el cine europeo apenas se conoce, y queda restringido a colectivos cinéfilos, difícilmente existentes en estos entornos.

44 En 1998, un 73,4 % de entrevistados tenía vídeo en su casa (SGAE, 2000). En 1985, solo un 10 %.

45 España está entre los diez primeros países en lo que a número de televisores por hogar se refiere.

¿Que quién nos ve? Las abuelas, sin duda. Porque están más enganchadas, y más alcahueteo. Yo lo veo por gente como mi madre, que... Vamos, mi madre es el termómetro más importante de la televisión, porque sale, habla con la gente que más ve la tele, que son los de su edad, y dicen si les gusta, si no les gusta, si lo han visto o si no lo han visto. Yo creo que la gente que más nos ve es la gente entre cuarenta y sesenta o setenta años. (Periodista de televisión local)

El confinamiento de las mujeres en el hogar ayuda a entender que sean más consumidoras de televisión (amas de casa y jubilados tienen la televisión como único canal informativo y cultural). Parece que, en general, tras dormir y trabajar, ver la tele se lleva gran parte del tiempo de los españoles. En 1998, Aragón era la comunidad autónoma en la que más horas se pasaba delante del televisor, según la población encuestada: 22 horas semanales; frente a la media nacional, que era de 18,7 para el mismo año.

En el caso de los jóvenes menores de veinte años, la televisión y los videojuegos ocupan un papel importante en su consumo cultural, la cultura audiovisual forma parte de su socialización; el consumo decrece conforme se incrementa la edad y se accede a estudios universitarios. Pero a partir de los cincuenta y cinco años, como decíamos, tanto en zonas urbanas como en rurales, la televisión conforma en muchos casos el único componente de consumo cultural. Su precio, la oferta más o menos variada y la comodidad en su disfrute la han entronado como la reina del tiempo de los mayores que invierten en ella gran cantidad de horas. De hecho, en muchos casos es su única «compañía». La preferencia por unos programas u otros suele estar vinculada con la edad, el sexo y el nivel de estudios. En cuanto al consumo, apenas hay diferencia en el tipo de programas vistos desde un hábitat u otro; al fin y al cabo, la oferta tampoco permite mucha diversificación.

Eso sí, allá donde existe televisión local o comarcal, esta suele ser una oferta de gran interés en cuanto que resalta lo particular y propio. De hecho, el inicio de la emisión del «regional» en su momento supuso un hito destacable. Se muestra como un programa diario de obligado visionado, pese a su excesivo hincapié en las noticias que afectan a la capital aragonesa.

Yo, a la hora de comer, el regional. Todos los días. Sin falta. El caso es que siempre hablan de Zaragoza, pero me gusta enterarme de las cosas de nuestra tierra. (Habitante)

Las emisiones televisivas acerca de lo propio son un referente más de conformación de identidad.

Buscan promoción. Lo que vemos es que nos llaman a la tele. Porque nosotros tenemos opción de mandar a Zaragoza cosas y que nos las emitan; y dicen: «Que salga mi pueblo, que se vea mi pueblo, que se oiga el nombre de nuestro pueblo». (Periodista de televisión local)

Al fin y al cabo es un medio que no hace sino recoger esencialmente la «estética terrena», en el sentido en que la presenta Willis (1999), de modo que la mayor parte de la población consume este producto cultural homogeneizador y aldeanizante (globalizador). Por ello, las tendencias muestran visibles similitudes en todos los contextos: mientras que la mayoría de la población consiente con las televisiones generalistas que suelen satisfacer los gustos de una audiencia masiva, los sectores con más recursos canalizan sus demandas mirando hacia ofertas televisivas de acceso restringido.

Al hacer acto de presencia, los nuevos medios de entretenimiento propios del medio urbano dirigidos especialmente a la población más joven, como las consolas y los videojuegos (junto con las producciones cinematográficas ya citadas), la *industria cultural* se introduce en el medio rural. Pero no ha sido necesario, no obstante, prestar una atención diferencial a este tipo de consumidor para atraerlo hacia el mercado; las tendencias uniformizadoras multiplicadas por los efectos mediáticos han bastado para adherir a consumidores desatendidos que, al asumir otras prácticas, igualmente modifican escenarios tradicionales.

La mirada introspectiva de la gente percibe una nueva fisura abierta; aparentemente, de repente. Los niños, dueños de la calle, acostumbrados a todo tipo de juegos del «hacer», ocupan igualmente el espacio doméstico y privatizan más sus consumos y entretenimientos, como ya se venía haciendo en zonas «urbanas».

La sustitución de los espacios de interacción por nuevos espacios condiciona enormemente el desarrollo y sentido del capital social. Hay un ejemplo muy ilustrativo en este sentido que tiene al agua como elemento central. Recordemos como la conducción del agua potable hasta los hogares de los pueblos acabó con la funcionalidad y significación del espacio público por excelencia: la plaza y la fuente; y después, el

lavadero y el abrevadero o el pozo. Con la desaparición de aquellos tiempos de comunidad y espacios comunitarios los lazos disminuyeron en intensidad y cambiaron cualitativamente. Y aunque aparecen nuevos espacios de encuentro, en general se observa una tendencia mayoritaria y dominante hacia la individualización de las prácticas propiciada por una sociedad consumista y «yoísta» que marca tendencias: lo último del mercado en ocio, como el cine en casa, la televisión a la carta y la red... electrónica. Pero, sin embargo, como ya se remarcaba, lo que sigue proporcionando más satisfacción es disfrutar de los vínculos sociales. Quizás sería necesario replantear el modo en que se equipan y diseñan los servicios sociales y culturales con el objetivo de fomentar y recuperar el *capital social*⁴⁶ y la creatividad cultural, sin privar de la posibilidad de acceso comunitario a todas las opciones informativas y comunicativas.

Pese a todo, la *cultura audiovisual* está muy lejos de reemplazar significativamente a la *cultura del bar*, a la cultura del estar juntos.⁴⁷ Indiscutiblemente, son las generaciones más jóvenes las más próximas a un tipo de cultura donde los artefactos tecnológicos juegan un papel axial, siendo los más alejados los mayores, la población carente de formación académica o la población analfabeta (*digital* o *funcional*). Son aquellos para los que no existe este lenguaje y, consecuentemente, este mundo material y simbólico. La cita siguiente de Dilthey (en Bauman, 2002: 252) parece oportuna:

Cada expresión de la vida representa un rasgo en común en el reino de la mente objetiva. Cada palabra, cada oración, cada gesto, cada fórmula de cortesía, cada obra de arte y cada hecho histórico resulta inteligible porque la gente que se expresa a través de ellos y aquellos que los entienden tienen algo en común.

46 Es la «moneda» que permite que una sociedad opere efectivamente. Esto incluye factores intangibles tales como valores, normas, actitudes, confianza, redes, y semejantes, que se encuentran dentro de una comunidad y que facilitan la coordinación y cooperación para obtener beneficios individuales y colectivos.

47 En este sentido nunca han dejado de estar presentes las proyecciones de cine al aire libre, que parecen haber resurgido como práctica veraniega en los últimos años; es una de las ofertas culturales recomendada a los pequeños ayuntamientos. Obviamente, los costes son reducidos.

4.2.5. Palabras y letras⁴⁸

Hoy la *galaxia Gutenberg*, bajo cuya estela ha crecido la sociedad occidental, o parte de ella, cede protagonismo a nuevos astros tecnológicos que rigen, en palabras de Ortega y Gasset, las nuevas necesidades humanas, producto de la infelicidad básica del hombre al saberse mortal.⁴⁹

Se ha caracterizado el libro como el medio que responde al asombro, a la curiosidad, al deseo de narraciones capaces de sentido. La curiosidad y la necesidad, el miedo y el valor, la debilidad y la fortaleza parecen ser impulsos que están en la base del humano afán de conocer. Pero ¿y aquel que no lee? ¿Acaso no tiene curiosidad? ¿Sacia su curiosidad con otros medios? ¿O es que los libros encarnan realidades que no responden a sus mundos? ¿Acaso no se incrementa la lectura cuando el libro atiende a inquietudes y entornos cercanos? Podría forjarse una tipología de la curiosidad de la gente para observar realmente los mundos representables y apetecibles. Bourdieu, al hablar de los gustos, que están en estrecha relación con la curiosidad, estableció su propia clasificación, en la que tenía cabida el «gusto popular», del que venimos hablando.

Leer es también una habilidad técnica. El manejo de unos códigos compartidos que permiten oír las voces de muertos y vivos, los mensajes de dioses y de mortales; mortales que son más bien sabios, artistas o científicos; letrados, en suma. Sin embargo, cada vez son más abundantes las ediciones de autores particulares que, teniendo más ilusión y ánimo que habilidades para la escritura, tienden puentes hacia grupos de lectores apartados habitualmente de los círculos letrados.

La lectura ha incrementado su desarrollo como práctica cultural, al menos si atendemos al número de ciudadanos cuyo acceso fue garantizado, al interés de las administraciones por generar redes de espacios utiliza-

48 El dios Theus le objetaba a Thamus que no acababa de entender la pretendida utilidad del alfabeto; Thamus aducía que serviría para preservar la memoria de los hombres, de manera que lo que pensarán, hicieran o dijeran podría quedar para las generaciones siguientes. Theus terminó argumentando que le parecía un invento pretencioso, porque si la memoria del hombre se confiaba a un objeto externo, en mala manera podría conservar la facultad propia de la memoria en sí misma y por sí misma.

49 Ortega y Gasset (2004).

bles (bibliotecas), y a su alta consideración como práctica de «valor». Pero la existencia del libro debe pensarse hoy con la convivencia con otras vías de acceso a otras muchas experiencias culturales: la música, la imagen o el arte. Es un tejido de asimetrías que seguimos desarrollando en este apartado. La centralidad del libro para materializar el valor de la cultura es algo extendido entre todos los actores de la cultura y, aunque las realidades cotidianas que nos encontramos parecen contradecir los discursos, las bibliotecas siguen siendo espacios de referencia clave en lo que a cultura se refiere, como ya se ha tenido ocasión de destacar; a veces son los únicos espacios, tanto por el reduccionismo con el que se entiende la cultura como por la incapacidad para habilitar otros.

El libro fue el soporte material de la cultura burguesa hasta que fue impulsándose la alfabetización. No obstante, todavía pueden hallarse hogares en los que no topamos con más de cinco ejemplares, como mucho, además de la hoja parroquial. *El Promotor*, alguna revista del corazón que ha traído algún visitante y el programa de fiestas, que lleva, además del saludo del alcalde, alguna leyenda local, alguna información interesante o fotos antiguas.

Otros hogares tienen su obligada estantería en un comedor que nunca se usa, pero que se mantiene como un escenario impoluto para las visitas; allí descansa la enciclopedia que hubo que comprar para cuando los chicos, que tendrían que salir del pueblo a estudiar y mejorar su posición social, estuvieran en edad. Los vendedores de enciclopedias de finales de los setenta e inicios de los ochenta «hicieron su agosto» en estos contextos. La sed de educación para los hijos motivaba la inversión en lo que sonase a necesario y recomendable. Junto a la enciclopedia, algunas novelas de Salgari, obras de adolescentes, los Cinco o los Siete, literatura clásica y moderna española: Juan Ramón Jiménez o Lope de Vega, y todos aquellos libros que los chicos tenían que comprar durante su formación. De repente, alguna novela más actual, quizás lectura de vacaciones de los «invitados» que pasan unos días en casa de los abuelos o los padres: *Los pilares de la tierra*, *El código Da Vinci*, *La sombra del viento*... Y en un viejo mueble en otra estancia o en cajones enormes duermen todos los libros de texto del bachiller, algunos reaprovechados por hermanos y primos, que nunca se tiraron. Y un montón de periódicos siempre desactualizados que vienen bien para determinados usos domésticos.

En hogares más recientes, obras actuales comparten estanterías con los clásicos (de obligada lectura en su día).⁵⁰ Y en la mayoría de las casas, la obra del autor local, descendiente o simpatizante del pueblo. Las obras sobre la localidad suelen ser las obras más leídas, con diferencia, y, de hecho, hay muchas personas que únicamente han leído ese tipo de obras desde su época escolar.

Muchos recuerdan al abuelo susurrando lenta y pacientemente las hojas parroquiales a la luz de los rayos que asomaban por la ventana. La alfabetización tardía en España frenó la entrada de los libros en muchos hogares, la mayoría del medio rural; esta no se produjo hasta los años setenta, coincidiendo con la educación de la generación siguiente. Entonces se consideró que las estanterías (mobiliario ya de corte urbano) podían recoger libros. Pero apenas se conformó un hábito de lectura estable, como tampoco se ha dado a nivel nacional. La televisión ha cubierto la necesidad informativa; el periódico llega al ayuntamiento, al bar, a veces a la tienda para que lo compren los transeúntes o residentes de fin de semana, o a la biblioteca en algunas localidades; y casi siempre recoge lo que ocurrió antes de ayer.

Son las circulares, los folletos, las revistas o la prensa esporádica que llega al hogar por la referencia a un acontecimiento local o familiar la que, en ocasiones, llena huecos vacíos de calma, no previstos para la lectura: cuando la tele ya cansa, cuando la comida está a punto de ser servida, cuando se está preparado para salir pero no es todavía la hora, cuando se espera a una visita o mientras empieza la novela de la tele; y cuando, con más de ochenta o noventa años y una vida cumplida, no se espera nada. A media mañana, a media tarde, en los oscuros atardeceres de invierno y en los calurosos de verano.

Apenas hay en el discurrir de los pueblos espacios ni tiempos pensados o dedicados a la lectura. Más de la mitad de la población española no lee casi nunca.⁵¹ El hogar ha protagonizado los escasos momentos dedica-

50 Alguno, del Círculo de Lectores; con toda seguridad, de antes de que su dueño se estableciese definitivamente en el pueblo, porque no suele haber servicio para los pequeños municipios; son pocos consumidores y están alejados.

51 En 1998, un 51,8% de la población no leía casi nunca. Aunque las estadísticas elaboradas para orientar a las industrias culturales (editoriales de libros) afirmaban que el 93,2% de la población decía tener libros en su casa, siendo las personas de entre veinte y treinta y cinco años las que suelen comprarlos. Curiosamente, se afirmaba que la compra más voluminosa se producía entre los residentes en ciudades pequeñas (inferiores a 5000 habitantes), «probablemente porque deben desplazarse fuera de su lugar de residencia a adquirirlos» (SGAE, 2000: 112-125).

dos a la lectura; la biblioteca ha sido un lugar tan sagrado como distante. La asistencia a las bibliotecas rurales, como en casi todos los sitios, suele concentrarse en la edad infantil. Tras la juventud, apenas se accede a estos espacios.

En los contextos urbanos, las bibliotecas son lugares de préstamos, pero también salas de lectura y estudio (en el caso de estudiantes que buscan lugares espaciosos y silenciosos alejados del hogar) a los que se quiere dar nuevos significados que ya hemos comentado. Pero estos patrones urbanos difícilmente pueden ser imitados en pueblos en los que apenas se dedican recursos para su potenciación. Es, por lo tanto, paradójico que el uso que se les da a las bibliotecas no se corresponda con el interés que este tipo de espacio despierta institucionalmente. Da la impresión de que queda un poso de tradicionalidad y que tener biblioteca en la localidad es necesario pese a que no se utilice. Quizás, al igual que en contextos urbanos, es necesario un replanteamiento de los usos de estos espacios, su configuración y equipamiento, y su necesaria adaptación a nuevas demandas de los consumidores de libros (como lo indica la incorporación en muchas de ellas de vídeos, DVD, juegos, etcétera). No obstante, en pequeñas localidades se ha conseguido otorgar a este espacio un carácter de multifuncionalidad cultural al ser, posiblemente, el único reducto cultural del pueblo, lo que supone resignificar el espacio.⁵²

Y hacer talleres de lectura, que se reúnan; y si este año leen una obra muy sencilla, *La pasión turca*, pues muy bien; ¿que pasan a otra?, pues muy bien. Que no pasa nada porque alguien no se haya leído el *Quijote*, no pasa absolutamente nada. Yo he vivido en un pueblo y sé lo que es un pueblo, yo sé lo importante que es para una mujer... Los hombres vamos a dejarlos por imposibles, porque sus relaciones sociales las tienen en el bar; pero las mujeres, si son de misa, tienen el rosario y está el cura, que esa será otra, y si no, a hacer las faenas en su casa, pero que un día puedan arreglarse y salir es importante. Y es importante que se arreglen, salgan, se reúnan y estén en grupo; y si van en grupo, yo prefiero a cinco en invierno que doscientos en verano. (Técnico de bibliotecas)

52 En 2003, el Ministerio de Cultura contabilizaba en todo Aragón 4459 actividades de este tipo (988 en Huesca, 740 en Teruel y 2731 en Zaragoza); sin embargo, en dicho recuento no están incluidas todas las bibliotecas existentes en nuestro territorio (MCU, 2005a).

La animación a la lectura forma parte del cambio de significado que se quiere procurar a la biblioteca dotándola de uno aglutinador y dinamizador, para que sea el foco sociocultural por excelencia. Pero se unen otras interpretaciones. En el fondo de esta intencionalidad subyace también el deseo por parte de los alcaldes de rentabilizar la inversión, contabilizada a través del recuento del número de asistentes, no en la eficacia dinamizadora u otras variables intervinientes. De ahí que la programación, no solo en la biblioteca, sino en general, se suele concentrar en la época veraniega.

Esto es la preponderancia del dato cuantitativo, necesitan números: yo hago en verano y tengo el éxito de la actividad asegurado. Si ese es el único criterio, desde luego la actividad es más productiva en verano; pero nos estamos equivocando. Pero ¿cuál es la cualidad del dato? Y eso, a la Administración, o no le interesa o no quiere interesarle. Estamos maquillando cifras y estamos mintiendo. (Técnico)

Y es que el consumidor, el habitante del pueblo llega a tener la sensación de que realmente la oferta va dirigida al veraneante, no a él mismo. Él no es el referente.

Yo creo que se confunde un criterio, y es el de asistencia. Para tener más asistencia ¿de quién? ¿De gente de fuera? Claro, y es que cuando se organizan este tipo de actividades parece que se está pensando solo en el veraneante, en ese consumidor. Pues yo he tenido siempre la idea contraria: a los pueblos pequeños, lo que les tienen que dejar los veraneantes es dinero. Pues no, quieren que sea en verano, para que los de fuera vean cuántas cosas se hacen en el pueblo. (Técnico)

Por ello, desde el nivel técnico y en contra de la opinión de muchos ayuntamientos, se alienta una programación continuada y una labor capaz de animar a la transformación, al impulso de la creatividad cultural en la propia comunidad.

La opinión de los técnicos va en la línea de reforzar la capacidad transformadora de la lectura, de multiplicar el uso del espacio, pero no de mantener abiertos equipamientos huecos y distantes a la población. Parte de esa argumentación viene justificada precisamente por la inexistencia de sentido de la biblioteca para la comunidad, una capacidad simbólica imposible de construir desde la utilización espacial actual. La población, nos dirán, no desarrolla por sí sola prácticas de lectura ni se aproxima con naturalidad a espacios apenas sentidos como propios, vacíos y habitual-

mente cerrados: «la biblioteca es del bibliotecario no del pueblo; ni sé qué días abre», nos decían en una localidad.

Incluso cualquier mujer que no haya viajado mucho por unos grandes almacenes se mueve bien, saben comprar y se sienten cómodas allí; en una librería, no. Tienen una especie de miedo, como a quedar en ridículo. En las bibliotecas se entra con mucho respeto. En una biblioteca te sientes como con cierto miedo. En una librería no te mueves solo; si alguien te pregunta que si buscas algo, de no ser una persona que lee mucho, piensa que no va a saber expresarse o que su gusto no va a ser el adecuado. Yo, con la preparación que tengo, puedo decir: «Estoy ojeando». Ellos no; en una biblioteca se sienten perdidos. (Bibliotecaria)

El libro sigue siendo para gran parte de la población de los pueblos, en general, un artefacto perteneciente a otro tipo de gente para quienes las bibliotecas son templos. Son espacios de intelectuales, tal y como lo definía Woody Allen: «esa clase de personas que entran en las librerías o las bibliotecas... aunque no esté lloviendo».

Los técnicos intentan paliar los desajustes en la política local de gestión de los libros y las bibliotecas con la imposición de su mirada experta. Unas localidades asumen y aceptan su margen de libertad y la gestionan, mientras que otras se encomiendan a los designios de los expertos.⁵³

Algo parejo puede añadirse sobre la edición de libros y, más recientemente, de material audiovisual; a menudo sin «criterio» alguno, impulsada desde los pequeños municipios. Esta dinámica, que en los contextos urbanos se ve amplificada, es también interesante de observar. En muchos casos, la acción es activada por la aparición de una obra escrita por algún hijo del pueblo o simpatizante de la localidad, que con mayor o menor acierto hace de esta su objeto de reflexión. Unas veces con el filtro experto, otras veces sin él, los ayuntamientos se embarcan en aventuras editoriales con la intención de «promover el pueblo». Aunque uno de los efectos curiosos que puede detectarse es que se trata de obras cuya lectura suele ser generaliza-

53 En este sentido, el incremento general que la producción editorial ha tenido en Aragón en los últimos años ha sido considerable, pasando de las 809 obras aragonesas registradas en 1999 a 1487 en el año 2003; sin embargo, la participación de nuestra comunidad en el total nacional pasa desapercibida: en 2001, los registros en el ISBN en Aragón supusieron el 1,17% del total nacional.

da, incluso en aquellas de dudosa calidad. La sola referencia a la localidad impulsa y desata un consumo inhabitual en relación con otro tipo de producto editorial, incluida la prensa u otras modalidades de lectura.⁵⁴



4. De visita.

54 La lectura de prensa y revistas, que tiene una naturaleza diferente a otras modalidades de lectura, básicamente por sus objetivos: en este caso se trata de informarse sobre la vida diaria o el entorno. Sin embargo, los consumidores suele coincidir, puesto que son los lectores habituales los que además leen la prensa, o a la inversa. Subyace, por lo tanto, la identificación con el soporte como tal y el hábito de la lectura en la organización temporal del día. Puede entenderse que si la lectura en muchos contextos rurales es inexistente por la falta de hábito, en este caso, aquella se complica por la irregularidad y atemporalidad de la prensa disponible. Por comunidades autónomas, Aragón está por debajo de la media: en 1998, el 22,6 % de la población afirmaba leer todos los días la prensa, siendo la media nacional del 31,1 %, (SGAE, 2000: 133). Suele afirmarse que el hábito de lectura de prensa está relacionado con el nivel de politización y la presencia de medios fuertemente arraigados en la región. Igualmente habría que remitirse al impacto de los boletines o revistas comarcales cuya incidencia, no obstante, no trasciende a la población que habitualmente es asidua a la lectura de este tipo de productos. En cuanto a la lectura de revistas, existe una variedad enorme con audiencia específica y una segmentación que refleja sectores sociales diferentes. El dato de índice de penetración de los medios de comunicación en Aragón para 2004 refleja un 45 % en el caso de los diarios, un 37,3 % para los suplementos y un 56 % de las revistas (AIMC, 2004); pero la cifra no recoge la realidad rural, una vez más.

4.2.6. Lugares y consumos

El ocio⁵⁵ y el entretenimiento, en cuanto que prácticas colectivas y determinadas por unos componentes espacio-temporales, constituyen igualmente un nicho cultural que permite rastrear los consumos y culturas significativas de nuestro tiempo y territorio. Así se justifica la inclusión de una serie de prácticas que, aun no correspondiéndose con el consumo de las «artes», van adquiriendo peso específico tanto como esparcimientos como reflejo de formas culturales de vida. Las escasas aproximaciones existentes a la investigación de mercados en el sector cultural ponen de manifiesto la incuestionable incorporación a este de actividades «de carácter cultural indudable», como el coleccionismo, la jardinería, jugar con consolas o las visitas a parques temáticos, en cuanto que manifestaciones culturales y parte del acervo colectivo.⁵⁶

Gran parte de la población ha visitado un monumento, un museo de bellas artes, un parque de atracciones, un parque natural o un zoológico. Se trata de actividades muy vinculadas a los periodos estivales y vacacio-

55 La definición de *ocio* que en 1953 acuñara Dumazedier sigue siendo un referente a la hora de entender su significación actual. «El ocio es un conjunto de ocupaciones a las que el individuo puede entregarse de manera completamente voluntaria, sea para descansar, sea para divertirse, sea para desarrollar su información o su formación desinteresada, su participación social voluntaria, tras haberse liberado de sus obligaciones profesionales, familiares y sociales» (Dumazedier, 1971: 20). Así, descanso, diversión y desarrollo personal y formativo, (las tres «D») son las funciones básicas asociadas al tiempo de ocio. Es un tiempo de crecimiento personal y, consecuentemente, una parcela importante y central. La voluntariedad introduce un componente substancial en esta conceptualización que se une a la del placer; la elección de los usos temporales de este tiempo es en esencia libre, aunque detrás podamos intuir escondida la presión ejercida por la trama familiar o social imbuida de economicismo y pragmatismo. El ocio, visto por unos como consumo *improductivo*, por otros como *inversión productiva* (genera capital humano, en términos de Gary Becker, o *capital social*, en el sentido que le dan Coleman o Bourdieu), debería forjar, en cualquier caso, una progresión personal. Ya sea en su faceta lúdica, creativa, festiva, ya sea ambiental-ecológica o solidaria, el ocio tiene un fuerte componente social que satisface a cualquier individuo.

56 Igualmente se argumenta que «otras actividades como la reunión en sedes sociales y centros culturales, las visitas a monumentos o centros históricos, etc. son cultura en la medida en que incrementan el “capital humano” de una sociedad e incrementan o modifican su conocimiento y percepción de sí misma». Interesa destacar ahora algunas de ellas; por ejemplo, los viajes, excursiones y visitas a museos, monumentos, espacios naturales o lugares, «una cierta forma de actividad cultural, más o menos irregular, a medio camino del esparcimiento y el turismo, pero que constituyen un indudable enriquecimiento de experiencias y de cultura» (SGAE, 2000: 143).

nales cuyo incremento es considerable en el tercer trimestre del año. Si reducimos nuestro enfoque y nos centramos en territorios pequeños, la situación es similar; se trata de prácticas muy extendidas que son paralelas a otros flujos intercomarcales de proporciones más reducidas.

4.2.7. Estéticas

No todas las prácticas mencionadas son igualmente exitosas entre la gente (al margen de su contexto de procedencia, urbano o rural). Centrémonos un momento en el caso de las exposiciones. Gran parte de la población dice haber visitado una exposición de arte o un museo de bellas artes. Sin embargo, hay que dudar del grado de apropiación por parte de esas mismas personas.

La técnico te puede hablar de que ha intentado traer exposiciones contemporáneas y nada, ni llamar la atención de la gente, de ir y decir «mira que feo es esto», ni aun eso. Nada, nada. (Periodista)

La interpretación hay que buscarla en la distancia que existe entre la estética que subyace en el tipo de producto que en ocasiones se pretende acercar a la gente y los gustos⁵⁷ de esta.

Vemos que a lo mejor traen de Zaragoza cosas un poco más modernitas e igual están quince viendo la obra, y, sin embargo, la exposición de fotos o la recreación está *petá*. Yo creo que las cosas modernas no gustan, no cuajan; vas a grabar y te encuentras con quince, como mucho. Sin embargo, haces unas jotas y está todo lleno de abuelos y está *petao*; pero cosas modernitas, nada. (Periodista)

Los artefactos y textos trascendentales vinculados con categorías recibidas del arte tienen una localización social definida, cuales son las elites y colectivos específicos, y, consecuentemente, requieren un entrenamiento y disposición a la producción y consumo.

Depende de cómo se presenta una exposición, se visita o no. Si tú vas a la exposición..., yo fui el sábado a las nueve menos cuarto y estaba cerrada

57 Supone una actitud para elegir, una facultad de discernir con seguridad las relaciones de forma, amplitud, color, proporción y las relaciones coherentes o discordantes. La percepción que instaura el gusto, está ligada a la sensibilidad, al contexto cultural, a los parámetros sociales o al estado económico de una época. El gusto es móvil como las sociedades (Ortiz, 1993).

porque el sábado no abren y el domingo tampoco. [...]. Para ofrecer una exposición en una tacita de plata, como es la que está en la biblioteca que es la mejor de la comarca, lo menos que puedes hacer es informar de la exposición, y no se hace, no se hace; pero te voy a decir más. Ese mismo día montó la DGA..., vinieron tres técnicos de DGA a montar una exposición de la DGA, que ahora no recuerdo el tema: tres técnicos, una directora y dos que colgaron los paneles. Y esa exposición, te lo digo ya, no la va a visitar nadie, porque no se ha hecho una política de información de la exposición. No consiste solo en contratar exposiciones que gratuitamente me proporciona la diputación general o la provincial o la comarca o el centro de estudios. Se trata también de informar, se trata de decir también: «Es importante esto». (Miembro de centro de estudios)

Se sigue pensando en la bondad de iniciativas que suelen resultar costosas; se continúa haciendo énfasis en la conveniencia de formar a la gente para que tenga opciones de interpretar lenguajes creativos radicalmente nuevos. Se insiste en acciones culturales cuyos efectos no se evalúan y, consecuentemente, no se genera reflexión o debate acerca de los principios que inspiran dichas políticas. Posiblemente habría que entender la «acción cultural» atendiendo a la cuestión de las estéticas.

Yo creo que es un coñazo lo de las jornadas, los seminarios y las mesas redondas. Pienso que a la gente no le atrae. Yo creo que, a lo mejor, para la gente que está en los pueblos durante el invierno se podía hacer pintura, escultura... La forma es camuflarlo. Sí, es camuflarlo. Yo creo que todos estos cursos se deberían plantear... Ya te digo: de pintura, de escultura, de audiovisuales, de lo que sea; claro, que en estos cursos la gente pudiera hacer su cosa, pero que se le dieran unas nociones para crear una inquietud de que una vez que has hecho el curso de pintura, pues cuando pongan la exposición en el pueblo de al lado que traen de Zaragoza, te pique la curiosidad de verlo. Porque tú sabes pintar. En ese palo creo que deberían ir las cosas. (Empresario de audiovisuales)

En esta visión subyace la idea de acercar lenguajes para generar significados y, por lo tanto, apropiación. La propuesta se aproxima más a la cultura de la praxis de la gente, y previsiblemente tiene más visos de calar entre los receptores. Aun así se está planteando acercar una «alta cultura» a toda población dando por sentado que se trata de un objetivo que cualquier política cultural debe plantearse necesariamente.

Los expertos optimistas se empeñan en seguir alfabetizando estéticamente a la gente en lenguajes nuevos, convenciéndose de que la inasistencia es debida a la falta de formación previa, la inadecuación de la información o el *marketing* del producto, o a la falta de implicación con

el territorio. A la par, siguen defendiendo la necesidad de profesionalizar para (re)conducir, (re)dirigir y (re)educar. Los más escépticos y reduccionistas niegan cualquiera de las posibles opciones de presentación de ofertas culturales en estos territorios. La ignorancia o incapacidad de los posibles usuarios, presentada como «falta de sensibilidad», estigmatiza cualquier iniciativa.

Yo creo que hay una demanda local importante por temas culturales, pero que no se satisface con exposiciones teledirigidas desde los centros urbanos, institucionales. Es necesario que estén peñas, comisiones de fiestas, concejalías de cultura, ayuntamientos, centros de estudios, asociaciones de amas de casa (fundamentales; si consigues meterte en el bolsillo a las amas de casa, ya tienes todo hecho). No se trata de crear y gastarte un millón de pesetas en llevar una exposición a un pueblo de 200 habitantes, se trata de que los de la comisión de fiestas vayan también, organizarlo; entonces es eficaz. Y cuando la gente lo ve, participa; entonces es cuando está bien organizado. Y estoy hablando de Zaragoza, Huesca o Teruel; es muy relativa su eficacia si no está integrada con algo local. (Miembro de asociación)

Es una coexistencia de mixturas que se resiste a las imposiciones.

En dieciocho años ha pasado de todo. No hemos mantenido esa idea de decir «aquí mando yo», sino que hemos querido el poder de decisión para impedir que nos impongan muchas cosas que al pueblo no le interesan. (Alcalde)

Esta constatación descansa en que la cultura es, ante todo, un bien de identidad en la mayoría de las sociedades, un punto de anclaje que une sus diferentes componentes y alimenta el sentimiento de pertenencia a una comunidad de valores, costumbres e ideas.

La intención es recuperar, como hemos venido desarrollando en líneas anteriores, el valor democrático del consumo cultural. Y cabe preguntarnos entonces, ¿consumimos libremente lo que queremos o consumimos libremente lo que la lógica nos impone?

Los asistentes de música moderna no asistirán a los conciertos de música clásica, y viceversa: los espectadores de la música clásica lo más seguro que tampoco asistan a los conciertos de música moderna si no se tiene en cuenta lo que quieren de verdad; los gustos no pueden ser impuestos. (Presidente de asociación cultural)

En este testimonio se retoma algo importante: «los gustos no pueden ser impuestos». ¿Estamos en presencia de un dominio elitista y urbano

también presente en el diseño de las políticas culturales que se desarrollan en los entornos rurales, sin margen para otra alternativa? Es menester reflexionar sobre este apartado que permite dilucidar algo claro: la libertad del que consume no comulga con las lógicas de imposición del mercado imperante porque sus procesos de apropiación simbólica se enmarcan en la fidelidad del gusto hacia ellos mismos.

El consumo permanece como un lugar de diferenciación y distinción. Los estudios de Pierre Bourdieu, de Jean Baudrillard y tantos otros muestran que, en las sociedades contemporáneas, buena parte de la racionalidad de las relaciones sociales se construye. En este sentido, hay una coherencia oculta entre los lugares donde los miembros estudian, habitan, vacacionean, leen y disfrutan, en cómo se informan y lo transmiten a otros. Esto emerge en estudios como «la distinción», de Bourdieu, cuando la mirada sociológica busca comprender en conjunto la lógica de dichos escenarios.

Así pues, la clave que parece ser relevante para la población, como venimos observando, es el propio *locus* de referencia. La localización social del producto cultural determina en grandes dosis la apropiación por parte de la gente. La localización social de la «cultura común» (en ocasiones denominada la «cultura popular») es el *self comunitario*, es la esencia de la colectividad, es la cotidianidad. El reflejo comunitario en las obras y prácticas culturales, en los artefactos y textos es lo que atrae por su capacidad simbólica para resignificar la esencia identitaria. Y ello nos ayuda a entender la relevancia de los museos etnológicos, que ponen en juego procesos de evocación y reactivan memorias familiares y colectivas.

Entró un matrimonio de abuelitos, el tío Miguel y la tía Pilar; y la abuelita, cuando entró aquí, lloraba. Dice: «Es que es la cocina de mi madre». Lloraba; pero unos lagrimones... Dice: «Ay, cuánto me alegro de haberlo visto; si estaba aquí, si es mi cocina». Claro es que ellos lo han vivido y se quedan cuando lo ven... emocionadísimos. (Cuidadora de museo etnológico)

Ayuda a entender el éxito y proliferación de las exposiciones de fotos antiguas, animadas por asociaciones culturales sobre todo:⁵⁸

58 El día dos de agosto de 2005, la programación regional de TVE se hacía eco del trabajo desarrollado en Calatorao (Zaragoza) por la Asociación Cultural La Barbacana, a

Lo que la gente va a ver más es fotos; fotos, todas. Fotos antiguas, lo que más. Por eso ahí volvemos otra vez a retroceder en el tiempo. Otra vez lo mismo. Yo no lo sé. Aquí hay todavía un concepto de la vida de campo y de que lo mejor era lo de los abuelos y mira qué bonitos son estos aparatos del campo, y es añoranza, la añoranza de las cosas del pueblo. Como la gente se va a las ciudades y los fines de semana vuelve aquí, le gusta ver cosas del pueblo. Cosmopolita es imposible. (Periodista)

Estamos ante una actividad cultural que aglutina todos los ingredientes que dan sentido a la participación de la gente: las exposiciones suelen tener un sentido tan comunitario y tan propio que ¿cómo no apropiarse de lo que ya nos pertenece?

A través de este prisma interpretativo, el gusto por lo etnológico no es más que el camino para recordarnos a nosotros mismos, a lo propio que se aleja: las colecciones particulares de objetos guardados o las exposiciones de artefactos de toda una vida. Es la conciencia de la pérdida.

Hicieron una exposición etnológica de cómo se vivía hace cien años, en ese plan. Sí, todo material que lo puedes coger, que lo puedes tocar. (Nuevo asentado)

Finalmente, lo mismo podríamos decir de recreaciones históricas tan al uso desde hace unos años. Su fuerza cohesionadora y su capacidad para reforzar vínculos identitarios constituyen un elemento interpretativo de primer orden.

Nosotros intentamos grabar y montar el audiovisual de modo que no hubiese ningún elemento que no pegase con esa época medieval. Y claro, va todo el mundo vestido; y aunque se ve alguna cosilla, está muy bien. Y claro está, aquí, la gente emocionadísima, llamando y diciendo: «¡Buaa, ha sido la cosa más emocionante que hemos visto en mucho tiempo!». (Empresario de edición audiovisual)

lo largo de un largo periodo de recogida de fotografías, y su tratamiento, para organizar una exposición: tradición, costumbres, historia, identidad, memoria colectiva emergen tanto en las palabras de la comunicadora como en las de los entrevistados, integrantes de la asociación y promotores; consideraban esta iniciativa como atractiva para los habitantes del pueblo: «la gente viene y le gusta verse en las fotos». Las fotos son el reflejo de sí mismos en un pasado lejano (las nociones de nostalgia y melancolía entran en el juego) y de una comunidad en proceso de desmembración y con fisuras percibidas. También en Monreal del Campo (Teruel) con ocasión de la feria Artemón, esta vez por iniciativa de la empresa privada y con la ayuda de particulares, se montó una exposición de fotografía antigua, continuamente visitada y atentamente observada, que fue una de las mayores atracciones de la feria.

La descripción de la vida «sin cultura» de los entornos rurales, simplemente por el hecho de que no prestan atención a las artes instituidas o vanguardistas, es a todas luces, pues, inexacta. Habría que hablar, como se viene haciendo, de una estética diferente que se asienta sobre dinámicas particulares cuya significatividad se traduce en efectividad cultural y emotividad colectiva; consecuentemente, en apropiación.

Otro elemento a considerar al cierre de este apartado es la actitud social que hemos descubierto ante la cultura. La «alta cultura» no es una necesidad, es un lujo. Igual que ha venido siendo un lujo el cultivo de la «curiosidad ociosa» y la «excelencia cultural». Son todas ellas actitudes opuestas al carácter pragmático y utilitario de la cultura del hacer o del estar.

Todas estas significaciones encerradas en los imaginarios sociales sustentan estilos de vida y culturas.

Como se sabe, la mayor parte de los autores que se refieren a la acción y consumo cultural lo hacen en relación con la ciudad, que parece ser el escenario por antonomasia donde enraíza y se desarrolla la exigencia cultural, llegando a afirmarse que desde allí se traslada a la conquista de nuevos territorios y espacios, ahora ya, lejos de la ciudad, en un proceso de *aldeanización*⁵⁹ imparable. Esta interpretación es harto etnocentrista y reduccionista al negar otras culturas y consumos en escenarios diferentes como los que hemos venido dibujando. Es cierto que no existe un consumo cultural específico de los pueblos, pero sí que se dan procesos solo observables en entornos micro que dotan a las comunidades de matices relevantes para entender tendencias actuales colonizadoras. Así, coexisten estéticas y modelos que conducen a apropiaciones de la mixtura en que se convierte lo propio al coexistir con lo ajeno. Son productos sedimentados con innovaciones resultantes de productos urbanos exportados a este nuevo territorio por colonizar en el que se sigue desarrollando una creatividad peculiar fundamentada en la actividad, la habilidad para el reenfoque y el descubrimiento de nuevos usos y nuevas mixturas en coyunturas complicadas para el entorno rural.

59 La noción de *aldeanización* permite estudiar los procesos locales y cotidianos en la construcción identitaria y su estrecha relación con procesos globales o mundiales. Por otra parte, lleva intrínseca la estructura de la definición habitual de lo «global», entendiéndose esto como pensar global, actual local, y refiriéndose a que lo macro se puede alcanzar a través de lo micro. No obstante, aquí se ha puesto énfasis en la semántica que acentúa la expansión de la urbe hacia modos de vida de ocupación diseminada del territorio: viviendas unifamiliares, desarrollo de las áreas periurbanas y colonización urbana de lo rural.

II

CONSUMO DE CULTURAS Y PATRIMONIOS RURALES

EL ATRACTIVO DE LAS CULTURAS RURALES: HABITAR EL PUEBLO

La vida entera de las sociedades en las que imperan las condiciones de producción modernas se anuncia como una inmensa acumulación de espectáculos. Todo lo directamente experimentado se ha convertido en una representación.

Guy Debord, 1967, Tesis 1, *La sociedad del espectáculo*

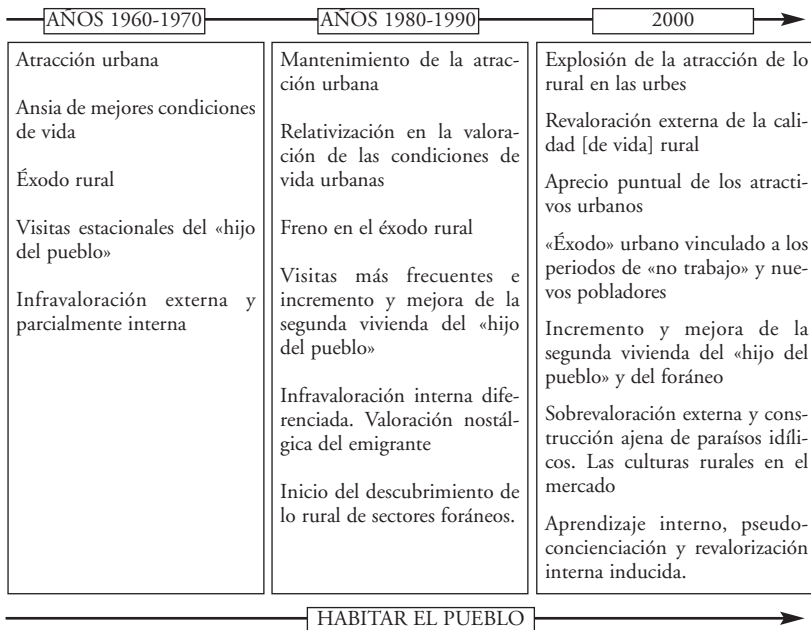
Quizás cabría preguntarse dónde está esa virtud que Montesquieu reconocía como el motor del Estado democrático en un momento en el que la mezcla de *neoliberalismo* y *globalización* ha pervertido el «espíritu de las leyes» y en el que la economía, gran hermano supervisor de la vida de los individuos, se esmera por atender básicamente a las necesidades materiales de estos. El individualismo, el espíritu de competencia y el embotamiento de los lazos de solidaridad ciudadana nos empujan hacia una *bulimia de consumo*, sugiere Pierre de Senarclens (2004) en su crítica de la globalización, a la que incorpora también la referencia a la oferta de medios artificiales y efímeros como mecanismo para colmar una sensación de fragmentación y de carencia permanente, la opción de «prótesis narcisistas para huir de manera ilusoria, de las exigencias de lo real, sobre todo de la angustia de la soledad, del desamparo y de la desilusión».

Huida y búsqueda de satisfactores que llenen vacíos insoportables e inmensos son los detonantes contruidos recientemente y presentes en el

*imaginario urbanita*¹ que generan procesiones interminables de gente ávida de nuevos tranquilizantes ecológicos, caseros, de calidad, tradicionales, reclamos de permanente utilización que han contribuido notablemente a la construcción urbana de las nuevas identidades rurales.

Es una nueva oferta que atrae a dos tipos de personas: aquellas que llegan con intención de permanecer un tiempo, primero con entusiasmo, alabando las bondades del nuevo entorno, y aquellas que, asiduamente o con cierta regularidad, cruzan por estos senderos.

FIGURA 3
HABITAR EL PUEBLO



1 El *imaginario urbano* se refiere a los mapas mentales o cognitivos de la realidad urbana y a los esquemas interpretativos por medio de los cuales se piensa, experimenta, evalúa y decide cómo actuar y construir los lugares, espacios y comunidades en que se vive. Con el imaginario urbanita nos referimos también a esas prácticas urbanas individuales que realiza un sujeto que habita en la ciudad con una carga valorativa que le permite diferenciarse claramente del modo de vida en el campo.

Se está ante un cruce de consumidores y buscadores de culturas rurales que han variado notablemente en las últimas décadas; una amalgama que dice mucho acerca de los nuevos imaginarios y sus transiciones.

Si, en un momento determinado, la ciudad representó el mundo de las posibilidades de conquista de diversas aspiraciones, ahora el campo adquiere nuevos significados al asociarse con valores positivos. No obstante, los pueblos siguen mermando. La atracción de unos espacios u otros se deposita esencialmente en la construcción del concepto de *calidad de vida*.²

En todo este proceso de *habitar el pueblo*, con carácter permanente o estacional, se dan otros procesos mucho más complejos que van moldeando con los años un cambio de la conformación de los *dispositivos identitarios*. El discurso desarrollista revitalizador promueve la búsqueda de alternativas que, ahora más que nunca, recurren al sustrato comunitario: la historia y la memoria. La percepción del declive ante la alerta demográfica ha despertado ingenios, y las localidades han tenido que rebuscar en sus arcas para vestirse con las ropas antiguas; eso sí, auténticas, restauradas e impecables. Los espacios se han desnudado mostrando su configuración antigua y su origen remoto; ahora bien, han incorporado nuevos diseños, nuevos materiales que pretenden simular y nuevas estéticas para escenarios reconstruidos siguiendo cánones bien establecidos y oficializados. Mientras van cambiando las formas se van transformando las identidades y aparecen los referentes identitarios en una pugna permanente entre los «actores», que entretejen con su peculiar forma de habitar el pueblo la red que sustenta el proceso complejo que hemos denominado «consumo de culturas rurales».

El uso de la noción de «cultura rural» deviene del proceso de investigación llevado a cabo. La intención no es conceptualizar un nuevo término, sino presentar el proceso por el que se ha reconstruido la ruralidad y se está volviendo a edificar lo que entendemos que puede exponerse como mercancía cultural. En cuanto que cultura cotidiana de los pueblos, contiene artefactos y lenguajes enraizados en dicho contexto, pero en el proceso creativo de su construcción se incorporan elementos sedimentados que la tradi-

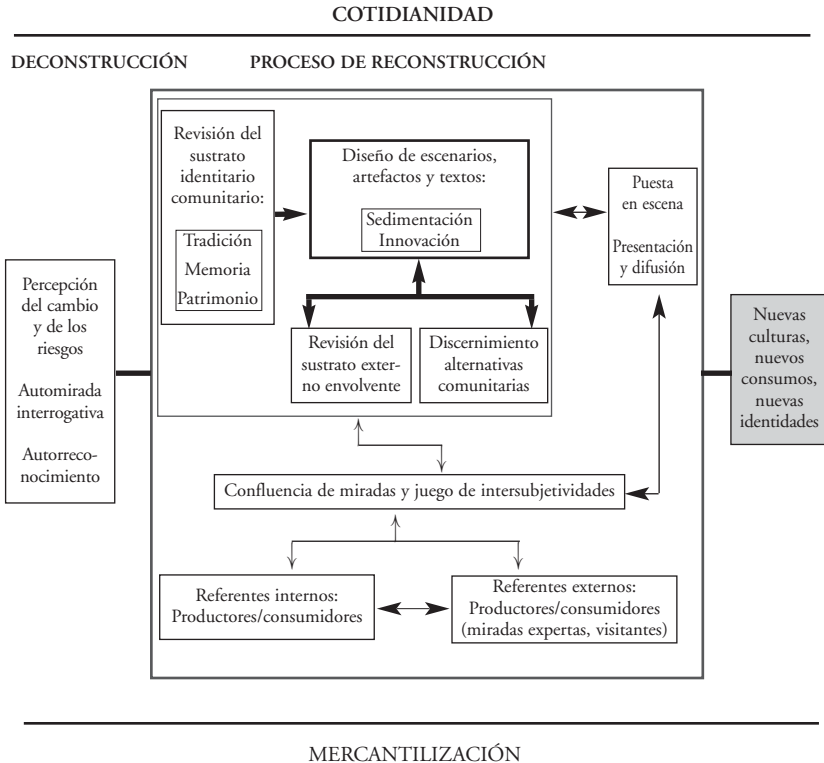
2 Cualquier grupo aspira a satisfacer sus necesidades con los recursos disponibles en un espacio natural dado. El concepto abarca los elementos considerados en un momento dado como imprescindibles para alcanzar una vida humana en equilibrio con aspectos psicosociales y medioambientales. Es un concepto valorativo en el sentido de que nunca se obtiene en su máximo grado, subjetivo y relativo.

ción acerca y así retoma, como reclamo, contenido de la cultura popular (tradicción, memoria y patrimonio son los constitutivos más evidentes).

Asimismo, dicha construcción no está exenta de componentes innovadores, los que la cultura mercantil y común (en cuanto que representando una estética terrena y generalizada) suponen. Sus referentes son igualmente híbridos; mientras que, por un lado, los residentes son instados a protagonizar el proceso, son las miradas expertas y los visitantes los que adquieren un papel relevante.

FIGURA 4

EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DE CULTURAS E IDENTIDADES RURALES



Estamos ante un juego de *intersubjetividades* y *socialidades* tejidas por los habitantes que nunca han dejado de vivir en el pueblo, los hijos del pueblo (tanto los que siguen retornando como los que han roto sus vínculos), los habitantes de urbes sin raíces en los pueblos que se compran su segunda vivienda en ellos, los hijos del pueblo (emigrantes rurales) que pasan nuevamente a ser habitantes, los nuevos pobladores, igualmente sin vínculos afectivos con el territorio, que pasan a ser habitantes («urbanitas desencantados», «neorrurales» o «inmigrantes»); y las miradas externas, expertas o ajenas.

Hay una mezcla interesante de percepciones dispares, de significaciones e incomprensiones mutuas que se desvelan al profundizar en los relatos de cada uno y que pugnan por encontrar su hueco en la construcción (producción/consumo) de los escenarios rurales.

¿Qué es lo que hace que la degradación simbólica en la que habían incurrido los pueblos se haya suavizado y que, además, resurja de sus propias cenizas aún candentes un nuevo escenario rural deseado y hasta sobrevalorado?

Una parte importante de las referencias al mundo rural pasan por el tratamiento del problema de la despoblación, que, llamativamente, atrae desde un punto de vista político debido a la alerta de la degradación del medio ambiente y a la nueva función social que desde hace unos pocos años empieza a tener este contexto: el elemento indispensable oxigenador del mundo urbano (impulsor del proceso generador de ofertas del sector turístico, como el turismo verde, el turismo rural, el turismo deportivo, etcétera). Es esa necesidad urbana la que está estimulando todo el proceso constructivo de segunda vivienda que en algunos casos dinamiza la economía local, aunque en otros frena otro tipo de procesos. La proliferación de pueblos fantasma y los conflictos entre veraneantes y población autóctona no son nada nuevo, pero quizás empiezan a manifestarse de modo más claro, como veremos. Ese crecimiento de segundas residencias no garantiza el aumento de la población, pero lleva consigo dinámicas como la revalorización de los terrenos urbanizables o viviendas en venta que obstaculizan que población joven o nuevos pobladores accedan a ellas; únicamente están disponibles para clases acomodadas urbanas que pueden optar a lo que en muchos casos es ahora su «sueño». Lo cierto es que estos procesos determinan nuevas demandas de servicios y equipamientos que, a veces, los pequeños municipios son incapaces de incorporar.

Esos nuevos pobladores que forman parte del éxodo urbano, etiquetados como *neorrurales*³ o *rururbanos*,⁴ llegan buscando las localidades con «encanto», tranquilas y rodeadas de naturaleza virgen, aunque pueden echar de menos la oferta variada de los servicios urbanos, lo que en muchos casos ejerce una influencia decisiva para que estos municipios adquieran de pronto una inusitada demanda cultural con grupos dinamizadores vitales y entusiastas. Ellos se convierten en generadores de actividad y consumidores nuevos con demandas de otros modelos culturales. De este modo, nos encontramos consumidores urbanos en contextos rurales.

Las diferencias que, grosso modo, se puedan establecer entre estos escenarios territoriales se ven matizadas por las particularidades que cada pueblo presenta, idiosincrasia que viene conformada por aspectos tan diferentes entre sí como el tamaño (localidades similares tienen, en principio, estructuras administrativas, presupuestarias y de dotaciones similares), las tendencias demográficas, las actividades principales (alternativas de desarrollo), la oferta de servicios y equipamientos, la distancia (espacial o psicológica) de otros núcleos urbanos o centros comarcales, el impacto de las ciudades próximas, el grado de cohesión e identidad local, la naturaleza del tejido asociativo o la existencia de personas capaces de liderar procesos dinamizadores.

Es precisamente la marginalidad de décadas anteriores la que ha estructurado unos contextos atractivos y con «encanto» para visitar. Siguen siendo «duros» para habitar. La solidaridad territorial reclamada

3 Es la etiqueta que desde las ciencias sociales se ha otorgado a aquellas personas procedentes del medio urbano que deciden instalarse en el medio rural y desarrollar en él su vida y su actividad profesional; comparten una serie de valores vinculados con la ecoagricultura, la autogestión y la recuperación cultural.

4 El campo subsiste y los paisajes guardan a menudo el encanto de lo rural, pero las formas de vida son predominantemente urbanas: nos encontramos, pues, en la ciudad dispersa, dentro del medio «rururbano», que cada vez se interpone más a menudo entre los centros urbanos y las zonas acusadamente rurales. En este contexto, los «parajes» fuertemente asociados a la dinámica rural agropecuaria, comienzan a adquirir un significado distinto: algunos ven potenciado su atractivo para los nuevos residentes: son los más cercanos al área metropolitana o a vías de comunicación automotriz; otros se ven inmersos en un proceso de deterioro y olvido, pero ninguno de ellos escapa a la dinámica rururbana por medio de la cual van adoptando nuevas características y significados que permiten combinar los elementos más tradicionales de las urbes con el atractivo de los pueblos (Maffesoli, 1990).

desde diferentes instancias parece no tener plasmación, y las políticas de ordenación territorial son contradictorias, ineficaces e insatisfactorias para muchas localidades con problemas de desarrollo y sostenibilidad acuciantes. Es precisamente el interés de las clases acomodadas urbanas que están accediendo a determinadas zonas del contexto aragonés lo que ha desviado la atención de las clases políticas y la dirección de algunas inversiones y lo que ha despertado la alarma y reclamado la urgencia de las actuaciones. Hoy se predica la necesidad de recuperar el protagonismo por parte de los agentes sociales, de las propias comunidades, tras reflexionar sobre su proyecto de futuro y sus necesidades de desarrollo, cuando se lleva veinte años llamando a puertas cerradas y perdiendo población a un ritmo vertiginoso e imparable, irreversible a todas luces en determinadas localidades. Hoy los expertos les sugieren que «tienen que decidir por sí mismas las formas que reflejan sus sistemas de valores, cuáles son sus necesidades de desarrollo y qué ayuda externa desean para conseguirlas». Es relativamente fácil aconsejar abandonar el discurso agónico cuando la posición es externa y ajena.

Así, las estrategias que empiezan a desarrollarse en el campo cultural y en torno a las prácticas relacionadas con el turismo y el patrimonio no hacen sino reflejar una pugna territorial por la supervivencia en medio de un «sálvese quien pueda», mientras se reconoce la falta de coordinación en la administración pública, la limitada capacitación e imposibilidad empática de políticos y técnicos, y el desequilibrio producido por el peso de la presión de los colectivos más influyentes.

5.1. Huidas hacia ruralidades simuladas.

Los urbanitas desencantados

Los recién llegados para habitar el pueblo representan en su mayoría la expansión, concreción y materialización de la construcción social de la oferta de un «modo de vida», el único capaz de asegurar la contigüidad con la naturaleza, la intensidad de la socialidad y el valor posmaterialista de la calidad de vida.

Lo que para unos, como veremos, es consumo de la cultura rural, se convierte en una opción de vida para otros. La mercancía cultural de la

naturaleza y la comunidad solo puede adquirirse en escenarios rurales. Es asimismo una elección de futuro vital cuyo desarrollo está más o menos imbuido y traspasado por las construcciones mediáticas que conforman los mensajes que los nuevos pobladores han recibido. Veremos si la imagen construida por los medios, por la publicidad, por los folletos turísticos encarna la realidad y si la vivencia de la cotidianidad soporta la confrontación.

La casualidad, las relaciones personales o el conocimiento de ofertas de trabajo o vivienda han impulsado la ruptura de sus vidas y los han empujado a configurar una nueva vida en anónimos espacios moribundos; a veces, cuanto más anónimos, mejor.

María tiene treinta y siete años, proviene de una familia de clase media y se dedica a la hostelería; llegó a una localidad turolense «fronteriza» de 50 habitantes, casi de casualidad, y como producto del conocimiento de una oferta de un puesto de trabajo. Ni ella ni su familia tenían vínculos con el pueblo:

Pues vinimos porque nos encantaba. El medio rural nos encanta. No conocíamos esto, pero buscábamos un pueblo chiquitín y con poca gente. Coincidió que vimos el anuncio, bueno a través del Ayuntamiento del pueblo donde teníamos un restaurante, una terraza de verano; y no queríamos tanto agobio sobre todo para los neños. A mí no me gustan ni las ciudades ni los pueblos grandes, no me gustan. Buscábamos algo así. Tenemos dos neños, uno de cuatro y otra de tres. Y aquí se está de maravilla.

Lleva ya dos años y tiene intención de quedarse; a menudo, a los nuevos habitantes, la gente de la zona les recuerdan la crudeza del invierno diciendo: «Si aguantas el primer invierno, puede que te quedes para mucho tiempo». Aparentemente, su visión idílica inicial se mantiene indemne y acaban de cimentar su proyecto vital al empezar la construcción de su casa en la localidad.

En cada biografía que cualquiera puede ir encontrándose por estos lares aparecen elementos recurrentes: la huida y la búsqueda de alternativas a determinados problemas percibidos y amenazas del medio urbano.

A mí me encanta salir y respirar [ríe], y la tranquilidad que tengo con mis hijos, y saber que nos les va a pasar nada. Es que son muchas cosas. Yo he vivido muchos años en Valencia, y no..., no... Y he estado en Mallorca y he estado en Alicante, y no, y no. No me planteo vivir en una capital grande para nada.

Las construcciones sociales giran en torno a palabras que se repiten en las manifestaciones de los informantes sin cesar; el encanto parece encerrar una porción esencial en esa construcción. Aunque no pesa tanto para los nuevos pobladores como para los turistas, su construcción es idéntica, puesto que son herederos de un contexto cultural similar. El otro componente básico se vincula a la noción de seguridad y la reducción de los peligros asociadas con el entorno rural.

No obstante, el riesgo permanece en dos direcciones. La primera de ellas emerge inicialmente ante la posibilidad de traslado al pueblo. La decisión que implica apostar por un nuevo lugar para habitar genera la duda de la adaptación, la incertidumbre del porvenir y el cuestionarse la adecuación de las intenciones. Nadando contracorriente, al fin y al cabo.

Nuestro proyecto de vida no era venirnos a vivir a un pueblo ni nada. Teníamos la vida más o menos hecha, cómoda, y, bueno..., el sitio nos enamoró mucho, un sitio con río, el entorno también, y, bueno, nos arriesgamos a meternos en esta aventura; y muy bien, estamos muy contentos y muy satisfechos de estar aquí haciendo cosas. Es duro, es duro intentar crear de la nada. Se estaba intentando que viniera la gente a establecerse aquí, pero realmente no había nada en qué apoyarse; porque cuando hay más cosas es como más fácil. Pero, aun así, nos arriesgamos.

Cristina y Jacinto, asentados en otra localidad de la misma comarca, construyen el riesgo de otra manera; su imaginario tiene relación con los retos empresariales en tanto en cuanto han impulsado una oferta de alojamiento y espacio para la celebración de actividades culturales cuya potencial clientela proviene ahora de grandes ciudades. Desde su percepción, el valle era la nada, el vacío cultural.

Realmente, las narraciones generadas en las conversaciones con este tipo de «nuevo poblador» muestran un rasgo común, la apariencia de que se trata de un fenómeno generalizado. La mayoría habla de actitudes extendidas, no se sabe si como respuesta a la justificación de su opción vital o como legitimación de la propia postura ante la extrañeza del interlocutor; según ellos, no se trata solo de un sueño de la clase media, de la materialización de un gusto popular y vulgar. Es una aspiración que rompe fronteras «enclasantes». Al fin y al cabo, se intenta romper con el etiquetamiento en busca de la autoafirmación, la legitimación, la comprensión quizás.

Le pasa a mucha gente. Lo que pasa es que la gente no se atreve a venir-se a vivir aquí. Aquí viene gente que son médicos, ginecólogos, gente con un nivel cultural alto, y ellos están deseando poder dar el paso de poderse venir a vivir aquí, lo que pasa es muy difícil. (María)

Aquí hay gente cualificada, hay gente bióloga y hay gente con carrera universitaria que está en el campo, hay profesores, hay gente que tiene capacidad... (Cristina)

Es *arriesgao*, pero... Mira, hay mucha gente que la oyes y dice: «ojala pudiera yo vivir aquí todo el año, y qué rabia cuando me bajo a Valencia; me entra depresión» [ríe]. Y por eso yo soy muy feliz. (María)

Es claro el proceso de construcción cuasifantástica que se produce en algunos interlocutores ante la necesidad de explicar a propios y extraños su decisión vital. Suena a discurso recurrente en donde se han encajado las piezas y se añaden ciertos componentes de exageración ingenua que pretenden legitimar la postura adoptada.

Y mis hijos están muy bien. Están escolarizados cerca, en un instituto que han hecho nuevo, precioso...; o sea, que el tema escolar lo tienen muy bien. Son muy pocos niños por clase; o sea, que la calidad de enseñanza aquí es mejor que en centros de Valencia, que hay cincuenta o sesenta niños por clase, aquí es mucho más personal. Y el nivel educativo yo lo veo que está muy bien. Así que problemas, ninguno. (María)

Adquiere el relato ciertos tintes teatrales, incorporados para imponer credibilidad a la narración (a no ser que, efectivamente, en las aulas de la Comunidad Valenciana exista una ratio tan elevada en las escuelas (¡cincuenta o sesenta niños por clase es realmente una situación insostenible!).

Hay gente que no lo entiende. Yo lo que no entiendo es la gente que está viviendo allí abajo. Y los problemas que ellos tienen por vivir allí abajo. Yo aquí no tengo ningún problema. Necesidades, tienes; alguna necesidad. Pero se compensa con la calidad de vida que tienes. Yo no me plantearía volver allí abajo. (María)

Descender a los infiernos urbanos o permanecer en la celestial paz rural.

Veo esa nube de humo nada más llegar a Valencia y me muero. Estoy deseando subirme aquí. (María)

Mira: yo, de Madrid. Aquí hay mucha gente de Valencia y alguna de Vitoria; de Madrid, otras dos o tres chicas; de Zaragoza, uno; y de Valencia, unos cuantos. ¿Que qué nos atrajo de esto? ¿Tú has estado en Madrid? [ríe]. Aquello es un infierno. (Almudena)

Encadenado al argumento anterior suele aparecer la referencia a la falta de comprensión generalizada ante su determinación de «habitar el pueblo».

Yo no tengo la sensación de aislamiento aquí para nada. Pese a vivir así, en un pueblo, como apartados, no tengo esa sensación. Porque mucha gente que viene nos dice: «Ah, claro, qué determinación de veniros a vivir a un pueblo, después de haber vivido en una ciudad». (Jacinto)

Parece necesaria la autojustificación de una tendencia percibida como inversa. Pero si es así, ¿ante quién? Posiblemente, más duro que el autoconvencimiento o el convencimiento por los cercanos es la incorporación a una nueva comunidad que, en muchos casos y ante la evidencia, ha aceptado el destino de la desaparición, ha justificado su situación negativizando su esencia y ha negado su futuro. Lo cierto es que, en muchos lugares en donde este proceso de recepción de éxodo urbano se viene produciendo hace varias décadas (gran parte de la *ruralía* oscense, por ejemplo), el *nativo*, a fuerza de verse reflejado en la construcción urbana que se le ha trasladado, no únicamente ha asumido su papel, sino que además participa en dicha escenografía, fruto del imaginario urbano, de la mirada externa.

La segunda narrativa vinculada al riesgo aparece construida y vinculada al habitar la ciudad, y es la que precisamente provoca el ansia por liberarse del temor a ciertos peligros que adquieren rango superior para determinadas personas.

Yo soy muy feliz. Yo... Pensar que mis hijos salen a la calle sin ningún peligro, sin ningún problema, la libertad que tienen... Esto es otra vida, es otra vida. (Carmen)

La gente esta muy harta de las capitales grandes, y cada vez más la gente tira a irse a zonas más tranquilas, con menos gente, con menos peligro para los niños, con más calidad de vida para los mayores. (María)

Y luego, la gente que viene suele venir con nanos, porque quieren que los nanos se críen en otro ambiente, en un ambiente sano y seguro; pues eso: como se crían en los pueblos. Como muchos nos hemos criado en los pueblos: un poco salvajes, pero seguros. (Cristina)

También Rosa se trasladó desde Barcelona a un pueblo de la comarca de Matarranya con su familia. Salió huyendo de una serie de problemas, como la imposibilidad de adquirir vivienda, la amenaza de las drogas o la delincuencia, problemas que acabaron empujándoles de su entorno a otro nuevo, al que no los unía ni sangre ni tierra.

Se trata de iniciar nuevas vidas ante el crecimiento de la insatisfacción por la vida urbana en sus diferentes facetas. En ocasiones, lo complicado es encontrar el momento indicado para provocar el cambio vital y la ruptura; y esta suele ser propinada a menudo por situaciones complejas que coadyuvan a construir la nueva vida rural como una situación idílica.

Sin quererlo, te topas con algunas biografías que recogen notable dramatismo. Había dado con la informante casi de forma casual en un pueblo aragonés del interior. Su procedencia urbana, su ilusión derramada en su cotidianidad rural y sus inquietudes nos animaron a sentarnos junto a ella en la primera mañana de julio entre idas y venidas del salón central del bar, del que acababa de irse el repartidor, a la cocina. Ante la sorpresa del entrevistador, que inicialmente solo solicita el relato de la llegada («¿Cómo llegáis aquí?»), la informante despliega un mundo de iniquidades, dolor y lucha; situaciones límite inesperadas que, sin embargo, guardan cierta relación con muchos otros relatos recogidos.

Pues mira, *saturaos* de, de, de..., del estrés y de muchas cosas. Problemas personales. Porque mi marido me ha pegado mucho y me tiene amenazada de muerte. Como que nos venimos aquí sin que se entere. (Esperanza)

La entrevistadora, desarmada ante la respuesta inesperada, trata de mostrar una normalidad fingida y silencia la nueva pregunta dejando que el discurso fluya con la misma espontaneidad que ha emergido el primero, y se desparra el deseo de contar lo que se presiente pasado, concluyendo su relato de la siguiente manera:

Contentos estamos, la verdad. No conocíamos el pueblo... Si la primera vez que salgo de allí es ahora ¡en cuarenta y dos años! [ríe]. Y muy bien. Muy tranquila, por lo menos ahora duermo como los ángeles; y como, que no comía. Era una pasada, una pasada, de verdad... Si no me vengo no sé cómo hubiéramos *acabao* todos, de verdad. Mi hija la mayor empezaba a hacer lo mismo que su padre conmigo. Que ya hace dieciocho años, y muy mal, muy mal. Y por eso ha sido de venirnos para aquí, porque vi el cielo abierto. (Esperanza)

Nuevamente, las imágenes celestiales. Y en todos los casos la apertura a una nueva VIDA, una oportunidad para empezar de cero, como sostenía Esperanza.

El tercer elemento que parece ser recurrente en los discursos es el ya mencionado de la calidad de vida, que implica, entre otras cosas, nuevos ritmos.

Mi pareja tenía miedo por mí, por si no me adaptaba. Pero la verdad es que me he adaptado perfectamente. Es otro mundo, ¿eh?... Aquí es que llevan otro ritmo de vida. La primera semana como que me costó adaptarme, en el sentido de que no tienes que correr. Vienes de allí que todo es corriendo y ya, y ya. La gente que tengo aquí, igual, me decían: «Eh, pero no hace falta que corras tanto». (Esperanza)

Habitar el pueblo supone un recambio en la conceptualización del calendario que parece estructurarse en un largo invierno y un corto verano. Con una nueva manera de ordenar el tiempo más desvinculada de las estaciones agrícolas y con la aparición de nuevas funcionalidades asignadas a los entornos rurales (lugar de descanso, vacaciones, fines de semana...), orientadas hacia los servicios y la construcción. El año de muchos pueblos acaba estructurándose en dos etapas claras que representan las dos caras opuestas de este habitar el pueblo: el frío y vacío invierno y el caluroso y bullicioso verano.

Supone también actitudes que remiten a la encarnación de la solidaridad primaria de los vínculos afectivos de las pequeñas comunidades y que refuerzan la noción de «encanto» manifestada por los ajenos a ellos.

Encontramos historias que radicalizan las posturas y remarcan la honradez de la gente de la que se rodean en la actualidad.

Vine a este pueblo y me enamoré del sitio. El más santo en el sitio de donde vengo era un cabrón. (José)

¿Sabes en qué he notado más el cambio? En la educación. En la educación, para que veas. No es que pensara que la gente de pueblo es... Estoy acostumbrada a un ambiente en el que si te puedo pisar tres veces no te piso una. A ver, hay de todo, como en todos sitios; aquí supongo que también, pero de la manera en que te hablan..., no sé si porque allí vamos todos locos perdidos siempre y aquí van de otra manera. (Esperanza)

Como si el espacio lograra transformar personalidades, la nueva vida implica la creencia en la bondad de la gente. Posiblemente el tiempo transforma percepciones y trae consigo incomprensiones.

Todos dejan atrás unos problemas y asumen otros relacionados con las carencias de un entorno en materia de servicios y alternativas básicamente.

Yo aquí no tengo ningún problema; necesidades tienes alguna necesidad, pero se compensa con la calidad de vida que tienes. (María)

Se problematiza la situación anterior y se redefine la nueva: no se trata de problemas, sino de necesidades cuya satisfacción exige de estrategias adaptativas que no se viven de manera negativa, lo cual no deja también de llamar la atención de los propios del lugar. Carmen recuerda alegremente el día en que llegó al pueblo en respuesta a una demanda de trabajo; fue el inicio de la ruptura con una vida no deseada.

Te digo la verdad: vinimos un sábado a verlo, sin saber si nos quedábamos o no, y nos hicieron una entrevista, y te prometo que aquel día ya me hubiera quedado.

Aunque ahora su hija es la única niña del pueblo en este momento, nada es obstáculo en su nueva vida. No hay escuela, y acudirá al pueblo vecino.

Ya tiene el colegio aquí abajo [en el pueblo de al lado], muy bien; y luego son pocos niños, que yo, por lo que hablé con el maestro, me parecieron gente muy maja. Pero bueno, me imagino que este verano que estará aquí con muchos niños... Aquí en invierno no hay niños; la única, ella. Pero, es que si te paras a pensar, en Barcelona salía del colegio y la llevaba a mi casa, y no estaba ni en la calle ni en un parque ni nada. No es ningún inconveniente para nosotros, ni para ella.

Por su parte, Almudena hablaba de ciertas necesidades culturales y deportivas que estaba dispuesta a superar a un coste posiblemente no asumible por muchos habitantes del medio rural, para los que los desplazamientos necesarios para desarrollar una actividad cultural o deportiva suponen obstáculos justificativos.

Nos vinimos, y a mí no me importa ir a donde haga falta para que mi hijo siga en el atletismo.

Durante la entrevista, María se mostraba animada y transmitía su bienestar a través de sus palabras. Estaba encantada de un paraíso en donde apenas viven 30 personas. Y al incorporar en la interrogación la referencia a la cultura, sin más especificaciones, su respuesta es larga e interesante.

¿Culturalmente? Si es que aquí no hay ninguna cultura [ríe]. Bueno, culturalmente, lo que echas en falta es la gente sobre todo. Comunicarte... Han hecho una asociación cultural; pero bueno, tampoco hacen ninguna cosa que... te motive para nada... Culturalmente se echan en falta cosas, claro que sí. Pero, fundamentalmente, la comunicación con otras personas; es lo que más echas de menos, porque es gente muy mayor, son pastores, gente con muy poca cultura, ¿sabes? Pero bueno... Mira, ir al teatro o al cine: coges un día y te vas. Echas de menos la comunicación con la gente, poder hablar con alguien de algo que no sean las ovejas o... Eso es lo que echas de menos [ríe]; por lo demás...

Su noción de cultura parece vincularse a la posibilidad de encontrar afinidades, socialidad y comunicación; el consumo de cine o teatro, o de determinadas prácticas puntuales, no resulta ser un inconveniente.

Como vemos, las amenazas, el riesgo, el peligro y los problemas del medio urbano se desvanecen, emergiendo en su lugar necesidades que, paradójicamente, no contradicen el mensaje: calidad de vida. Una expresión que hoy está exigiendo estrategias políticas y territoriales más amplias al incorporarse necesidades urbanas radicalmente diferentes a las que se solían apreciar en los contextos rurales.

Tranquilidad, libertad, felicidad y necesidades.

María eligió esta «otra vida», que los consumidores de fin de semana de clase media acomodada envidian cuando recogen sus cosas, aparcan su cuatro por cuatro hartos de recorrer la sierra y regresan a su cotidianidad urbana. Ella cree por su experiencia que todos están cansados de su vida.

De esta forma, mientras que unos se adaptan al «vacío» cultural y satisfacen sus inquietudes puntuales acercándose a la gran urbe o a los pueblos vecinos (generalmente, la cabecera comarcal), otros, desde la iniciativa privada, diseñan su modelo de consumo cultural fuera de las rutas comerciales de la industria cultural, o en sus fronteras.

Jacinto y Cristina están rehabilitando el molino, alojan y facilitan espacios para el desarrollo de actividades culturales y deportivas de grupos que se desplazan de grandes ciudades. Precisamente ese vacío cultural, la nada de la que hablaban, era uno de los principales obstáculos que sabían que tendrían que superar tras su asentamiento en el valle.

Echábamos en falta más gente interesada y más relación social. Porque tú llegas al pueblo y está la gente del pueblo y tú, y es más difícil empezar... En cambio, relacionándote con otra gente pues... Es que aquí es bastante cerrada en general la gente, vamos.

La realidad acaba rompiendo con las imágenes bucólicas de entornos paradisíacos que permiten escapar de laberintos urbanos. La propia condición humana conduce nuevamente a la gente a laberintos, esta vez en otros espacios. Algunos de los nuevos pobladores más veteranos reconocen el proceso de desgaste que la falta de estimulación sociocultural provoca en un entorno rural.

De todas maneras, es muy complicado lo de los pueblos, es muy complicado, es muy *desgastante*; sobretodo porque te encuentras con muchas barreras que parece que las tienes muy claras, pero siempre salen. Actitudes. Que piensas que vienes porque..., no es que vengas a hacer que el pueblo sea nada, simplemente vienes a vivir y a convivir, y siempre te enfrentas a lo que es el pueblo. Es duro, eso es duro y desgasta [...]. Me refiero a la gente. A las condiciones te puedes enfrentar muy bien: si hace frío, te abrigas. Pero a las actitudes no te puedes enfrentar muchas veces, porque se te desmontan, y eso desgasta. Pero bueno..., estamos muy bien, ¿eh?.

Realmente no es la gente en sí contra la que se estrellan, es la incorporación a la comunidad lo que les supone un desafío; esa interrogación continua acerca de su procedencia, la mirada interrogativa que parece inquirirles: ¿cuánto aguantaréis?

Y recuperan el tono de su relato buscando seguir manteniendo la coherencia necesaria: siguen ahí.

5.2. Neorrurales o cómo conjugar culturas nativas alternativas

Hoy, en diversos lugares de toda la geografía española, podemos encontrarnos pequeñas localidades con importante población recién llegada de los contextos urbanos. Recuerdo ahora uno que no supera los 150 habitantes, de los cuales, aproximadamente, una cincuentena se ha instalado en el valle a lo largo de la última década, considerando que éste era el escenario perfecto para el inicio de una nueva vida. Se trata de colectivos con valores compartidos, que enseguida fueron etiquetados como «jipis» por los de la zona («neorrurales» los llamaría la ciencia social). Acercarse a esta localidad es, sin duda alguna, descubrir un modo diferente de habitar el pueblo; es descubrir varias *alteridades*⁵ compartiendo espacio. Quizás la magnitud que aquí adquiere el ritmo de asentamiento de nuevos habitantes permite que salgan a flote de manera más

5 Hace referencia a la explicitación del contacto cultural con el «otro», a la conciencia acerca de lo diferente y a su construcción simbólica. La lengua, costumbres cotidianas, fiestas o ceremonias religiosas, por ejemplo, proporcionan la experiencia de lo ajeno, de lo extraño propiamente dicho. Representa la explicación de lo diverso. La relación de alteridad abordada aquí viene determinada por la mirada entre territorios: esencialmente lo urbano y no urbano.

clara posicionamientos incomprensibles, incomprensiones alimentadas y entendimientos forzados.

Nada más entrar al pueblo, una mañana de finales de agosto, me encontré con el alcalde, socialista y recién estrenado. El lento recorrido hasta el Ayuntamiento se llena de comentarios, pretendidamente justificadores, que hacen hincapié en el problema del aparcamiento, la afluencia masiva de veraneantes y los esfuerzos casi inhumanos de un ayuntamiento pequeño para atenderlos. Las barreras en las plazas y las calles engalanadas con cintas de colores (poco al uso y sustituyendo a las banderitas de rigor de la mayoría de pueblos aragoneses), delatan días ya pasados de diversión y fiesta.

A la entrada de la Casa Consistorial, anticipando y resumiendo lo poco que presente puede aportar a mi interés por la cultura, dice: «Aquí, lo único que la gente quiere son fiestas»; y tras inquirirle sobre un cartel de la Semana Cultural, apostilla: «Ah, pero eso lo hacen otros que viven por aquí».

Ya en el Ayuntamiento, con veraneantes interesados en consultar el catastro y vecinos recogiendo ropa para la realización de un mercadillo, ocupamos el único despacho, donde trabaja la joven auxiliar, y sugiero la posibilidad de ir a otro lugar o volver en otra ocasión, pero insiste, a la vez que se excusa para despachar varios asuntos con rapidez. En ese rato puedo ojear los carteles que cuelgan de las paredes: fotografías estuendas del valle que muestran los cuantiosos barrios y aldeas esparcidos por un término municipal que el río ha modelado tras años de lento discurrir; alguna pintura con imágenes que reproducen estampas y lugares de la localidad, un manifiesto ecologista de un «salvaje» indio americano del siglo XIX, un escrito atribuido al Dalai Lama, carteles sobre la actividad de la asociación para la protección del río, y una llamada a salvar la montaña del avance de la edificación arrasadora. En la mesa, panfletos de un plan de formación, del reciclado de basura, folletos promocionales del pueblo, información de un curso de estiramientos de cadenas musculares, una llamada para colaborar en el festival de cuentacuentos y dos números atrasados del boletín municipal. Todo hace pensar que este es un pueblo con peculiaridades; desde el primer momento, algo atrae de este entorno.

Una vez dentro, el alcalde muestra su interés porque la auxiliar esté presente. Él llegó al ayuntamiento tras la dimisión en mayo de la anterior alcaldesa, y tras varias carambolas, ha ocupado un puesto con el respaldo del PSOE. Sonidos continuos se cuelan por los balcones que dan a la plaza en una mañana soleada y veraniega en la que el camión del butano hace su reparto semanal... El intercambio continuado de saludos, gritos y risas hace que nos percatemos del trasiego de un pueblo que a media mañana bulle de gente por la calle. Y la entrevista pactada con el alcalde termina siendo, con el beneplácito de este, la entrevista con la ex alcaldesa, una «neorrural» que se instaló en el valle hace cinco años; ha pasado por el Ayuntamiento para hacer unas gestiones e, incorporándose a la conversación, parece sacar de un atolladero a nuestro parco y entrañable interlocutor, y a la par a la entrevistadora.

Cuando el valle empezó a ser descubierto por «los jipis», otras zonas de España, como el Pirineo oscense, llevaban ya algunos años presenciando la llegada de los que se denominaron «okupas» y «neorurales».⁶

El goteo de población urbana a los pueblos de Aragón, es también un efecto de esta modernidad; y aunque no puede considerarse un proceso generalizado, lo cierto es que cada día empiezan a ser más numerosos los casos con los que podemos encontrarnos. Realmente, su esencia urbana les sigue acompañando en su nueva vida, de modo que estamos ante habitantes rururbanos, como se han dado en llamar. Su cultura urbana, común, cotidiana, se funde con las autóctonas. Pasotas automarginados, neocampesinos, neoartesanos, nuevos pobladores integrados o residentes con trabajo en urbes cercanas *recapitalizan* los pueblos conjugando culturas híbridas urbanas y rurales, alta cultura y *cultura popular*,⁷ cultura común y cotidiana, cultura del estar y del representar, del hacer y del contemplar.

6 Los pueblos abandonados del Sobrarbe y Serrablo conocían estos nuevos colonos rurales que, desde mediados de la década de los noventa, se establecieron (en muchos casos, desarrollando labores de rehabilitación) en la provincia de Huesca (se encuentran referencias a Aineto, Ibort, Artosilla, Bergua, Aguilar, San Urbez, Nocito, Caneto, Banastón, Samper de Trillo, Sasé, Sieste, Yesero, Mipanas o Caneto, Cajol o Burgase, entre otros). En el sur aragonés no se dan muchos ejemplos de este tipo. No se han producido asentamientos en pueblos abandonados, y la gente que ha llegado lo ha hecho para convivir con los pocos vecinos que todavía quedan.

7 Hoy es un concepto al que a menudo se recurre como gancho seductor transmisor de mensajes constitutivos de mercancías culturales impregnadas de lo rural. Pero ha estado

El pueblo que atrae nuestra atención empezó a acoger a estos nuevos pobladores hace unos quince años. Su pretendido estilo de vida, su manera de entender la relación con la naturaleza, con el consumo, con la tradicionalidad y con la cultura han ido conformando dualidades identitarias y culturales en un escenario único.

Entrevistado: Pues aquí, cultural... Lo único que tenemos en este pueblo que se denomina cultura son los toros, como en la mayoría. Porque otras cosas, en este pueblo, no hay...

Entrevistadora: Pero hacéis bastantes cosas: cuentacuentos, por ejemplo.

Entrevistado: Ah, bueno sí, y ahora van a hacer una semana cultural aquí [silencio].

Entrevistadora: ¿Qué hacéis desde el Ayuntamiento?

Entrevistado: Los toros, como en todos los pueblos

Entrevistadora: O sea, que las fiestas...

Entrevistado: Las fiestas siguen siendo lo más importante de lo que se hace en los pueblos; en esta zona sí, y en este pueblo también. Aquí, lo único... el fin de semana cultural ese que hacen, que empezó hace un año o dos [es la séptima edición].

Entrevistador: Eso, ¿quién lo movió?

Entrevistado: Eso lo han movido unos jóvenes que han venido de fuera, digamos.

No es que sus palabras muestren el conflicto entre colectivos, simplemente se pone de manifiesto el alejamiento y el desconocimiento; es llamativo que el alcalde, aunque recién estrenado, formule una estimación tan dispar como la que hace al referirse al desarrollo de una actividad como es la Semana Cultural. Obviamente, si se han celebrado siete ediciones, para él, como para muchos otros del pueblo, no han existido, lo cual es una manera de distanciar, alejar o negar a los demás. Incluso al mencionar a dicho colectivo opta por la alternativa lingüística más correcta, sin evitar

cargado de negatividad en tanto en cuanto hacía referencia al conjunto de manifestaciones en que se expresa la vida tradicional de un pueblo, resultante de la actividad creativa de los estratos más amplios de la sociedad, constituyendo una expresión material de su idiosincrasia; habitualmente se ha opuesto a la «alta cultura», y remite a lo subalterno y dominado por las clases hegemónicas (Gramsci). Hay bastante acuerdo entre los autores al preferir referirse a otros conceptos considerados más apropiados: cultura cotidiana, cultura común, cultura masiva. Hablar de «cultura popular» no tiene sentido en contextos en los que los protagonistas, a la par productores y consumidores de dicha estética, están desapareciendo. Algunos autores (Cuisenier, 1999) hablan del proceso por el que la cultura popular regional y local se ha ido metamorfoseando para convertirse en la cultura cotidiana transnacional.

por ello plasmar la evidencia de la alteridad manifiesta («unos jóvenes que han venido de fuera, digamos»). La distancia entre «la cultura nativa y la alternativa» ha emergido nada más apuntar el tema cultural.

Mientras, la auxiliar, presente en la entrevista, trata de relativizar el alejamiento reivindicando un lugar en la comunidad para estas familias, algunas de las cuales viven en la localidad desde hace diez años. Ella al fin y al cabo, vino desde Gerona; lo que pasa es que para la comunidad ella es una más, no genera sospechas, es simpática, trabaja en el Ayuntamiento y es transparente; «es de los nuestros», parecen decir. Sin embargo, también es «de fuera» y se posiciona a medio camino entre unos (la población autóctona) y otros (los neorrurales).

Es gente joven que son de fuera pero que ahora viven aquí todo el año... De Valencia, de Barcelona, de Madrid, de fuera. Pero que ahora ya llevan unos cuantos años viviendo aquí. Pero que son realmente los que mueven todo esto. Son una organización, que van montando asociaciones... Hombre, a ver, es gente que tiene ganas de hacer cosas [...]. Les gusta la tranquilidad y las zonas verdes, como a todos nosotros. Yo supongo que están aquí por la zona que tenemos.

Al igual que para otro tipo de nuevo residente en los pueblos, el *encantamiento* forma parte de las motivaciones manifestadas por estos colectivos atraídos por la ecoagricultura.

Nosotros somos de fuera. Llevamos viviendo tres o cuatro años, viviendo fijo; y desde que empezamos a venir, pues más años. Conocimos de casualidad el pueblo y nos encantó y nos enamoró. Y aquí estamos.

Comparten el cansancio respecto de la ciudad y el romanticismo de la mirada puesta en el escenario: pueblo y naturaleza.

5.2.1. Neorrurales: «cómo somos y cómo nos ven»

Su llegada ha levantado desconfianzas y sembrado recelos; la primera necesidad que emerge entre la población autóctona es la de catalogarlos. Al igual que con respecto a cualquier nuevo asentado, la duda se cierne sobre estos grupos, pero su indumentaria, sus pretensiones y sus utopías dejan todavía más perpleja a la población. Fueron rápidamente bautizados como neorrurales por los analistas de los procesos migratorios y los investigadores sociales; pero lejos de esas conceptualizaciones, en los lugares de

asentamiento y alrededores se les empezó a llamar «jipis». Cristina, una informante, se resistía a las pretensiones de caracterización y al etiquetamiento de lo alternativo; sin embargo, ella misma necesitaba establecer la distinción entre la cultura nativa y la alternativa.

Por aquí se nos dice mucho, «jipis». La gente la flipa. Supongo que somos neorrurales, sociológicamente hablando. Porque somos gente que llega a los pueblos sin ser de los pueblos y lo puebla de nuevo y tal. Y luego nos llaman «jipis», los de aquí, por eso... porque es un poco la imagen esa, de aquello que empezó con los años sesenta, del ecologismo, el feminismo, tal y cual, un poco el pacifismo, el rollo alternativo, que se impulsó bastante en esa época, que era la época de los jipis. Y no sé yo cómo definirnos, la verdad...

No nos llaman jipis personalmente, pero cuando hablan entre ellos somos los jipis, y todo lo que hagamos nosotros es como que está fuera de lo que..., un poco al margen. Que a lo mejor nosotros, por el hecho de ellos habernos catalogado de esa manera, nosotros no hemos sabido integrarnos en el pueblo.

Yo no me considero jipi, para nada. Yo lo que tengo claro es que no me voy a integrar a sus costumbres, que no me motivan. Yo no quiero que ellos se integren en mis costumbres, sino que nos respetemos y convivamos. Que en las actividades culturales que coincidamos, pues coincidimos; pero la integración... Porque yo he conocido gente que se ha integrado tanto que, sin ser católico o cristiano por integración, va con el palio, ir a misa y tal. Y yo eso no. Una cosa es respetarse, integrarse y convivir, pero no. Yo no me motivo a ir a misa y a coger el palio para integrarme, porque, como ellos son católicos apostólicos romanos... Porque de alguna manera eso crea vínculos, pero crea vínculos falsos. Para mí, eso es un vínculo falso, ¿no? Te has de crear los vínculos que de verdad compartas, y ya está.

Los vínculos generados entre las personas que han llegado de contextos urbanos a esta localidad se perciben fuertes y compartidos en la diferencia aceptada.

Hay un retrato ideológico, supongo. Luego, entre nosotros, suele haber muchas discrepancias, pero infinitas, es demasiado, es exagerado; pero, en principio, somos gente... Yo digo que están los nativos y los alternativos.

Dicen compartir un sustrato ideológico que alimentan con el objeto de fomentar una cohesión social que es precisamente la que les niega la proximidad al vecino autóctono. Entre ellos surge una *solidaridad*.

Es que además se ha dado el caso de que no hemos venido en grupo, hemos venido cada uno de un sitio, pero que... no somos todos uno, cada uno es de una manera u otra, pero que sí que se da el caso de que somos muy similares en la manera de actuar y la manera de vivir y la manera de querer cosas para el entorno en el que vivimos. Somos muy solidarios entre nosotros, nos

ayudamos bastante. Se hacen campos de trabajo entre nosotros. Uno se está haciendo la casa pues nos quedamos un fin de semana: nos hacen una paella o una comida y la gente va, trabaja y desarrolla un trabajo que les da moral para trabajar. Que eso no se hace en ningún sitio, vamos. Yo no lo he visto en ningún sitio.

Solidaridades en medio de comunidades solidarias. Se trata de estrategias que tradicionalmente han permitido pervivencia de los estilos de vida en los pueblos; la reciprocidad y la confianza han sido las normas de intercambio básico que han garantizado la supervivencia de pautas culturales propias de estos entornos.⁸ Es la experiencia compartida la que establece una forma de funcionamiento y la que indica con quienes se puede contar y con quienes no. La proximidad y vecindad son conceptos con sentido en los pueblos; dimensiones, no obstante, a veces magnificadas por las construcciones paradisíacas de lo que habitar el pueblo significa. Formar parte de este sistema de redes y relaciones conlleva una serie de servidumbres a veces no bien entendidas por los independientes urbanitas.

Así pues, estos colectivos reproducen formas y relaciones comunitarias similares a las imperantes en el entorno en el que se han ubicado, pero al margen de estas. Son redes aparentemente imposibles con el resto de la comunidad.

La cotidianidad les demuestra la amplitud de tonalidades que ofrece el hecho de vivir y convivir en una localidad pequeña. No obstante, la similitud de algunos esquemas culturales no los aproxima a la comunidad.

Nosotros hemos formado como una familia, como aquí no tenemos a nadie (los primos, ni los tíos...), hemos formado una familia alternativa de todos, paralela, para sustituir a la familia que no tenemos aquí.

8 Es cierto que, tanto en ámbitos rurales como urbanos, el nivel de confianza que se tenga es importante para determinar la eficacia de la red y de la propia comunidad. Fukuyama considera «que la gente que no cree en otra, termina cooperando bajo un sistema de reglas y regulaciones formales, que deben ser negociadas, acordadas. La confianza debe ser establecida por medio de la experiencia» (citado en Sanz y Martínez, 2007). La confianza es la base de la cooperación en las comunidades pequeñas, en los pueblos, la esencia de un tipo de comunitarismo y de solidaridad primaria ausente en otros contextos e idolatrada y magnificada por determinados colectivos.

Estamos ante la búsqueda de la alternatividad, una familia alternativa, una cultura alternativa... que, sin embargo, muestra disparidades y contradicciones internas y reclama integraciones y construcción de puentes.

5.2.2. Grietas, fisuras y puentes

Desgraciadamente, hay bastante grieta en medio, pero algunas personas asumen la labor de puentes y estamos en los dos lados. Además, que yo he venido a conocer a la gente de aquí, porque a la otra ya te la conoces, y con mis vecinos también me intercambio libros. ¡Alucinante!, ¿eh?, ¡con los abuelos...!

La explicación a la incompreensión recíproca surge de la reflexión justificativa de ciertos procesos generalizados vividos en los entornos rurales. Con Cristina, el contexto de la entrevista generó un clima de «autointerrogación», de reflexión, un circunloquio en el que la informante generaba sus propias interpretaciones acerca de las raíces de dicha incompreensión.

Hacemos cosas que se han hecho siempre pero no se reconocen en nosotros, no sé. Si nosotros fuésemos sus hijos, bueno, a lo mejor tampoco les gustaba que nos quedásemos aquí y que cultivásemos el huerto. Yo creo —esto ya es hacer cabalas—, yo creo que la gente que es de los pueblos... El hecho de que tú vengas a un pueblo a hacer eso no es válido, porque ellos ya han negado esto. Ellos no han querido que sus hijos se quedasen aquí porque no es bueno, lo bueno está fuera. Fuera tienes un trabajo, fuera tienes dinero, fuera te puedes comprar un coche, puedes tener televisión, puedes tener un piso. Puedes tener, y aquí no. Aquí, ¿qué puedes tener? Miseria. Porque en los pueblos se ha vivido miseria, en estos pueblos se ha pasado mucha hambre. Yo soy una emigrante, mis padres emigraron de un pueblo porque mi padre era agricultor y se tuvieron que ir a la ciudad a buscarse la vida, y no era bueno quedarse allí, porque no tienes nada ¿Qué les puedes ofrecer a tus hijos? ¿Qué sean agricultores también y no tengan nada? ¿Qué no se puedan comprar un coche?, ¿un piso? Eso de que alguien venga de fuera con cultura, con una carrera, teniendo la vida cómoda y se instale en un pueblo a vivir de lo que surja no encaja. Y te ven como un bicho raro. Entonces piensan: ¿tú que haces aquí? Algo tienes que ocultar, porque te vienes aquí.

Existe una duda generalizada y una sospecha de la procedencia de los nuevos residentes ya comentada. Cristina aporta una clave interpretativa llena de sentido: la cultura de la autonegación, socialmente aceptada, no admite otras opciones vitales. Es una actitud contra la que están luchando los que han optado por permanecer, los nuevos que vienen a quedarse y, en general, los que trabajan en este entorno. La supresión del histórico curso autonegador es básica para cualquier proyecto comunitario.

El hecho de que nuestra opción sea vivir aquí les descoloca bastante, no les cabe en la cabeza. Yo, por ejemplo, me vine sola, sin marido, sin hijos y sin nada, y me compré una casa y me instalé... Se quedaron flipados, no les cabía en la cabeza, pero bueno... Y no sé, me falta averiguar qué piensan; lo puedes intuir, pero no lo sé a ciencia cierta. Por un lado, les estamos demostrando que aquí se puede vivir, con lo cual les desmontas su discurso de siempre de que aquí no se puede vivir: hay que irse, hay que irse. Entonces hay conflicto, porque estamos demostrando en la práctica que eso no es verdad. Que es uno de esos mitos que a base de machacarlo parece que sea cierto, pero no: aquí se puede vivir pero fenomenal, y hay más gente que tiene ya casa y tiene tierras y... Somos como un colchón social de apoyo. Nosotros nos vinimos sin nada y seguimos aquí.

Sin embargo, pese a no entender la incompreensión se apunta tímidamente el interés por acercar posturas.

[...] pero bueno, es lógico que piensen eso. Igual si yo hubiera nacido aquí estaría ahora en Nueva York, no lo sé.

De ahí la necesidad sentida de transitar por puentes que no habría que construir, que solo habría que cruzar. Lo que de verdad acerca a unos y otros es la esencia de la comunidad en la que se han asentado: la cultura del HACER. Se trataba de una cultura desconocida para los recién llegados; idolatrada, pero lejana experiencialmente. Hacer las cosas con las propias manos, vivir de lo que te da la naturaleza, intercambiar productos. Nuevamente, la visión romántica.

Yo estoy limpiando casas con todo lo lista que soy y con todo lo que he estudiado. Yo quería vivir aquí e intento adaptarme a lo que hay. También estoy yendo a una tienda [al pueblo de al lado], hago masajes en los pies. Un poco lo que sale, porque hay poca variedad; he estado de peón municipal y tengo un huerto y vendo patatas. He aprendido algo de..., estoy en ello, en aprender agricultura; y sobre todo, vivir con poco dinero. Mi idea era necesitar poco dinero. La casa la tengo pagada, entonces quería un sitio en donde puedes vivir con la llave en la puerta y sales a la calle y está lleno de comida por todas partes y te bajas y te bañas en el río. Para mí eso es lo ideal.

Las pretensiones y las expectativas que se imaginaban, como en cualquier proceso migratorio, no suelen corresponderse con la realidad. La construcción anticipada, a veces espectacularizada, de un ansiado estilo de vida no soporta la propia cotidianidad, poniendo a prueba mentalidades, aspiraciones y valores. De esta forma, la nueva realidad, tras el asentamiento, demanda la redefinición de los objetivos, de los estilos de vida; de la cosmovisión, en suma.

Y no sé yo cómo definirnos, la verdad... Hemos llegado y se nos han desmontado también muchos esquemas que teníamos muy asumidos. Llegas y te enfrentas con la realidad y tienes que cambiar muchas cosas, y, aparte, buscarte la vida y estás todo el día tapando las goteras de tu casa y tienes poco tiempo para hacer otros proyectos, para desarrollar otros proyectos. Eso es lo que falta un poco, que nos establezcamos un poco más, nos arreglemos las casas y ya podamos hacer más cosas.

En el fondo no hace sino retratar el inconformismo que la embarga, la necesidad de búsqueda de nuevos cauces vitales, la rebelión contra todo lo que en su vida puede mostrársele prefijado y rebelarse contra la sociedad; al fin y al cabo, tratan de erigir paraísos nuevos.

Podría decirse que el impulso contestatario con el que se instalan en el pueblo es parte de la herencia que la modernidad depositó en la urbe, centro de lo público, político y jurídico. Pero la cotidianidad les ha enseñado que la postura de oposición permanente no funciona en este tipo de espacios, en donde la necesidad perentoria de «hacer algo» se impone a la posibilidad de «elegir qué hacer».

Y es verdad, los que venimos un poco de la cultura esa de la oposición y la protesta y tal... lo que pasa es que luego llegas aquí y te toca actuar en positivo. No puedes estar siempre criticando y protestando, sino que, ¡venga!, «haz algo», tanto que dices, pues hazlo.

Realmente se sentían diferentes. Mantenían un sustrato ideológico que, no obstante, se está poniendo a prueba con la cotidianidad. Es la cultura de la oposición que debe tornarse cultura de la praxis, ya que el orden de la experiencia se impone.

«Hacer» tiene en este contexto muchos significados. Su campo semántico se expande a cualquier dimensión de las muchas que conlleva habitar el pueblo. Pero esencialmente, la política y la cultura.

En el marco de la política, algunas historias son harto elocuentes: la historia de una de nuestras informantes es el relato de cuando lo instituido se confundió con lo instituyente, cuando la ficción inventada de lo que el mundo podía llegar a ser se estrelló con la realidad de lo que es.

Y en ello estamos un poco: hacer cosas, en hacer, en dejar de quejarnos («que mal lo hacen los políticos»), sino en hacer.

La entrevistadora, conocedora de paso reciente por la política local, insinúa algo sobre el aprendizaje que la experiencia proporciona, alentando la reflexión.

He aprendido que es muy fácil criticar y que nada es lo que parece, y en fin... He dimitido hace poco. He estado dos años nada más, la mitad he aguantado. Es que era muy duro, la verdad. Me he agobiado tanto... Me agobiaban muchos problemas, le daba mucha importancia a todo y he sentido mucha frustración. Me estaba amargando la vida y digo: «¡jolín, para eso no he venido!» [...]. A lo mejor aspiraba a arreglarlo todo, y las cosas son muy complicadas y cuestan mucho.

Se trata de una confrontación que no se soporta. Pero las ficciones que su paso por la política animaron, adhirieron a unos cuantos a proyectos certeramente inalcanzables, haciéndolos más verosímiles.

Y es que vivir en el campo no es solo bañarse en el río y comer lo que los frutales que han plantado otros hace décadas nos ofrecen; habitar el pueblo es arreglar el tejado antes del invierno y, esencialmente, estar; y con esa presencia, pervivir. Por ello, todos los proyectos que habían ideado en su mente quedaron aparcados inicialmente. Sus proyectos, como los de muchos de los nuevos pobladores rurales, giran en torno a la agricultura sostenible, aspirando a un marco de autogestión local y desarrollo sostenible que choca continuamente con el resto de colectivos y agentes de la zona. Hoy, habitar el pueblo es básicamente hacer; la cultura del hacer es lo que da «vida».

El hecho de venir de fuera y asentarse en una población ya es una iniciativa de tener una vida de cambio. La gente que viene a instalarse ha vivido otra serie de cosas en la ciudad y, normalmente, tiene más iniciativa; y digo tener iniciativa en el sentido de ganas de hacer cosas diferentes.

La decepción llega cuando el hacer no está bajo el control de los actores.

Es una chorrada, pero, si eres de aquí y estás haciendo cosas por el pueblo, pues bien; pero si no haces nada, por lo menos o eres abierto o te abres a otras posibilidades.

Julia venía con la llama urbana de la agitación, de la contestación, de la participación, con ganas de hacer, con ganas de llevar hacia delante proyectos alternativos que aparentemente se han estrellado contra muros inmensos, pero que contienen el germen de la nueva vida en el pueblo.

Este retoma su protagonismo a través de los urbanos que reaniman al moribundo. Y son ellos, los neorrurales, los que han entendido el entorno rural nuevamente como sujeto y están reivindicando para él una relación más simétrica con la ciudad.⁹

Este pueblo muestra dos rostros bien diferenciados relacionados con ambos colectivos que conviven, pero manteniendo ciertas distancias. La diferencia se sostiene de partida desde la propia concepción de lo que es la localidad, de su presente y de su futuro y de ellos mismos en su entorno. En esa dicotomía y por la propia naturaleza de esta, entra en juego un tercer colectivo como son los veraneantes.

Es que ellos mismos [la población local] tienen la sensación de que este pueblo es para veranear, que aquí no hay cultura, que es un sitio que está muy bien para venir al verano a disfrutar. Pero esos que vienen no se imaginan aquí viviendo o trabajando; muy poquitos, vamos. (Neorrural)

Hasta el punto de forjarse la creencia de que la política, en cualquiera de sus manifestaciones, beneficia a unos (al turismo), frente a los otros (nuevos asentamientos). Visitar y habitar son conceptos harto desiguales y, como hemos citado, la autonegación impide la aceptación de opciones abiertas para habitar el pueblo, que fundan la atracción por la tradición, las corrientes neorrurales y los consumos de culturas y paisajes idealizados en los que practicar la agroecología.

En general, los planteamientos neorrurales postulan el modelo de agricultura sostenible, lo cual implica la utilización de métodos y técnicas apropiadas para el aprovechamiento óptimo de los recursos naturales tanto en la producción de cultivos como de animales, a la vez que permite la conservación y la productividad del medio y busca el rescate cultural de la población «nativa», la mejora de su calidad de vida y su autogestión. Sus principales objetivos son la mejora de la producción aumentando la biodiversidad animal y vegetal, el mantenimiento y uso eficiente de recursos locales, mediante su reutilización y la reducción del nivel de dependencia

9 El sociólogo oscense José Ángel Bergua dedica un apartado de su obra *Patologías de la modernidad* (2005: 49-59) a la cuestión de los rururbanos y los neorrurales. En él podemos leer: «Mientras lo rural simulado ha convertido lo rural en objeto, lo neorrural ha permitido a lo rural reanimarse como sujeto. Hay, pues, dos ruralidades, la simulada, que los especialistas denominan rururbana, y la neorrural», (p. 59).

de recursos externos, así como la capacitación en tecnologías apropiadas y adaptadas, que en muchos casos se basan en los sistemas tradicionales que pretenden recuperar.

Casi todo el valle consume productos ecológicos, y entonces se ha creado una asociación de consumidores [...]. Nosotros hemos ido postulando su consumo; pero además, ahora se hacen compras comunes para no consumir en envases pequeños, para reciclar..., comprar en grandes cantidades...

Sus testimonios son credos en torno a la agricultura sostenible, la autosuficiencia económica, el consumo responsable y la recuperación cultural; realmente, personifican el rescate cultural de la comunidad.

Tradicionalmente no se utilizaban productos químicos en el campo, por ejemplo. Tenían una sabiduría popular que se ha perdido de alguna forma. No es que se haya perdido, porque todavía hay abuelotes que la trabajan y lo saben, pero que poco a poco... No es una cosa que se enseña en la escuela. Digamos que el que está interesado lo busca, o sea, que también hay una sabiduría popular tradicional que se pierde. La gente aquí es muy autosuficiente. Yo alucino de ver a los abuelos cómo trabajan. Si hacen falta unos andamios, se los hacen ellos, no tienen que comprar nada.

Se trata de una cultura tradicional cuya desaparición es aceptada por la mayoría local; sin embargo, desde un romanticismo que parece trasnochado, se lamentan de que al menos la salvaguarda de conocimientos no esté garantizada.

Es que son cosas que se pierden. Si hubiera alguien que viniera a recoger esos datos y esos recursos..., la cestería, los cultivos... Es una cultura que en todos los *laos* se va perdiendo, y ya no se utilizan esos productos y esas herramientas y esas formas. Y ahora compro esto y ahora compro lo otro.

Ansían un modo de vida que mucho tiene que ver con la cultura popular, aunque los verdaderos y escasos mantenedores de esta no quieran reconocer a los aspirantes como dignos herederos de su legado cultural.

Yo vine con la idea de retomar esa cultura rural, los demás no lo sé exactamente. Yo me quiero ver a mí misma como continuadora, como el relevo. Y alguno de nosotros, de los que yo conozco por aquí también. Sería un poco esa idea.

La tristeza por la pérdida de una cultura, que en parte idolatra, remite a nuestro interlocutor directamente a incorporar en el relato a la institución educativa.

El problema con la universidad es que ha habido una brecha brutal entre nuestros abuelos y nosotros. Todo el conocimiento acumulado por generaciones, de repente, es inútil; no sirve para nada, no se valora, no se tiene en cuenta, es desaprovechado total. Y tienes que ir a la universidad a aprender y te enseñan lo que estás realmente convencido que hay que aprender, y luego llegas a la vida real con tu título y dices: «Pero si no sé hacer nada».

De nuevo, la reivindicación de la cultura del hacer, junto con una visión quizás pasadista y siempre alternativa, reclamando la ruptura de cadenas de dominación de cualquier tipo.

No es una cultura obsoleta. No todas las culturas que han desaparecido en el mundo es porque sean obsoletas, es porque han llegado otros más poderosos, con más mala leche y una pistola más gorda y se los han cepillado. O sea, no siempre es por obsolescencia, lo que pasa es que en el mundo de la economía global lo que consumes se produce muy lejos. Y en eso consiste la cosa, en marear mucho la perdiz y en trasladar las mercancías a larga distancia y en impedir la autonomía y la libertad; libertad en ese sentido económico, de ser capaz de producir lo que necesitas en una comunidad. Eso es una bomba y eso no interesa. Interesa que estemos todos muy especializados, que solo sepamos hacer una cosa, como piezas de una maquinaria, y estemos dominados por el gran no se quién, que nos proporciona lo que necesitamos para vivir: la ropa, la comida, todo. ¿No? Entonces, no sé si es posible, pero creo que es necesario que eso permanezca por supervivencia, que es brutal ¿no? En mi barrio se comen manzanas que vienen de Chile, y allí al lado están los manzanos abandonados. Eso no puede ser. Porque ya no sabes ni cómo podar el manzano, ni qué clases de manzanas hay, no sabes nada. Pierdes un montón de conocimientos y dependes de que alguien te traiga una manzana con todo lo que eso significa, con todo lo que hay que mover para traer una manzana desde tan lejos. Entonces yo creo que es un desperdicio, y aquí sales de casa y hay comida por todos los *laos*, sobre todo en esta época. Sales y comes higos, uvas, tomates; los vecinos te dan cosas, tú a ellos. ¿Qué pasa? Que no hay dinero por medio. Este esquema de economía que no es monetarizada no interesa, porque entonces no se puede acumular el dinero en grandes cantidades. En fin, me voy porque tengo que ir a limpiar una casa para ganar algo de dinero [ríe].

Del transfondo de estos relatos, provenientes al fin y al cabo de «urbanos», surge con la misma semantización la noción de calidad de vida. Su papel dinamizador en este contexto es incuestionable. VIDA es el concepto que define mejor que ningún otro su sentido en las comunidades envejecidas en las que se han asentado.

El nuestro es un papel dinamizador, de un poco... Damos vidilla. Organizamos cosas porque venimos con ganas de hacer cosas y venimos de ciudades donde hemos estado siempre en historias diferentes, y aquí seguimos la misma línea.

Asumen el rol de «colchón social de apoyo», y para su empeño y desempeño han elegido la fórmula de la asociación: de mujeres, de consumo responsable o de protección del río.

Aquí hay movimiento asociativo importante y, de hecho, se están creando todavía asociaciones. Ahora, la última que se creó fue por la protección del río; porque tuvimos un problema de una nube tóxica, y a partir de ahí se movilizó o nos movilizamos todo el valle para ver qué pasaba, porque nos dimos cuenta realmente de que, aunque estamos fuera del mundo, entre comillas, aquí también nos llega todo lo que se está cocinando por ahí. Fue una forma de despertarnos un poco a la realidad de lo que está pasando.

5.2.3. ¿Cultura alternativa?

En el marco que acabamos de describir, no generalizable pero sí emergente, podemos preguntarnos si realmente los modelos culturales presentados en términos dicotómicos (nativos y alternativos) no son sino una ilusión, una simulación. La realidad que se ha descrito es clasificable atendiendo a tres formas culturales: la cultura del consumo, la cultura de la praxis y la pretendida cultura alternativa que acaba siendo la hibridación de los modelos anteriores.

En la mayoría de pueblos de Aragón pueden hallarse dos colectivos esenciales que funden su concepción de «cultura» generando una cartografía cultural concentrada en periodos vacacionales. Detectamos una dualidad plasmada en las pautas de los que están en el pueblo, por un lado, y las prácticas culturales y de ocio de los que vienen de fuera, por otro.

La cultura autóctona asentada en el tradicional hacer y en el estar por el placer de estar, que predomina en las generaciones mayores, se combina con estilos «globales» y de consumo de las nuevas generaciones, lo que habitualmente suele denominarse «consumo cultural», que implica una oferta cultural ajena casi siempre, centrada en la cultura de la contemplación y el espectáculo y mayoritariamente consumible en espacios urbanos.

Esta última tendencia suele coincidir con el uso social del tiempo consumible de los veraneantes, hijos del pueblo y turistas, que se verá plasmado en la gestación de las propuestas culturales que se realicen en los pueblos.

A estos dos estilos unimos lo que pretendía ser una cultura alternativa, tal y como nos sugería una informante. Nos encontramos en esta localidad con un segmento más que pretende diseñar su propia cultura, aspirando a la satisfacción y autosuficiencia en materia cultural, aunque acabe siendo una hibridación en la que se retoma el admirado componente tradicional, y en la que se opta por ofertas culturales supuestamente no consumistas, pero de corte urbano y vinculado con las artes escénicas que, aunque de bajo presupuesto, exigen su incorporación a la dinámica de mercado.

Organizamos el festival de cuentacuentos y la semana cultural [...]. Nos parece necesario porque aquí solamente es toros y alcohol o discomóvil. Es una costumbre, pero bueno... También hay otras cosas culturales, y respetándose una cosa y la otra, puede haber las dos. Organizamos el teatro subvencionado por la Diputación Provincial, este año hay un festival de música que vienen tres grupos de Madrid, de Barcelona y uno de Castellón. Está lo de la vuelta en bicicleta, el mercadillo solidario, talleres de cestería (que hay gente del pueblo que sabe cestería y enseñan a la gente). Taller de reciclado se ha hecho alguna vez; talleres de plantas, porque hay gente que sabe, una es bióloga y vive aquí, y trabajan con plantas medicinales y enseñan. Y trabajar con los niños, talleres de animación, danzas del mundo, hay cosas infinitas que no son muy careras y son culturales.

Los intentos de acercamiento que se producen no han tenido de momento un efecto de conciliación de propuestas, de modo que las ofertas son paralelas y se desarrollan en el mismo escenario, pero ni tienen al mismo público ni a los mismos protagonistas.

[Los pocos jóvenes del pueblo] tienen como muy establecido lo que hacen los fines de semana; y muchos, los sábados, siguen trabajando como si fuera un día normal, y luego, por la noche, se van a la discoteca; eso básicamente. El domingo duermen. De ahí cuesta mucho sacarles. No puedo decir por qué no acuden a estas cosas tan interesantes que hacemos nosotros.

Hacemos la semana cultural y, a la semana siguiente de septiembre, vuelve a haber fiestas, que son las patronales, que a mí me hubiera gustado que estas dos cosas coincidieran, que no tengamos que hacer una semana unos una cosa y los otros otra la siguiente semana. Podríamos hacer algo variado, que haya cosas para todos los gustos. Pero no, no sale.

Ha existido una intencionalidad manifiesta en conformar una oferta alternativa en la que se resalta, más que el componente festivo, el cultural; incluso en la propia denominación: ni alternativa ni imaginativa.¹⁰

10 En el sentido de que, a menudo, muchas de las fiestas se han transformado en su denominación con el objeto de imprimir una esencia que legitima la percepción de subvenciones o imprime mayor rango; porque la cultura dignifica.

Así pues, la dualidad es la característica, aunque el interés por la tradicionalidad les lleve a incorporar referentes del pasado en una dinámica de aculturación y asimilación.

En los carnavales hacemos un pequeño pasacalles, nos disfrazamos con los nanos y hacemos buñuelos porque dicen que es lo típico de aquí; lo típico era hacer buñuelos con chocolate; así que hacemos un pasacalles, armamos mucho ruido y merendamos.

Los intentos de integración se alternan con la explicitación de distancias y alejamientos entre los tres colectivos, los del pueblo, los veraneantes y los nuevos asentados.

No nos mezclamos demasiado, salvo excepciones. En la semana cultural es cuando más, porque hacemos cena popular y entonces baja la gente del pueblo. Sobre todo, la gente mayor, la gente que vive aquí. Es que realmente los otros solo están un mes en agosto. Entonces no hay relación cultural, por decirlo así.

Les resulta mucho más fácil convivir con la gente que habitualmente vive en el pueblo, en general personas de edad avanzada, que se mantienen al margen. Para muchos de los nuevos asentados, realmente, los que significan la alteridad, «los otros», son más bien los veraneantes, al representar aquello de lo que han pretendido huir y que cada vez se aproxima más. Algunos reconocen que su presencia enriquece el valle, pero generalmente «no se confunden».

Para algunos emprendedores como Jacinto, el valle es el escenario perfecto para el desarrollo de un tipo de empresa que oferta encanto, tradición, salud y naturaleza, cuyos servicios van destinados preferentemente a los turistas, pero que a la par puede dinamizar igualmente la población del valle y satisfacer sus propias necesidades como grupo.

Se da de esta manera una mezcla de lógica mercantil, cultura de la subvención y guiño burlón a las reglas de la industria cultural y la sociedad del espectáculo; mezcla condicionada por la necesidad de supervivencia de algunos de sus proyectos económicos y por el sustrato ideológico de parte del colectivo asentado en la localidad.

La falta de identificación de la población local con los colectivos organizadores e impulsores obstaculizan la participación comunitaria.

En el caso del festival de cuentacuentos, la idea principal era eso: dinamizar el pueblo porque no había nada. Bueno, las fiestas de toros y de los veraneantes. O sea, que la gente viene de la ciudad para hacer la fiesta, que es de toros y discomóvil y poco más. Entonces se creó para que hubiera una oferta cultural un poco diferente y dinamizar un poco, que se moviera un poco el pueblo. Nos cuesta, porque en este tipo de cosas no apoya nadie. La gente del pueblo tampoco le interesa, entre otras cosas porque el tipo de gente que viene al festival es como jipi; entonces los jipis no... no... no van a ningún lado, me refiero. Aunque es por eso, no es por su poder adquisitivo. Entonces ahí hay un poco de roce con respecto a la gente que está asentada en los pueblos.

La cultura aparece así como agente reproductor de diferenciación social y refuerza las discrepancias entre colectivos. Las diferencias afectan también a las condiciones en que se gesta y desarrolla la supuesta «cultura alternativa», al margen de las ayudas institucionales, sin apenas apoyo del pueblo y en las fronteras de las industrias culturales.

Para el fin de semana cultural no sabemos todavía cómo vamos a sacar el dinero para pagar todo lo que hay. Vienen tres grupos de música sin cobrar, que les vamos a pagar la gasolina y vamos a montar una barra también para con lo que saquemos pagarles la gasolina y la comida, pero que son cosas que ¿quién se mete a hacer cultura? Nadie; o sea, nadie, de no ser eso. Nosotros nos gusta, nos gusta pasárnoslo bien y nos gustan otras actividades.

Sin pretenderlo, están tan próximos a la lógica mercantilista... El sistema de mercado estrangula, parecen decir con su discurso. Y lo que parece gestarse como la satisfacción de una inquietud interna de un colectivo se convierte en un atractivo que crece y atrae a cierto tipo de consumidor, «diferente» igualmente, espectacularizando y mercantilizando de nuevo las creatividades culturales emergentes.

El crecimiento se produce de una forma aparentemente controlada y respetando los criterios o aspiraciones de sus organizadores, pero se incorporan planteamientos manidos en la actualidad, como la lógica de las subvenciones, el deseo de perpetuar las iniciativas, la calidad, la publicidad y la venta, que no son sino la traducción o reproducción de los esquemas visibles en la cultura de consumo.

La disconformidad quieren marcarla también en la manera en que el desarrollo del tiempo festivo tiene lugar y en sus consecuencias para el entorno. Mientras que los veraneantes vienen a «hacerse sus fiestas de verano», habitar en el pueblo exige de una estructuración del tiempo de ocio diferente: permanente, continuada y dinamizadora.

Se trata, en suma, de una cultura pretendidamente alternativa en la que la apetencia de autosuficiencia alcanza a la satisfacción de la oferta interna. Obviamente hay dependencias e interrelaciones; pero hay, sobre todo, distancias.

Como hemos visto, su espíritu dinamizador se expande hacia todos, pero encuentra muros de incompreensión. Hay distancias respecto a la dinámica cultural de los escasos jóvenes de la localidad (con un uso temporal generalizado de corte urbano). Hay también distanciamiento con respecto a la gente mayor; hay coincidencias con las inquietudes de algunos veraneantes, pero sin embargo, con estos tienen intereses enfrentados: visitar no es habitar, contemplar no es hacer.

5.3. La población local, cambio de roles y de identidades

En esta aproximación a lo rural como mercancía cultural, resta añadir a los protagonistas «originarios»,¹¹ el verdadero habitante del pueblo cuyo rol ha cambiado sustancialmente conforme cambiaba el mercado laboral y el propio paisaje económico, social y cultural de la ruralidad.

En ese sentido, puede decirse que se está viviendo la aceptación de una serie de servidumbres nuevas. Paradójicamente es el precio por permanecer en este contexto.

Las actividades económicas en el entorno rural atraviesan igualmente el proceso de terciarización, y el campo cultivado se abandona para convertirse en paisaje para deleitar; al agricultor se le pide que asuma el papel de cuidador y mantenedor de la naturaleza para su contemplación por el consumidor de fin de semana.

Hay que reflexionar acerca del hecho de que el mercado laboral de los pueblos ha reservado para la población local un tipo de puestos de trabajo que son precisamente los que en la mayoría de la sociedad occidental están siendo ocupados por la población inmigrante, de modo que la opción de vivir en el pueblo pasa necesariamente por la asunción de un determinado tipo de oferta laboral, dado el escaso abanico de posibilidades.

11 Se incluyen en esta categoría a los descendientes del pueblo, a los que durante un tiempo han permanecido fuera y han vuelto convertidos en rururbanos, y a los que han llegado y se han asentado e integrado.

Es que veo que la vida en el pueblo se parece mucho a la que viven los inmigrantes; el futuro laboral aquí, la construcción: cualquier nacional que vive en un pueblo trabaja en la construcción o en la agricultura, que es donde trabajan los inmigrantes; la hostelería, a disposición del veraneante... lo mismo. No sé si uno acaba teniendo conciencia de que es un inmigrante en su país, pero funcionalmente lo es. Es una cosa muy curiosa. Hay una multiplicidad de nacionalidades danzando por las calles a las siete de la mañana, pero españoles hay muy pocos, los de los pueblos. (Nuevo asentado)

Bueno yo no estoy de vacaciones tampoco; cuando la gente tiene vacaciones yo trabajo más, como los inmigrantes. (Habitante)

La contemplación del propio rol que les va reservando la mercantilización de las culturas rurales genera una mirada retrospectiva y reflexiva, contestataria, aunque ahogada en resignación autoimpuesta, que suma una nueva conceptualización vinculada a la noción de «inmigrante». La semantización tiene que ver con la ubicación en la estructura imaginaria de las servidumbres y no con la procedencia geográfica.

Esta imagen es compartida, con algunas matizaciones, por la población que se ha asentado recientemente. Los nuevos asentados, primero ajenos al territorio, comparten con la población local dicha construcción que lleva a asociar a la inmigración con la dedicación profesional

Aquí no verás inmigrantes. Aquí los inmigrantes somos nosotros [los nuevos asentados]. (Nuevo asentado)

En el caso de los nuevos pobladores, la autoimagen se empieza a construir a partir del mensaje reflejado por la población anfitriona: la no pertenencia al lugar donde se han asentado. Ese mensaje local va cargado de cierta dosis de extrañeza, sospecha y recelo, que alimenta la alteridad y la diferenciación.

De todas maneras, nosotros, para la gente del pueblo no somos de aquí. Esa es la barrera, porque viene mucha gente turista que ni está empadronada aquí ni paga los impuestos aquí, pero que está exigiendo mucho y bien. Luego, nosotros que estamos aquí, que estamos empadronados aquí, no somos de aquí. Yo soy de otro pueblo, pero a cada sitio que voy, es como mi sitio. Es que parece que solo da derecho haber nacido o ser turista... La sensación de inmigrante está, no es que seas un inmigrante que vengas de otro país, la cultura es la misma, pero en este somos inmigrantes. (Nuevo asentado)

También la población «nativa» observa que funcionalmente significan lo que la inmigración representa en los núcleos urbanos. Ha sido con la llegada de los inmigrantes cuando esta obviedad se ha hecho visible.

Llaman como si les pareciera que estamos suplicando que se vengan y les parece que les vamos a dar el oro y el moro. Algunos vienen, y después de unos meses, como ven que aquí se trabaja, se marchan. Así que da la impresión de que los *pringaos* somos los que vivimos aquí, los que nos quedamos. Pocos quieren las ofertas que se dan desde aquí, y eso es lo que hacemos nosotros: trabajar. (Habitante)

Muchos se preguntan si ante esta situación los desfavorecidos no son ellos; se interrogan sobre por qué no son ellos los atendidos por la Administración, y los protegidos para asegurar la fijación de la población.

Esto lo hemos comentado a veces: ¿por qué apoyar al que viene de Chile y no apoyar al que está harto de Barcelona y quiere retornar o venir, al que se fue del pueblo en un momento dado o a los que nunca nos hemos ido? (Habitante)

Las campañas de atracción para población inmigrante o urbana no son nada nuevo en los pequeños municipios aragoneses, pero, a juicio de la población, no es una buena política.

Se han hecho campañas de atracción para que venga gente, pero claro, lo que no se puede decir es «toma tres millones y quédate». Eso no se puede hacer, ¿vale? La gente se tiene que espabilar un poquito. Aquí ha venido gente, ha habido inmigrantes, a lo mejor días de ocho o nueve marroquíes, pero después se van. Vienen, ven lo que hay y se van, y donde se han quedado acaban en *ghettos*. Yo creo que esa inmigración en estos pueblos no tiene futuro. (Habitante)

El modelo de desarrollo rural integral preconizado en las políticas de la última década incorpora teóricamente los aspectos vinculados con la mejora de la calidad de vida y la superación de la marginalidad o las imposibilidades del acceso a la oferta de las zonas urbanas. Y en torno a esta cuestión se elevan las voces asentadas en el entorno rural: el acceso a los servicios más que la imposición de la reconversión hacia los servicios.

Esta claro que la lejanía de los servicios incide en la potencialidad de su uso, condicionando el estilo de vida. En Aragón, el mal estado de las redes viarias ha contribuido a un mayor apartamiento de los centros urbanos; no profundizamos en hasta qué punto las rentas son inferiores o se han ido igualando. Sigue siendo un rasgo de los núcleos rurales la carencia de servicios; algunas normativas y leyes establecen un número mínimo de usuarios o población a partir del cual se deja de atender los servi-

cios.¹² Al margen de la viabilidad juzgada por la Administración, a la rentabilidad económica pueden unirse otros argumentos que subrayan el hecho de que la privación de determinados servicios (la tienda, la escuela o el bar por ejemplo), afecta notablemente a la pervivencia de las localidades y su estilo de vida. Su cierre provoca consecuencias económicas que afectan a la sostenibilidad y al equilibrio territorial. Además, debe pensarse que para que un pueblo pueda quintuplicar su población en verano tiene que existir una mínima estructura de servicios habilitada durante el resto del año que no todas las localidades pueden proporcionar con continuidad.

Así pues, la actividad agrícola y ganadera, aunque sigue siendo el *modus vivendi* por antonomasia, ha dejado paso a su complementariedad con actividades de otra índole (en muchos casos, servicios), pero sigue pautando ritmos diferentes a los tiempos urbanos (falta de disponibilidad de fines de semana o incluso vacaciones), lo que implica otra concepción del trabajo y el propio tiempo libre. Al nativo que apuesta por seguir permaneciendo en su localidad le quedan pocas opciones vitales. La lógica de la mercantilización de las culturas rurales se le impone; habitar el pueblo exige hoy asumir nuevos roles y nuevas identidades.

Todo este proceso económico va parejo a la reformulación de la ruralidad que venimos comentando y se suma a otros procesos relacionales entre los diferentes actores que se han activado.

Tenemos que pensar en los que estamos aquí durante todo el año; y si viene gente, pues mucho mejor. (Alcaldesa)

La pugna, que ya se ha desvelado, se hace más visible en aquellos municipios en donde existe una alta ocupación de las viviendas y el mercado de la venta inmobiliaria está paralizado (tendencia generalizada en los últimos años). Intocable para nuevos pobladores, asequible quizás para los soñadores bucólicos y acomodados. En varias poblaciones se han recogido testimonios en este sentido que pueden representar situaciones similares en otros pueblos, agudizados en aquellos en donde

12 Por ejemplo, 5000 habitantes para disponer de una biblioteca, según la ley de Bases del Régimen Local (Ley 7/1985 del 2 de abril, *BOE* n.º 80, del 3 de abril de 1985).

se amplifica la atracción para la población urbana. El precio de la vivienda, uno de los argumentos que explica la expulsión de las grandes ciudades empieza a ser igualmente un obstáculo para los asentamientos; parte de la población empieza a cuestionar las políticas demográficas y el futuro que les depara a los pueblos. En este sentido, la percepción ha virado recientemente. No hace muchos años, al pensar en sus pueblos algunos habitantes auguraban cementerios o vertederos tóxicos. Eran construcciones fantásticas que no hacían sino reflejar la propia autonegación y decepción. Desde hace unos años descubrimos relatos donde se empieza a hablar (en el mismo marco del discurso agónico) de cotos de caza, propiedades privadas de esparcimiento y recreo, la zona de esparcimiento de los visitantes y turistas, el parque cultural y temático de Europa.

Algunas de las construcciones recogidas en torno a esta temática y su futuro reproducen una confrontación que tiene como protagonistas a los veraneantes (la mayoría, propietarios de segunda vivienda) y a la población local o ajena que pretende asentarse.

Viene gente buscando sitios, lo que pasa es que no encuentran [...]. Están pidiendo barbaridades, y la gente es que está loca. Piden, y si llega algún millonitis y se lo dan, pues mira. (Habitante)

Aquí se está echando un pulso, que no sé si se notará tanto en otros sitios, entre lo que sería la vida que podemos aportar los que queremos quedarnos y el mercado o el disfrute. (Nuevo asentado)

Es un pueblo difícil por cómo está. Yo no sé ahora la posición que hay desde el Ayuntamiento con respecto a la gente que estamos de fuera o la gente que se quiera asentar, no sé exactamente cómo, pero al Ayuntamiento no le da tiempo a pensar en esas cosas. Al Ayuntamiento, con arreglar las tuberías y aguantar a los veraneantes exigiendo lo que les apetece, tiene bastante: «¿Habéis cambiado la alcantarilla?», «Que no tengo agua», «Que este pino me molesta para entrar con el coche hasta la puerta de mi casa...». (Nuevo asentado)

La postura de la Administración no se cual será ahora con respecto a abrirse a qué venga más gente o que no venga más gente, si potenciará que sigan viniendo veraneantes o no. Pero nosotros, con la asociación, vamos a ver si empezamos a mover cosas que impidan las consecuencias de la superpoblación del verano. (Miembro de asociación cultural)

Estas temáticas nos trasladan nuevamente al papel de la gente. Las políticas para la sostenibilidad, ¿son insostenibles para los habitantes? ¿Qué tipo de sostenibilidad? Los ejemplos de confrontación serían inagotables.

Y estaba pensando que en parte estamos, por un lado, la gente que se va asentando; y por otra, la gente que piensa que es un pueblo para veranear y ya está. Que parece que no tienen ningún otro sentido estos sitios, parece que vengan aquí a hacer lo que no pueden hacer en otros sitios, a desahogarse en el pueblo. (Nuevo asentado)

Algunas fórmulas propuestas por la población siguen sin materializarse o agradar a los consumidores de cultura rural, pues no tiene cabida en su concepción de lo que el entorno rural es o en el «para qué dispongo de una casa en el pueblo».

El otro día, un veraneante me dijo: «¡Cuidarnos bien el pueblo hasta que volvamos, ¿eh?, que nos vamos!». No creo que lo dijera por molestar, pero son muy cachondos y eso sienta mal. (Habitante)

Por lo tanto, la población rural va perdiendo la entidad de antaño, su propio protagonismo se redefine a la par que emergen nuevas relaciones con nuevos actores, deja de ser el sujeto en relación con lo urbano, para emerger nuevamente como protagonista; pero igualmente como objeto, en el momento que haya quien contemple, consuma y compre la mercancía cultural que se ofrece.

De la agricultura cada vez es de lo que menos se vive y aparecen oficios o empresas dedicadas a la artesanía, la construcción, la cantería, la carpintería, los oficios y el sector turístico. Porque hace unos años era casi imposible que una persona pudiera quedarse a comer y dormir y ahora hay sitios donde la gente se puede quedar, y eso es un paso importante. De turismo se vive mucho en este territorio. (Representante cultural)

Nada puede ilustrar de manera más clara lo que venimos diciendo como el proceso de patrimonialización y espectacularización de lo rural al que hemos asistido en las últimas décadas. Y le otorgamos una relevancia ponderada con respecto al peso que hoy en la cultura tiene el patrimonio, hasta el punto de que gran parte de la cultura es patrimonio; los límites se han desdibujado y aparecen confusos. Desde el momento en que la política cultural se deriva enormemente hacia el patrimonio, para la gente, hacer cultura es trabajar el patrimonio, y a la población local se le mandan mensajes recurrentes donde se destaca que la supervivencia depende de su capacidad para gestionar el turismo y el patrimonio.

Esa magnificación del patrimonio en las políticas culturales se sostiene en un marco normativo antecedente que viene dibujado a partir de los artículos 148 y 149¹³ de la Constitución Española de 1978,¹⁴ el Estatuto de Autonomía de Aragón en sus artículos 35, 37 y 41,¹⁵ que ya incorporan el término de «patrimonio cultural» (art. 35, 33.^a materia),¹⁶ y la Ley de Patrimonio Histórico Español de 1985, igualmente receptiva a la incorporación de «lo etnográfico, y lo antropológico».¹⁷

13 Concretamente, el 149, en su punto 2, establece que «El Estado considerará el servicio de la cultura como deber y atribución esencial [...]».

14 La intervención en materia cultural y patrimonial: artesanía, museos, bibliotecas y conservatorios de música, patrimonio monumental, fomento de la cultura, investigación y enseñanza de la lengua, en su caso.

15 Definen las competencias en esta materia y la capacidad de legislación. Las primeras hacen referencia a las ya especificadas en la constitución con la incorporación de algunas matizaciones (cultura, artesanía, museos, archivos y bibliotecas y patrimonio). Así, al referirse a la cultura (punto 30), se incorpora una distintividad no observada en otros estatutos de autonomía más tempranos, como el catalán o el andaluz: «con especial atención a las manifestaciones peculiares de Aragón [...]». El énfasis puesto sobre las «manifestaciones peculiares de Aragón» en dicho estatuto nos permite unir momentos históricos diferentes que mantienen, no obstante, ese interés por resaltar la peculiaridad, singularidad y unicidad de lo aragonés que a menudo se ha depositado sobre lo «tradicional» y «popular». Se trata de un enfoque que nuevamente vuelve a plantearse en normativas más actuales, como la ley de comarcalización a través de la concreción de sus competencias. Por contra, el andaluz se refería a la «promoción y fomento de la cultura en todas sus manifestaciones y expresiones»; el catalán, de modo mucho más escueto, no entra en detalles: «cultura».

16 Asumiendo una noción mucho más extensa que la recogida en la Constitución, que contemplaba la de *patrimonio monumental*. Así se especifica en la materia numerada como 33: «Patrimonio cultural, histórico, artístico, monumental, arqueológico, arquitectónico y científico de interés para la Comunidad Autónoma». Igualmente, en el artículo 35 del Estatuto se hace referencia a otras competencias, como promoción y ordenación del turismo, adecuada utilización del ocio, espectáculos, publicidad, planificación de la actividad económica y fomento del desarrollo económico (creación y gestión de un sector público propio) y las fundaciones de carácter docente, cultural o artístico, entre otros.

17 Especificando en el título preliminar, artículo 1, punto 2, que «Integran dicho patrimonio inmuebles y objetos muebles de interés artístico, histórico, paleontológico, arqueológico, etnográfico, científico o técnico. También forman parte del mismo el patrimonio documental y bibliográfico, los yacimientos y zonas arqueológicas, así como los sitios naturales, jardines y parques, que tengan valor artístico, histórico o antropológico». Dicha ley surge justificada por la dispersión normativa existente en dicho momento, la creciente preocupación internacional y la nueva distribución de las competencias.

Lo cierto es que, en primer lugar, desde la ley de 13 de mayo de 1933, el inmovilismo y la dispersión habían caracterizado el marco legislativo en materia de cultura y patrimonio; y segundo, España se incorpora tarde a los debates internacionales que, a partir de 1970 sobre todo, tienen lugar en el marco europeo, mientras que países como Francia¹⁸ o Reino Unido, inmersos en procesos de aumento del nivel de vida, modernización sin precedentes y pérdida de una «civilización y tiempo de antaño», presentaban una multiplicación de los estudios sobre la emergencia de los nuevos patrimonios.¹⁹

Si en principio lo artístico prima en el campo semántico de la noción «patrimonio», este se amplía desde lo material hasta alcanzar a manifestaciones intangibles cuyo valor o legitimidad está respaldada por su peso simbólico, imaginario y colectivo (y que nos lleva directamente a la noción de memoria). La ampliación del patrimonio hacia «lo cultural» es la manera más estratégica y sutil de zanjar el problema de delimitación, aunque se incorpore el de su taxonomización. De esta manera, si en determinados momentos la pregunta clave ha sido «¿qué es el patrimonio?», ahora cabría preguntarnos qué no es patrimonio. Los peligros que encierra la confusión de límites entre cultura y patrimonio cultural son claros y han sido largamente abordados;²⁰ baste decir aquí que la cultura es viva y dinámica, es heterogénea e híbrida según el uso que de ella hacen los sujetos como hemos estado viendo. El patrimonio, en cambio, supone inmovilización,

18 Segalen, en González Alcantud (2003: 44).

19 El 16 de noviembre de 1972 se adoptaba en París la Convención sobre la Protección del Patrimonio Cultural y Natural, en cuyo documento aparece la definición que incorpora bajo el rótulo de «patrimonio cultural» a monumentos, conjuntos y lugares que «tengan un valor universal excepcional desde el punto de vista histórico, estético, etnológico o antropológico». De este modo, aparece el valor etnológico o antropológico como criterio de selección del patrimonio público, legitimando la permanencia en este campo de veteranos expertos en el campo de lo cultural, los antropólogos, y dotando de relevancia a sus discursos. Pues bien, el documento de aceptación de dicha convención no es materializado por España hasta julio de 1982 (*BOE* 01707/1982). A partir de ese momento, España se incorpora a un proceso generalizado que tiene una doble presentación: la extensión de la noción de patrimonio, que pasa de su consideración económica vinculada al contexto familiar a su extensión a lo cultural en todos sus órdenes, y la ampliación de sus fronteras, de lo familiar a lo local, de lo regional a lo nacional (y/o a la inversa). De 2003 es la Convención para la Protección del Patrimonio Cultural Inmaterial (que España no ha ratificado, aprobado o aceptado hoy por hoy).

20 Véase, por ejemplo, Ariño (2002) o Mairal (2003).

estatismo de artefactos y textos; sus actores son intermediarios ajenos con intereses sociales, económicos o políticos. Puede decirse que la gente se ve envuelta en una lógica ajena, irreversible y colonizadora.

En estos veinte años que han seguido a la nueva distribución de competencias a las que alude la LPHN en su preámbulo, se han operado cambios significativos en el campo patrimonial específicamente, que en Aragón han tenido rasgos propios. A través de los estatutos de autonomía y su desarrollo posterior de legislación en materia de cultura y patrimonio, el Estado transfiere el poder de (re)definir lo que es patrimonio y, preservándose igualmente la posibilidad de recreación de una memoria nacional, se amplía la potestad de territorios más pequeños para, supuestamente, favorecer las memorias plurales de las diferentes comunidades autónomas.

En Aragón, la vinculación entre patrimonio y cultura en sus diversas manifestaciones (material e inmaterial) está teñida de cierto folklorismo desde el primer momento. Y en ello tienen mucho que ver, por una parte, los literatos, narradores, etnólogos y otros poetas, escritores, viajeros, fotógrafos, etcétera, que han hecho de Aragón su paisaje para retratar; y por otra, las fuertes y constantes migraciones. Las miradas de los de «adentro» y las miradas de los de «afuera» (emigrantes cuya memoria esta plagada de romanticismo y nostalgia: mirada pasadista) han contribuido a definir imágenes culturales y a animar reactivaciones patrimoniales fuertemente vinculadas a las sociedades rurales a partir de su depósito cultural por excelencia: la memoria; unas veces cristalizada en objetos; otras, en relatos, narrativas o registros, todos evocadores.

¿Es la constatación más temprana de la decadencia (demográfica, se entiende, y siempre presente en los discursos) la que impulsa la búsqueda en el patrimonio de ese «refugio compensatorio», del que Pierre Nora nos habla, ante los cambios vertiginosos y el despertar de las incertidumbres? Pero si es así, nuevamente vuelve a excluirse a las personas, puesto que suele gestionarse su tradición, memoria y patrimonio desde fuera. Volveremos sobre ello.

Lo cierto es que, como veníamos diciendo, en el estatuto ya se intuye la necesidad en este territorio de salvaguardar la *peculiaridad*, bien como dispositivo para reforzar la unicidad no conflictual ni plural y conformar la identidad aragonesa, bien como mecanismo de salvaguarda de un

mundo que se aleja. Estas significaciones que emergen en este punto del texto serán ampliadas más adelante con otros «usos y abusos» sociales del patrimonio que iremos introduciendo, puesto que convenimos en que la cuestión identitaria es importante, pero no única.

La diferencia en el caso aragonés también se muestra en la aprobación de la normativa relativa a parques culturales²¹ (1997), que emerge antes que la propia ley aragonesa de patrimonio cultural de 1999. Y para muchos se trata de una experiencia pionera por su intento de conjugar turismo y legado cultural en su conceptualización,²² y por su esencia integradora (Ribagorda Serrano, 2002: 164).

Dicha ley fue impulsada por la Conserjería de Educación y Cultura atendiendo a la necesidad de regularizar actuaciones que la experiencia evidenciaba: Albarraçín (el primer parque cultural, con trabajos anticipatorios para su creación desde 1987), Río Vero (junto con la anterior, incardinada en el arte rupestre del arco levantino, declarado Patrimonio de la Humanidad en 1998), San Juan de la Peña (en torno al monasterio románico), o Maestrazgo y Bajo Martín (estos dos, a partir de su incorporación a la Iniciativa Comunitaria Leader).²³ Con esta regulación normativa se asumía institucionalmente el apoyo a la idea de integración del patrimonio en su concepción global (material e inmaterial) sobre el territorio y el enraizamiento en este de políticas territoriales y sectoriales para el fomento del desarrollo local, en clara sintonía con los principios inspiradores de la política europea vigente.

En torno a estos parques se ha desarrollado una intensa actividad de gestión de la cultura, los recursos geológicos y naturales y el patrimonio

21 En el resto de España existen elementos parecidos con la pretensión de preservar de modo integral, sobre todo, restos arqueológicos, especialmente el arte rupestre del arco levantino (Castellón, Albacete, Cuenca y Tarragona), pero no se ha llegado a legislar como en el caso aragonés.

22 «Un parque cultural está constituido por un territorio que contiene elementos relevantes del patrimonio cultural, integrados en un marco físico de valor paisajístico y/o ecológico singular, que gozará de promoción y protección global en su conjunto, con especiales medidas de protección para aquellos elementos relevantes». *BOA*, 12 de diciembre de 1997.

23 Lo cierto es que el Monasterio de Piedra había cumplido parte de esta función desde hacia décadas. Y más en la actualidad, cabe mencionar el parque temático-cultural de Dinópolis, apuesta de envergadura; apuesta política, claro está.

como productos turísticos que ha llevado a la institucionalización de todo este potencial, rayando en las últimas fechas el abuso.²⁴ La lista se ha hecho interminable e imposible en los últimos años.

Sin embargo, en el ámbito de la política turística parece que no se consigue mucho más que superar el excursionismo actual, y las actuaciones efectuadas no han supuesto un cambio de rumbo en las tendencias turísticas de los últimos años, o al menos lo hacen de forma casi imperceptible. La eficacia turística de los parques culturales se cuestiona cuando se observa que no se es capaz de atraer turismo que realmente se aloje en las zonas en cuestión. Ese es el gran reto, superar los visitantes de paso y el excursionismo tradicional.

Obviamente, el nivel de vida y el acceso generalizado a la educación tienen mucho que ver en la sensibilidad que despiertan los valores culturales, el patrimonio cultural, el turismo cultural y el ocio cultural. Nótese el interés por incorporar el apelativo a todas estas denominaciones. La concienciación de la Administración (la Unesco aprobó en 1972 la Convención sobre el Patrimonio Mundial, inspiradora del principio de responsabilidad de la comunidad internacional en la preservación y conservación de los bienes naturales y culturales) y las posibilidades visualizadas por el mercado ponen énfasis en una nueva presentación de la cultura como producto: la aproximación didáctica al elemento cultural.²⁵

24 Algunos ejemplos de la provincia de Teruel son el centro de interpretación ambiental de Villarluengo, de arte rupestre de Ariño, de la cultura popular en Albalate del Arzobispo, de la cultura ibérica en Oliete, de paleontología en Alacón, de la fauna en Alcaíne, de la flora en Torre de las Arcas, de geología y espeleología en Montalbán, del matacerdo en Peñarroya de Tastavins, del pan en La Hoz de la Vieja, o de la remolacha azucarera de Alfambra; en la provincia de Zaragoza, el museo del viento o centro de interpretación de la energía eólica de La Muela, el de la naturaleza de la laguna de Gallocanta, el museo de la carpintería y la fragua de Blesa, el del calzado de Brea de Aragón; o en la provincia de Huesca, el de la electricidad de Lafortunada, o La Jayma del arte de Asque de Colunga. La proliferación en estas zonas está sin duda relacionada con la emergencia de las iniciativas de desarrollo rural impulsadas con fondos europeos como Leader o Proder. Lo que nos lleva a la pregunta obvia muchas veces formulada: ¿qué pasará con todos los equipamientos museísticos cuando estos programas finalicen?

25 «En consecuencia, y como objetivo último, la ley no busca sino el acceso a los bienes que constituyen el PH». La LPHN se asienta sobre los fundamentos de que los bienes deben ser «puestos al servicio de la colectividad en el convencimiento de que con su disfrute se facilita el acceso a la cultura y que esta, en definitiva es camino seguro hacia la libertad de los pueblos». Se pone énfasis en la función pedagógica y cívica del tándem cultura/patrimonio en un marco ideológico, muy manido, de la cultura como mecanismo de liberación.

Las visiones científicas se «masifican», y así, en los museos, centros de interpretación, exposiciones, etcétera, se presentan paneles, audiovisuales, visitas y recreaciones, para hacer mucho más «digerible» la «cultura» y la «ciencia». La trivialización, la banalización y la teatralización son las consecuencias del abuso en este terreno destinado a la nueva figura vacacional urbana: «el turismo cultural en el medio rural».

La Ley de Patrimonio Cultural de Aragón se materializa en 1999. Aragón, habitualmente poco madrugadora en estas lides, seguida por Asturias (2001), se dota de un instrumento jurídico que retoma la noción de patrimonio cultural que ya recogían legislaciones más tempranas, como la vasca de 1990 o la catalana de 1993,²⁶ y asume con rotundidad un concepto que ya había asomado levemente en el estatuto de autonomía con clara indefinición pero con intuición anticipatoria: patrimonio cultural.

En el nuevo referente jurídico, la cuestión identitaria se explicita sin tapujos. El patrimonio histórico español se presenta como el principal testigo de la contribución histórica de los españoles a la civilización universal; el patrimonio cultural aragonés se muestra con el mismo sustrato identitario.

Concluyendo esta referencia a la normativa y preceptos legales, en determinados momentos ha existido una disolución del concepto de patrimonio en el más genérico de cultura (cultura letrada, culta, elitista); en el momento presente posiblemente podamos hablar de lo inverso, es decir, existe una tendencia peligrosa a asociar e incluso confundir la cultura con el patrimonio cultural, como hemos anticipado, y, en ese sentido, los discursos llegan a fusionar ambos hasta tal extremo que el concepto de cultura queda disuelto en el de patrimonio. Las prácticas culturales dinámicas, variables y heterogéneas son objeto de abordaje en cuanto que patrimonio (material o inmaterial), lo que hace que pierdan su sentido primigenio y adquieran otros nuevos a la luz de las nuevas sensibilidades. No tenemos más que acceder a la página web de cultura de la Unesco para, a través de sus apartados temáticos, reflexionar sobre las líneas maestras de las políticas culturales en este momento: patrimonio mundial, patrimonio material, patrimonio inmaterial, diversidad cultural, acción normativa, diálogo intercultural, cultura y desarrollo, industrias culturales, artes y creatividad,

26 Ley 7/1990, de 3 de julio, de Patrimonio Cultural Vasco. (*BOPV*, 16/08/1990), y Ley 9/1993, de 30 de septiembre, del Patrimonio Cultural Catalán (*DOGC*, 11/10/1993).

derecho de autor, museos y turismo cultural. Lo mismo cabe decir de las páginas oficiales de otros organismos a diferentes niveles territoriales.

No hace falta irse a Cuenca o a donde quieras de España, para darse cuenta de lo importante que es la cultura. Es una manifestación que fija la población, que da dinero. El binomio Cultura-Turismo no lo hemos inventado nosotros, está ahí. Y se trata sobre todo de activar el patrimonio, «Piedras con vida», que dice la Unesco.²⁷

Pero ¿dónde está la gente en esta vorágine? En parte, las personas están colaborando para simular su propia cultura popular; mejor dicho, lo que otros dijeron que era su cultura, puesto que la gente nunca definió o entendió que su forma de vida fuera «cultura popular». Se trataba de un concepto de las elites urbanas románticas y de las ciencias del folklore que empezaron a desarrollarse conforme la modernización de las sociedades llegaba a nichos rurales. Hoy, la cultura y las tradiciones populares se convierten en «cultura circunscrita» en términos de Bueno, objetivada y tutelada por las consejerías del nuevo Estado: la comarca.

Si el marco normativo nos ha llevado a este punto, el marco perceptivo, simbólico y significativo nos sugiere otros derroteros.

Desde un punto de vista patrimonial, la gente ha convivido con abundantes y prolijos restos del pasado en su vida cotidiana, lo que hace que dichos elementos no constituyan referentes, excepto que alguien les reasigne dicha función. La continua convivencia con el legado cultural y la imposibilidad por parte de la Administración para mantener en pie semejante riqueza ha ido ocasionando la desaparición de soportes del pasado ante la mirada de las generaciones que, posiblemente, no han llegado a considerar los restos excepto como objetos de la vida cotidiana con valor de uso en primer lugar. Pero, desde hace unos años, su tradición, su memoria y su patrimonio vienen sirviendo a la conformación de una imagen simulada de lo que fueron y, consecuentemente, a una *hiperrealidad*²⁸ que en mayor o menor medida contribuyen a mantener.

27 Presidente de PROCURA, José Antonio Sanromán (*Periódico de Aragón*, 4 de julio de 2003).

28 Se trata de una acentuación de la primacía de los símbolos sobre las cosas. Cuando la representación de la realidad se sobrepone a la realidad. Lo real ya no es tanto lo que se puede reproducir como lo reproducido, y el resultado es que lo que es real queda subordinado y se disuelve.

LUGARES DE MEMORIA PARA CONSUMO O CÓMO LA MEMORIA SE MERCANTILIZA

6.1. Espacios consumibles: la superación de la ciudad

Al preguntarse hacia dónde apunta el mercado de la ruralidad y quiénes son los potenciales consumidores de las «culturas rurales», encontramos nuevos consumidores.

El mantenimiento de los lazos afectivos y de las raíces ha constituido la base de la relación que los «hijos del pueblo» han venido conservando con sus lugares de origen. Más recientemente, a los colectivos atraídos por la imagen construida de la ruralidad, se suman los «viejos emigrantes» que no han preservado lazos estrechos en los últimos años: se asalta su sensibilidad dormida, su nostalgia y su melancolía. Pero, sobre todo, el mercado se lanza hacia los urbanitas que no tienen ni nunca han tenido lo que parece que lo rural les puede ofrecer, así se convierten en «turistas fidelizados».

El proceso de construcción de la imagen de lo rural no ha sido algo inconsciente; el aprovechamiento de ciertas tendencias se ha unido a la colonización por parte de las empresas al servicio de consumos de culturas rurales espectaculares. ¿Cómo se ha venido construyendo esta imagen? ¿Quién la construye? ¿Cómo se está gestionando desde dentro de las comunidades?

6.1.1. Culturas rurales en el mercado. La segunda residencia

El auge que la segunda vivienda en enclaves rurales ha adquirido en los últimos años no puede entenderse si no es desde la propia consideración de lo que la vida urbana significa y desde la observación atenta de la construcción de nuevos imaginarios vinculados al consumo.

Lo rural se está convirtiendo en parte de la red vital y territorial de cada vez mayor número de personas que atribuyen valores funcionales diferentes al territorio en el que se mueven. Se trata de una concepción territorial jerarquizada pero inmersa en una estructura nodal donde cada uno de los territorios tiene connotaciones semánticas y funcionales dispares. Y todo ello al margen de la distancia geográfica existente entre los nudos que conforman la red. Porque si la distancia temporal es clave, la vital lo es más.¹ Las distancias espaciales se han desdibujado al poner énfasis en las cercanías imaginarias, haciendo crecer el fenómeno de la segunda vivienda, asociada a los entornos rurales.² Este elevado porcentaje de viviendas es ocupado principalmente en la época de vacaciones, o fines de semana, por una población que suele desplazarse habitual y regularmente; aunque la propiedad de una segunda residencia no garantiza, no obstante, su ocupación, restauración o habitabilidad, resulta sin duda un dato significativo para pensar en la fidelización, aunque sea psicológica, de consumidores cuasipermanentes para los que su segunda vivienda tiene sentido en un marco semántico multiforme: «Fue siempre la casa de mis padres»; «Esta casa es como un refugio»; «Me gusta traer a mis amigos o invitar a mi gente»; «Me encanta el campo y esta era la mejor posibilidad de disfrutar a menudo de la naturaleza, el deporte, los paisajes».

1 Sin embargo, la distancia geográfica no parece tener tanto valor explicativo, al menos en esta cuestión específica. Puede justificar el número de desplazamientos, pero no afecta a la concepción; es decir, la localización de los grandes focos urbanos emisores pierde cada vez menos fuerza a la hora de explicar la composición de los consumidores conforme la distancia psicológica se reduce y las vías de comunicación aproximan.

2 En 1991 se contabilizaban en España más de diez millones de plazas turísticas en residencias secundarias, repartidas entre la mayor parte de los municipios españoles. En 2001, el número de viviendas catalogadas como secundarias se cifraba en 3360631 en toda España, el 3,51% de ellas (117980) pertenecían a Aragón (el 28,34% corresponde a Teruel; el 26,97%, a Huesca; y el 44,69%, a Zaragoza). Los datos nos revelan que el 71% de los municipios Aragoneses tiene más del 25% de sus viviendas habitadas destinadas a segunda residencia, y que el 32% de los municipios destinan más de la mitad de la habitada a este fin.

Para atender a este consumidor, el sector constructivo ha desplegado su potencial en los últimos años, ya sea en el terreno de la nueva construcción, ya sea en el de la rehabilitación. Así, por ejemplo, se han puesto en pie grandes áreas residenciales en las zonas esquiabiles o entornos privilegiados como el Pirineo oscense o la sierra turolense de Gúdar que reproducen estructuras y esquemas similares a los planteamientos constructivos y espaciales en el litoral, inspirados en el productivismo. La línea de acción paralela y contrapuesta es la remodelación o restauración de las «casas de siempre». Aunque ambas responden a requerimientos diferentes de los consumidores, en general puede decirse que la segunda residencia hoy es un signo de distinción; al menos tal y como se viene construyendo socialmente.

Desde hace diez o quince años podemos encontrar en las librerías y kioscos un tipo de publicaciones minoritarias, pero que despiertan gran interés,³ y que trasladan a la perfección escenarios que pretenden representar lo que vivir en el campo encarna.

A finales de 2004, la publicación *Casa y Campo*, una de las más seguidas en España por este tipo de consumidor de clase acomodada o aspirante a serlo, celebraba, con su número 121, el décimo aniversario de su nacimiento, con titulares en su portada como «Las casas más bonitas», «Las diez claves del estilo rústico», «Los 10 muebles populares más buscados», «Las diez rutas más tentadoras», «Los 10 mejores paisajistas, decoradores, artesanos, tiendas, anticuarios...». Todo un marco informativo que pone al alcance de quien se lo pueda permitir la escenografía con la que decorar sus sueños. En su editorial de celebración, unas palabras ilustrativas:

Apostamos desde el principio por una fórmula, por un estilo que hoy se ha convertido en una de las corrientes sociales más vigorosas de nuestros días: la pasión por la vida natural, el auge creciente por la recuperación de nuestro patrimonio rural y nuestras tradiciones. Lo nuestro han sido y siguen siendo las casas de pueblo, las masías, los cortijos, las casonas, las viejas construcciones campesinas. El primor de las restauraciones respetuosas, y la decoración que rinde culto al sabor de lo antiguo, pero abraza la frescura y el dinamismo de lo nuevo. Lo nuestro son los árboles, las flores, las trepadoras, los jardines formales y agrestes. Todos los jardines. Lo nuestro es llegar al kiosco cada mes con las últimas ideas para que tú, fiel lector, disfrutes de la vida lejos de la ciudad con la autenticidad que buscas, pero sin renunciar a ninguna de las comodidades de nuestro tiempo. Estamos dispuestos a seguir siendo tu revista favorita. Líderes en nuestro campo.

3 Alrededor de un 10% de los consumidores las compran, según la SGAE (2000).

Esta escenografía refuerza las señas de identidad de la «casa rural» con la elección por miradas expertas de una serie de elementos relevantes que lo diferencian, que le dan su esencia y que no permiten excepciones a los cánones predeterminados: fachada de piedra, tejas de barro, vigas de madera, suelos de barro y de madera, las paredes irregulares, los portones y las rejas, puertas y ventanas de madera, azulejos artesanales, muebles de obra y chimenea. De esta manera, «su casa —sugieren—, su segunda residencia, será el escenario perfecto para escapar o para exhibirse con garantías de éxito».

Todo un mensaje reforzado y apoyado por personajes famosos, políticos, escritores, toreros, artistas, o periodistas que en cada número presentan su rincón añorado, su lugar de escape bajo fórmulas como «lo autóctono y lo acogedor», «el lujo pobre», «el rústico racional».

Es lógico, pues, que las industrias para el consumo de culturas rurales se hayan multiplicado notablemente en los últimos años: antigüedades, artesanos, decoradores, derribos, constructoras, equipamientos, tiendas... Todo dispuesto para la creación de ambientes de ensueño que no saciarán, sin embargo, el ansia bulímica de huida y distinción.

6.1.2. El precio de los sueños

Los productos culturales solo cobran valor (y parte de su sentido) en relación con un mercado caracterizado por una ley particular de formación de precios. En el juego interactúan fuerzas que intercambian criterios de apreciación que determinan el valor de dicho producto.

Durante el trabajo de campo en la zona de la sierra de Javalambre presencié una compraventa interesante.

La tasación de la propiedad que iba a ser puesta en venta, realizada por el técnico a petición del propietario de un solar con una vieja vivienda, fue incrementada, a sugerencia igualmente de los albañiles consultados, en casi el doble del valor estimado. De ese modo, el precio en que se fijaban las expectativas del vendedor duplicaba el valor que los propios albañiles de la zona atribuían al objeto de intercambio.

Dubitativo y expectante, sin confiar excesivamente en la posible venta, puso su propiedad en el mercado, y esta fue adquirida prontamente.

El comprador, sin previa negociación, presa posiblemente de sus propios anhelos y ansias, ofreció la cantidad que estaba dispuesto a pagar por ver sus sueños cumplidos. Su sueño valía para él tres veces más de lo que el propietario hubiese esperado, y cinco veces más de lo que los albañiles hubieran estimado.

Tras la adquisición, la compraventa fue motivo de conversación entre los vecinos durante unos meses: la fortuna del antiguo propietario, el desconcierto de los tasadores, la «ingenuidad» del comprador y el temor de la población local al despegue incontrolado de los precios en la zona. «Es que no me lo puedo explicar», «Yo no lo entiendo», «Esto parece que no toca techo», «Algún día se tiene que acabar esto», «Sí, pero lo mismo decíamos hace unos años» eran expresiones que se barajaban en las conversaciones del bar a raíz de esta venta. Contaban en ese mismo foro que el comprador dijo, al ser instado por algún vecino extrañado, que la «casa» que había comprado era lo que siempre había estado buscando, era lo que quería desde hacía tiempo y por fin lo había obtenido. Quizás puede intuirse que la satisfacción inicial irá minimizándose cuando con el tiempo sopese el proceso (o quizás su adquisición se revalorice más, si cabe...); pero, mientras tanto, seguía manifestando que había podido pagar sus propios «sueños».

Lo relatado no es un suceso aislado ni nuevo; esto viene observándose en los pueblos de Aragón con ciertas particularidades desde hace varias décadas. Se trata de un fenómeno creciente que incorpora y suma, cada vez más, todos los ingredientes interpretativos propios y vinculados a dos tipos de lógicas, la de mercado y consumo y la simbólica o de los sentidos: la raigambre, la nostalgia, el retorno a lo propio, la identidad.

Volvamos a nuestros protagonistas. ¿Qué se ponía en venta?

Para los albañiles locales se trataba de unos pocos metros cuadrados con un pequeño «chamizo» que sería mejor tirar para volver a construir en su lugar una casa nueva y cómoda (complicado, por otro lado, en una aldea cuasiabandonada hace décadas).

Para la gente de los pueblos y aldeas circundantes estaba en venta un terreno con un pajar en la peor aldea del municipio, donde apenas hay nadie, no pasa nada y en donde se carece de muchos servicios.

El primer propietario tenía en estima lo que había sido suyo (valor sentimental); pero, aun así, su ubicación, la inexistencia de servicios y el

estado se semirruina en la que se encontraba la propiedad incorporaban cierta incertidumbre y duda acerca de una venta productiva.

Esta situación se ha repetido en numerosas ocasiones en las últimas décadas. Cuando una nueva propiedad se tasa y pone en venta con un precio bastante más elevado, los vecinos vuelven a sorprenderse del precio solicitado, y con escepticismo vaticinan su imposible venta; y nuevamente aparece un comprador urbano que supera las propias expectativas, dejando al vecindario en la incredulidad y sorpresa una vez más. Estos temen la subida imparable de los precios ante la visión repetida de que la estimación de lo rural (sometido a una infravaloración interna y externa hace unas décadas) se multiplica, encontrando un mercado al que no accederían o no pueden acceder los lugareños, pero en el que tienen un hueco asegurado otro tipo de consumidores.

Esta subida en los precios es el germen de una cuasiconfrontación que se materializará en la lucha por el espacio, por las casas y por los solares.

Salta al relato nuevamente el cuestionamiento acerca de la política de desarrollo, planteando una pregunta aparentemente irresoluble: ¿asentamiento o mantenimiento?

Es muy difícil encontrar casa; ese es el principal escollo para repoblar un sitio que está muy despoblado. Están las casas vacías, pero ni venden ni alquilan; y luego, pues a lo mejor, ruinas que son de varios y no se ponen de acuerdo y está bloqueado por años. Otros prefieren que se caiga la casa a que alguien viva en ella... Es muy complicado, y las pocas casas que salen, salen carísimas. Vamos, que estamos un poco rebotados con el tema de la despoblación, pero luego no se facilitan las cosas realmente, ¿no? Quieren que venga gente, y luego vienes aquí y muchos te tratan muy mal, la verdad, te hacen sentir muy mal y no está nada fácil lo de conseguir una vivienda, aunque tengas dinero, es que no hay. (Nuevo asentado)

Indiscutiblemente, el proceso pasa por la definición del proyecto de futuro y de opciones plausibles para cada municipio que conjuguen intereses de los diferentes colectivos, lo cual es, en teoría, fácil de plantear.

Sin duda, existen comportamientos en los consumidores que pueden distorsionar su sensibilidad respecto al precio de los productos consumidos; ejemplos pueden ser la inercia, el deseo de imitación, la intención de distinguirse, la falta de información o la rigidez en la adaptación (el consumidor no siempre es económicamente racional).

Hay mucha demanda en todos estos pueblos. Piensan en comparación, que la casa, por muy cara que le salga, siempre es barata aquí. Por regla general, la gente quiere venir a toda costa, aunque muchos no tienen nada que ver con la zona. No es una cuestión de raíces. Yo creo que es por cuestiones de inversión. Porque con esta inversión van cierto tipo de garantías, como descanso, relajo, naturaleza, excursiones. Son circunstancias que a la gente de fuera le llama hoy: reunión con los amigos. Todo eso tiene todo un atractivo, y por ese atractivo es el que la gente esta dispuesta a sacrificar y pagar. La gente antes iba a las playas y disfrutaba; y ahora ya no disfruta tanto de las playas, ahora disfruta de otro tipo de convencionalismos, como es el vivir con la gente, entre el pueblo. (Secretario de ayuntamiento)

Lo que no puede negarse es que el proceso de revalorización de los pueblos, más de algunas zonas en concreto, ha contribuido a subrayar una problemática latente que emerge en mayor grado en las zonas de atractivo turístico donde el porcentaje de segunda vivienda es mayor.

Las viviendas secundarias se han convertido hoy en lugares para evocar pasado, un pasado hecho a medida del dueño, algo así como museos visitables; eso sí, por círculos restringidos, cumpliendo con muchas de las propiedades vinculadas al patrimonio (Mairal, en González Alcantud, 2003: 65).

Con la contemporaneidad, los burgueses enriquecidos pudieron aspirar a poseer grandes obras artísticas que solo habían coleccionado los grandes, monarcas, nobles o dignatarios eclesiásticos. Las imágenes realizadas por pintores propios de renombre decoraron sus casas a la manera de los aristócratas. Ahora la misma clase social acomodada y enriquecida imita la posesión de casas de campo y decora con los nuevos objetos patrimonializados viviendas que quizás apenas disfrutará, pero de la que se vanagloria ante sus visitas. Las bellas artes dan también aquí paso a lo etnológico, pero no cualquier objeto valdrá, como venimos diciendo.

La vivienda debe evocar el pasado, es decir mantener estructura, estética y materiales propios de un tiempo histórico lejano. Su historicidad es así un rasgo que delimita su valor, directamente relacionado con su autenticidad. Sin embargo, la autenticidad no es una propiedad que distingue o da prestigio en exclusividad, dado que lo auténtico, cuando a viviendas se refiere, no proporciona las comodidades propias de la actualidad. Debe estar autenticada en su rehabilitación por expertos, adscribiéndose fielmente a unos cánones establecidos. Y al igual que cualquier otro tipo de patrimonio, tiene su razón de ser en la exhibición.

6.1.3. La construcción diferencial de los lugares con encanto y el turismo rural

La proximidad espacial ha caracterizado el tipo de flujos estacionales que veníamos presenciando y que han variado conforme se mejoraban las infraestructuras, de modo que consumidores alejados de Aragón, como los madrileños para el oeste, los catalanes para el este y los valencianos para el sur, han ido incorporándose al mercado; lo mismo cabe decir de los extranjeros, europeos con alta capacidad adquisitiva que compatibilizan sus trabajos con estancias más o menos prolongadas en entornos cuasiabandonados donde adquieren propiedades en peor o mejor estado de conservación.

El turismo⁴ entendido como el desplazamiento fuera del domicilio habitual inspirado por una motivación de ocio (esparcimiento o cultura) existe hace muchos siglos; no obstante, hay que entender la diferencia de función y significado.⁵ El turismo se convierte en un objetivo en sí mismo en el que el ocio revierte en explotación cuasi industrial, teniendo un importante papel como factor potenciador del desarrollo socioeconómico de la zona receptora. Parece justificarse en una sociedad urbanizada, estresante y monótona en la que él encarna la ruptura de la vida diaria, la opción de una vida distinta y sus positivos efectos en la recuperación física y mental para los que lo disfrutan. Así se van gestando los discursos explicativos del proceso.

4 En el marco más amplio de la sociedad occidental, el cambio en el sector del turismo, tal y como lo concebimos actualmente, se produce tras la Segunda Guerra Mundial gracias a una serie de factores determinantes que lo posibilitan: facilidad de desplazamientos, incremento del tiempo libre, existencia de clases medias con poder adquisitivo, diferencias geoeconómicas y, finalmente, la revolución de las telecomunicaciones y los medios de comunicación de masas que contribuyen a convertir la realidad en espectáculo y artículo de consumo, en una realidad virtual (a veces excesivamente) que reclama esencialmente el turismo cultural (Prats, 1997: 40). En España no se empiezan a vislumbrar esas condiciones facilitadoras del turismo de masas actual hasta la década de los sesenta. Por estas fechas, coincidiendo con la aparición de una clientela masiva capaz de disponer de ahorro, excedentes y tiempo libre para dedicarse al ocio, con vacaciones pagadas, la diversión y el placer aparecen como atributos paralelamente asociados con el turismo y se extienden a capas sociales más extensas, y sobre todo a aquellos que desarrollan sus actividades en concentraciones urbanas industrializadas.

5 Con antelación había visitado nuestra comunidad un turismo privilegiado que perseguía objetivos como el aumento de la erudición, los deseos de prestigio (piénsese en los balnearios) o la aventura.

Desde los años ochenta se empezó a hablar de «destinos de interior», nuevos productos para nuevos consumidores. La cultura y lo rural forman parte de esa nueva oferta que incorpora denominaciones como el turismo cultural, el turismo rural u otras, vinculadas también a este contexto, como el ecoturismo, el turismo deportivo y de aventura o, más recientemente, el agroturismo.

No se puede decir por ello que las áreas de interior no han sido objeto de actividad turística desde sus inicios. Las excursiones por la montaña y la estancia en los balnearios son dos ejemplos claros de objetos de deseo de la población urbana acomodada desde hace décadas. Los «sitios históricos» (primera figura de protección aplicada en Europa) ya conjugaban las dimensiones (cultural y natural) que han inspirado en Aragón la idea de parque cultural; aunque, obviamente, las significaciones subyacentes eran otras: básicamente, estéticas.

En los años sesenta surgían las primeras iniciativas para resaltar el carácter distintivo de las comunidades españolas. En Aragón empiezan a aparecer publicaciones que resaltan la belleza y atractivo histórico, artístico, natural y cultural de muchos de los rincones desconocidos de sus pueblos. No obstante, la promoción ha sido discreta, aislada y muy centrada en determinados lugares hasta muy recientemente; y excepto en áreas muy localizadas, no ha existido una oferta turística articulada que permitiera su introducción en los circuitos permanentes. La construcción generalizada de las localidades rurales como escenarios de encanto o disfrute será posterior.⁶

El turismo rural se ha desarrollado en España sobre todo a partir de los noventa, con claro retraso con respecto a otros países como Francia, Austria o Suiza, en donde ya se fomentaba el sector a través de políticas de apoyo desde los años cincuenta y sesenta. Igualmente, cabe decir que su

6 Por ejemplo, en la provincia de Teruel, Montes Universales, Maestrazgo, Gúdar y Javalambre, por un lado, y Teruel y Alcañiz, por otro, habían sido visitados sin la intervención de agentes inductores del sector turístico. Otros recursos estacionales (caza, pesca, Semana Santa y fiestas patronales) habían sido otros tradicionales atractivos. De ahí se pasaría a otras iniciativas como, por ejemplo, la recuperación de antiguos pueblos abandonados por la construcción de embalses en Huesca, ahora en el marco de una lógica de ocupación espacial sustentada sobre criterios recreativos: Lanuza y Búbal, en el río Gallego, o Morillo de Tou y Liguarre, en el río Cinca.

desarrollo espacial está claramente relacionado con el concepto de ruralidad y el mito de la montaña, como así lo explica su distribución en España.⁷

La ubicación del propio territorio y la capacidad emisora de las grandes concentraciones urbanas situadas en radios asequibles favorecen estos movimientos que se vinculan con la experiencia turística, y esta, a su vez, con la emancipación del confinamiento de lo cotidiano y el salto a un espacio-tiempo no ordinario.

Pero la ruralidad de la montaña va unida a la oferta de otros productos culturales y naturales que incorporan la posibilidad de práctica deportiva, como montañismo o esquí en todas sus modalidades. No se termina ahí el diseño de las mercancías de consumo de culturas rurales, puesto que se tiende al redescubrimiento de una gama inmensa de «valores», como la media montaña y todos sus recursos: barranquismo, deportes aéreos, espeleología, rallis 4x4, etcétera. El tradicional excursionismo se rediseña y se convierte en senderismo, deportes en la nieve o paseos a caballo. Preferencias urbanas llevan a convertir a la montaña y lo rural en un parque de atracciones y de ocio ecológico inmenso y aparentemente inagotable.

El espacio rural aragonés, en general, había sido poco explotado para el ocio y el turismo, careciendo de estrategias de desarrollo y de políticas de gestión del territorio hasta las últimas décadas. Pero este panorama ha cambiado radicalmente. Los objetivos de la política europea y la financiación de proyectos con fondos europeos, la implantación de las políticas de desarrollo y el actual proceso de comarcalización marcan algunas claves para entender el despegue de los planes comarcales de dinamización turística, por ejemplo; y con ello, el cambio de imagen y de identidad de lo rural aragonés.⁸

7 En el caso aragonés, la montaña oscense ejerce un claro tropismo con respecto a la capital zaragozana, e incluso Madrid, mientras que la turolense lo ejerce con respecto a la zona valenciana y el litoral mediterráneo. Los catalanes se aproximan al Maestrazgo y al Matarraña. La vinculación ruralidad/montaña es clara, al menos en Huesca. El uso del concepto de montaña no es tan claro en el caso de Teruel, que, sin embargo, supera en la mayor parte de su territorio el umbral altimétrico de los seiscientos metros (el 80% del territorio aragonés). Solo en los últimos años se está utilizando este valor: la montaña como reclamo. Pero tiene que estar vinculada a otros valores, es decir no sirve cualquier montaña

8 Hay que considerar que el 95% del territorio aragonés acoge programas europeos de desarrollo rural (todas las comarcas, excepto la de Zaragoza).

Todos estos proyectos de desarrollo rural han puesto énfasis en la cuestión de la vivienda de turismo rural. Sin ser la única, esta modalidad (VTR) se ha convertido en la concreción espacial de un tipo de oferta que conlleva y connota una serie de valores que las dinámicas turísticas y de desarrollo de las comarcas rurales de Aragón han ido imprimiendo.

De hecho, la formación y consolidación de las asociaciones que aglutinan a la mayor parte de la oferta aragonesa puede considerarse como uno de los resultados objetivables de las inversiones realizadas en el medio rural a través de los fondos europeos; y en concreto, de los programas Leader. El mapa básico del asociacionismo de este tipo atiende precisamente a zonas en que se han implantado dichos programas.⁹ En cada una de estas zonas, la generación de la asociación correspondiente ha permitido imprimir cierta estructuración en un sector que aglutinó iniciativas puntuales gracias a la política de subvención y que, todo sea dicho, permitió ofertar alojamiento en localidades sin infraestructura turística y hotelera.

Por otra parte, con el proceso de comarcalización se han impulsado de forma generalizada los planes de dinamización turística en algunas áreas que apenas habían abordado la cuestión del turismo. Ahora se encuentran con otra serie de problemas.

El turismo rural como actividad empresarial ha avivado también el conflicto entre propietarios y los hosteleros a propósito de la fiscalidad, dado que los primeros no están obligados a pagar el impuesto de actividades económicas, ni IVA ni Seguridad Social. Lo que para unos es una actividad complementaria que permite participar en la dinamización de las zonas rurales, para otros es competencia desleal que complica su pervivencia. Por otro lado, desde su inicio se ha cuestionado la profesionalidad de los empresarios y propietarios, se ha puesto de manifiesto la debilidad de los canales de información y las dificultades de comercialización exterior al no existir un producto homogéneo en el ámbito nacional o autonómi-

9 La situación en Huesca es un tanto diferente, puesto que existía un desarrollo previo que ha permitido la oferta de productos integrales e integrados en un territorio que se muestra de forma compacta. Esta estrategia refuerza la posibilidad de que el consumidor, en muchos casos predestinado a la confusión, identifique claramente el tipo de producto que va a consumir, resumido en la palabra *Pirineo*. La política de territorialización y parcialización turolense se muestra, en ese sentido, más diversificada.

co y, finalmente, se ha llamado la atención sobre la escasa calidad del servicio.¹⁰

Sin embargo, la población ha entendido perfectamente la dinámica de la espectacularización. La misma dinámica de mercado: se vende todo. Con ello se participa en la asunción de ese nuevo rol, que venimos caracterizando, en un escenario maquillado.

Pero cuando vienen los grupos de la ciudad aquí es porque vienen a buscar un entorno. Y eso lo vendemos nosotros también, a ver si me entiendes. Se vende, pero que nosotros nos implicamos un poco más. No en plan hotel. (Habitante, turismo rural)

No existía valor añadido en las viviendas viejas necesitadas de modernización en los años setenta y ochenta; no se descubrían en ellas valores estéticos ni tampoco inspiraban connotaciones culturales. Esas mismas casas, tras el proceso de embellecimiento y de transformación en los lugares en donde se apostó por un diseño más o menos fiel a la arquitectura popular, han generado precisamente resonancias culturales fuertes inexistentes en el pasado. Los dispositivos identitarios han mudado de aires al cambiar los espacios; se mantienen palacetes, casas solariegas y otras muchas casas que, tras su transformación, pasan a formar parte de la nueva imagen, del nuevo dispositivo integrador que identifica a la localidad.

La propia transformación en la mentalidad de los albañiles y constructores es un ejemplo de ello, del «esto no vale nada, mejor tirarlo todo» se pasó a la conservación de las fachadas, a lo que se llamó el *fachadismo*, muy presente en cascos históricos urbanos en los que únicamente se salvaguarda el cascarón, acabando con la estructura original interna. A ello le siguió la mentalización y aceptación de unos nuevos cánones que respetan «lo antiguo», incorporando, no obstante, comodidades modernas.

El mantenimiento de las casas familiares implicó en una determinada época una sensibilidad que trascendía en muchos casos la continuidad de una moda o la pretensión de impresionar a las visitas tras la rehabilitación;

10 Plan de Calidad para Casas Rurales, puesto en marcha por la Secretaría del Estado en 1997.

se hallaba entonces la vivencia de una historicidad callada y generalmente poco protagonista. Ahora, en muchas localidades, aquella actitud ha permitido revalorizar su patrimonio, y con ello aparecen nuevas identidades. Y ahí se ha descubierto una potencialidad de los entornos rurales y del fenómeno del turismo rural. Forma parte de la posible oferta que incorporar, a la que se unen los espacios evocadores y la proximidad con el entorno natural.

6.1.4. El consumidor de cultura rural

Las múltiples caras del consumidor rural nos las van mostrando los interlocutores locales.

Es verdad que se vende todo para que la gente no piense, porque pensar ya es un esfuerzo. La mayoría de la gente tiene un trabajo de tal a tal, llega a casa, ve la televisión y se acuesta; y cuando están de vacaciones, el hecho de tener tantas horas para no hacer nada tiene que ser horrible. Se les rompe el esquema; entonces por eso paga unas vacaciones que les cuestan un pastón, pero tienen multiaventura. ¡Ojo, aventura pero controlada! Y que no les pique una avispa, porque pedirán responsabilidades. (Habitante, empresario)

Son gente de clase media que ya busca algo más. No busca lo de siempre, busca la diferencia a buen precio. (Habitante, turismo rural)

Las razones que explicitan los consumidores o turistas en esos entornos a los que se desplazan en vacaciones o en fines de semana están relacionadas con la posesión de una vivienda (casas de familiares o segunda vivienda), la tranquilidad y el reposo, la visita de familiares y amigos, precios baratos, los atractivos del lugar, el aire puro y no contaminado, el disfrute del silencio, de la naturaleza, el reencuentro con experiencias vitales pasadas (recuerdos, raíces o infancia), la dedicación de tiempo para sí mismo y el autorreencuentro, el descubrimiento de otras culturas, la creatividad estética, las emociones y el confort de lo no masificado; a estos se unen otros, pero de menor significación: los atractivos gastronómicos, folclóricos o monumentales.

Nos encontramos con que lo que se aprecia es precisamente la «no cultura», el «no ruido», «el no agobio», la negación de lo que lo urbano implica. Y todo ello se enmarca bajo la denominación de «calidad de vida rural».

Así, el mayor exponente del consumidor de culturas rurales es el que se ha denominado desde los años noventa, *turista rural*,¹¹ perfectamente catalogado y tipificado. Suele decirse que el consumidor en España es muy diferente al de países como Reino Unido, Irlanda o Francia, en donde existe mayor experiencia en este terreno. Y lo cierto es que la experiencia de los años setenta de rehabilitación de casas de labranza y la permanencia de los veraneantes durante las vacaciones en las casas de sus padres o en otras alquiladas anualmente es la única en España hasta la década de los noventa.

Esta corriente que pone de moda «lo rural» se vincula a dinámicas como el proceso de conquista de la sociedad urbana respecto a los espacios que la rodean. Ya colmatadas las áreas periurbanas, ahora se traslada el horizonte hacia entornos que aseguren la eficacia de la «huida». Por otro lado, la cultura rural, denostada tradicionalmente, reposaba adormecida en una parte importante de la población, cuya generación anterior segó las raíces que la vinculaban a este entorno: la reivindicación de posesión «ancestral» se materializa.

Mientras, en la mayoría de los pueblos se observa un retroceso demográfico a la par que una frenética actividad constructora y de dotación de infraestructuras y de equipamientos culturales y recreativos. Presenciamos además el crecimiento del número de familias con rentas complementarias (muchas de ellas libres de impuestos) vinculadas a la revalorización de productos turísticos (turismo rural y turismo cultural).

En las últimas décadas se está tomando conciencia de la importancia que el turismo cultural tiene para los territorios, importancia que se traduce tanto en términos monetarios como en otros aspectos más difíciles de contabilizar, como la imagen, el prestigio o el despertar de inquietudes culturales y sociales, motivadas en parte por la presencia de los flujos turísticos. Pero quienes realmente van a decidir el éxito de cualquier iniciativa en turismo cultural son su público y la población anfitriona, y su valoración estará condicionada no solo por criterios estéticos (la belleza de lo visitado), sino también por muchos otros aspectos, como el grado en que ha sido capaz de despertar interés aquello que se ha visto y se posee.

11 *Turismo rural*, definido como «la actividad turística que se desarrolla en el medio rural y cuya motivación principal es la búsqueda de atractivos turísticos asociados al descanso, paisaje, cultura tradicional y huída de la masificación». (Pedreño Muñoz, 1996: 143).

La gente viene por turismo y por hechos puntuales, y, por ejemplo, la venida del príncipe y los dos meses de después fueron desbordantes; y para qué gastarnos dinero en una página del *Heraldo*... fue la mejor publicidad que se le pudo dar a este pueblo. (Alcalde)

En el territorio se va asumiendo, según los dictados de los expertos, que las expectativas de este tipo de turismo, en general exigente y deseoso de calidad, deben ser tenidas en cuenta. Por tanto, no es azaroso pensar que en el proceso por el que se diseña la oferta cultural en los entornos rurales que pueden visitarse, la mercancía cultural está debidamente pensada obedeciendo a las lógicas que también determinan los que visitan las localidades.

En este marco mental y social descrito en el que se integra el fenómeno del turismo cultural, las tres circunstancias que se han atendido con anterioridad, política europea, políticas de desarrollo y comarcalización, han contribuido a la colonización urbana del medio rural con una clara usurpación de la capacidad de gestión del territorio a los colectivos locales, transfiriéndose la capacidad de decisión a tecnócratas exógenos, en parte por la propia incapacidad de las localidades para aportar los recursos humanos suficientes. El proceso de desposesión y enajenación es acentuado y hace pensar sobre la eficacia de todas estas «intervenciones» cuya continuidad parece ser incuestionable.

Asimismo, se traslada como incuestionable la existencia de un mercado para el consumo de culturas rurales, se muestra como incuestionable la moda y la demanda, y además se plantea con el mismo rango de incuestionabilidad la necesidad de buscar estrategias de desarrollo y supervivencia de un medio heterogéneo que, en general, es incapaz de integrarse en los circuitos de las actividades secundarias y terciarias.

Finalmente, se ha aceptado como incuestionable que los pilares básicos del desarrollo territorial en estos momentos pasan por la valoración de la cultura rural, el impulso de una política municipal comprometida con los valores locales, la potenciación del asociacionismo y la apertura a las innovaciones tecnológicas.

En este marco de heterogeneidad homogeneizada uno se pregunta acerca del margen de elección, si es que existe, que pueden tener los colectivos y las comunidades a la hora de redefinirse identitariamente en los nuevos escenarios conformados.

Porque si atendemos a la definición de cultura dada por la Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales, celebrada en México en 1982, absolutamente todos los pueblos aragoneses integran de igual modo el patrimonio cultural de este territorio; sin embargo, no todas las localidades aparecen en los inventarios, reciben fondos públicos para su desarrollo, se enmarcan en redes o se promocionan. La carrera empezó hace unos años, y todos los pueblos se han lanzado a diseñar paquetes turísticos y culturales. En el discurrir de esta van configurando nuevos referentes identitarios y nuevas maneras de entenderse en el espacio que ocupan.

6.2. Escenografías¹² y escenógrafos de lo rural

Las calles, la plaza y los edificios no hacían un pueblo. A un pueblo lo hacían sus hombres y su historia.

Miguel Delibes, *El camino*

Para, quizás, continuar: y al pueblo lo rehicieron las calles, plaza, y edificios tras haber sido rediseñados por un hombre.

6.2.1. Escenografías del «buen gusto»

Ascendiendo junto al río, en la entraña de la comarca, el acceso es quebrado y dificultoso, la carretera juguetea con los barrancos que el río ha ido formando en la sierra. El viaje regala imágenes en tonos verdes, recuerdos y puentes adaptados ya al paisaje a puro del paso de siglos. La inexistencia de cultivos ha permitido un monte arbolado y extenso; esa misma inexistencia de cultivos o cultivadores forma parte de la más sencilla explicación que en el pueblo te ofrecen cuando se empieza a hablar de la vida aquí. En el pueblo, nos dirán, «todos somos propietarios de nosotros mismos, somos autónomos, carpinteros, fontaneros, electricistas, albañiles, hosteleros, artesanos y artistas».

12 La escenografía «re-presenta» situaciones de la realidad, es un simulacro del espacio cotidiano en una coordenada temporal determinada.

Una vez en el pueblo, el desarrollo turístico se muestra en las edificaciones más actuales aledañas al casco urbano antiguo, que se extiende desde los dos portales al curso del río. Promociones de viviendas que tratan de preservar ciertos criterios estéticos al uso, hoteles y la muestra del sustento económico de la localidad: talleres de forja, de carpintería o la gasolinera. Este es, para algunos paisanos de la provincia, un pueblo de esos «con estrella». De su seno han salido artistas y personalidades ilustres, y bajo su cielo se ha acogido a visitantes siempre influyentes que no han parado de acudir. Podría decirse que los lugareños están acostumbrados a ver pasear por sus calles a extraños famosos, de renombre, a políticos de unos y otros signos, a artistas encumbrados y a aspirantes a artistas recién iniciados. Todos bien recibidos por una gente que rápidamente acoge; un pueblo cuyo pálpito se capta nada más iniciar una conversación. Aquí se ha asumido la nueva identidad que hace unas décadas se empezó a crear de la mano de artistas y políticos locales, siempre bien posicionados, y personas con entusiasmo y arrojo, con importantes redes de apoyo próximas a núcleos centrales de decisión. La gente siguió a los líderes políticos, económicos y culturales cuando empezaron a ver las posibilidades; pero en general, como el sentido común enseña, guardando las distancias con las luchas por el protagonismo, el ascenso al poder, la autopropaganda en los cargos y las pugnas por controlar los destinos.

Al pueblo lo hizo su gente a lo largo de los siglos, aunque en la puesta en escena de la última mitad del siglo XX mucho tienen que ver unos pocos convecinos. Entre ellos, nuestro escenógrafo protagonista. El cambio de identidad se gestó bajo su tutela y orientación cuando, uno a uno, iba convenciendo a los vecinos de los criterios estéticos a aplicar. Y así, a través de él y de sus vecinos, conocimos cómo el pueblo cambió la imagen proyectada y su autoimagen.

Cuando solo tenía doce o catorce años, ya lo dije en el propio Ayuntamiento: había que quitar las paredes que cubrían el pequeño claustro. Más adelante empezamos a arreglar el Ayuntamiento. Conseguimos que el presidente de la Diputación, al que ya conocía, nos diese 300 000 pesetas [...]. Al ver los resultados llegaron otras 300 000, y luego otras 200 000. Con ese dinero arreglamos todo el Ayuntamiento. ¿Lo has visto? Buscamos y trajimos el suelo, pensamos en la carpintería, las lámparas...

El pueblo, tal y como está, es él. Y es que él te lo cuenta y lo vives, porque te cuenta cómo fue casa por casa: «Anda, fulanico, pues tú rasca esto

y pon allá». Iba la gente y le decía: «Oye, me vienen los gitanos y me compran esto». Y les contestaba: «Pues oye, chico, yo que tú no lo vendía; y si lo vendes, por tanto; y si lo vas a vender por eso, pues véndemelo a mí antes». Como ya la gente se cortaba, pues se animaba a arreglar, y ahora todos tan contentos. Ya ves, estéticamente todo lo que es este pueblo, es él. (Agente de desarrollo local)

El hecho de que a él, siendo encima de aquí, le haya hecho caso la gente y lo haya seguido, y de que hoy en día ellos sean los principales preocupados en mantener esto, eso tú no te lo encuentras en ningún sitio. (Técnico de turismo)

En tono jocoso y cálido le hablamos de su labor en el embellecimiento del pueblo; igualmente con tono burlón pero sincero sigue con su relato:

No lo digáis, pero todo es mío. Yo quité el mal gusto que había, como en cualquier pueblo. Gusto, gusto, gusto [...]. En general, mal gusto de siempre. Era el abandono de un pueblo que nadie miraba lo que tenía que hacer. Aquí está la mala suerte de que la economía es pobre, a pesar de los palacios. Bueno, la verdad que les hice hacer lo que yo quería. La gente no es que sea especial, pero una vez que teníamos la idea, fue fácil. A los albañiles, los primeros; y ahora, cuando van a poner un ladrillo feo me dicen: «Que quieren poner esto allí», y digo: «Yo no soy quien para decir que no, pero... decírselo al alcalde o a quien queráis...».

Al principio apenas hubo intervención institucional, y se impusieron la voluntad y los cánones estéticos que el escenógrafo iba diseñando para los espacios públicos. En un proceso que ahora se siente beneficioso y propio, que no deja de ser conducido pero que se presenta a simple vista como una victoria de lo instituyente sobre lo institucional. Con el paso de los años nacieron intereses enfrentados, personajes nuevos y nuevos criterios que amenazaban la estética del escenógrafo. Las ingerencias de otros escenógrafos, cualificados, con poder y prestigio, pero de «gusto» dudoso o falta de adaptación a los cánones preestablecidos, son consideradas innecesarias cuando no contraproducentes.

Así pues, su centralidad en la localidad no se limitó a diseñar espacios, diseñó historia y animó a su revalorización. Contribuyó a cristalizar parte de su memoria, a fijarla y, por lo tanto, a transformarla. Su labor está impresa en las calles, plazas y edificios, cambiando la imagen de la localidad y la autorrepresentación de sus gentes. El pueblo ha sido su gran obra.

6.2.2. La institucionalización de escenografías instituyentes

Nos asomamos después a otra localidad donde procesos similares destacaban; esta vez nos hablaron sobre todo de su recreación medieval: de su sociogénesis, de su institucionalización y de su languidecer.

En el noventa y tres empezamos [...]. Un año se hizo el toro jubillo, que es la forma antigua del toro embolado. Se inventaron los tederos esos para iluminar las calles y apagar los faroles. (Miembro de asociación cultural)

Presenciamos ahora un proceso animado por la propia gente a través de un asociacionismo con un alto grado de informalidad, capaz de despertar creativities emergentes.

Yo en mi casa lo había oído siempre; y luego colaboré dentro de la *asociación*, que era muy potente. La *asociación* se implicó mucho y dijimos: pues vamos a acompañarlo con una cena medieval. Consistía en unas llantas de hacer las comidas de la peña de todo el verano, pues costillas y patatas en adobo, y ¡hala! Llegaban las bandejas a la plaza y había comida para todos, y eso fue haciéndose la cena cada año un poco más grande y más organizada. Se llamaba cena medieval, no sé por qué, porque no se disfrazaba nadie. Yo engañaba a todos los que me traía de *fuera*: fiesta medieval y todos disfrazaos. Y así fue creciendo. Luego, el matarcerdo, que la gente que viene en verano no sabía cómo era, y la *asociación* empezó a organizar el matarcerdo también. Entonces ya se juntaba el toro, la cena, el matarcerdo y había ambientito. Y un año me metí de lleno en la asociación y empezamos a hacer un mercado medieval que, en principio, yo lo que quería era que salieran todos los artesanos del pueblo, todos hasta los que ya no trabajaban. Tenían que enseñar cómo se hacía, y se consiguió bastante. Siempre hay gente que no quiere salir, pero la mayoría participó, si no el primer año, el segundo se enganchó. Y ya todos los años no hacía falta ni recordárselo. Lo vivían como algo que lo tenían que hacer, y lo disfrutaban muchísimo. (Asociada impulsora)

En todo el proceso que nos han descrito hay rasgos de interés, como el sustrato tradicional y cultural esencial que es aportado por toda la comunidad al participar de una fiesta que va acumulando ingredientes «autóctonos», o al menos sentidos como propios. Obviamente estos elementos se encuentran en localidades que también se atribuyen la creación e innovación de prácticas luego reproducidas hasta la saciedad. En los que incorporan estas escenografías con posterioridad se encuentran, no obstante, otros argumentos justificativos diferentes.

Además del sustrato popular, festivo local y comunitario aparece nuevamente una figura que actúa como «ideólogo», como escenógrafo impulsor, que participa no solo directamente, sino también a través de allegados, hijos o amigos, infundiendo su idea original. Hallamos un escenógrafo que rediseña «ambientes» sumando referentes históricos esenciales que sirven de detonante y de legitimadores de la celebración: legitimación histórica de la puesta en escena, diseño de elementos que transporten en el tiempo, que aporten riqueza visual y espectacularización a la escenografía.

Había mucha ilusión y la gente se implicó mucho. Se trataba un poco de revivir los años de Pedro IV cuando dio el título de villa al pueblo. Se pintó incluso un Pedro IV para que ambientara la cena, para que durante la cena hubiera algo presente, histórico, algo que justificara esa fiesta. (Miembro de asociación cultural)

La puesta en escena requería igualmente de la fidelidad a ciertos cánones, a cierto estilismo definido por el escenógrafo.

Cogimos listados de artesanos, pero artesanos de verdad, no queríamos jipis. No queríamos la artesanía fácil, boba y vulgar de ahora, sino un artesano de verdad: un herrero, un carpintero, un alfarero, una mujer que hacía los asientos de anea, los que arreglaban los cántaros... Lo que sea, pero artesanías de verdad, auténticas, tradicionales... (Asociada impulsora)

La autenticidad, la historicidad y la diferencia son los criterios que valorizan la puesta en escena para los impulsores. Una diferencia legitimada y reforzada por el entorno. Al relato también se suma la necesidad de resaltar la unicidad frente a otras iniciativas similares y, sobre todo, la autoría.

Cuando nosotros lo estábamos ultimando el primer año, me enteré que en *otro pueblo* hacían un mercado medieval, y me sentó como un jarro de agua fría, porque por poco ya no éramos los primeros. Pasa eso, que enseguida te dicen: «¡Ah, lo copiáis!». (Miembro de asociación)

No obstante, existen argumentos legitimadores que incrementan el valor de lo propio frente lo ajeno.

Me he tragado mercados medievales de toda España. La compañía que arrancó con este tema por el norte de España era un grupo de gente que le pagabas y te montaba todo el decorado, te tiraba la paja por el suelo, cuatro trapos colgando por ahí y llevaba los mismos artesanos por todos los sitios.

Empezó con el camino de Santiago y se extendió por todo el norte, y fue bajando la moda. Nosotros no queríamos eso. (Impulsora)

La capacidad para abstraerse y excluirse de la tendencia generalizada es llamativa. Se reconoce como una moda, pero una moda que afecta a los demás, no a «nosotros», que lo sustentamos sobre bases de autenticidad, colectividad y tradicionalidad.

En cualquier caso, se trata de puestas en escena que van cambiando en su forma y contenido, en sus protagonistas y en las relaciones entre ellos. En este pueblo, varias décadas de dinamización desde la asociación dan paso a un declive coincidente con la «pérdida de ilusión», como nos relatan nuestros interlocutores, posiblemente vinculada igualmente a la falta de relevo generacional. En medio de ese vacío instituyente, nuevos protagonistas saltan a escena: las instituciones y los expertos.

Este año ha habido una novedad importante. Como la *asociación* ha desaparecido pues, el Ayuntamiento se ha visto en la necesidad, porque ya llevaba una trayectoria decadente, para abajo. Y para salir airoso, se ha visto en la necesidad de traer a gente de *fuera*, uno que ha enseñado danzas, otro que ha montado un teatro [lo nombra], que ha hecho el texto de un teatrillo que se ha hecho este año. Y aquí ha encontrado posiblemente su panacea: no veas el trabajo que le ha salido para el año que viene de guiones, y cosas... (Asociado impulsor)

El entusiasmo da paso al desencanto, y desde la nostalgia de la juventud se ve el presente de otra manera: un teatro. Es cierto que las finalidades son similares, pero por el camino se ha perdido a la comunidad que pasa a ser, en su mayoría, espectadora de la puesta en escena que en su día protagonizó.

Además conseguimos vestir a todo el pueblo. Pero este año, por ejemplo, ya no se ha vestido casi nadie. (Asociada)

La contratación de escenógrafos externos se presentó como una necesidad para las instituciones locales; así entraron en escena industrias culturales, historiadores legitimadores o actores y profesionales del teatro. La praxis autodirigida desde lo instituyente se torna contemplación ofertada por lo institucional, y una iniciativa en esencia *in-out* (gestada dentro de la comunidad y proyectada hacia fuera) empieza a cambiar de rumbo hacia lo *out-out* (experiencia diseñada desde y para los de fuera). La población se difumina nuevamente o se torna objeto decorativo.

6.2.3. Escenografías integradoras: la modernidad en escenarios rurales

En otro enclave geográfico, con un panorama demográfico y económico completamente diferente, un tejido industrial en despegue y un crecimiento moderado pero creciente, se puede tener la ocasión de bucear en el diseño de dispares escenografías.

Aquí la ruralidad se adorna con telas de modernidad y de innovación, pero también caben retoques históricos. Encontramos muchas similitudes con el caso anterior en el proceso de sociogénesis, pero argumentos y planteamientos diferentes; al fin y al cabo, el momento de inicio y los protagonistas son desiguales.

Al contrario que en la localidad anterior, en la que es el toro el que inicia todo un proceso de encadenamiento de actos para conformar la oferta, en esta, el referente identitario local que actúa como matriz es la feria; en torno a ella se conformará un «paquete festivo» que se va diversificando e incrementando, dirigido esencialmente a la propia localidad y al entorno próximo, que en la práctica no suele exceder los límites comarcales. La más reciente incorporación es también una recreación medieval que nuevamente busca su legitimación en la historia de la propia localidad, con el convencimiento de que realmente las bases históricas de otros lugares son cuestionables.

Aquí esto sí que tiene una base histórica, no es decir «vamos a hacer una recreación por hacerla». Hay una base histórica. (Alcalde)

No es una leyenda, no es inventada como en otros sitios. (Concejala de Cultura)

Difícil es encontrar una localidad que no asiente su puesta en escena sobre una supuesta fidelidad histórica; ello no quiere decir que no la haya, pero, obviamente, no estaremos hablando de los mismos procesos. Y la existencia de una base histórica legitimizada se combina con la necesidad de un legitimador; en este campo, los medievalistas suelen ser los expertos a los que se recurre.

Y entonces hablamos con X [historiador] y hablamos también con Y [historiador] y fuimos pensando cómo lo podíamos hacer. Todo está *inventao*, y siguiendo un poco lo que se está haciendo en otros sitios, empezamos a montarlo. Y claro, ya surge el tema de los trajes, de los personajes que había, de los que vinieron al pueblo, de que el arzobispo tal y el caballero cual. (Alcalde)

Obviamente, la reciente sociogénesis de la iniciativa impide la recurrencia a argumentos esgrimidos por informantes en la localidad anterior, como es el de la originalidad; en este caso, lejos de atribuirse el haber sido los primeros en la carrera, argumentan otro tipo de significaciones que justifican la recreación recurriendo a la necesidad de conocer la propia historia y los orígenes. Estamos ante un proceso institucionalmente definido que viene justificado por la intencionalidad de enseñar, conformar identidad y recordar los orígenes de la localidad.

El Ayuntamiento pensó que también sería bueno dar a conocer, para que la gente conozca la historia de *este pueblo*, porque al final es eso. Es que mucha gente no sabe nuestra historia. Era hacer una recreación de lo que fue la fundación de *la villa*. [...]. Y la gente, al verlo, dice: «Pues ¿quién es ese hombre?». Y así la gente se interesa, porque si no, no tiene ni idea de quien era este o el otro. De esta manera se saben nuestros orígenes. (Alcalde)

Efectivamente, la idea se gestó desde el Ayuntamiento, que en un corto periodo ha conseguido implicar a gran parte de la población.

La localidad tiene una clara vocación de economización de esfuerzos y se saca el máximo partido de la mayor parte de cursos (confección, por ejemplo), talleres (teatro, por ejemplo) o actividades culturales o formativas que se generan desde diversas instancias. Sumando esfuerzos y rentabilizando recursos se propuso una actividad que nadie puede dudar que en su segunda edición fue capaz de aglutinar a la mayor parte de la población.¹³

Es esta una escenografía sustentada en cánones diferentes, los del pragmatismo y la funcionalidad, los de la medición de la rentabilidad en términos de dinamización, promoción, mantenimiento de la «pulsión social», cohesión, modernización y mirada al futuro con entusiasmo y proyectos.

Es verdad que hay muchas ferias y mucha competencia. Las ferias cuestan mucho dinero y es uno de los temas delicados, porque mientras se reciben subvenciones de fuera y se paga todo, pues eso va; pero en el momento en el que se tiene que pagar uno todos los gastos, ya es más complicado [...]. Yo creo

13 Debe reflexionarse acerca de la capacidad de liderazgo político que ejercen las autoridades locales, puesto que, en muchos casos, el panorama cultural tiene mucho que ver con el posicionamiento y gestión de la corporación municipal, más en el caso de los pueblos pequeños.

que una feria, aunque sea una feria en cada municipio, puede ser interesante siempre que tenga algún atractivo, porque, si son todas iguales, no tiene ningún sentido [...]. Pero hay ferias especializadas... La nuestra viene un poco a raíz de la feria que había antaño, y por eso se plantea eso. Además, vimos que tampoco había ninguna otra por aquí en la que se hiciera esto precisamente. (Alcalde)

¿Finalidad? Pues esto hace un poco de todo. Aquí yo creo que se puede ir mucho más lejos con una cosa de estas... Si alguien aquí quisiera poner un taller de cerámica y decir: «Vamos a sacar una cerámica que se llame algo típico de aquí». Y se podría vender bastante. (Alcalde)

Así, pues, se trata de desarrollar, de comercializar, de rentabilizar y de progresar. Aquí lo rural se torna adaptación, innovación y modernización, intentando fundir ingredientes en una cultura híbrida que igual acepta lo tradicional que lo vanguardista.

Para ello se ha dado entrada a varios escenógrafos que han animado la creación de la imagen actual de la localidad. Los expertos puntuales han contribuido a diseñar puestas en escena determinadas: los historiadores, la recreación medieval; y el etnólogo y el párroco, el museo. Pero el escenógrafo que más influencia ha tenido en la conformación de una identidad renovada es, sin duda alguna, el artista. Él ha insuflado nuevos aires a través de la incorporación de elementos artísticos en sus calles: algunos toques estéticos de la contemporaneidad.

Habréis visto la escultura [...] Le da un aire de modernidad. Porque él [el artista] entiende que *este pueblo* tiene que ir un poco en esa línea. Que va hacia la modernidad y el progreso. Y digo: pues nos parece muy bien [ríe]. Se adecua a lo que es nuestra idea de lo que puede ser: un pueblo moderno. (Alcalde)

El artista abandonó la localidad, pero dejó su impronta en los espacios, y en los referentes identitarios renovados a partir de la idea de modernidad.¹⁴ La apuesta institucional de esta localidad combina conscientemente la hibridación de dos modelos cuyo encaje parece ser complejo: la mezcla de la «cultura popular» que ha caracterizado el entorno con la

14 El saluda que el alcalde incorporaba en la página web del Ayuntamiento es harto elocuente: «Queremos dar a conocer desde este sitio web la historia, los proyectos, la cultura, el patrimonio, los servicios públicos y demás aspectos que caracterizan a este pueblo [...]. Una tierra hermosa y exclusiva, que ha visto como a lo largo de los años se ha transformado en un pueblo moderno, preparado para el siglo XXI, y considerado todo un referente en la Comarca [...]».

apuesta por esa «modernidad» que se reclama como nuevo dispositivo identitario.¹⁵

Con el afán publicista, tan propio de esta sociedad espectacularizada, se recurre a tópicos manidos en la *ruralia*: hermosura y exclusividad.¹⁶ Pero no se deja escapar la oportunidad de incorporar dos referentes nuevos: modernidad y centralidad territorial. Y como si estos últimos no se pudieran desprender de la noción urbana, sorprendentemente, esta des-punta como una referencia interesante.

Ya sólo me queda desearles que este paseo virtual por nuestra ciudad les resulte de lo más agradable y sugerente, y les invito a visitar y descubrir esta tierra encantadora, siempre abierta al visitante y dispuesta a ofrecerle su cultura y su forma de ser. (Web, saluda del alcalde)

«Nuestro pueblo» es a la par «nuestra ciudad». Al leerlo, reflexionamos acerca de la propia ruralidad, de su redefinición o indefinición, de sus múltiples manifestaciones, de su inexistencia, de su hiperrealidad. En esta localidad, las políticas, especialmente la cultural, están imbuidas por los modelos urbanos culturales: biblioteca, museo, arte, danza, deportes minoritarios (esgrima, patinaje artístico, etc), escuela de música, y la aspiración de contar con un teatro.

Quizás es la incapacidad para buscar referentes espaciales vinculados con la ruralidad, o el cuestionamiento de la propia ruralidad, la que empujan en la búsqueda de nuevas estéticas que se adapten más al cambio socio-económico experimentado, desvinculado prácticamente de la agricultura.

Bueno, ahora ya, el concepto de pueblo, de agricultura, ya no... Ha cambiado por completo. Ahora es otra cosa, porque que vivan exclusivamente de eso pues ocho o diez, y puede que sean muchos. Todos están trabajando en alguna actividad comercial o industrial, o sea que ya somos otra cosa. (Alcalde)

15 Encontramos otros ejemplos en este sentido. La ruta de la alta Ribagorza tiene un eslogan similar: modelos urbanos en la alta Ribagorza. Véase la web de Huexpo.

16 Cuando, sin embargo, los discursos se contradicen ya que cualquier vecino en la localidad reconoce que no se trata de un pueblo «con encanto», y tampoco se pretende. «Aquí la asignatura pendiente a lo mejor es precisamente el adecentamiento y poner bonito el pueblo. Estos pueblos, al ser pueblos de paso, que han pasado unos y otros, no guarda estéticamente... Las calles son anchas y *desgarbao* el trazado. En un momento determinado hubo cierta capacidad económica para adecentar y para arreglar casas que en otros sitios no se tocaron, y el impacto obedece a que se arreglaron en una década en que se estaba en disposición de hacerlo. En fin, que son feos...» (concejal).

Sin la sombra del declive o la despoblación acechando, la memoria es de color vistoso y el recuerdo es alegre. Lo que ocurre en esta localidad nos sugiere que la memoria nos identifica y está para ser usada y rentabilizada socialmente; y parece traducirse. Los restos materiales de esa memoria han supuesto también la conformación de lugares para el recuerdo rural de la localidad. Su museo basado en una tarea distintiva de la zona, único en su temática, se gesta, como la mayoría de las iniciativas en esta localidad, con el impulso del Ayuntamiento; esta vez, incitado por la propuesta del experto y del párroco.

Lo del museo empieza hace más de veinte años. Esto surgió porque vino por aquí un etnólogo, y fue a hablar con el cura. Estuvieron hablando del tema. Él iba recogiendo fotografías, y surgió la idea del museo [...]. Y este etnólogo fue el que inició todo el tema de museo. La verdad es que entonces tampoco había una conciencia clara de para qué un museo si tenemos en casa todos de esto. Pero claro, en pocos años prácticamente ha desaparecido, y queda, pues, lo del museo. (Alcalde)

Se pone de manifiesto que la iniciativa emergió de observadores externos capaces de valorar los objetos que empezaban a entrar en desuso. La población local no encontró sentido en su día a la iniciativa, pero con el paso de los años fue adquiriendo forma y significación, lo cual impulsó la colaboración de la gente. Nuevamente, la conciencia de la pérdida media en el proceso.

Entre el cura y el etnólogo movilizaron a voluntarios, y así colaboró mucha gente para poder hacerlo; unos donaban y otros daban, por aquello de que le tienes cariño a los objetos, y decían: «Yo lo deajo, pero es mío». Y así se pudo llegar a montar. El hombre vino aquí al saber que esta era zona productora y de agricultura, y dijo: «Pues al cura y al Ayuntamiento». (Concejala de cultura)

Hoy, la localidad se siente orgullosa de su museo, que constituye sin duda un referente identitario. El Ayuntamiento sigue trabajando en nuevos dispositivos que mezclan la construcción de lugares de memoria.

Tenemos un problema, y es que no tenemos sitios, porque, si no, tendríamos otro museo de otras cosas, porque nos dejaron la maquinaria de madera y la de hacer las talegas, y la artesanía de mimbre. Y lo mismo con la fábrica de harinas, que también merecería la pena, o la de licor. (Concejala de cultura)

Recurriendo a la jerarquización de necesidades, en esta localidad el diseño de una cultura rural para consumo de los visitantes no es una cues-

tión de supervivencia; es una alternativa más, no desestimada por ello. Su posicionamiento territorial, su contexto demográfico y su línea política aportan seguridad ante el futuro. Su apuesta no es tanto el reaprovechamiento del pasado como la diversificación y utilización rentable de cualquier propuesta. Ante la ausencia de patrimonio destacable, se hace necesaria la reactivación o invención de otros referentes.

Este no es un pueblo de turismo. Pero de turismo estamos trabajando en un asunto importante y curioso. Nosotros aquí trabajamos otra cosa diferente al tema patrimonial dirigido al turismo. Nosotros aquí vamos más al ocio, al ocio cultural dirigido al turismo, y nos están haciendo un trabajo para montar algo desde aquí. Queremos montar algo para enseñar lo patrimonial que tenemos alrededor, para que la gente pueda ir a ver eso; porque nosotros tenemos infraestructura y pasa muchísima gente. (Alcalde)

Su actual apuesta, desde su nueva identidad, pasa por facilitar la infraestructura para el consumo de las culturas rurales y el patrimonio de la comarca.

6.2.4. Escenografías transformadoras: de la memoria al patrimonio

La proliferación de los museos en el territorio rural en la década de los ochenta y noventa respondía en parte a la necesidad de poner en pie una memoria que validaba identidades emergentes, pero también que alejaba mundos extintos.

Los museos etnográficos locales en los pequeños pueblos no hicieron sino copiar la esencia museística de los museos urbanos: lo recogido confería valor al objeto y a la cultura que representaba, de modo que así se legitimaba una cultura a punto de desaparecer y era la plataforma para la invención de nuevas tradiciones.

El papel de la gente de los pueblos en la creación de estos museos etnográficos fue esencial, aunque, sin duda alguna, la mira del experto ha estado presente de una manera u otra para legitimar, validar y, al fin y al cabo, dar la forma material y espacial autorizada que permitiera convertir un lugar de la memoria en algo más: un bien patrimonial.

La apropiación de la identidad cultural y la memoria colectiva cristalizada en espacios y objetos por parte de la comunidad tiene mucho que

ver con la sociogénesis de los museos; es decir, con la propia conformación de estas iniciativas. Por toda la geografía nos pueden hablar de las iniciativas animadas por maestros, curas o una serie de personajes expertos que van surgiendo. Después, las asociaciones, que emergían a menudo de grupos de amigos con inquietudes similares, impulsaban creatividades, alentados generalmente por las miradas ajenas y cuasiexpertas. Ya en los noventa será la clase política la que cogerá las riendas, y así el patrimonio y las políticas turísticas se darán la mano. Los discursos agónicos en el medio rural empiezan a incorporar pinceladas de colores, y la deriva políticoeconómica aragonesa, además de estar sometida al influjo de la política francesa y catalana, mucho más avanzada en materia patrimonial, acabará incorporando igualmente la comunión de identidad local con proyectos económicos.

La idea omnipresente de la potenciación de los recursos endógenos como principios inspiradores de las políticas de desarrollo local empujará a un proceso percibido como el único posible (y, como tal, desbordante) cual es el de patrimonialización. «Todo o cualquier cosa» es susceptible de patrimonializarse; eso sí, bajo la autorización legitimada de expertos.

Si no hay pinos, tendrás piedras; si no, restos romanos o leyendas medievales. Todo vale. Hay que espabilar. (Alcalde)

Aunque la patrimonialización experta no siempre ha supuesto el éxito entre la gente, si atendemos al grado de apropiación por parte de la población local o el interés del público ajeno y no al número de visitantes, cifra a menudo abultada e inflada conscientemente por parte de los promotores o políticos locales.

Lo cierto es que cada uno de los ejemplos que podemos encontrar muestra procesos distintos, tanto en su gestación como en su sentido y significación. Los museos son un claro ejemplo de instituciones culturales cuyo análisis aporta datos interesantes para profundizar en el proceso de la apropiación y la resignificación cultural. Podemos partir de la hipótesis de que la apropiación cultural tiene mucho que ver, obviamente, con el capital escolar, pero también con la vinculación afectiva y la autorrepresentación en el marco de un grupo determinado y de una cultura significada y gestada desde el reconocimiento del pasado colectivo.

Podría parecer ingenuo preguntarse por qué los museos etnográficos son los más visitados por la población rural, por la gente común, aunque su valor patrimonial pueda ser más cuestionable, y su rango de «museo», dudoso, como es el caso del que ahora capta nuestra atención. Es un museo que no aparece en ningún listado oficial pero que se pretende que exista tanto para la localidad como para los visitantes.

Nace como fruto del ánimo de un grupo de, entonces, jóvenes, cuando se empezaba a sentir la crisis de la sociedad tradicional y de un modo absolutamente voluntario e ilusionante. Ellos empezaron a recoger piezas pertenecientes en su mayoría a sus propias familias. Se trataba de un empeño en el que no mediaban expertos, aunque los impulsores disponían de cierto *capital* escolar y *cultural*,¹⁷ de modo que su mirada podía imprimir no el rigor de un experto, pero sí la suficiente consciencia como para calibrar el valor de la historicidad. Se unían a los del pueblo personas afines que, por su trabajo temporal en la localidad (secretario o párroco), incorporaban la distancia suficiente como para resaltar la bondad de la idea y el valor de la empresa.

De las dos funciones básicas que podríamos asignar a estas iniciativas locales, la renovación y apropiación de la propia cultura y memoria colectiva, por un lado, y la generación de recursos culturales que sostengan la oferta turístico-cultural para el impulso del desarrollo local, como es de suponer, por otro, fue la primera la que fundamentó la puesta en marcha del proyecto. La segunda ha emergido más recientemente.

La propia noción de museo lleva implícita la idea de que todo lo atesorado perdure, pero la primera motivación de los «fundadores» fue la de descubrir, la de encontrar más, la de atesorar; luego, guardar; y solo recientemente aparece la idea de perdurabilidad, y no de forma clara.

El empuje inicial de sus promotores se trunca, quedándose a medio camino; las ausencias, las ocupaciones personales, la falta de implicación, o la no culminación en algo concreto, hicieron del proyecto algo inacaba-

17 El capital cultural, tal y como lo presenta Bourdieu, está asociado con la forma específica de los bienes, sistemas y códigos simbólicos que adopta la cultura. También incluye todos los códigos para tejer las redes de significados y apropiación de los bienes y prácticas simbólicas. Es el acervo de valores que tiene cada sociedad.

do, visitado en su momento de despegue por algunos de la localidad, los más cercanos a los promotores, los más dinámicos de la localidad, pero inconcluso. La construcción de la casa de la cultura con espacios amplios, la llegada a la biblioteca de una persona activa e interesada, el ánimo y apoyo del actual alcalde (uno de los viejos promotores) y la nueva significación atribuida al contemplar la posibilidad de un recurso cultural más en la localidad, de gran tradición turística, se han conjugado para impulsarlos a abrir las cajas, desempolvar las piezas y dar nuevos aires a los objetos yacientes alejados de la mirada de aquellos capaces de darles vida y hacer que resurjan.

El día que lo visité me dejé guiar por Pilar. Me sorprendió al conducirme hasta una puerta que pasaba desapercibida.

Viene gente de todo tipo, este año ha sido desbordante; gente del pueblo se ha animado también, porque han oído que estaba muy bien. Había mucha gente del pueblo que no lo había visto y se quedaron asombrados diciendo: «Pero esto, ¿está aquí? Claro, como la entrada está así como escondida». Y dicen: «Huy, aquí un museo». Y vaya si está.

Tener un museo hubiera sido la aspiración soñada, inicialmente nunca con el propósito de darlo a conocer (como lo demuestra la inexistencia de referencias claras sobre su presencia en ningún folleto, web o listado oficial).

A la entrada, sobre la mesa, reposaban dos uniformes de alguacil del periodo franquista recién traídos desde el Ayuntamiento para ver dónde podían tener cabida. La sola mirada de los atuendos traslada; de modo irrefrenable, la mano se lanza a tocar el pasado, la imaginación vuela a imágenes y recuerdos individuales guardados.

Están para limpiar y arreglar. Son nuevos, pero de estar tanto tiempo encerrados... Dice «no tocar» en muchos sitios, pero la gente lo toca todo. Yo lo entiendo, porque parece que tocando están más próximos de lo que vivieron; es la necesidad de volver a sentir la proximidad de lo que se fue.

Esta claro que es la distancia lo que da el valor a estos objetos y es la proximidad del objeto la que traslada y acerca; emerge la capacidad de evocación del pasado de los objetos como si encerraran mundos remotos.

Adentrándonos en la gran sala dividida por cortinajes en espacios más reducidos se muestra un amplio abanico de objetos arrebatados a

tiempos remotos que se exponen ahora con cierto orden y en medio de una pulcritud y limpieza llamativa. Parece ser que muchos son los que los miran emocionados como objetos curiosos sin saber la riqueza simbólica que guardaban para sus dueños en un tiempo y cultura cada vez más alejada. En ocasiones se han encerrado en la vitrina porque son antiguos, pero se desconoce exactamente su denominación, uso o sentido hasta que, por casualidad, alguien próximo, siempre curioso e incansable, descubre una referencia histórica que permite datar, ubicar y resignificar.

Es un abrelatas de 1855, pero nadie sabía lo que era. Se catalogó en principio como cortador de cuero, y en un libro descubrimos una foto igual: la cabzada de toro, la aguja...

Muchos criticarían la falta de profesionalidad con la que se han gestado y gestionado la mayoría de estos pequeños proyectos; cuestionarían su existencia e incluso incorporarían un listado de perversiones históricas y patrimoniales cometidas. O no. Realmente, ¿qué profesionales tomarían en serio iniciativas de este tipo?

Y es que no se dan criterios rigurosos para la configuración, selección y cuidado de las piezas. Existe únicamente la percepción del valor por lo antiguo; la antigüedad (historicidad y autenticidad), la no duplicidad y el aceptable estado de conservación son los requerimientos que se piden a las piezas, tanto objetos como fotos. Esos criterios que surgen de la experiencia de la historicidad, que no de la profesionalidad, rigen este tipo de museos.

Vamos recogiendo fotos que les pedimos a toda la gente mayor, y las más majas las vamos acoplando en el museo. Hemos conseguido muchas. De estas de la trilla tenemos muchas, de guerrilleros, de milicianos [...]. Hay muchas de abuelos y abuelas; tengo una de la guerra de Melilla que me la dieron la semana pasada [...]. Tenemos fotos hasta de gente en ataúd; esas son muy buenas. Yo que me las encontré todas tiradas y digo: «¡Madre mía!, ¿pero qué hace todo esto aquí tirado?». Y digo: «Voy a recogerlas y a escanearlas y pasarlas a un CD». Y pasándolas me entran unos temblores: una niña..., mira se me pone la carne de gallina, ¡huy, huy, qué cosas!

No llegan a comprenderse los significados latentes en imágenes del pasado, pero se entiende el valor de su representación.

Nos encontramos, pues, con la ausencia de la autoridad patrimonial habitualmente vinculada al ámbito disciplinar y científico. Lo que aparece es el sentido común, y la cultura del hacer y del sentir.

¿Criterio? Lo que me han dado y he visto que se podía aprovechar porque no lo teníamos... Pero vamos, no sé si el Ayuntamiento o alguien habrá seguido un criterio. Es posible que la gente traiga de todo, pero hay cosas que no te cuadran. Encontré ese bombín de bici y lo trajimos; estaba olvidado por ahí en unas cajas y lo puse; pues, al verlo, ya me han dicho de traer un timbre y una bici de estas viejas. Pues, si se puede recuperar... Y los criterios..., pues agruparlos [los objetos] temáticamente, porque estaba todo muy desperdigado, porque había cuchillos con los cepos o los candiles esparcidos por ahí, y digo: «Pues nada, hay que agruparlos». Y por lo menos está ordenado. Estaba todo clasificado, pero todo bastante revuelto; y este invierno, a ratos, lo iba haciendo. Y el que viene, pues más.

El estado de estos museos está relacionado con la capacidad de los propietarios para su gestión y mantenimiento. En este momento, el pueblo dispone de una persona jovial y vital que atiende la biblioteca, pero que además se ocupa de la oficina de información y turismo durante la temporada turística y del museo, una tarea inconmensurable que reserva para los largos inviernos; no tiene cualificación específica, pero manifiesta una vocación por los «trastos viejos». Considerando el tamaño de esta localidad (que no supera los 500 habitantes), podemos pensar que realmente el esfuerzo tanto de la institución municipal como del personal es encomiable. La «cultura», recordamos, no suele ser una prioridad, y la respuesta institucional es, frecuentemente, esquiva, negadora o reduccionista: «Aquí no hay demanda cultural», oímos a menudo. Eso no parece ser del todo cierto aquí. Pero volvamos a nuestro recorrido por el museo y su historia.

No se desvelaban miradas cultas que hubieran supervisado el proceso, y en absoluto encontramos valoraciones profesionales; en cambio, se habló de las personas que habían aportado orientaciones, curiosidades, indagaciones o inquietudes. Puede decirse que la suma de esfuerzos ha culminado en un producto más o menos compartido de creatividad cultural. Sin duda, el acercamiento entre el saber cotidiano y el científico ha permitido la generación de estas iniciativas que combinan cotidianidad y curiosidad científica. No hay, por lo tanto, una opinión experta que defina qué debe mostrarse y cómo debe ser mostrada. Posiblemente, un experto tendría mucho que opinar acerca de la inadecuación de las piezas o su reubicación.

Es nuestra mirada, la del visitante, la que le da valor. Y es la capacidad que muestran los objetos de retrotraer en el tiempo lo que da sentido al «museo». Lo que legitima su existencia no es una valoración culta, es la voluntad del visitante y su autoridad como consumidor.

Y me encanta que me digan que está bien; porque si tanta gente lo dice, pues será verdad. [...]. Pero, vaya, la gente de fuera, de Huesca, de Zaragoza, de Teruel, de Madrid, de donde hayan venido, dicen: «Será uno de los mejores museos etnográficos que hayamos visto».

Porque la mayoría de los visitantes se han apropiado de este entorno. Los caminos que lo permiten son divergentes pero confluyentes: la necesidad de establecer o fortalecer vínculos con el pasado.

Aquí tenemos un cuadro, y el año pasado, unos bisnietos que están en Argentina, vinieron diciéndolo: «Queremos ver una foto de mi bisabuelo que está aquí y conocerlo».

Esto otro fue una donación del año pasado y lo trajo una señora de aquí. Es que a lo mejor lo tienen guardado y dicen: «Bueno, pues si lo llevo al museo, mejor; está guardado, lo podemos ver cuando queramos y lo puede ver la gente también, ¿por qué no?».

Hay gente que viene solo en el verano, hijos del pueblo que han traído cosas y dicen: «Voy a ver la ropa de mi abuela», y entran y se quedan mirando un rato. Pues sí, ¿por qué no?

Pilar acaba todas sus frases en relación con este asunto como esperando un comentario a comportamientos que quizás no serían lógicos en otro tipo de museo, pero que tienen un sentido trascendental en este. Al menos sí para nosotros. Este museo es, ante todo, memoria de la localidad. Es una memoria que empezó siendo esencialmente la de las pocas familias relativamente acomodadas que habían preservado restos de su pasado. Con el tiempo, las diferentes aportaciones han ensanchado la versión inicial, y el pasado se amplía con las aportaciones de los objetos en los que ha cristalizado la memoria individual y familiar de otras personas, de todas aquellas que siguen haciendo donaciones.

Los visitantes pueden recuperar por unos segundos estampas perdidas, dotando de significado a este museo; a su vez, el museo entra en cada uno de los visitantes, porque sus objetos nunca salieron de sus recuerdos. De esta forma, el espacio se convierte en algo vivo y cercano, aun encarando lo inerte y alejado.

Dado que no únicamente es una versión aportada por cuasiexpertos, prima, al menos en este momento, la construcción de los protagonistas que se acercan a participar en la iniciativa.

La gente ha donado sin problemas. Lo que me han traído a mí es con toda generosidad. De hecho me trajeron vestidos; este año me han dado un albarda, y si me lo traen, pues bien. Y me dicen: «Que quiero que esté esto en el museo, si no lo tienes». Pues bien, si está bien conservadito y tal, pues bien; o es una pieza que no tenemos, pues adelante. Tomamos nota del nombre, de quien hace la donación, y ya está.

A través de las palabras de Pilar podemos observar que, en ocasiones las pretensiones de los dueños de las piezas que realizan la donación generan la posibilidad de permitir esos puentes al resto, pasando a formar parte de la memoria colectiva a partir de la experiencia individual; la memoria familiar o personal se convierte así en constituyente del legado compartido. No sabemos hasta qué punto en este museo emerge la idea de perdurabilidad, quizás se va haciendo más presente conforme se le va dando forma, conforme la población va adueñándose de él y conforme va esculpiéndose más como bien patrimonial que como memoria, que es lo que realmente es ahora. No se pretende de este modo alcanzar una versión omnicompreensiva, sino incorporar partes del pasado significativas.

Realmente, pocos han hablado del propósito de rebasar las fronteras del tiempo de la pervivencia más allá de las generaciones actuales al traer aquí sus objetos, más bien de guardar bien, transmitir y compartir. Cada pieza tiene una historia, y la de Belinda es llamativa:

Y esta es Belinda. Es una muñeca de cartón que nos la trajo una señora de Barcelona, la historia de Belinda. La señora estuvo el año pasado y se quedó encantadísima y dijo «Lo cierto es que mi Belinda podía estar aquí». Pensé: «¿Quién o qué será Belinda?». «Es que he visto que no tienen muñecas de cartón, y mi marido y yo no tenemos hijos y vamos a vender la masía donde vivimos». Que no sé si era de Gerona o de Lleida. El caso es que ellos vinieron al pueblo y les encantó el museo y: «Si el año que viene venimos, he de traer a Belinda y así no se perderá». Y así se quedó. Y en abril vinieron, y ahí está Belinda, en la cuna. Se la dejaron y la señora estaba a punto de llorar; la trajo en abril. La señora no quería que se perdiera, porque, al no tener familia directa, pensó que una muñeca de cartón la tirarían, y se ve que pensó que aquí estaría mejor. Y ahí está.

En el caso que se presenta, no se intenta engrosar las pruebas del pasado colectivo, no consiste en compartir, se busca más bien la perdurabili-

dad, la permanencia más allá de la existencia individual de lo querido, de parte del patrimonio carente de herederos que garanticen su preservación. La afectividad incrementa en este caso el valor de una pieza singular importada de una cultura ajena a la local que se representa, pero con la que tiene un punto en común: la reconstrucción cultural del tiempo pasado.

Estas significaciones que asignamos externamente son mucho más complejas y de producción más lenta; y dicha complejidad, e incluso contradicción, se observa en la propia sociogénesis de los museos. El que se ha acercado aquí, por ejemplo, emerge a partir del interés de un grupo de jóvenes de la localidad vinculados a familias relativamente acomodadas y de tradición en la villa. Como fruto de su empeño crece la recolección de piezas arrinconadas en pocas casas, de modo que la mayoría de las piezas proceden de muy pocas familias que las han donado. Sin embargo, la comunidad se mantiene relativamente distante, y con lentitud va entrando en relación con el museo. Hoy, cuando se le quiere dar un nuevo empujón desde el Ayuntamiento, todavía hay quien no conoce el museo. Así, pues, se convierte en emblema para unos pocos, aquellos que realmente necesitan depositar allí el sentido de su procedencia. Para los más mayores, los vínculos con los objetos es mayor, y sus respuestas ante su exhibición es emotiva y llena de recuerdos.

Es necesario un recorrido largo y una mayor andadura para que realmente el museo se convierta en un lugar de memoria generador de apropiación de cultura. Para la mayoría de los visitantes es un mecanismo de reactivación de sus recuerdos.

Al verlo hoy, muchos se quejan del robo del que fueron víctimas por parte de los anticuarios o del abandono y la destrucción de tantos enseres coincidiendo con la remodelación y actualización de las viviendas.

Hay mucha gente que al verlo dice: «Ah, lo malo es que vaciamos la casa del abuelo, y cuántas cosas tiramos que podían haber estado aquí». Pues aquí está desde hace años, que no es de ahora, lo que pasa es que poco a poco vas haciéndolo mejor para que se luzca más.

La propia estructuración del museo y su conformación presenta una historia inventada por los que han colaborado en su génesis para unificar un grupo en torno a un mismo conjunto de referencias. A falta de una obra que recoja la historia local, el museo actúa de espacio contenedor de

memoria —en cualquier caso, selectiva—, del que parece que empieza a formar parte la población recientemente, lo que contribuye a la suma de otras memorias individuales y familiares y, consecuentemente, a la diversificación de la memoria colectiva.

La apropiación se muestra de diferentes formas. La emoción de los mayores, el reconocimiento de los coetáneos, la evocación de los recuerdos privados y colectivos, la curiosidad de los más pequeños y el aparente pasotismo de los más jóvenes se suceden bajo la presencia satisfecha de Pilar.

Obviamente, la reproducción de la vida del pasado no cabe en estas cuatro paredes; es imposible abarcar una versión completa de lo que fue la sociedad tradicional, pero tampoco este museo parece aspirar a ello. Es cierto que los museos de sociedad, los museos etnográficos, a veces despiertan críticas e incluso manifestaciones de vergüenza por los propios lugareños ante su incapacidad para contener todo el pasado que pretender representar. Los límites del espacio que ocupa y la dificultad para mantenerlo establecen unos condicionantes que la gente de este pueblo conoce. Con el conocimiento de estos límites, los visitantes con los que hemos hablado no echan en falta lo que no está, aunque lo revivan a propósito de lo que aparece, no se sienten desencantados, no enjuician la distancia entre este escenario museificado y estático de su vida anterior y la amplitud de sus experiencias amplificadas y maquilladas por el tiempo. Saben que no puede contener la riqueza de lo perdido, y aunque alguno critica la procedencia de la mayoría de las piezas y con ello se duele de su no aportación en la construcción de la memoria colectiva y de su ausencia «para siempre», agradece la posibilidad de recuperar por instantes el pasado.

Pero Pilar tiene sus propias ideas sobre lo que podía ser el futuro del «museo», en la línea que muchos de los museos etnográficos han seguido. Hay que tender, nos dirá, a la búsqueda de escenarios menos falsos, capaces de transportar con mayor fidelidad a los visitantes al pasado. Ella tiene confianza en las posibilidades de crecimiento y su vitalismo derrochado se contagia. En 2004, el museo se abrió para 185 consumidores; a finales de julio del 2005 ya había enseñado el museo a 160 personas. Todo un éxito para ella.

A la salida, un televisor y un vídeo reposan en una mesa inactivos. No tienen utilidad conocida. Entonces se entiende la reputación ya estereoti-

pada de los museos como lugares muertos que lo que hacen no es más que poner énfasis en la gran distancia entre la vida y la vida representada. Y uno se pregunta si no aportaría algo más de vida a este museo una grabación con imágenes y sonidos. Supone incorporar una mediación más; sin embargo, hay que reconocer la potencialidad de lo multimedia para acceder a cierto tipo de patrimonio etnológico (inmaterial o volátil) y su valor de documento del contexto vivo de los objetos patrimoniales.

Pero es cuestionable que en este depósito de memoria se puedan incorporar nuevas dinámicas orientadas hacia el visitante. El objeto revelador de la identidad local asentada en un pasado rural es el rey del espacio museístico. Tal y como nos recordaba Claude Lévi-Strauss, «los museos están hechos en primer lugar para los objetos y después para los visitantes». Cuando esto empieza a invertirse, la lógica que los sustenta y los sustentadores se han modificado. En esta localidad algo ha cambiado, se ha buscado un espacio más amplio, y la acumulación de objetos abstraídos de su contexto original empieza a verse como un recurso turístico.

Obviamente, no puede cuestionarse el papel que los museos desempeñan en la fabricación de las identidades, y este que se ha ilustrado está en pleno proceso. El grupo de personas que lo inició estableció unas líneas básicas que cada uno de los que entra en contacto con él retoma o retoea imprimiendo pinceladas personales al proyecto; al fin y al cabo, nunca es producto de la comunidad, aunque esta esté permanentemente presente.

Muchos de los museos etnológicos aragoneses han servido como monumentos funerarios por el pasado perdido; con las tendencias desarrollistas y la mercantilización del pasado, algunos han experimentado nuevas funcionalidades para convertirse en una herramienta para construir un futuro asentado básicamente en el supuesto aprovechamiento de los recursos propios, de la memoria compartida, del pasado colectivo. Esa función empieza a percibirse al constatar la respuesta de los visitantes y al incrementarse la autoafirmación en el valor de lo que se posee en el museo.

Tras años de abandono, venta, enterramientos, quemas indiscriminadas y olvidos en las oscuridades, se ha vuelto la mirada hacia unos objetos que confieren potencialidad al que los tiene. Hoy, en los pueblos, se tiene la conciencia de que su cotidianidad lejana atrae a «los otros», turistas

urbanos ávidos de recobrar la tradicionalidad perdida, lo peculiar, lo típico, lo diferente. Atrae igualmente a los visitantes próximos, puesto que el recuerdo se aviva. Hasta puede atraer a algún joven curioso que cree que la transición tuvo lugar poco después de la guerra civil, y ambas en tiempo remoto; mientras su abuelo encuentra su nombre en el cuaderno de la sala que reproduce el ambiente de la escuela franquista: «—Abuelo, pero si tienes cuarenta y tantas faltas. —Si hijo eran menos los días que venía que los que no venía; me tenían que haber puesto la cruz al revés».

Concluyendo, esta iniciativa local encarna un proceso de construcción cultural del tiempo, de un lugar para la memoria, quizás un primer paso para la conformación de un bien patrimonial que requerirá necesariamente de la autenticación por parte de expertos, de la selección autorizada de las piezas expuestas y del modo en que debe hacerse; será, como plantea Mairal al referirse al Museo Etnográfico de San Juan de Plan en el Pirineo oscense, la *versión autorizada del pasado*, destinada a brincar los límites del tiempo vivido. Es obvio que la propia noción de museo lleva implícita la idea de que todo lo atesorado perdure, pero la primera motivación de los jóvenes que lo impulsaron fue la de buscar un lugar para guardar lo que parecía hablarles de un pasado familiar valioso, descubrir, encontrar más, atesorar; luego, guardar, y quizás perdurar. Ese es el motivo que lleva a algunos visitantes a donar objetos, como si aquel fuese el mejor sitio para afrontar la eternidad. Con el tiempo se ha unido la funcionalidad de mostrarnos, enseñar, mejorar, deslumbrar, destacarnos y, ahora, proyectarnos y distinguirnos para ser capaces, además, de atraer a los consumidores de culturas rurales.

Al convertir en patrimonio el contenido de la memoria colectiva y la tradición, lo que se hace no es otra cosa que dotar a este de una propiedad débil en la memoria y la tradición, como es la de la perdurabilidad.

Observando este museo se aprecia el proceso por el que posiblemente han pasado muchos otros, la configuración espacial y material de la memoria colectiva en un bien patrimonial que, sin embargo, no alcanza esa propiedad en tanto en cuanto no se ha pasado por el sometimiento a la legitimación del experto. Es todavía memoria colectiva, es la suma de momentos y vivencias cristalizadas en objetos: utensilios sin datar ordenados según el criterio de la bibliotecaria, a la que hay que agradecer sin duda su entusiasta dedicación.

6.2.5. Escenografías en la degradación

Ahora, en el barrio minero, hay muchas demandas de licencias de obra, las casas se están arreglando y está cambiando el aspecto. Se han hecho casas de estilo rural, y uno hasta ha solicitado al Ayuntamiento que no le arregle la acera porque la hará él con piedrecitas. (Alcalde)

Nada mejor encarna la degradación de un paisaje que la actividad continuada de procesos extractivos, la minería. Ya se han presentado escenarios que, siendo rurales, han sustentado su economía, cultura e identidad en torno a procesos, artefactos y textos que les dotaban de identidades distintivas. Ahora se incorpora el retrato de una comunidad que se enfrenta a la desaparición de referentes históricos asentados en su tradición minera, lo que desencadena la búsqueda de resignificaciones identitarias. Al colapso socioeconómico que precede al cierre de una explotación minera le sigue la perplejidad, el desencanto y la violencia (simbólica, sobre todo, y materializada, por ejemplo, en la destrucción o abandono de los restos de una forma de vida). Después viene la etapa de la incertidumbre, la búsqueda de alternativas individuales, el éxodo, la reubicación vital y también la búsqueda de alternativas colectivas e identitarias que son parejas.

El tiempo dotado de cierta capacidad sanadora cierra fisuras y abre interrogantes ante premuras que atender: la supervivencia. El tiempo trae además nuevos protagonistas que inspiran posibles escenografías. Son protagonistas, como la mayoría de los que hemos visto, capturados y embrujados por estas realidades distantes que se les muestran «con un gran potencial». Y cualquier gesto amigable o cualquier mensaje esperanzador parece bueno para los gestores políticos. Quizás se piensa que el pueblo vendrá después.

La «cultura popular» asentada sobre la tradición minera, la memoria depositada en relatos donde la mina es un dispositivo identitario de primer orden y el patrimonio industrial son la materia prima. Tradición, memoria y patrimonio se ponen al servicio de los intereses desarrollistas de instituciones y agentes externos. Se empiezan a barajar opciones posibles: parques culturales, centros de interpretación, museos, escuelas taller, aulas de naturaleza. Hoy por hoy, ninguna de las ideas se ha materializado. No obstante, en los últimos diez años este escenario permite asistir a un proceso de patrimonialización desde la primera fila, en donde apenas apare-



5. Nuevos encuadres.

cen protagonistas locales: el proceso de patrimonializar una mina abandonada.

Los intentos frustrados por parte del Ayuntamiento coincidieron con la edición de un libro del escenógrafo de este ejemplo, vinculado circunstancialmente con el territorio. La obra se centraba en las potencialidades de desarrollo de la localidad en cuestión.

Se hizo porque *él* pensó que aquí había gran cantidad de patrimonio industrial abandonado que se podía rehabilitar en ese sentido; incluso *él* sugirió que se podía plantear un proyecto novedoso, y en su día se hizo, se llevó la documentación y todo, pero silencio, silencio; en este caso obtenemos silencio... Luego hemos solicitado para hacer un centro de interpretación de la minería y mezclar el tema arqueológico con el tema minero moderno, poner los paneles expositivos, hacer una nave, y poco más. Porque un museo de la minería no tiene sentido ahora ya, porque no hay nada, tendríamos que comprar todo otra vez y no tenemos para comprar; entonces un centro de interpretación sí. Hace años se había solicitado un aula de naturaleza y tampoco se concedió. (Alcalde)

Los continuos devaneos del Ayuntamiento por buscar una salida a este espacio y otorgarle una utilidad, por recuperarlo y hacer que fuese nuevamente un lugar de «producción», únicamente se materializaron en el año 2000 (más de una década después del cierre de la mina), con la celebración de unas jornadas dirigidas a técnicos, artistas y expertos en las que la gente de la localidad apenas participó.

De aquí creo que no hubo casi nadie [...]; supongo que escapaba un poco a la gente. Mira no... no... ni lo valoran ni lo entienden, o no lo quieren entender. Y subimos los cuatro de siempre, los que representamos un poco el compromiso. (Alcalde)

Unos dicen que no se enteraron, otros sintieron que no iba con ellos, algunos más próximos de los barrios a pie de mina se acercaron para ver lo que se gestaba. Curiosidad o indiferencia eran caras de una misma moneda: la incomprensión de la población ante la enajenación iniciada.

Puede decirse que se trató de una actuación ajena al territorio que, sin embargo, ejercería una influencia notable en determinados círculos, contribuyendo a alimentar el mensaje que, al menos desde las instituciones se intentaba lanzar: estamos aquí todavía.

Lo que hacemos sirve para recordar puntualmente que estamos aquí. (Alcalde)

Tras cinco años se han vuelto a celebrar las jornadas. Esta vez la población se ha sentido más informada y la iniciativa no ha producido perplejidad.

Queda un referente y todo el mundo pregunta por ello. Pero la gente de aquí no muestra interés, y no sé por qué... Hombre, cuando le preguntes veinte veces puede que diga: «Hombre, tendré que enterarme a ver qué es eso». Y otros dicen: «¡Bah, pues no son poco tontos!». (Alcalde)

Lo bueno sería que fueran a verlo, solo con que fueran a verlo... Lo de la silla, a mí me lo sigue preguntando mucha gente. (Alcalde)

En su primera edición, el encuentro de artistas fijó una imagen manida por los medios de comunicación a partir de la propuesta artística de uno de aquellos que dejaron su obra en la mina. Una imagen que ha proporcionado un referente nuevo y una conceptualización añadida.

Las jornadas de carácter técnico, aunque abiertas al público, contaron casi con exclusividad con la asistencia de un público especializado e interesado en el campo del mundo artístico y patrimonial, un público que juzga desde la distancia, desde la cultura dada y no significada.

Y los artistas que vienen se quedan encantados. «Es que esto tiene su potencial», te dicen. Se quedan sorprendidos, esa es la palabra, sorprendidos de encontrarse aquí estos paisajes, los paisajes de la mina. (Alcalde)

El encuentro incluye la exhibición de una serie de obras de arte reparadas por las minas. En esta ocasión, frente a la primera edición, la visita para contemplar la creación de los artistas participantes, fue más «exitosa», en los términos en que los organizadores juzgarían esta actividad. El proceso de producción y consumo de estas mercancías culturales nos ha permitido distinguir dos procesos paralelos pero generadores de lógicas de ausencia de apropiación diferentes, e interpretables desde parámetros igualmente dispares.

Se unieron al grupo varios mineros del barrio que aceptaron de buen gusto aportar explicaciones a los interesados que iban solicitando detalles acerca de la explotación, las canteras, los materiales, los sistemas de extracción, etcétera. Orgullosos, sintiéndose protagonistas, narraban sus historias perfectamente contextualizadas. Conforme la experiencia más dolorosa, el cierre de las minas, se aleja de la memoria y la comunidad va recobrando su pulso en busca de otros referentes productivos (y necesariamente identitarios), los relatos se descargan de emotividad. Los protagonistas de la vida empiezan a tomar papeles secundarios en la representación de la vida, en el simulacro. Es precisamente la carga emotiva la que incomodó a algunos de los lugareños asistentes a la visita, al sentirse objeto de sensacionalismo artístico y de espectacularización gratuita.

Hombre, a mí me parece bien, muy bien que vengan y hagan sus obras con materiales que encuentran, con los paisajes que al fin y al cabo los hicimos nosotros, como dicen. Yo eso lo veo bien. Ya te digo, a mí me parece bien, pero venir para ver cementerios y vacíos y recordarnos que aquí murieron compañeros y ver las canteras así sin vida, destrozadas, pues eso no. (Antiguo minero)

Mientras algunos de los artistas explicitan su interés por dedicar su obra a los últimos mineros que cerraron la mina o a los muertos en trágicos accidentes reivindicando en su explicación artística la necesidad de que

no se borre de la memoria colectiva, parte de la población, presente en la puesta en escena, siente la necesidad de pasar la página del sentimentalismo y de resignificar un espacio que ha contenido, efectivamente, una carga identitaria fuerte en la zona, pero hacerlo desde dentro.

Quizás no es este el tipo de escenografía o de creatividad cultural que ellos querrían aportar a su comunidad. Posiblemente lo que se necesita comunitariamente no es el recuerdo del pasado decadente que ya ha ejercido una influencia notable en las últimas dos décadas, sino el relanzamiento de nuevos proyectos en los que las minas pueden estar o no estar presentes, pero al margen de la espectacularización morbosa o sensacionalista en la que los que contemplan se alimenten de relatos emotivos que llenen su sed de espectáculo. Si el arte contemporáneo es presentado como experiencia en sí, ruptura, y choque, por qué buscar su significado en las entrañas del dolor de la memoria, por qué otorgar significados altamente cargados de emotividad si no es para hacer más espectacular la obra.

La segunda de las lógicas observables en esta escenografía tiene que ver con otras de las propuestas artísticas, llamativas, provocadoras e incomprensibles en cuanto que recurren a significados ajenos e inaccesibles para muchos de los asistentes locales (¿alta cultura?).

En la exhibición de algunas de las producciones, en su puesta en escena, se entrecruzaban entre los asistentes locales miradas de perplejidad, de extrañeza, de complicidad, y algunas animaban la sorpresa, el encantamiento o la risa. Los aplausos más entusiastas y agradecidos fueron propinados en la segunda intervención del artista, tras la explicación de algunos significados otorgados a la propia puesta en escena. Como público, aprendimos a interpretar algunas de las claves expresivas con la ayuda de su autor. Mientras, los asistentes al encuentro, inscritos y ajenos a la comunidad, contemplaban ensimismados y complacidos.

Los terceros en el juego, los investigadores, nos preguntábamos acerca de nuestro lugar en esa escenografía, meros observadores de unos y de otros, y como tales, mediadores al narrarlo. Como consumidores, entendíamos más el asombro y la perplejidad ante las propuestas estéticas que contemplamos en la población local, que el supuesto interés desbordado y la complicidad fingida o real que mostraban los llegados, quizás forzados

a aceptar de buen grado su participación en el juego y, consecuentemente, su papel en él. Y entendemos que, irremediamente, al igual que algunos de nuestros interlocutores que forman parte de un colectivo distinto, carecemos de sensibilidad, carecemos de lenguajes para apropiarnos del producto cultural que se nos muestra.

La sugerente reflexión que podemos avivar a propósito de esta experiencia de campo es que precisamente el proceso de patrimonializar es mucho más sencillo en aquellas lógicas exentas de memorias vividas. Porque donde la memoria está viva, el patrimonio apenas tiene cabida, o su entrada es ajena y forzada; donde la memoria está viva y las propuestas son sentidas como ajenas se levantan ciertas ampollas, perplejidades, incomprensiones y cuestionamientos. Y es que es mucho más fácil que el objeto para patrimonializar (espectacularizar o explotar), que al fin y al cabo es la propia comunidad, sea ajeno a las vivencias individuales, corresponda a un tiempo no vivido, a un tiempo narrado o documentado. La enajenación de la memoria individual es lo que plantea cuestionamientos, hiriendo ciertas sensibilidades. Al igual que Mairal sugería ciertos sentimientos de vergüenza por algunos vecinos al ver reducida su memoria a un museo, por excelente que sea (en González Alcantud, 2003: 77), muchos mineros se mantienen alejados de un espacio contradictorio, vivo en su recuerdo, sin entender los nuevos significados que quieren otorgársele.

Realmente hay una falta de sintonía absoluta entre las iniciativas culturales instadas desde las instituciones a propuesta de escenógrafos ajenos y el consumidor de la localidad. Existe oferta, posiblemente mal encauzada y promocionada, dirigida desde colectivos expertos (eso sí, minoritarios y vanguardistas), pero no existe apropiación; no se culmina el proceso de consumo cultural, excepto en el caso de los ajenos al territorio. La única relación existente entre los actores de esta cultura es el escenario: paisaje minero en decadencia capaz de despertar la sensibilidad artística y escenario rural que no acierta en la elección de sus alternativas de supervivencia, aunque persevera en fórmulas de creatividad cultural. Quizás el proceso de resignificación progresivo a partir de la labor iniciada permita ampliar la receptividad y autorizar de esta manera la cultura simulada, *la versión autorizada* o la hiperrealidad que proponen los escenógrafos.

6.2.6. Pugnas identitarias, escenografías enfrentadas

A lo largo de todas las escenografías mostradas puede entreverse que, pese al papel institucional, las comunidades buscan sus propios caminos; a veces discurren paralelos, otras son impuestos. Pero hay algo más, aparte de la repetición estereotipada de ciertos modelos; subyace una dinámica cultural que se genera al asumir o no la herencia patrimonial y darle nuevas representaciones, nuevas formas y nuevos significados. Es un proceso de creación e invención cultural, no es un proceso meramente reproductor. En tanto que político, emergen las colisiones y fricciones entre colectivos en la tarea patrimonializadora: al fin y al cabo se trata de la contribución a la herencia colectiva. La pugna por el protagonismo se hace a menudo evidente, y eso es precisamente lo que se resalta en este apartado.

Se ha querido ver en la tarea patrimonializadora de los últimos años un proceso democratizador en distintos niveles: protagonismo de la vida cotidiana y equiparación de las evocaciones suntuarias de las clases poderosas, y las formas más modestas propias del pueblo llano; atención a un público de mayor nivel cultural y mayor calidad, y orientación al desarrollo económico de las comunidades e implicación de colectivos para el desarrollo de sus propias iniciativas, (Fernández de Rota, en González Alcantud, 2003: 82). Aún así, lo mismo que en la democratización cultural, pueden encontrarse las mismas patologías que en cualquier democracia.

Centrémonos en otra localidad que nos permitirá aportar nuevas claves interpretativas.

Esta localidad ha sido cuna de dos artistas de renombre. Uno de ellos, ya fallecido, ha animado la construcción de un museo de arte contemporáneo para el que solo ha habido elogios desde su apertura. El otro artista local, de reconocido prestigio también, abrió su museo privado; luego volvemos sobre él.

El recorrido del patrimonio desde las bellas artes hasta la etnología ha tenido en los pueblos, en general, solo la segunda manifestación; no obstante, llaman la atención iniciativas como la que estamos refiriendo, basadas en la *alta cultura* y que son cada vez más numerosas. Nuevamente, la apuesta institucional permitió al museo encontrarse con su función primera: las bellas artes.

Como en otras creaciones culturales, a través de la apuesta se estaban buscando autorreferencias y recambios de dispositivos identitarios; la cuestión es que con dicho museo se ha negado la participación de la comunidad, conformándose en un dispositivo más de proyección política y territorial que de reconocimiento local. Igualmente se ha dejado fuera de juego, es decir sin apoyo institucional, a otras opciones creativas; consecuentemente, a otros posibles referentes identitarios de la comunidad.

Lo cierto es que es imposible no interrogarse acerca del papel que tiene este museo en un entorno rural similar.

No se reflexiona acerca de si es necesario o no un museo, unas veces por inercia, pero en ocasiones responde a unos intereses concretos, por el lucimiento personal político de un señor y por la rentabilidad. Ten en cuenta que para esta gente, para los fundadores que están en Madrid, al fin y al cabo es un chollo tener aquí esto en este marco, que no les cueste un duro y encima ir y venir y decir: «Fíjate lo que tenemos». En Madrid esto no lo pueden tener y, seamos sinceros: que, ¡vale!, el autor muy importante, pero como él, hay más de uno. (Visitante)

Pensando en un contexto más amplio, muchos son los que se preguntan acerca del sentido de la existencia de algunos museos (ya se ha insinuado el fenómeno del *fetichismo de la mercancía cultural*).¹⁸ Suele recordarse la conveniencia de museos de este tipo en las grandes urbes; la pregunta obviamente emerge al conjugar la tipología de museo con el territorio en el que se asienta. ¿Quién osaría dudar de la legitimidad de este museo en una gran ciudad?

18 En términos marxistas, representación tergiversada, falsa e ilusoria del hombre acerca de las cosas, mercancías y relaciones de producción; surge cuando impera el régimen de la producción de mercancías basado en la propiedad privada. Su aparición se explica por el hecho de que los vínculos de producción entre los individuos, en la sociedad basada en la propiedad privada, no se establecen de manera directa, sino a través del intercambio de cosas en el mercado, a través de la compra y venta de mercancías, adoptan la envoltura de una mercancía (se materializan), y, como consecuencia, adquieren el carácter de relaciones entre cosas, se convierten, aparentemente, en propiedades de las cosas, de las mercancías. Las cosas, las mercancías creadas por los hombres, empiezan, en apariencia, a dominar sobre los propios hombres. En los hombres surge la idea ilusoria de que las cosas mismas, las mercancías, por su propia naturaleza, poseen ciertas propiedades misteriosas, que en realidad no poseen.

Al margen, pues, del debate de la conveniencia o no de este tipo de museos en entornos rurales, lo significativo del caso que nos ocupa es el hecho de que confluyen en esta localidad dos expresiones que podrían simbolizar la experiencia colectiva. Conviven dos posibles iconos de la identidad colectiva, y eso necesariamente implica la aplicación de una serie de criterios de selección para la elección de aquellos que van a conformar lo patrimonializable. El agente activador ha sido en este caso el poder local apoyado por expertos y eruditos, lo cual nos recuerda las palabras de Debord (2003: 34) cuando menciona las técnicas del gobierno y su autorización para la utilización de la fuerza espectacular.

A propósito del patrimonio francés y refiriéndose al proceso imparable de patrimonialización, Segalen (en González Alcantud, 2003), recordaba como en los albores del siglo XXI el patrimonio empezaba a ser puesto en su sitio en los museos franceses mientras el movimiento se expandía como una mancha de aceite en los lugares necesitados de la reivindicación de su identidad o su independencia; quizás en relación con parte del contexto aragonés habría que hablar de la reivindicación de su supervivencia y, de paso, de la reivindicación del prestigio territorial y del posicionamiento político de sus impulsores.

El proceso de comarcalización ha supuesto un nuevo escenario y ha llevado aparejada la reestructuración del juego del poder; han cambiado algunas reglas y, aunque ciertas personas se mantienen en sus cargos como si fuesen funcionarios interinos del poder, esforzándose en acumular los méritos que permitan su perpetuación en el cargo, nuevos elementos entran en juego.

En algún sentido, el museo del que estamos hablando es un nuevo poblador, un okupa permanente que se ha asentado con la intención de quedarse. Un algo ajeno a la mayoría de la población. Las primeras referencias a mi llegada a la localidad fueron muy sugerentes:

Tiene que ir a ver el museo nuevo. Ya verá lo bien que han restaurado la casa y las vistas que hay desde arriba. (Habitante)

También esa fue la sugerencia repetida por la persona que atiende a los visitantes: una breve explicación sobre el museo, una sugerencia sobre la restauración del edificio y una afirmación convincente sobre las bonitas vistas que se aprecian desde la última planta, abuhardillada.

Todo ello lleva a interrogarse acerca de la apropiación de la cultura allí encerrada y sobre el sentido mismo del museo desde el punto de vista de la población.

Está majo, pero es que yo de eso no entiendo. (Habitante)

Nuevamente la autoexclusión, la ignorancia ante los mensajes, la lejanía de lenguajes. «La emoción estética y la inteligibilidad son indisociables», recuerda Paggi (en Gonzalez Alcantud, 2003: 100).

La actitud que puede encontrarse es la de la autonegación y alejamiento de una mercancía cultural que no se concibe para ellos; la exclusión de algo que se siente ajeno, respaldada igualmente por otros colectivos profesionales.

Realmente es que la gente no lo entiende. (Artista)

Los artistas de vanguardia suelen excusar la indiferencia manifestada por los usuarios o consumidores argumentando que no «han comprendido» su obra; lo que podemos llamar fracaso del proyecto se explica aduciendo una disculpa que carga las tintas sobre el otro. Mi obra es realmente excelente, diría el artista, es el individuo que se coloca frente a ella el que está incapacitado, de modo que hay que transformar no «mi arte», sino su capacidad para llegar a él. Pareciera que es la realidad cultural de la masa la que hay que modificar para que se adapte a los cánones artísticos.

A mí me parece grave que se diga que no se entiende. Me pasa mucho aquí, y alguna vez sale el tema del museo y la mayoría de la gente me dice que no lo entiende. Yo creo que la pintura de X es buenisísima, y me duele que la gente diga: «No lo entiendo», porque es de una sensibilidad asombrosa. (Artista local)

Por ello, la gente también ha asumido la propia condición de incapacitados, aumentando así las distancias; solo los más osados, como si de una aventura se tratara, se arriesgan a cruzar el umbral:

Es que la gente lo ve como que no es para ellos. (Encargada de museo).

Me comentaba una vecina: «Pues yo voy a ir, y le dije a mi marido: “oye, vamos a ver lo que hay, porque tenemos todo el derecho a ir”». Pero de esa forma, como diciendo: «Voy a imponerme». Claro que es para todos, y ¡ojalá fuera todo el mundo! (Artista local)

Los técnicos, por su parte, opinan que la población necesita que la reconduzcan, que la guíen y que le subrayen los componentes que pueden pasar a formar parte de su identidad colectiva.

Todo hay que dosificarlo y hay que darlo de una manera adecuada. Primero, a la gente hay que hacerle sentir como suyo al artista, primero como hijos del pueblo, eso lo primero, para empezar. Y segundo, haberlo dosificado; y antes de hacer esa maravilla, haber tenido actividades formativas, en fin..., ayudarle a la gente a llegar a ese arte, a entenderlo. Si pasó en *un pueblo*, que hay un museo de arte contemporáneo y, el día de la inauguración, las mujeres, cuando, fueron a verlo, dijeron: «¡Ay señor alcalde, hay que joderse que bien pintan los chicos!». Porque todo requiere un tiempo; pero claro, a la gente hay que animarla y hacerle sentir lo suyo como sea. (Agente de desarrollo local)

La impresión es compartida: el estatismo reina en la mayor parte del museo, el silencio se adueña de un espacio consagrado, paradójicamente, a lo inerte, porque carece de vida, de la vida de los visitantes, es un santuario de una elite urbana alejada en un escenario rural que quizás ambiciona la exclusividad y la distinción.

¿Qué le importa al director que vive fuera lo que opine la gente de aquí? Nada. Lo tienen como un coto privado de arte o una galería privada. Es un chollo. Pero bueno, si al menos hubiese cierto provecho de ello. De momento, el pueblo tiene este escenario, pero proyectado al exterior. Porque los de aquí no se atreven a entrar. (Visitante habitual)

En este marco, la cultura deber ser igualmente participada. La distancia entre la cultura del contemplar y la cultura del hacer se hace más inmensa en la *ruralía*, por eso solo la praxis es el camino que permite la proximidad entre ambas, el camino hacia la emoción estética y la inteligibilidad, indisociables entre sí e indisociables del contexto tanto de producción como de reproducción.

Este museo no aspira a llegar a los usuarios, aspira a recrearse en sí mismo manteniendo sus criterios de lo que el arte es. Se nos dijo que este arte no necesita explicación alguna; por ello el público no encontrará ningún tipo de información que haga más comprensible cada obra. Sin embargo, se intuye que para los usuarios es esencial esa ayuda en el proceso de apropiación. El «aura» que la obra puede tener no existe para los usuarios, que tienen que dar por supuesto que el artista tendrá reconocimiento social (si le instalan un museo para que exponga permanentemen-

te su obra...). El espacio dispuesto permite la contemplación íntima y personal, considerada esencial para disfrutar con recogimiento del arte y que con la masificación consumista empieza a ser complicada en los principales lugares de peregrinaje (Louvre, Capilla Sixtina...). «La distracción y el recogimiento se oponen de tal modo, que llegamos a esta fórmula: el que se recoge ante la obra de arte penetra en ella, se abisma en ella [...]. Inversamente, la masa, por su distracción, hace que la obra de arte se abisme en sí misma» (Benjamin, 1936, en Paggi [González Alcantud, 2003: 102]). Pero el espacio que describimos se lo pone muy difícil al consumidor local. Realmente hay que pensar que no está diseñado para él.

No se enteran de las cosas, no se atreven ni a entrar porque no saben si es para ellos, y tienen miedo a entrar. (Artista local)

Más bien está pensado para dignificación de la localidad en determinados círculos, para encumbramiento del territorio ante determinados colectivos, para otros, al fin y al cabo.

Solo viene gente de fuera traída en autobús. Siempre figuras, generalmente. Pero los de aquí ni se enteran de lo que hacen. (Habitante)

Semeja una obra sacada de su contexto; a propósito de ello, Paggi afirma que la descontextualización es ya en sí misma un desplazamiento del sentido del objeto desde el valor de uso al valor de documento. De ahí la necesidad de envolver al objeto en informaciones sobre su contexto original.

En un museo de arte como este no hay títulos o explicaciones en las obras, de modo que resulta algo descontextualizado desde un punto de vista etnológico; no existen elementos de la historia íntima que permitan establecer anclajes con el público. Los objetos carecen de informaciones sobre el contexto original vital. Obviamente, este punto de vista más etnológico sobre el patrimonio se opone al de los estrictos conservadores de las colecciones artísticas.¹⁹ ¿Cómo se pretende, pues, que se convierta en un referente identitario?

19 Aquí encontramos sentido a aquello de las diferencias culturales entre el punto de vista de las ciencias sociales y la representación que emana de un conservador de museo, sobre lo que debería y podría ser un museo.

Hoy me han llevado al museo, y comentando con la persona que hay allí, superamable, nos ha dicho: «Mira, por aquí, dos mil personas no pasan ni en un año». ¿Sabes cuál es la diferencia con otros museos? Pero eso es, en general, en la cultura. Es un museo demasiado perfecto, pero frío, porque no tiene detrás nada, no tiene alma, no tiene apoyo, no tiene el calor que tiene el otro museo. Y en todo tiene que haber alguien detrás. Y el museo es maravilloso, la obra maravillosa, el continente maravilloso, y todo maravilloso, pero es algo frío. No transmite. (Visitante)

Es un bellissimo museo de arte que patrimonializa la figura de un artista local encumbrado, que apenas tuvo vinculación con la localidad; es un lugar en su memoria. Sin embargo, se trata de un patrimonio urbano importado que no ha sabido o no ha querido acercar a la gente y, por lo tanto, que deja a la población excluida.

No han entendido al autor. No lo han entendido porque no lo han conocido. Al mismo autor, al artista, aunque sea de aquí, no lo han conocido; y como no lo han conocido, pues, para ellos, es algo exógeno, aunque sea del pueblo, sea hijo del pueblo y esté aquí enterrado. Hay que saber hacer algo para que, aunque sea tarde, que lo sientan como suyo, que se sientan orgullosos de eso, que no sea una cosa ahí y que te digan como dicen: «Ve, porque la vista es magnífica. (Agente de desarrollo local)

En un momento dado, en este texto nos hemos referido a la cultura dada y la cultura significada; ahora nos estamos topando con una mercancía de la cultura dada que no llega a tener significado. Frente a esta propuesta institucional para cristalizar un icono colectivo se encuentra otra propuesta referida que parte de otro de los artistas locales, con su propio museo de arte contemporáneo privado, recibiendo continuamente a visitantes y lugareños.

La lejanía del arte mostrado (escultura contemporánea), no es óbice para que los visitantes se aproximen a ver, tocar, hacer o estar con el artista.

En el primer caso estamos ante una especie de monumento funerario, inerte hasta en la propia concepción del mismo, alejado y de espaldas a la población local que lo acoge. Ni siquiera se le ve un significado pragmático o mercantilista.

De momento, el pueblo no saca nada; de momento. Podría sacar utilizándolo como un recurso más. Como un recurso, de momento creo, que de elite. Pero creo que habría que implicar más al pueblo. (Agente de desarrollo local)

En el segundo caso nos encontramos con la cultura significada; una estética de alta cultura andando junto con los «comunes», un museo donde estéticas artísticas se unen a estéticas terrenas. La unión es posible por la existencia de puntos afectivos de anclaje que van más allá de las estéticas y ahondan en afectividades y socialidades.

Me parece aberrante y vergonzoso: que resulta que se haya potenciado una opción, que esté ahí este museo que no vaya nadie y, sin embargo, esté el otro, ese señor que ha hecho mucho por su pueblo, y el reconocimiento que tiene como artista, y que esté ahí su obra en su museo, que cada vez que abre la puerta se cuele la gente, y resulta que todo el mundo da la espalda. Pero si eso no lo tienen que crear, eso solo lo tienen que apoyar, que eso ya está hecho. (Visitante)

El proceso de pasar a formar parte de la herencia colectiva es largo y costoso. Y la creación de referentes identitarios implica a muchos protagonistas.

Si uno quiere, siente como suyo en un momento determinado el museo y lo que tú quieras. (Político)

Quizás son necesarias una serie de circunstancias que detonen la capacidad simbólica que se esconde tras una propuesta como la que hemos presentado. Aquí se puede presenciar la pugna de dos aspirantes a engrosar el baúl de los dispositivos identitarios de la localidad.

Hay una diferencia manifiesta entre ambas propuestas, una es patrimonio, es como un monumento funerario a un referente identitario que se pretende significar a instancias de una propuesta institucional; el otro es vida todavía, es arte vivo, no se puede patrimonializar lo vivo, se puede exhibir y vivir, pero no patrimonializar. Uno y otro han contribuido a sugerir escenografías múltiples que compiten entre sí por la inmutabilidad y pervivencia que el proceso de patrimonialización parece asegurar.

EPÍLOGO

DISCURSO DESARROLLISTA Y CULTURA SIMULADA

El espacio es un lugar practicado.

Michel de Certeau

Hemos tenido ocasión de recorrer hasta aquí algunos de los cauces por los que el interés por las culturas rurales nos ha conducido, sin esquemas ni guiones prefijados. Las reflejadas no son las únicas voces, aunque sí son significativas de realidades polisémicas más o menos invisibles. La pretensión de este último apartado, a modo de conclusión necesariamente inconclusa, es recapturar algunos de los senderos andados para hacer notar de modo más intenso los aspectos esenciales que destacan en el escenario rural del consumo cultural que hemos desgranado a partir de las lógicas subyacentes:

- La predominancia de la cultura del catálogo y el folleto en las políticas culturales.
- El peso de la cultura del espectáculo.
- La existencia de las culturas invisibles y cotidianas redescubiertas por y para el mercado.
- Y las culturas desterritorializadas dirigidas desde los centros urbanos e impuestas con la ayuda sutil de la mediación mediática y el ciberespacio.

Cada una hace referencia a formas diferentes de contextualizar la cultura y de culturizar el contexto, y sus manifestaciones axiales presentadas por los diferentes actores han ido apareciendo a lo largo del libro. Resta incorporar una referencia básica a la cultura simulada y el discurso desarrollista que conforman las coordenadas básicas de este panorama cultural como consumo, en el que la gente y/o las instituciones hacen de lo rural, lo popular y lo cotidiano, un lugar de búsqueda de la autodefinition local a partir de la puesta en marcha de la creatividad cultural y la hibridación de nuevas socialidades.

Tras observar como se venían abajo proyectos inmensos que no alcanzaban calado social, en algunos lugares se ha empezado a considerar la importancia y necesidad de la participación y protagonismo del tejido social. En el tema del patrimonio se habla de aproximar al resto de los espacios vitales para incorporarlos de manera menos artificiosa a la vida cotidiana, rompiendo las barreras espaciales y aunando las fragmentaciones que se han venido produciendo en los últimos años (patrimonio natural, etnográfico, histórico, etcétera).

Sin embargo, las propuestas en gran parte de los entornos rurales siguen siendo iniciativas unidisciplinarias (provenientes de la arqueología, la historia, el arte o la etnología) que adoptan un tono elitista, fragmentario y en absoluto dinámico. La planificación actual en patrimonio sigue estando presidida por las directrices centralizadas que muestran imágenes de identidades colectivas simplificadas, como el caso de las rutas. Estas imágenes simuladas son animadas por los expertos del patrimonio.

Por ejemplo, si observamos el discurso experto imperante apreciaremos que las palabras más repetidas son patrimonio cultural, recurso económico y turismo. Podrá escucharse la llamada a la racionalización del patrimonio desde criterios «objetivos» por parte de expertos científicos, claro está, y atendiendo a aspectos igualmente objetivos: número de servicios turísticos de la localidad, cronología, autoría, premios o distinciones institucionales, estado de conservación, singularidad, pertenencia a rutas ya conformadas, distancia a centros de atracción turística ya consolidados, etcétera.

Se postula de una manera científica la ordenación territorial desde su abordaje patrimonial y turístico, y se aporta una herramienta que ofertar al político y a la administración pública para que, de una vez por todas, se haga política patrimonial de un modo racional y ordenado; siempre y

cuando ese político provenga de una de las localidades que salen bien paradas en la valoración cuantitativa y objetiva final, podría apuntillarse con una imaginación crítica.

Los mensajes en este tipo de locuciones tan clarificadoras son diáfanos: existe una gran potencialidad que debe aprovecharse y activarse como recurso económico, es necesario convertir lo patrimonial en «producto», incorporando, junto a los elementos conservados, componentes que ayuden a mejorar la «puesta en escena»; teatralización, se podía pensar nuevamente. La última cuestión que suele resaltarse es la tan recurrida frase de «falta de concienciación social». Los expertos creen que la gente debe creerse el «valor» (suponemos que económico) que tiene lo que le rodea para que este realmente se convierta en objeto de atracción de turistas y, consecuentemente, en un generador de riqueza.

Este mercadeo cultural es tanto más oficial cuanto más dominado está por los dominantes; es decir, los detentadores de la competencia legítima reconocida y autorizada para marcar pautas de «imposición cultural». Las pautas que llegan a los territorios desde el discurso político y experto son inspiradoras de una política (cultural, patrimonial y turística) del simulacro.¹

Se esfuerzan por asignar valores al patrimonio: «Hay que convertir la historia y el patrimonio en utilitarios, darles un valor de uso del que ahora carecen en el subconsciente. [...]. A lo que hay que conseguir llegar es a que el patrimonio sea la actividad principal del *otium*, porque de este modo lo habremos convertido en un *negotium*. Solamente mediante “la comercialización” del legado cultural del pasado se podrían obtener los recursos necesarios para su mantenimiento y conservación» (Ribagorda Serrano, 2002: 190).

1 Se ha incorporado la recurrencia a la noción de *simulacro* repetidamente; y al hacerlo hay que hacer referencia a Jean Baudrillard (1984). Vinculado al entorno cultural, se entiende como aquella representación hecha a imagen y semejanza de una cosa o persona. En las sociedades donde imperan las industrias culturales, la clave está en la no-realidad. La no-realidad es una masa silenciada que tiene como referente el lado opuesto del espejo. La industria que impera crea una realidad, pero el contenido final que llega a la masa no es la realidad, ni el referente, ni la interpretación, sino una realidad simulada, reinventada. La no-realidad. Baudrillard refiere las fases sucesivas de la imagen: la imagen como reflejo de la realidad profunda, el enmascaramiento y desnaturalización de la realidad profunda después, el enmascaramiento de la ausencia de realidad profunda, y, finalmente, la imagen que no tiene nada que ver con ningún tipo de realidad, que es ya su propio y puro simulacro.

Hay que vender la cultura española en su conjunto con el fin de convertir a nuestro país en un destino de primer orden superando lo tópicos preestablecidos. (Académico)

Generalmente, esa visión se impone sin encontrar réplicas apenas. Es indiscutible la tendencia. Además, la rotundidad de los discursos parece evidenciar la inexistencia de salidas propias y creativas. Desde la pasividad se acepta que los que dirigen orienten por un camino andado con mayor o menor entusiasmo, pero siempre guiado por las instituciones que representan y por las asociaciones que la gente crea, pero que parecen funcionar con hilos que otros controlan. El mensaje omnipresente ha calado en la población, empezando por sus dirigentes políticos. Cada localidad incorpora al juego lo que tiene o puede, esperando que haya consumidores para todas las ofertas:

Vender lo que tenemos, y a partir de vender lo que podamos, ofertar la posibilidad de que una familia pueda venir una semana al albergue a relajarse, a estar a 1500 metros y a dormir con manta... (Alcalde)

Si en principio la percepción peyorativa de la mayoría de las localidades frenaba este tipo de apuestas «creativas», con el reflejo de la revalorización que les llega, se ha abierto la veda. En algunos lugares, la percepción de lo que puede resultar rentable no concuerda con los recursos que el pueblo puede valorizar, y puede llevar a sospechar de la viabilidad de las iniciativas, de ahí que se opte por la copia de lo que funciona.

Aprovechar un poco todo, turismo rural, verde o... El problema es que no tenemos tanta agua como nos gustaría, y no tenemos pinos; pero bueno, al final, los pinos tampoco son centrales. (Alcalde)

Ya sea, pues, la explotación de los recursos propios, ya sea la incorporación de propuestas foráneas exitosas en otros territorios, las respuestas de los interlocutores presentados nos remiten a cierto reconocimiento de la extrapolación e imitación, a la par que a la reclamación de valores y atractivos peculiares, al no reconocimiento del mestizaje cultural o el intercambio y a la reivindicación de argumentos dispares como tradición o pertenencia.

No obstante, hay más cuestiones que median en el hecho de que las localidades puedan o no llevar hacia adelante sus creaciones y recreaciones. Quizás la gente.

No hay una economía en los pueblos. No se genera nada. Estamos en un país de servicios, y desde hace mucho tiempo nos han encaminado hacia eso. Están acabando con todo tipo de subvenciones para crear trabajo y empleo de otro tipo, y entonces ahora todo es hoteles, marcar rutas para que la gente vaya a andar, balnearios, ferias medievales... (Habitante)

Efectivamente, la reactivación patrimonial consiste en dotar de nuevos significados a lo inerte. Pero parece que los significados son creados por expertos y técnicos, y luego son introducidos en las comunidades. ¿Qué pueden decir estas de su patrimonio, de su cultura y su destino? ¿Dónde está el componente instituyente en todo este juego?

Los gestores culturales y expertos en patrimonio y turismo recalcan la necesidad de sensibilización.² Los técnicos señalan igualmente la falta de concienciación social cuando podríamos hablar de contradicciones, disonancia, disenso valorativo o pugnas en las atribuciones simbólicas a lo inerte. ¿Acaso queremos que la gente de un pueblo se crea, porque lo dice un técnico, que una ermita restaurada nos va a llevar hacia la prosperidad?

Hay muchas más lógicas inmersas en este proceso, algunas de las cuales se han apuntado. Si el pueblo tiene la fortuna de que alguno de sus bienes sea reconocido de interés, si algún político próximo o cercano tiene a bien incorporarlo en su plan de subvenciones, a las que siguen otras, si algún vecino animado, retornado bucólico o empresario soñador abre un pequeño restaurante y se aventura con la esperanza utópica de superar la estacionalidad, si alguna asociación preserva el espíritu de consecución de retos y de cohesión social, si los pequeños objetivos se van viendo cumplidos, si salimos en los medios y se nos halaga, si los extraños aprecian lo que tenemos, si la distancia del que se marchó le hace escribir un artículo de aquello que murió para él y que por ello adquirió su enorme valor, si el alcalde y el vecino se empeñaran en mantener la ilusión de proyectarse hacia el futuro, si se cimenta la identidad sobre nuevos valores, sobre nuevos dispositivos, sobre viejos usos, lugares y objetos renovados con nuevos significados.

2 «Podemos señalar que el proceso de sensibilización hacia el patrimonio ya está en una fase muy desarrollada en el mundo rural, que es la receptora del flujo turístico y la primera que ha percibido los beneficios de la conservación y buena gestión del mismo. Si continúa la dinámica actual de destinos de interior, la salvaguarda del patrimonio rural y su progresiva puesta en valor del mismo seguirá creciendo de forma imparable a lo largo de los próximos años» (Ribagorda, 2002: 184).

En todas estas cuestiones hay aspectos que caen bajo el control interno de una comunidad, pero que son impensables sin la intervención de aquello que precisamente no se controla. El acercamiento a los centros de poder reduce la incertidumbre y alienta nuevas empresas.

Como ya se ha apuntado, se presencia un proceso generalizado de amplificación y extensión de muchos conceptos aquí retomados: cultura, patrimonio, turismo o desarrollo; todos ellos han sido objeto durante los últimos años de una expansión conceptual que raya en ocasiones la deformación semántica, por su vinculación a las necesidades expansivas del propio mercado que los absorbe.

La capacidad voraz del mercado para asignar valor de cambio e introducir cualquier manifestación en la dinámica del mercantilismo subyace al interés creciente por dotar de nuevos significados a la cultura, al patrimonio y al turismo, conformando de esa manera nuevos escenarios de consumo cultural y nuevos roles y percepciones a sus protagonistas.

Hemos visto que el turismo cultural ya no se concreta solamente en la visita a las grandes manifestaciones culturales auspiciadas por los organismos internacionales, las pequeñas ciudades o las rutas e itinerarios; los pueblos y los paisajes esparcidos por todo el territorio son también objeto de atención. La Administración intenta canalizar las iniciativas para complementar el disfrute del patrimonio de los pueblos diseñando programas de difusión en ferias, medios de comunicación, etcétera. Algunos habitantes, viejos o nuevos, recuperan espacios que recuerdan a la vida de antaño, en su día donaron y cedieron objetos al museo local, muestran interés por recordar aquellos haceres artesanos que, de niños, quizás aprendieron a regañadientes, y preguntan a las abuelas por las recetas de cocina, que con toda seguridad no conseguirán reproducir con el sabor de antaño. La distancia juega como mecanismo detonante, siempre para dar respuesta a una necesidad sentida y manifestada de la sociedad urbana actual. La gente a veces se pregunta sobre la posibilidad de participar en ese proceso; emergen respuestas de todo tipo.

Nos lo han dejado claro: el futuro de los pueblos se encamina hacia el turismo. Lo bueno de que este sea un pueblo virgen todavía es que si esto llega a tener más turismo puede ser más consciente de cómo se ha tratado en otros sitios. Porque ha llegado y ha arrasado los sitios. Por eso es bueno empezar tarde. (Habitante)

Lo cierto es que nunca deja de aparecer la cuestión realmente preocupante para cualquiera de los habitantes de las localidades rurales, la de la pervivencia comunitaria, lo que nos remite a la propia esencia de la cultura: el grupo o la comunidad que la sustenta. De una manera u otra, la noción de cultura forma parte igualmente de la noción de futuro, y ambos se incardinan constantemente en los relatos en un ir y venir temático inevitable.

¿Cultura?, ¿qué cultura vas a hacer? Nada, ninguna... Es un ayuntamiento pobre que no tiene propiedades, y tampoco saca dinero de otros recursos, entonces pasa eso. Vendrán las subvenciones que tengan de Diputación, de todo eso; pero otra cosa, nada [...]. El centro de día está parado porque no tienen dinero para continuarlo, y eso es importante. Porque es importante que la gente se pueda quedar en su pueblo, ¿no? De todas formas, yo creo que estos pueblos se mueren todos, vamos. ¿Sabes? Es política todo. Hay mucha política de que sí que se apoya, pero luego no es real. Yo te digo que, como siga esto así se muere. Este a lo mejor, no lo sé... Pero hay otros pueblos que los hijos no se quedan a trabajar aquí, se van a la ciudad, emigran a la ciudad y quieren estar en la ciudad y estudiar en la ciudad, hacer carrera, y entonces los medios aquí no están. Tienen que salir fuera a estudiar, y luego ya se instalan en la ciudad. (Habitante)

Como se ha dicho, el actual escenario político administrativo marca nuevas reglas en el juego cultural. De entrada, la voz de demanda de intervención inminente es consensuada, sobre todo en aquellas comarcas con una autopercepción más negativa que les lleva a representarse su hoy con visos de dramatismo; para algunos ya no queda tiempo.

Algunos pueblos languidecen, y la sensación de que el tiempo se agota es realidad: «Es que no podemos esperar a que las tendencias cambien y que mejore todo y que venga gente. Aquí no se hace nada, lo que pasa es inercial y nos vamos muriendo. No sé lo que se podría hacer, no sé cual es la formula, pero es que no hay tiempo. (Nueva asentada)

Creo que la Administración tendría que tomar cartas en el asunto. Esto tiene que lanzarse primero institucionalmente, porque hay brotes privados, por que de hecho los hay pero la gente se cansa cuando pasan de él, no le dan facilidades ni nada. Esto, lo que hay que coger la comarca institucionalmente con gente que de verdad sepa mover el tema cultural, y luego ya irán coordinándose con estos brotes, que hay en muchos pueblos a nivel asociativo. Esa es la solución urgente, ¿eh?. Porque no estamos en un núcleo urbano con población asegurada. (Periodista)

La comarca, como otra mercancía cultural más del momento, ha generado nuevos significados. Forma parte de una *cultura dada* más, que

empieza a ser significada, necesariamente. La vertebración del territorio y la ordenación de los servicios acaban configurando otras estructuras y relaciones sociales que consienten culturas cotidianas resignificadas. La cultura del hacer y del estar debe ser nuevamente reexpresada y representada.

Yo no sé, a la cabecera como pueblo le ha supuesto mucho: esto, lo otro. Sin embargo, a nosotros nos ha vaciado. (Habitante)

Se diría que la concentración de servicios en las cabeceras comarcales en las zonas rurales sin acompañamiento de otras políticas provoca el mismo efecto cultural que en otros sentidos: empobrecimiento y vacío, declive de los pueblos más pequeños en beneficio de las cabeceras de comarca. Un trasvase cultural que se está viviendo más en aquellas áreas en las que los focos de atracción cultural y de servicios cercanos han absorbido y modificado formas de vida y pautas culturales. Los mecanismos de enriquecimiento cultural a partir de la transferencia de modelos y prácticas culturales (urbanas, globales) a los propios contextos rurales se perciben como paralizados en este momento en determinadas localidades, mientras que en otras siguen siendo detonantes de la mayor parte de la actividad cultural. Todo ello dependiendo del papel que con la nueva reordenación territorial le toque representar a cada una.

Aparecen en los textos etnográficos dos categorías muy significativas como claves interpretativas: la distancia y el vacío.

El concepto de *distancia*, recurrente en esta obra, como factor interpretativo de ciertos procesos activadores de pautas culturales ajenas a los contextos rurales, incorpora a esos protagonistas que van desfilando e incorporándose a escena en los escenarios aquí reconstruidos: los expertos, los residentes no autóctonos, como curas o maestros, los turistas, los neorurales, o los inmigrantes.

De entrada, la distancia se nos muestra en dos sentidos, distancia como procedencia diversa y distancia como alejamiento espacial o temporal.

En el primer caso, expertos, profesionales temporalmente afincados, y posiblemente turistas o visitantes, descubren por su propia distancia vital valores difuminados para los observadores autóctonos; en el segundo caso, la distancia espacial cambia los esquemas interpretativos otorgando nuevos valores o redescubriendo esencias desapercibidas pero reflatadas a la

superficie por la relación con otros. La distancia temporal es la que reactiva procesos de revalorización del patrimonio (los museos etnológicos por ejemplo), y puede ser igualmente percibida tanto por residentes como por ajenos, pero generalmente son estos, por su mayor alejamiento, los que los impulsan.

El segundo concepto, el de *vacío*, es sumamente significativo para el contexto rural; vacío por el alejamiento de vínculos y personas, por la constatación de la decadencia, por el paso lento de las horas del reloj.

El vaciamiento del que hablaba el informante puede abarcar un campo semántico amplio. Si la idea que inspira su aparición en el relato es la de la «no cultura», la contextualidad nos lleva a incorporar otros aspectos: el vacío vital personal y comunitario.

Quizás solo sea el reflejo discursivo de un estado de ánimo. En cualquier caso, la observación del informante en este punto de la narración es oportuna: el proceso de reordenación territorial vacía comunidades. El informante derrotado se inclina ante la realidad que, entiende, responde a los cometidos de la nueva ordenación:

Es que es así. Aquí, cuando ves un poco más de calor, tienes que tratar de aprovechar el momento. Aquí estamos a ver quién se come el pastel y quién maneja el cotarro. Decisiones políticas... Si es que es así de claro y sencillo. Yo fui a lo del Suelo y Vivienda y les dije: «Mira, algún día os traeremos las llaves del pueblo y ahí las tendréis y os diremos que nos hagáis un piso a cada uno en otro sitio. (Alcalde)

Alcaldes y asociaciones locales, al reflejarse en el espejo de las instituciones y administraciones, ven su propia invisibilidad, y eso, obviamente, ayuda poco en el proceso de autoreconocimiento, autovaloración y desarrollo de la creatividad cultural. Aunque hay que pensar que esta siempre encuentra derroteros internos o externos y asideros significativos, mientras existe el grupo y la gente que la sostiene.

Lo que yo estoy viendo aquí es que la gente tiene una preocupación no de coger la cultura de otros sitios, culturas alternativas de ciudad, no. Ellos aquí lo que intentan es sacar y recrear otra vez lo que se hacía antaño o recrear la historia. (Nueva asentada)

Los puntos de anclaje para estas localidades los aporta con más afectividad y efectividad la propia memoria. Germina de nuevo un potencial

en las localidades que incorporan esa distancia de la que hablábamos y, consecuentemente, participan de la fecundidad requerida para la creatividad cultural. Nuevos residentes, inmigrantes y turistas mantienen y conjugan visiones y lenguajes.

El dilema ya formulado está sobre la mesa: ¿políticas de asentamiento o de mantenimiento de los pueblos destinados a los turistas? ¿A qué futuro aspiran las comunidades?

Yo creo que si tuvieran oportunidad de vivienda, aun no teniendo trabajo, yo creo que la gente se vendría, porque la mayoría de gente que nos hemos venido por aquí nos hemos venido a buscarnos la vida, porque quieres cambiar de historia, quieres vivir de otra manera. Pero como eso también se está cerrando... Esa puerta se está cerrando y la gente que puede pagar es la gente que no está, que seguirá viniendo para veranear. Así que ahora hay una parte que, como siga esto así, la gente ya no va a seguir viniendo; y como siga así, pues a lo mejor mucha gente de la que está viviendo aquí, si no se puede buscar la vida, si no quiere vivir del turismo o de tal, pues a lo mejor llegará un momento en que tendrá que irse. Porque, si viene más gente a vivir, se necesitan más servicios, se pueden crear más servicios: carpinteros, comercio, se puede crear una guardería, comedor... Posibilidades hay muchas si se va creando, si se va asentando la población; pero si vienen veraneantes, qué les vas a hacer, ¿comida?, ¿servicios de hotel? Ese es el problema. Porque además todo eso también es política, porque se está vendiendo el turismo y el turismo y el turismo; no se está vendiendo asentamiento. La Administración tampoco apoya todo este tipo de asentamiento. (Nuevo asentado)

Los signos utilizados en la representación son los de la producción cultural imperante. La sociedad rural se expresa a través del espectáculo, tal y como lo aconsejan expertos y políticos; se expresa a través de un lenguaje que puede permitir la supervivencia. Eso supone la reformulación del papel que les toca asumir ante su futuro incierto.

Cuando yo vine aquí, ya le quedaban pocos días a este pueblo; y *mira*, no desaparece por las buenas, o sea, que yo estoy convencido que permanecerá. Creo que todos los pueblos permanecerán por toda esta zona. Hay unas raíces terriblemente profundas, lo único que a este pueblo le hace falta es algo de juventud... algo... algo..., una implicación algo más fuerte. Yo qué sé, pues, la agricultura casi no existe, la ganadería, que casi ya no existe, en los aprovechamientos truferos, que ya casi no existen, unos aprovechamientos agrícolas que están olvidados, alguien que coja un poquito de muchas cosas y puedan vivir, que los hay en sitios que viven. Y el turismo, pues, con toda claridad; ¿qué vamos a hacer?, si es lo único que parece que nos dejan. (Secretario de ayuntamiento)

Suena a llamamiento desde la incertidumbre que ayuda a interpretar el salto hacia ciertas creatividades emergentes que son simulacros del pasado (Baudrillard, 1984). Y nos preguntamos si algunos de los procesos que hemos descrito no son el camino hacia la consolidación de una cultura simulada, simulacro de realidades ya alejadas.

Al margen de la receptividad de la población, de su implicación en el desarrollo y puesta en escena de las propuestas, encontramos una diferencia absolutamente radical cuando se trata de objetos que recuerdan todavía un tiempo vivido de aquellos que nos hablan de sí mismos como comunidad, de un tiempo narrado. En este caso, el paso de la memoria al patrimonio como objeto de cambio suele plantear menos controversias. Repasemos el caso de las recreaciones medievales que hemos apuntado en anteriores ocasiones.

Lejos de convertirse en un referente histórico que produce evocaciones contradictorias y cargadas de emotividad, aporta referentes que nos injertan esplendor, máxime cuando la espectacularización únicamente ahonda en los elementos destacables; una pseudohistoria hecha a medida de cada localidad por los historiadores guionistas. La incorporación de elementos históricos de trascendencia, que parece que siempre existen en todas localidades, suponen la puesta en pie de propuestas que consiguen movilizar a la mayor parte de la población.³ Mientras algunos se sienten incómodos teniendo que representarse a sí mismos, otros participan con ilusión en proyectos que suelen romper la cotidianidad y que son vistos como un acontecimiento festivo que, si además, da renombre a la localidad y «deja algunas perrillas, pues mejor». Pero, realmente, el fin, el supuesto desarrollo, es el que dota a estos procesos de sentido. Debord (2003: 42) muestra una contestación rotunda y crítica: «En el espectáculo, imagen de la economía reinante, el fin no es nada y el desarrollo lo es todo. El espectáculo no conduce a ninguna parte salvo a sí mismo». La progresión ha sido clara: del ser, al tener; y del tener, al parecer.

Se han visto propuestas que reclaman la autenticidad, la seriedad, el rigor histórico, el imperio de la tradición (en cualquier caso, se está

3 Solo en la provincia de Teruel tenemos ya muchos ejemplos: Rubielos de Mora, Mora de Rubielos, Teruel, Montalbán, Monreal del Campo o El Poyo del Cid; no siendo los únicos.

hablando de ser fiel a la idea del escenógrafo, no a la historia). Todo vale, todos caben.⁴ Retumban las palabras de Debord nuevamente (2003: 49): «La alienación del espectador a favor del objeto contemplado (que es el resultado de su propia actividad inconsciente) se expresa de este modo: cuanto más contempla, menos vive; cuanto más acepta reconocerse en las imágenes dominantes de la necesidad, menos comprende su propia existencia y su propio deseo. La exterioridad del espectáculo en relación con el hombre activo se hace manifiesta en el hecho de que sus propios gestos dejan de ser suyos, para convertirse en los gestos de otro que los representa para él. La razón de que el espectador no se encuentre en casa en ninguna parte es que el espectáculo está en todas partes».

Existen, pues, dos realidades diferentes: la de una praxis social escindida en realidad, y la de su representación o imagen. La primera va cediendo paso a la segunda, y el tiempo que la ocupaba está siendo llenado por un tiempo consumible cada vez más ajeno, que hace dudar de la afirmación de Baltasar Gracián en *El criticón*: «Nada tenemos salvo el tiempo, del que goza incluso quien carece de morada». De lo que se carece hoy es precisamente de tiempo, y el que nos pertenece está tan sometido a las leyes del mercado que se presenta como algo ajeno e incluso como algo que inspira pavor a sus dueños.⁵

Hombre, inquietudes hay, pero están acomodados esperando que los demás hagan y nos arrastren. La gente viene a que se lo hagas todo. La gente venía a trabajar a un campo de trabajo, pero por la tarde tenía su tiempo libre o sus actividades; pero la gente se apuntó a esta iniciativa porque les hacían actividades, porque no querían tiempo libre apenas para poder pensar y quedarse tranquilos. Vinieron aquí, y se trajeron a toda esta gente. Era una actividad que venían andando hasta aquí, y luego fiesta. Pues cenaron y esperando a que les dijeran lo que tenían que hacer. Hasta que les dijeron: «Oye, hacer lo que queráis, iros al río, mirar las estrellas, podéis hacer lo que queráis». Estaban esperando: «¿Y ahora, qué hacemos?». Es que la gente necesita que les

4 Un pequeño detalle en tan grande espectáculo: la participación de los bombos y tambores que cambian sus atuendos de Semana Santa por trajes medievales para participar en otros días festivos. El bombo y el tambor, tan cargados de simbología religiosa, adquieren en muchas localidades otras nuevas tonalidades para acompañar con sus toques a otros actos festivos con ocasión de las fiestas patronales, las celebraciones de efemérides locales o las recreaciones históricas o etnológicas.

5 «Todo el tiempo consumible de la sociedad moderna es tratado en ella como materia prima de nuevos productos diversificados que se imponen en el mercado como usos del tiempo socialmente organizados» (Debord, 2003: 135).

vayas guiando. Y la gente llega a pagar para eso: «Mira, te doy lo que me pides; pero arrégrame mi tiempo de vacaciones». (Empresario)

Venta de bloques de tiempo totalmente equipados que subyace en la expansión de la fórmula del «todo incluido» en el ocio, para el hábitat espectacular, para los pseudodesplazamientos colectivos de las vacaciones, para el abono del consumo cultural y para la venta de la propia sociabilidad en forma de «apasionantes conversaciones» y «encuentros con personalidades».

Obviamente, esta oferta no hubiera podido llegar a existir si no hubiera sido por la ausencia de otras que podían resultar autocomplacientes; fórmulas que, no obstante, encontramos en ocasiones en el entorno rural, donde el tiempo no se ha enajenado del todo (y sin embargo, la progresiva asunción de valores urbanos lleva a percibirlo como «vacío cultural»). Quedan restos de sociabilidad significada que no se ha sometido todavía a la compraventa y quedan pequeñas resistencias a sustituir la cultura del hacer por la del ver, la cultura de la praxis por la del espectáculo, la creatividad cultural por la simulación y espectacularización de la realidad.

El tiempo de consumo de culturas rurales no es sino el consumo del tiempo de las culturas rurales, más lento y cíclico. Pero es una ilusión, puesto que, al ponerse en venta, deja de ser tiempo individual para convertirse en tiempo consumible que, una vez gastado, volvemos a desear y, nuevamente, a ahorrar, restándoselo al tiempo de trabajo para poder gastar más tiempo de ocio y de vacaciones en el marco de una concepción absolutamente cíclica. La liberación de tiempo producida en la sociedad moderna no ha permitido un encuentro del hombre consigo mismo, no ha hecho más que alimentar un sistema basado en el consumo de culturas espectaculares, de imágenes, de representaciones, de entornos irreales magnificados por los mecanismos publicitarios. Se oferta la posibilidad de una vida «espectacular» que no es sino una imagen; no es realmente la vida. La vida es praxis y sentido.

BIBLIOGRAFÍA

- AIMC (Asociación para la Investigación de Medios de Comunicación) (2005), «Censos de salas de cine 1998 y 2004», en *Asociación para la Investigación de Medios de Comunicación* [en línea], <<http://www.aimc.es/>>.
- APARISI, R., y V. MARÍ SÁEZ (comps.) (2003), *Cultura popular, industrias culturales y ciberespacio*. Madrid, UNED.
- ARIÑO, A. (1997), *Sociología de la cultura*. Barcelona, Ariel.
- (2002), «La patrimonialización de las culturas y sus paradojas en la sociedad del riesgo», en García y Navarro (comps.), *¿Más allá de la modernidad? Las dimensiones de la información, la comunicación y sus nuevas tecnologías*. Madrid, CIS.
- BALLART HERNÁNDEZ, J., y J. JUAN I TRESSERRAS (2001), *Gestión del patrimonio cultural*. Barcelona, Ariel.
- BAUDRILLARD, J. (1984, [1978]), *Cultura y simulacro*. Barcelona, Kairós.
- BAUMAN, Z. (2002), *La cultura como praxis*. Barcelona, Paidós.
- BERGER, P., y T. LUCKMANN (1988), *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu.
- BERGUA AMORES, J. Á. (2005), *Patologías de la modernidad*. Oviedo, Nobel.
- BERIAÍN, J. (2002), «La metamorfosis del Self de la modernidad», en García y Navarro (comps.), *¿Más allá de la modernidad? Las dimensiones de la información, la comunicación y sus nuevas tecnologías*. Madrid, CIS.
- BHABHA, H. K. (1994), *The Location of Culture*. Londres, Routledge.
- BISBAL, M., y P. NICODEMO (1999), «El consumo cultural en Venezuela», en Sun-
kel (coord.), *El consumo cultural en América Latina*. Colombia, Convenio Andrés Bello.
- BONET, L. (2003), «El Aporte de la economía al análisis de indicadores culturales», en *Seminario Latinoamericano sobre Indicadores Culturales: su Contribución al estudio de la Economía y la Cultura* [7-9 de mayo]. México. Unesco y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta).
- BONFIL, G. (1991), *Pensar nuestra cultura*. México, Alianza.
- BOURDIEU, P. (1985), *The forms of capital. Handbook of theory and research for the sociology of education*. Nueva York, Greenwood Press.

- BOURDIEU, P. (1998), *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus.
- (2000), «Doxa y vida ordinaria», *New Left Review*, n.º 0, pp. 219-232.
- (2003), *Sobre la televisión*. Barcelona, Anagrama.
- BOUZADA FERNÁNDEZ, X. (2001), «Los espacios del consumo cultural colectivo», *REIS*, n.º 96, pp. 51-70.
- CASTELLS, M. (1998), «Paraísos comunales: identidad y sentido en la sociedad red», en *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Vol. 2: *El poder de la identidad*. Madrid, Alianza.
- (2001), *La galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*. Madrid, Plaza y Janés.
- CATALÁN, C., y G. SUNKEL (1990), «Consumo cultural en Chile: la elite, lo masivo y lo popular», doc. n.º 455, FLACSO.
- CERTEAU, M. de (1996). *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*. México, Universidad Iberoamericana.
- CESA (Consejo Económico y Social de Aragón) (2003), *El tercer sector en Aragón: un análisis sociológico*. Zaragoza, CESA. [Dos volúmenes.]
- CHARTIER, R. (1995), *El mundo como representación. Historia cultural: entre la práctica y la representación*. Barcelona, Gedisa.
- COMALAT, M., y L. REYES (2001), *Los servicios bibliotecarios en zonas rurales: una propuesta de actuación viable*. Barcelona, Diputación Provincial de Barcelona.
- CUCHE, D. (1996). «Culture et identité», en D. Cucho (1996), *La notion de culture dans les sciences sociales*. París, La Découverte.
- CUISENIER, J. (1999), «Cultura popular y cambio social», *Arxius de Sociologia*, n.º 3.
- DALTON, R., M. KUECHLER y W. BÜRKLIN (1992), «El reto de los nuevos movimientos», en R. Dalton y M. Kuechler (comps.), *Los nuevos movimientos sociales. Un reto al orden político*. Valencia, Alfons el Magnànim.
- DEBORD, G. (2003), *La sociedad del espectáculo*. Valencia, Pre-textos.
- DOUGLAS, M., y B. ISHERWOOD (1979), *El Mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. México, Grijalbo.
- DPH (Diputación de Huesca) (2005), *Diputación de Huesca* [en línea], <<http://www.dphhuesca.es>>. [Consulta: agosto 2005.]
- DPT (Diputación de Teruel) (2005), «Notas de prensa», en *Diputación de Teruel* [en línea], <<http://www.dpt.es>>. [Consulta: 21/01/2005.]
- DPZ (Diputación de Zaragoza), «Cultura», en *Diputación de Zaragoza* [en línea], <<http://www.dpz.es/cultura/cultura.htm>>.
- EDUCARAGON (Departamento de Educación, Cultura y Deporte) (2004), «Plan de TIC en Aragón», en *Gobierno de Aragón. Departamento de Educación, Cultura y Deporte* [en línea], <<http://www.educaragon.org/>>. [Consulta: 03/12/2004.]

- ERIKSON, E. (1992), «La raza y la identidad más amplia», en Erikson (1992), *Identidad, juventud y crisis*. Madrid, Taurus.
- FONT CARDONA, J. (2002), «Radiografía de la política cultural local: competencias, funciones y perspectivas», en *La política cultural en el municipio*. Madrid, Fundación Autor, pp. 15-34.
- FUNDACIÓN BERSTELMANN (1998), *Biblioteca pública y escuelas, una cooperación necesaria*. Actas de las Segundas Jornadas de Bibliotecas Públicas y Políticas Culturales. Barcelona.
- (2000), *La biblioteca pública, puerta de acceso al conocimiento*. Actas de las Terceras Jornadas de Bibliotecas Públicas y Políticas Culturales. Barcelona.
- GADAMER, H. (1996), *Verdad y método*. Salamanca, Sígueme.
- GARCÍA BLANCO, J. M., y P. NAVARRO SUSTAETA (comps.) (2002), *¿Más allá de la modernidad? Las dimensiones de la información, la comunicación y sus nuevas tecnologías*. Madrid, CIS.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1990), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Grijalbo, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA).
- (1993), *El consumo cultural en México*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA).
- (1995), *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México, Grijalbo.
- (2000), «Industrias culturales y globalización: procesos de desarrollo e integración en América Latina», en B. Klisberg y T. Luciano (comps.), *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*. Argentina, Banco Interamericano de Desarrollo. Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- (2004), *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona, Gedisa.
- GARCÍA MARCHANTE, J., y M. C. POYATO HOLGADO (coords.) (2002), *La función social del patrimonio histórico: el turismo cultural*. Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha.
- GARCÍA, N. (1991), *El consumo sirve para pensar*. Lima, FELAFACS.
- GEERTZ, C. (1973), *The Interpretation of Cultures*. Nueva York, Basic Books.
- GIDDENS, A. (1995), «La trayectoria del yo», en Giddens (1995), *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona, Península.
- (2003), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires, Amorrortu.
- J. H. TURNER y otros (1990), *Teoría de la estructuración y praxis social. La teoría social hoy*. Madrid, Alianza.
- GOFFMAN, E. (1970), *Estigma, la identidad deteriorada*. Buenos Aires, Amorrortu.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. (ed.) (2003), *Patrimonio y pluralidad. Nuevas direcciones en antropología patrimonial*. Granada, Diputación Provincial de Granada.

- GRUPO DE ESTUDIOS MASINOS (2005), *Grupo de Estudios Masinos* [en línea], <<http://www.elmasino.com>>. [Consulta: 18/04/2005.]
- GUZMÁN, C. (2003), «La cultura suma. Las políticas culturales y economía de la cultura», *Revista Escribanía*. Manizales (Colombia), Centro de Investigaciones de la Comunicación.
- HABERMAS, J. (1992), *Teoría de la acción comunicativa, II. Crítica de la razón funcionalista*. Madrid, Taurus.
- HARVEY, E. (1990), *Políticas culturales en Iberoamérica y en el mundo*. Madrid, Tecnos.
- HERALDO DE ARAGÓN (2005), *Heraldo de Aragón* [en línea], <<http://www.heraldo.es>>. [Consulta: 04/05/2005.]
- HERNÁNDEZ, H. (2001), *Las bibliotecas públicas en España: una realidad abierta*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Rupérez.
- HONNETH, A. (1997), *La lucha por el reconocimiento*. Barcelona, Crítica.
- IBÁÑEZ, J. (1985), *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*. Madrid, Siglo XXI.
- IMBERT, G. (1990), *Los discursos del cambio. Imágenes e imaginarios sociales en la España de la Transición (1976-1982)*. Madrid, Akal.
- JENKINS, R. (1996), «Theorising social identity», en *Social Identity*. Londres, Routledge.
- KROTZ, E. (1994), *Alteridad y pregunta antropológica*. Yucatán, Universidad Autónoma de Yucatán.
- KUPER, Adam (2001), *Cultura. La versión de los antropólogos*. Barcelona, Paidós Básica. [1.ª ed., 1999.]
- LANDI, Ó. (1992), *Devórame otra vez (qué hizo la televisión con la gente, qué hace la gente con la televisión)*. Buenos Aires, Planeta Argentina.
- A. VACHIERI y A. QUEVEDO (1990), *Públicos y consumos culturales en Buenos Aires*. Buenos Aires, CEDES
- LIPOVETSKY, G. (1989), *La era del vacío*. Barcelona, Anagrama.
- LISÓN TOLOSANA, C. (2003), *Antropología, Horizontes emotivos*. Granada, Universidad de Granada.
- LÓPEZ DE AGUILETA, I. (2000), *Cultura y ciudad. Manual de política cultural municipal*. Gijón, Trea.
- MAFFESOLI, M. (1990), *El tiempo de las tribus*. Barcelona, Icaria.
- (1993), *El conocimiento ordinario*. Mexico, FCE.
- (1997), *Elogio de la razón sensible*. Barcelona, Paidós.
- MAIRAL BUIL, G. (2003), «El patrimonio como versión autorizada del pasado», en González Alcantud (ed.), *Patrimonio y pluralidad. Nuevas direcciones en antropología patrimonial*. Granada, Diputación Provincial de Granada.
- MANUEL, C., y G. BERENGUER (2002), *El consumo de servicios culturales*. Madrid, Esic.
- MARTÍN BARBERO, J. (1987). *De los medios a las mediaciones*. Barcelona, Gustavo Gili.

- MARTÍNEZ SAUQUILLO, I. (2002), «La producción y el consumo cultural: entre la homogeneización y la diferencia», *Revista de Ciencias Sociales Sociedad y Utopía*, n.º 20.
- MATA, M. C. (1997), *Públicos y consumos culturales en Córdoba*. Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba.
- MCU (Ministerio de Educación, Cultura y Deporte) (2005a), «Estadísticas de bibliotecas públicas», en *Ministerio de Educación, Cultura y Deporte* [en línea], <<http://www.mcu.es/bibliotecas/index/html>>. [Consulta: 21/04/2005.]
- (2005b), *Ministerio de Educación, Cultura y Deporte* [en línea], <<http://www.agora.mcu.es/alzira/>>. [Consulta: 21/04/2005.]
- (2005c), *Ministerio de Educación, Cultura y Deporte* [en línea], <<http://www.mcu.es/cine>>.
- MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE (MCU) (2002), *Las cifras de la cultura en España: estadísticas e indicadores*. Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- (2004), «Noticias», en *Ministerio de Industria, Turismo y Comercio* [en línea], <<http://www.mityc.es/es-ES/index.htm>>. [Consulta: 21/11/2004.]
- MINISTERIO DE INDUSTRIA, TURISMO Y COMERCIO (2005a), «Noticias. Todos.es», en *Ministerio de Industria, Turismo y Comercio* [en línea], <<http://www.red.es/>>. [Consulta: 19/09/2005.]
- (2005b), «Sobre telecentros», en *Ministerio de Industria, Turismo y Comercio* [en línea], <<http://www.telecentros.es/>>. [Consulta: 01/04/2005.]
- MORIN, E. (2002), *El conocimiento del conocimiento*. Madrid, Cátedra.
- MORLEY, D. (1986), *Family Television*. Londres, Comedia/Routledge.
- OBSERVATORIO ESPAÑOL DE INTERNET (2005), «Noticias», en *Observatorio Español de Internet* [en línea], <<http://www.obs-internet.com>>. [Consulta: 10/09/2005.]
- OROZCO, G. (1996), *Televisión y audiencia. Un enfoque cualitativo*. Madrid, Ediciones de la Torre, Universidad Iberoamericana.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2004), *Meditación de la técnica y otros ensayos sobre ciencia y filosofía*. Madrid, Alianza.
- ORTIZ, A. (1993), *Las claves simbólicas de nuestro consumo cultural*. Barcelona, Anthropos.
- PEDREÑO MUÑOZ, A. (1996), *Introducción a la economía del turismo en España*. Madrid, Cívitas.
- PÉREZ, M. (1992), «La identidad como objeto de estudio», en L. Méndez y Mercado (comp.), *I Seminario sobre identidad*. México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- PRATS, Ll. (1997), *Antropología y patrimonio*. Barcelona, Ariel.
- PROCURA (Profesionales de la Cultura de Aragón) (2005), <http://www.procura.org/documentacion/RuedaPrensa_periodico.html>. [Consulta: 8/09/2005.]

- PUIG, T. (2004), *Se acabó la diversión. Ideas y gestión para la cultura que crea y sostiene ciudadanía*. Barcelona, Paidós.
- PUJADAS, J. (1993), «Algunas aproximaciones teóricas al tema de la identidad», en *Etnicidad. Identidad cultural de los pueblos*. Madrid, Eudema.
- PUTNAM, R. (2003), *El declive del capital social: un estudio internacional sobre las sociedades y el sentido comunitario*. Barcelona, Círculo de Lectores.
- RAUSELL, P. (1999), *Políticas y sectores culturales en la Comunidad Valenciana*. Valencia.
- REDARUL (Red Aragonesa de Desarrollo Rural) (2005), «Noticias», en *Red Aragonesa de Desarrollo Rural* [en línea], <<http://www.aragonrural.org/>>. [Consulta: 28/01/2005.]
- REDR (Red Española de Desarrollo Rural) (2005), «Noticias. Acciones», en *Red Española de Desarrollo Rural* [en línea], <<http://www.redr.es>>. [Consulta: agosto 2005.]
- RIBAGORDA SERRANO, M. (2002), *Patrimonio cultural*. Madrid, Thomson.
- RIKOEUR, P. (1988), *Hermenéutica y acción. De la hermenéutica del texto a la hermenéutica de la acción*. Buenos Aires, Docencia.
- RIFKIN, J. (2004), *La era del acceso*. Barcelona, Paidós Ibérica.
- RYBCZYNSKI, W. (1992), *Esperando el fin de semana*. Barcelona, EMECE (Colección Reflexiones).
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, R. (2001), *Dinámica sociocultural y desarrollo local en la provincia de Zaragoza*. Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- SANTCOVSKY, H. (1995), *Los actores de la cultura*. Barcelona, Hacer.
- SANZ HERNÁNDEZ, M.^a A. (2000), *Ojos Negros, la memoria de un pueblo*. Teruel, Instituto de Estudios Turolenses.
- S. ROCHA y M. MARTÍNEZ (2005), «Cibercultura, construcción de otros espacios culturales», en *X Congreso Internacional Cultura y Poder: El Reciclaje de la Cultura*. Barcelona.
- y M. MARTÍNEZ ALFARO (2007), «Estrategias sociales para el desarrollo territorial: lo social como capital», en P. Rubio y M.^a A. Sanz (coords.), *Investigación aplicada al desarrollo de territorios rurales frágiles*. Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza.
- (dir.) (2005), «Nuevos escenarios de consumo cultural para el fortalecimiento del capital social en Aragón». Informe para el CESA (Consejo Económico y Social de Aragón). [Inédito.]
- SENARCLENS, P. de (2004), *Crítica a la globalización*. Barcelona, Bellaterra.
- SGAE (Sociedad General de Autores y Editores) (2000), *Informe SGAE sobre hábitos de consumo cultural*. Madrid, Fundación Autor.
- (2002), *La política cultural en el municipio. El respeto a los derechos de la propiedad intelectual*. Madrid, Fundación Autor.

- SUNKEL, G. (coord.) (1999), *El consumo cultural en América Latina*. Colombia, Convenio Andrés Bello.
- TOMLINSON, J. (1999), *Globalization and culture*. Cambridge, Polity Press.
- TOWSE, R. (2004), *Manual de economía de la cultura*. Barcelona, Fundación Autor.
- TROITIÑO, M. A. (2005), «Retos y oportunidades en la gestión del turismo cultural y de ciudad», en C. Sevilla, M. Á. Gómez y J. A. Mondéjar, *Gestión del turismo cultural y de ciudad*. Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 15-28.
- VIVERET, P. (2004), *Necesitamos un cambio en la cultura política para reconocer la riqueza social de nuestra sociedad*. Barcelona, Forum 2004.
- WILLIAMS, R. (1983), *Keywords. A vocabulary of culture and society*. Nueva York, Oxford University Press.
- WILLIS, P. (1986), «Producción cultural y teorías de la reproducción», en M. Fernández Enguita (comp.) (2001), *Sociología de la educación*. Barcelona, Ariel, pp. 640-659.
- (1999), «Notas sobre cultura común. Hacia una política cultural para la estética terrena», *Arxius de Sociologia*, n.º 3, pp. 15-31.
- YÚDICE, G. (2003), *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. Barcelona, Gedisa.

ÍNDICE DE FIGURAS E ILUSTRACIONES

FIGURAS

1. Entidades culturales y de ocio según tamaño de las localidades	129
2. Preferencias musicales de los aragoneses	151
3. Habitar el pueblo	184
4. El proceso de construcción de culturas e identidades rurales..	186

FOTOS

1. La fiesta como práctica cultural	137
2/3. Teatro. Soportes de difusión	155
4. De visita	172
5. Nuevos encuadres	268

MAPAS

1. Red aragonesa de centros de estudios	90
---	----

ÍNDICE

Prólogo.....	9
Introducción: Conceptos, contextos y voces	15
Contextos y voces	15
Voces y actores: contextos e informantes	19
Conceptos: culturas y territorios	21
I. HACER Y CONSUMIR CULTURA: ACTORES Y PROCESOS	
1. Administraciones, mediaciones y políticas culturales	31
1.1. Cultura visible, cultura significada	33
1.1.1. Repartos y pugnas competenciales	35
1.1.2. Productos e inversiones	40
1.1.3. Espacios construidos: la materialización de la cultura	49
1.1.4. Los museos etnológicos y los centros de interpretación	52
1.1.5. Bibliotecas	53
1.2. Legitimidad del intervencionismo	57
1.3. Usos perversos e interesados de la cultura	63
2. Miradas expertas	69
2.1. «Trabajadores de la cultura»	70
2.1.1. «Técnicos de la cultura»	71
2.1.2. Bibliotecarios: personal para todo	76
2.2. Los centros de estudios	85
2.2.1. Sociogénesis: recorridos desiguales a lo largo de cincuenta años.....	87

2.2.2. Irradiando y descentralizando cultura. «Acción cultural desde el territorio»	96
2.2.3. La aproximación a la cultura: cuestión de sensibilidades	102
3. Medios y comunicadores	105
3.1. La mediación de la comunicación masiva	105
3.2. Mundo conectado: culturas e identidades reformuladas ...	109
3.2.1. Internet en la escuela	110
3.2.2. La alfabetización digital: el acceso a nuevos lenguajes y a nuevos mundos	114
3.2.3. Espacios culturales en el territorio para desterritorializar la cultura	116
3.2.4. La Red, polimorfismo y polifuncionalidad	120
3.2.5. La Red como plataforma para el reconocimiento y la existencia	123
4. Apropiaciones y actuaciones. El público actor	127
4.1. El asociacionismo o la importancia de sumar voluntades .	128
4.1.1. Cerrar grietas	128
4.1.2. La necesidad de asociarse... en los pueblos	132
4.1.3. La cultura, una cuestión de voluntad	138
4.2. La gente: prácticas y estéticas	143
4.2.1. Prácticas	145
4.2.2. Voces y sonos	149
4.2.3. Teatro y teatralizaciones	154
4.2.4. Pantallas e imágenes	158
4.2.5. Palabras y letras	166
4.2.6. Lugares y consumos	173
4.2.7. Estéticas	174
 II. CONSUMO DE CULTURAS Y PATRIMONIOS RURALES	 181
5. El atractivo de las culturas rurales: habitar el pueblo.....	183
5.1. Huidas hacia ruralidades simuladas. Los urbanitas desencantados.....	189
5.2. Neorrurales o cómo conjugar culturas nativas alternativas .	198
5.2.1. Neorrurales: «cómo somos y cómo nos ven»	202

5.2.2. Grietas, fisuras y puentes	205
5.2.3. ¿Cultura alternativa?	212
5.3. La población local, cambio de roles y de identidades	216
6. Lugares de memoria para consumo o cómo la memoria se mercantiliza	229
6.1. Espacios consumibles: la superación de la ciudad	229
6.1.1. Culturas rurales en el mercado. La segunda residencia	230
6.1.2. El precio de los sueños	232
6.1.3. La construcción diferencial de los lugares con encanto y el turismo rural	236
6.1.4. El consumidor de cultura rural	241
6.2. Escenografías y escenógrafos de lo rural	244
6.2.1. Escenografías del «buen gusto»	244
6.2.2. La institucionalización de escenografías instituyentes	247
6.2.3. Escenografías integradoras: la modernidad en escenarios rurales	250
6.2.4. Escenografías transformadoras: de la memoria al patrimonio	255
6.2.5. Escenografías en la degradación	267
6.2.6. Pugnas identitarias, escenografías enfrentadas	273
Epílogo. Discurso desarrollista y cultura simulada	281
Bibliografía	295
Índice de figuras e ilustraciones	303

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos
de Línea 2015, S. L.,
de Zaragoza, en noviembre de 2007*



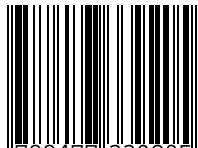
La escasa tradición académica española en estudios culturales, la debilidad, complejidad y diversidad de las políticas culturales de la España de las autonomías, focalizadas en las grandes urbes, y la invisibilidad de los productores/receptores de la creación cultural en contextos locales son el punto de partida para una obra que retoma, desde una vocación interpretativa y crítica, las voces periféricas de los contextos rurales aragoneses, reclamando la consideración de lo rural como sujeto en el tratamiento de la cuestión del consumo, la cultura y la identidad comunitaria. El libro muestra las heterogéneas lógicas culturales subyacentes como formas diferentes de contextualizar la cultura y de culturizar el contexto, en un escenario rural donde se encuentra una *alteridad* que la modernidad ha escenografiado a su antojo, o más bien por capricho de personas y procesos que afloran al profundizar en la sociogénesis de sutiles dinámicas conformadoras de una vida cotidiana y una cultura rediseñadas para el consumo. Es el consumo de la cultura rural.



Grupo de Investigación sobre el Riesgo y la Integración Social
Universidad de Zaragoza

ciencia **S**ociales

ISBN 978-84-7733-920-5



9 788477 339205